

REVISTA
DE
VALPARAISO.

PERIÓDICO QUINCENAL

LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS.

DIRECTORA: — ROSARIO ORREGO DE URIBE.

TOMO II.

VALPARAISO.
IMPRESA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER.

—
1874

REVISTA

VALPARAISO.

SEPTIEMBRE 1911

EDITORIAL

VALPARAISO

EDITORIAL

MAGNETISMO ANIMAL.

Son curiosas por de mas las observaciones del doctor Darling sobre los fenómenos magnéticos que acaba de publicar una revista extranjera.

Su autor es un verdadero creyente, a quien indigna la incredulidad de los profanos, y sorprende la poca fé que en magnetismo animal tienen muchos sábios.

Conviene saber que el nuevo Hipócrates ha consultado principalmente para fortalecerse en su opinion las cartas sobre magnetismo, publicadas hace poco en Edimburgo por el profesor Gregory, y las investigaciones sobre el principio odílico que dió a luz en Alemania el baron Reichenbech.

Sin perjuicio de examinar a su tiempo las razones científicas en que se funda el doctor Darling para asegurar como una verdad matemática la existencia de cuantos fenómenos magnéticos enumera, vamos a dejarle esponer su teoría que llama *Estudios fisiológicos sobre los fenómenos del magnetismo animal*, advirtiendo que dividiremos este trabajo en dos artículos por no permitirnos su mucha estension publicarlo íntegro.

En el primero reproduciremos el catálogo de hechos aducidos por el doctor Darling; en el segundo, sus doctrinas en punto a magnetismo. Ahora oigámosle:

«Nada ha escitado, en jeneral, tanta oposicion con el descubrimiento de un hecho que se cree nuevo en el orden de la naturaleza. Semejante descubrimiento no tiene de su parte mas que un escaso número de escojidos; pero sus consecuencias son ordinariamente tan importantes, que bastan a formar la reputacion del que ha tenido la fortuna de apropiárselo.

Así es como la envidia viene en auxilio de la preocupacion. Educados en el culto del antiguo sistema, al cual deben su nombre y su

posicion en el mundo, los que cultivan las ciencias tienen interes en rechazar todas las novedades. Con frecuencia se ha observado que algunos de los médicos anteriores en mas de cuarenta años a la época en que Harvey publicó su teoría de la circulacion de la sangre, jamas quisieron admitir esta teoría como verdadera. ¡Cuántos sábios doctores habrán muerto sin haberlo creído! Lo mismo ha sucedido con las grandes verdades de la astronomía y de la jeolojía, con la navegacion al vapor, con la filosofía de Bacon y con el sistema de Newton. Lo mismo sucede actualmente con el magnetismo animal. Solo el tiempo puede lograr que se reconozca y proclame una verdad nueva.

Cuando se anuncia al mundo un descubrimiento como el del magnetismo, los doctos cuyas opiniones trastorna este descubrimiento, se parapetan en un escepticismo dogmático, y declaran que el hecho es imposible, porque es contrario, dicen, a las leyes naturales. Y olvidan que estas leyes no son mas que ciertos modos de accion observadas por nosotros en la naturaleza. Tal objecion supone que la naturaleza no tiene ya mas secretos para nosotros; pero el filósofo que haya profundizado mas las ciencias físicas, será el primero en imitar la modesta confesion de Newton, que decia: «No soi mas que un niño que recoge conchitas en la orilla del mar.» El llamamiento que se hace frecuentemente al «sentido comun» es mas vago todavía y mas espuesto al error. El «sentido comun» varia segun las edades y segun los climas: lo que es sentido comun en una época o en un pais, es un absurdo en otro pais y en otra época. ¿No es el «sentido comun» el que ha dicho que la luna era tan grande como un queso, que la tierra era una superficie plana, que el sol jiraba al rededor de la tierra? ¿No se ha mofado el «sentido comun» de la revolucion diurna de nuestro planeta y de la idea monstruosa de la existencia de los antípodas? El «sentido comun» es, pues, en física, un medio de apreciacion mui poco seguro. Podemos decir sin vacilar que es imposible que dos y dos hagan mas o ménos de cuatro, y que la suma de los tres ángulos de un triángulo sea superior o inferior a dos ángulos rectos; mas en cuanto a la naturaleza, que es el objeto de nuestras investigaciones, es mui raro que podamos recurrir a demostraciones matemáticas, como las de que son susceptibles aquellas proposiciones. Debemos por tanto examinar todo descubrimiento nuevo con espíritu de candor y buena fé, para aceptarlo como verdadero cuando los hechos se hallen suficientemente probados.

Pero, se nos preguntará, ¿cuales serán estas pruebas suficientes? Porque no creemos, dicen los adversarios del magnetismo, en la existencia de los fenómenos de que se trata, hasta que no hayamos hecho la prueba nosotros mismos. Esto es evidentemente absurdo. No aceptar como verdadero sino aquello cuya prueba hayamos hecho nosotros mismos, es rebajar al hombre al nivel de los brutos, incapaces de aprovechar la esperiencia de sus semejantes; seria condenar la intelijencia humana a permanecer en un estado de inmovilidad perpetua. Semejante manera de proceder es ademas impracticable. Nos vemos forzados a referirnos al testimonio de otros, y obramos todos los dias segun este testimonio. Y nuestros tribunales ¿no condenan a muerte por el testimonio de otros? ¿No sentencian cuando hai testigos que han visto cometer el crimen? ¿Con cuánta mas fuerza debe aplicarse este argumento a las ciencias físicas! ¿Cuán pocos, entre los centenares de millones de habitantes de la tierra, se hallan en el caso de ejecutar por sí mismos los experimentos! Mirais a traves del telescopio de Herschell, y percibis el débil resplandor de una estrella que centellea a lo léjos en la profundidad del espacio. Preguntais cuál es la distancia de esta estrella, y Herschell os responde:

—Doce millones de millones de millas.—Este número confunde vuestra imaginacion, y haceis vanos esfuerzos para comprenderlo. Sin embargo, el astrónomo añade que realmente no veis la estrella, y que solamente pensais verla, porque es posible que su lumbré se haya aniquilado hace dos millones de años; y que suponiendo que existe todavia, continuando su movimiento en el gran círculo de los mundos, debe hallarse ahora a millares de millas del punto en que su luz parece indicaros su presencia. ¿Cómo puede conocer la distancia casi infinita de esta estrella? ¿Cómo puede decir que es posible que haya desaparecido hace largo tiempo, cuando la estais viendo ahora con vuestros propios ojos? Aun entre los hombres que han recibido mediana educacion, ¿cuántos habrá que no tengan la menor idea de los hechos que sirven de base a estos cálculos de Herschell, y de los procedimientos analíticos con cuyo ausilio los ha establecido? Y los que pueden comprobar estos hechos por la propia esperiencia, ¿cuántos son? A pesar de todo, el mundo cree en la astronomía, y el mundo tiene razon.

Se concluirá, pues, por creer en los hechos del magnetimo animal, que, por otra parte, son susceptibles de una demostracion jeneral; y no se hará, al tratarse de esto, sino renovar lo que ha tenido lu-

gar otras veces. Es constante, en efecto, no solo que estos hechos han llamado la atencion de los antiguos, sino tambien que éstos los han estudiado y cultivado como una ciencia distinta. ¿Cómo explicar de otro modo los oráculos, las curas operadas por los sacerdotes en los templos y otra porcion de fenómenos del mismo jénero? Sin duda es fácil a los que creen que el mundo antiguo se hallaba sumido en la ignorancia y hecho presa de una credulidad grosera, negar la realidad de aquellas [maravillas; pero negar no es refutar, y no se conseguirá debilitar un hecho atribuyéndole una causa insuficiente. Además, ¿estamos reducidos en este punto a simples conjeturas? NÓ. A pesar de las revoluciones sociales que han trastornado los imperios, y de la barbarie que ha destruido la civilizacion de la antigüedad, testimonios directos, mas o ménos completos, han llegado hasta nosotros haciendo imposible toda duda razonable.

En las tumbas de Egipto, por ejemplo, en cuyas paredes, gracias a la sequedad del clima, las pinturas de los artistas contemporáneos de los Faraones existen aún con su frescura primitiva, se ven representaciones de *pasas* y de manipulaciones sumamente parecidas a la de los magnetizadores modernos; los májicos actuales del Cairo no son mas que un débil resto de la secta poderosa que hace tres mil años luchaba contra el inspirado profeta de los hebreos. Se encuentran vestijios de esas antiguas prácticas hasta entre los griegos y los romanos. Dos versos de Solon mencionan las manipulaciones como procedimientos curativos; el *Amphitruon* contiene una alusion a cierta especie de manipulaciones para adormecer las personas; y Marcial, no se limita a hacer alusion al método de que se trata, sino que además dá de él una idea bastante exacta. Sin embargo, en la historia, de la India las pruebas son mas numerosas y mas explícitas. El *Mahabharata*, poema, escrito hácia el año 1400 ántes de la era cristiana, cita un caso de lucidez producida por medios artificiales, sin una espresion que indique este caso como extraordinario; aun hoi el arte magnético se cultiva todavia en algunas partes de la India.

Por lo demas no es de admirar que este arte haya sido conocido desde tan temprano, porque está basado en los fenómenos naturales que se producen mas frecuentemente. El sonambulismo espontáneo es una cosa tan comun en la vida ordinaria, que apenas existe una persona que no haya visto ejemplos de él; y esto prueba que sus curiosos efectos provienen de alguna facultad inherente a la economía humana y si no universal, a lo menos estensamente es-

parcida. Habiendo sido observado desde los tiempos mas remotos el sonambulismo espontáneo, se ha procurado imitarlo por medios artificiales, como se ha procurado producir el sueño con el auxilio de narcóticos. El sonambulismo magnético no es otra cosa, en efecto, mas que el sonambulismo natural producido artificialmente. Este es un punto importante que conviene no perder de vista. Ya que la imposibilidad aparente del hecho en sí mismo impide a muchos creer en el magnetismo animal, ya que el carácter, al parecer sobrenatural de sus fenómenos retrae a tantos otros de dedicarse a su estudio, vamos desde luego a hacer ver que todos los fenómenos obtenidos por el magnetismo animal tienen su correspondiente en los fenómenos espontáneos de la naturaleza. Los anales del sonambulismo, de la epilepsia y de la catalepsia nos suministrarán pruebas superabundantes. Elejimos el caso siguiente, porque citado con frecuencia y perfectamente justificado por la ciencia médica, presenta la reunion de todos los fenómenos a que el público da fé con tanto trabajo en los casos magnéticos.

En el año de 1787, el doctor Petetin, médico distinguido de Lyon, fué llamado para que viese a una jóven que era presa de una especie de ataque nervioso. Estaba tendida en el suelo, privada del sentido al parecer, y una vez levantados sus brazos, quedaban como suspensos en el aire. Trasládola al lecho, y empezó a cantar; pero aunque la pellizcaron y la dieron gritos al oido, no fué posible escitar su atencion. Mientras que el doctor se ocupaba en prodigarla sus cuidados, le resbaló un pié; pero recobrando el equilibrio: «¡Qué fastidio, dijo inclinándose sobre la enferma, que no podamos hacerla cesar en su canto!—¡Ah! doctor, gritó ella al punto; no os enojeis; no cantaré mas;» y en efecto se calló. Pero bien pronto comenzó de nuevo, y en vano fué que el doctor la suplicase, hablándola lo mas alto posible y con la boca aplicada a la oreja, que repitiese su promesa y no volviese a cantar. Por último, se le ocurrió la idea de colocarse en la misma posicion que habia tomado antes; separó la ropa, y aproximando su cabeza al estómago de la paciente, dijo en voz alta—«¿Teneis intencion de estar cantando eternamente?—¡Oh! que me habeis hecho daño, exclamó ella; hablad mas bajo, os lo suplico;» y al mismo tiempo pasó una mano por la boca del estómago.—«¿Cómo me ois?» preguntó el doctor.—«Como todo el mundo,» le respondió.—«Pero yo hablo a vuestro estómago!—¿Es posible? replicó la enferma. De nuevo ensayó el hacerla oir por uno y otro oido, hablándola tambien a traves de un tubo a fin de aumentar la inten-

sidad del sonido; nada oyó. Entónces la preguntó a la boca del estómago si no le había oído.—"Nó, le respondió; tengo desgracia en verdad."—Véase una trasposicion de sensacion.

Algunos dias despues, tuvo esta jóven un nuevo ataque de catalepsia, durante el cual oyó igualmente por el estómago, y vió con este órgano aun a traves de cuerpos opacos. Sin embargo, su semblante espresaba el asombro, y el doctor Patetin la preguntó la causa.—"Yo canto, doctor, repuso, para distraer mi atencion de un espectáculo que me espanta. Estoy viendo mi interior y las formas estrañas de los órganos, envueltos en una redecilla luminosa. Mi rostro debe explicar lo que experimento: una mezcla de asombro y de terror. Un médico que tuviera mi enfermedad durante un cuarto de hora, se juzgaria dichoso, porque la naturaleza le revelaria todos sus secretos.—¿Veis vuestro corazon? interrogó el doctor.—Sí, lo veo; palpita en dos movimientos, las dos partes como de acuerdo; cuando la parte superior se contrae, se dilata la inferior, y luego se contrae inmediatamente; la sangre sale con impetuosidad y toda ella luciente, por dos anchos vasos que se aproximan mutuamente."—Véase la intuicion de sí misma. (La apariencia luminosa de la sangre procede probablemente de la luz odílica que aquella despide.)

Pero continuemos. Una mañana, el ataque sobrevino, como de ordinario, a las ocho. Petetin llegó mas tarde que de costumbre. Anuncióse hablando a los dedos de la paciente (éste era un nuevo medio que habia encontrado para hacerse oír de ella). "Asaz perezoso andais esta mañana, doctor," le dijo.—"Es verdad, señora, pero si sabeis la razon, no me culpeis.—¡Ah! ya veo, hace cuatro horas que os sentis acometido de jaqueca; y no os abandonará hasta las seis de la tarde. Haced bien en no tomar nada, porque no hai cosa en el mundo que pueda estorbarle seguir su curso.—¿Podreis decirme de qué lado está el mal?—Del lado derecho; coje la sien, el ojo y los dientes. Os prevengo que se estenderá al ojo izquierdo, y que padecereis bastante entre tres y cuatro; pero a las seis habrá desaparecido el dolor." Esta prediccion se realizó exactamente.—"Si quereis que yo os crea, dijo el doctor, es menester que me digais ¿qué tengo en la mano?—Veo a traves de vuestra mano una medalla antigua."

Petetin le preguntó a qué hora cesaria su propio accidente.—A las once.—Y el acceso de la noche ¿cuándo vendrá?—A las siete.—¿En ese caso, será mas tarde que de ordinario?—Sí, tales y cuales cambios van a tener lugar en las horas de la crisis. Cierta contra-

riedad se retrataba en el semblante de la paciente durante esta conversacion. Despues dijo a Petetin:—"Mi tio acaba de entrar, está hablando con mi marido detras de la mampara; su visita me molesta; rogadle que se vaya." Al retirarse el tio tomó por inadvertencia la capa del marido de la enferma; pero ésta, notándolo, envió a su cuñada para que se la pidiese. Véase, sin disputa, la lucidez y la prevision.

Citemos tambien otro caso, a fin de dar una idea mas completa de la lucidez natural haciendo ver cómo se ejerce sobre objetos lejanos. La atencion del lector no podrá ménos de detenerse sobre tan estraña comunion de los espíritus, que se verifica a distancias considerables y entre personas que nunca se hayan conocido. Mlle. W., sonámbula natural (este caso nos refiere circunstanciadamente su médico el doctor Klein), hallábase de visita en casa de M. de St***, cuando éste la rogó que ejerciese su lucidez sobre su hijo, que a la sazón hacia en el ejército frances la campaña de Rusia. Desde este momento, Mlle. W. dirigió su pensamiento hácia el jóven oficial, y en todos sus parasismos lo describia, sin haberlo visto nunca, con tanta exactitud como si lo tuviera delante. Con frecuencia preguntaba a la hermana del jóven si no lo veian en un rincon del aposento; y un dia en que ésta persistia en responder negativamente:—"Pues bien! dijo Mlle. W., dirijidle las preguntas que quieras, y yo me encargo de trasmitiros sus respuestas." En seguida, la hermana hizo una porcion de preguntas relativas a los negocios de familia, enteramente desconocidos de la sonámbula, la cual respondia a todas ellas con tal precision, que su interlocutora confesó despues que se habia sentido bañada de un sudor frio, y que varias veces habia estado a punto de ponerse mala con el miedo, mientras duró lo que llamaba ella el diálogo de los espíritus. En otra ocasion declaró al padre que habia visto a su hijo en el hospital, con una venda de lienzo blanco al rededor de la barba; que habia sido herido en el rostro; que no podia comer, pero que su herida no era peligrosa. Al cabo de algunos dias, dijo que ya podia comer y que se hallaba mucho mejor. Algunas semanas despues llegó un correo con pliegos del ejército. M. de St***, fué inmediatamente a ver al ministro de la guerra, para saber qué nuevas habia recibido; el ministro le tranquilizó completamente, asegurándole que el nombre de su hijo no se hallaba en la lista de los heridos. Lleno de gozo volvió a su casa M. de St***, y dijo a Mlle. W., que a la sazón se encontraba en su sueño somnambólico, que por

esta vez no habia acertado, dichosamente para su hijo y para él. Mostróse resentida de estas palabras Mlle. W., y le aseguró con tono enérgico que estaba perfectamente segura de lo que habia dicho; que en aquel mismo instante veia aun al hijo en el hospital, con la barba todavia cubierta con la venda blanca; y que en el estado en que ella se encontraba entónces, era imposible que se equivocase. A poco rato llegó, en efecto, un billete del ministro, anunciando a M. de St***, despues de algunos cumplidos y pésames, que acababa de recibir una lista supletoria de los heridos, en la cual figuraba el nombre de su hijo, que habia sido herido de un balazo en la barba, que estaba asistido en el hospital, etc.

Fenómenos *naturales* como éste, que rivalizan con todas las pretensiones que los partidarios del magnetismo puedan presentar en favor de su ciencia, deberian servir de leccion a los que emplean con sobrada facilidad la palabra *imposible*. En todos tiempos los sabios han sido harto propensos a dictar leyes a la naturaleza, olvidando que la naturaleza no es mas que un sinónimo de Dios. Tan ridículo es en una intelijencia limitada negar porque no puede comprender, como en uno de los habitantes de un hormiguero de la India declarar imposible la existencia del Himalaya. Debiera tenerse siempre presente este axioma, formulado por uno de los entendimientos mas claros y vigorosos que jamas se han visto, por Ariosto: cuando se suscita alguna duda acerca de hechos extraordinarios y difíciles de concebir, el punto esencial no es demostrar cómo existen estos hechos, sino probar que existen.

Hai diversas maneras de producir el estado magnético. La mirada fija y las pasas longitudinales con la mano son los métodos mas comunes y conocidos; el uno o el otro, o ambos a la vez, se emplean por el doctor Elliotsen, por M. Ahsburne y sus discípulos. M. Lewis, que posee una fuerza notable de concentracion mental, ópera jeneralmente por la mirada. El procedimiento de Darling consiste en hacer mirar fijamente una pequeña moneda colocada en la palma de la mano izquierda. M. Braid hace mirar fijamente un objeto, como la bolita que forma la estremidad de un lapicero, colocada encima de los ojos, al nivel de la parte superior de la frente. Los májices del Cairo producen el estado magnético obligando a sus magnetizandos, que son por lo regular mocitos o niñas impúberes, a tener fijos los ojos en algunas gotas de tinta reunidas en el hueco de su mano. Los alfaquies de la India la producen en sí mismos cuando quieren, por medio de una concentracion intensa

de su pensamiento absorto en la idea de la divinidad. Estos diversos procedimientos pueden clasificarse en dos categorías distintas, en una de las cuales los fenómenos magnéticos son producidos por la influencia personal del que actúa, en tanto que en la otra son producidos exclusivamente por la persona en que se ejercen.

El hecho de la producción del estado magnético en cualquiera de estos casos, ha dado lugar a una controversia bastante fuerte, sosteniendo algunos que en realidad no existe la influencia personal del operador; que las pasas solo sirven para ocasionar un sentimiento de monotonía o para obrar sobre la imaginación del paciente, y que se pueden referir todos los casos a la segunda categoría de procedimientos. Esta conjetura es muy natural, pero nada prueba: de la existencia de un agente conocido para producir ciertos efectos, no se podrá deducir la no existencia de otro agente capaz de producir efectos semejantes. Es de todo punto evidente que la realidad del éter y de la pólvora común no destruye la del cloroformo ni de la pólvora de algodón; y más aún que el poder de la realidad no se hace increíble por el solo hecho de que en muchos casos la imaginación puede suplirla. Si el concentrar la imaginación en un objeto único basta con frecuencia para producir el estado magnético, hai otra porción de circunstancias en que la influencia de un agente exterior es incontestable. Tal es, por ejemplo, el caso en que el doctor Esdaile operó sobre un ciego que no podía sospechar de su presencia, y le hizo caer de su silla en un estado cataleptico como una estatua que fuese derribada de su pedestal; tal es otro caso, atestiguado por el juez, por los individuos del tribunal y por el auditorio, en el cual, actuando a espaldas de varios testigos que no podían tener la menor sospecha de lo que pasaba, se produjeron en ellos los fenómenos magnéticos. No podía haber allí concentración alguna de atención de parte de los pacientes; no era tampoco un efecto de la imaginación, puesto que ninguna noticia tenían aquellos de los individuos que operaban sobre ellos. No tendríamos inconveniente en citar otros ejemplos del mismo género, mas concluyentes todavía, si es posible. El agente real que opera sobre el cual se opera, es la fuerza *odílica*, fluido análogo a la electricidad, aunque diferente en verdad, esparcido por el sistema nervioso, y que parece ser el intermedio por donde se relaciona el alma con el cuerpo. Cuando este fluido se halla bajo la influencia de una fuerza odílica superior o de una fuerte concentración mental del paciente mismo, se produce un movimiento particular o una

distribucion desigual, por consecuencia de los cuales el cerebro y el sistema nervioso cesan en su ejercicio o entran en relaciones anormales con el espíritu.

Pareciéndose los medios empleados para destruir el estado magnético a los que se usan para hacer volver en sí a las personas acometidas de un síncope, el doctor Esdaile y otros han supuesto que la potencia odífica del operador hace refluir en el cerebro el fluido nervioso del sujeto, como un rio que retorna a su oríjen, quedando por este medio privados los nervios de la facultad de sentir.

LA REDACCION.

(Continuará.)

ASPIRACIONES Y DEBERES DE LA MUJER

EN LA VIDA ÍNTIMA Y SOCIAL.

(TRADUCCION DEL INGLES.)

Estudiando las costumbres, las ideas y la historia de los pueblos, tanto antiguos como modernos, no podemos menos de admirar a la mujer en todas las circunstancias de la vida, y la parte inmensa, la influencia nunca desmentida que ejerce en el ánimo de sus padres o de sus hijos.

Pero como ese poderoso influjo puede ser la base del bien o del mal, a la mujer le está destinada la gloria de modificar los defectos o desarrollar las virtudes y buenas cualidades, cuando en el sagrado deber de madre, sabe dar una buena educacion a sus hijos; de ella depende su porvenir, será a ella a quien se dirijan las felicitaciones, y recojerá el fruto de sus desvelos cuando vea asegurada la felicidad de su familia y que las perlas de su corazon, sus virtudes, se reflejen en su frente.

Los buenas costumbres no se adquieren sino con el buen ejemplo y en la edad mas tierna, porque si un niño crece, acostumbrado a conducirse mal, camina sin detenerse hasta el precipicio, del mismo modo que el torrente se precipita en el mar.

La vida y las virtudes de los jefes de una familia, es el libro en donde estudian sus hijos, con los que deben ser severos hasta cier-

to punto, pero afectuosos y dulces al mismo tiempo, de modo que se les respete, se les ame, pero no se les mire con temor.

¡Cuántos padres hemos visto que creian consistia la educacion de los niños en castigarles cruelmente! Es el mayor error.

La induljencia y la bondad, sin que toque en indolencia, son necesarias, pero sin dejar el mas pequeño defecto sin correctivo.

Lo principal que desde niños debemos aprender es a tener urbanidad para con todos, cualidad indispensable para hacerse amar, tanto de los superiores como de los inferiores, pues las personas que nos rodean, incluso los criados, merecen interes y cortesania, y mas aun son los inferiores, pues éstos por su posicion se ven obligados a obedecer y a callar.

El amor al trabajo es otra de las principales bases de la educacion, porque siendo la laboriosidad el primero de todos los deberes, hai que hacer de él una segunda naturaleza. Fácil es en un corazon tierno e infantil sembrar las semillas de aplicacion, nobleza, honor y deseo de instruirse, semillas que tan ópimos frutos deben dar en el porvenir.

Reyes y esclarecidos príncipes hemos visto en la historia, recurriendo en la desgracia a sus propios conocimientos y buscando en el trabajo, la subsistencia; en la fé, la resignacion.

El deber principal de una madre es grabar en el corazon de sus hijos, como cimiento sólido del edificio de su felicidad, los sanos principios de moral y de relijion, cual necesario freno para la juventud y como inefable consuelo en la adversidad. Un corazon que no alberga el puro sentimiento relijioso, es como un arenal, como un campo estéril, que no produce ni perfumadas flores, ni frutos sanos, ni menos aún puede prestarse al cultivo, y que, por consiguiente, se mira abandonado y solitario.

Es ademas la relijion un brazo para la fraternidad, pues ella nos impulsa a socorrer al desgraciado, la que nos aleja de esas terribles pasiones, el odio, la venganza, la envidia, foco de crímenes, de la deshonra, y que nos conducen a un abismo.

La madre que sienta sobre sus rodillas al inocente niño y le hace repetir balbuceando la palabra de Dios, funda los sólidos cimientos de las virtudes, que harán de su hijo el buen ciudadano, el honrado jefe de la familia, el hombre recto y pundonoroso, y de su hija, el ángel del hogar doméstico, la matrona ejemplo de abnegacion, de amor conyugal y maternal, y el ornamento de la sociedad.

Cuando una niña llega a la edad de diez o doce años, instruida ya en sus deberes filiales, en la obediencia, en la sencillez y la modestia, debe una buena madre empezar a preparar su intelijencia para que algunos años despues pueda presentarla en sociedad adornada con todas las bellezas morales, mas apreciadas y mil veces preferibles a las bellezas fisicas.

Una madre debe fijarse sobre todo en las tendencias del carácter de su hija, desde mui niña, y antes de formar a la jóven de buena sociedad debe cuidarse de que tenga todas los conocimientos necesarios para el buen órden y gobierno de la casa; la mujer para la vida íntima primero, la dama social despues. La educacion intelectual, la vasta y profunda instruccion y el buen tono, son accesorios necesarios en una señorita, pero es indispensable tenga todas las nociones para que llegue a ser buena madre de familia, económica, laboriosa y acostumbrada a toda clase de trabajos domésticos, pues de lo contrario, si no posee una gran fortuna, ¿cómo podrá gobernar su casa, velar por sus intereses y dirigir a sus criados?

Vemos familias en cuyas casas, a pesar de la escasez de medios, reina cierto bienestar, y no se carece de lo necesario, debido a la prudente direccion de la que no solo es dueña de ella, sino responsable de los desórdenes que se adviertan y que conducen a la ruina, despues de los disgustos que proporciona un réjimen que no esté de acuerdo con las reglas de economía, necesaria aun en las casas que disfrutan pingües rentas.

Una jóven debe aprender a distribuir el tiempo para sí propia y para sus criados, a llevar las cuentas diarias del gasto para estar siempre al corriente de las necesidades de su casa, y saber administrarla, acostumbrándose sobre todo a no desear mas de lo justo, a no envidiar la alta posicion de los demas, motivo muchas veces de graves faltas, desventura e intranquilidad. La Providencia reparte sus dones con profusion, pero tambien tiene sus elejidos, en los que le agrada admirar la laboriosidad, la resignacion y la alegría, que proporciona una vida modesta, sencilla, y en la que satisfecho cada cual de los individuos que forman la familia, se afanan solo por cumplir en su esfera con los deberes que les están encomendados.

Pero si una alta posicion social y una gran fortuna sonrie desde la cuna, entonces ¿qué placer puede compararse al de ser el ángel de la caridad, el apoyo de los pobres, el consuelo de los desvalidos?

Conozco una jóven cuyos padres pertenecen a una de las mas

altas familias de Dublin, tan bondadosa, tan caritativa, que su vida se desliza gozosamente ocupada en hacer limosnas y en instruir a los hijos de los desgraciados, reflejándose en su anjelical semblante la pureza y virtudes de su corazon.

¿Cómo es posible que la que alberga esas cualidades, la que ha tenido el buen ejemplo y escelente educacion de su madre, no sea a su vez honrada y buena, cuando se ve rodeada por sus hijos?...

Esos pequeños detalles de la vida doméstica, son los que á una niña debe enseñársele, aunque sea lo mas minucioso.

Saber mandar a los criados, para que no haya discusiones ni desobediencia, ser con ellos digna y no faltarles en nada, para que ellos a su vez no falten, y hacerse respetar sin adquirir forma de severa, más que para el cumplimiento de sus obligaciones.

Largos años hace que Alemania camina velozmente para colocarse a la cabeza de la civilizacion europea; y tanto en política, como en industria, es uno de los paises mas adelantados.

No en menor escala está desarrollada la base principal de ese bienestar y de esa preponderancia de que disfruta; la educacion de la mujer, tanto para la vida de familia cuanto para la sociedad, porque repetiremos siempre que la mujer es un diamante oculto en el hogar doméstico, una perla en su nacarada concha, y que para su familia es como el rocío vivificador que anima y embellece la carrera de la vida.

Si bien en Francia la educacion de la mujer es estensa y suficiente para hacerla brillar en el gran mundo y desarrollar su natural perspicacia y viveza femenina, formando un ser espiritual, distinguido, con conocimientos jenerales suficientes para que su conversacion sea agradable, dista mucho, sin embargo, de la instruccion profunda que recibe una jóven en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, y que la aleja de todo lo superficial, formando encantadoras criaturas para los salones e inmejorables para manejarse por sí solas y atender con rijidez los deberes de la casa.

Difícilmente podrá encontrarse un pais, una poblacion, en que la mujer cautive y seduzca mas que en Viena, pues su conversacion encanta, por la vasta instruccion que posee, por la profundidad de sus ideas, por su ingenio y donaire, y sobre todo, porque en la jeneralidad son un modelo en la vida íntima, de dulzura, bondad y órden.

CÁRLOS 2.º LATHROP.

(Continuará.)

¡A LA CÁRCEL TODO CRISTO!

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIREI INGLES

I

Por los años de 1752 recorría las calles de Lima un buhonero o *mercachifle*, hombre de mediana talla, grueso, de manos y facciones toscas, pelo rubio, color casi alabastrino y que representaba muy poco más de veinte años. Era irlandés, hijo de pobres labradores, y, según su biógrafo Lavalle, pasó los primeros años de su vida conduciendo haces de leña para el castillo de Dungan, residencia de la condesa de Beccive, hasta que un su tío, padre jesuita del convento de Cádiz, lo llamó a su lado, lo educó medianamente y, viéndolo decidido por el comercio más que por el santo hábito, lo envió a América con una pacotilla.

No *Ambrosio el inglés*, como llamaban las limeñas al mercachifle, convencido de que el comercio de cintas, agujas, blondas, dedales y otras chucherías no le produciría nunca para hacer caldo gordo, resolvió pasar a Chile donde consiguió, por la influencia de un médico irlandés muy relacionado en Santiago, que con el carácter de ingeniero delineador lo empleasen en la construcción de albergues o casitas para abrigo de los correos que, al través de la cordillera, conducían la correspondencia entre Chile y Buenos Aires.

Ocupábase en llenar concienzudamente su compromiso, cuando tuvo lugar una formidable invasión de los araucanos, y para rechazarla organizó el capitán jeneral, entre otras fuerzas, una compañía de voluntarios extranjeros, cuyo mando se acordó a nuestro flamante ingeniero. La compañía le dió honra y provecho; y sucesivamente el rei le confirió los grados de capitán de dragones, teniente coronel, coronel y brigadier; y en 1785, al ascenderlo a mariscal de campo, lo investió del carácter de presidente de la audiencia, gobernador y capitán jeneral del reino de Chile.

Ni tenemos los suficientes datos ni la forma lijera de nuestras Tradiciones nos permite historiar los diez años del memorable gobierno de don Ambrosio O'Higgins. La fortaleza del Barón, en Val-

paraiso, y multitud de obras públicas hacen su nombre imperecedero en Chile.

Habiendo reconquistado la ciudad de Osorno del poder de los araucanos, el monarca lo nombró marques de Osorno, lo ascendió a teniente jeneral y lo trasladó al Perú como virei, en reemplazo del Baylío don Frey Francisco Gil y Lemus de Toledo y Villamarin, caballero profeso del orden de San Juan, comendador del Puente Orvigo y teniente jeneral de la real armada.

El 5 de julio de 1796 se encargó O'Higgins del mando. Bajo su breve gobierno se empedraron las calles y concuyeron las torres de la Catedral de Lima, se creó la sociedad de beneficencia y se establecieron fábricas de tejidos. La portada, alameda y camino carretero del Callao fueron tambien obra de su administracion.

En su época se incorporó al Perú la intendencia de Puno, que habia estado sujeta al vireinato de Buenos Aires, y fué separado Chile de la jurisdiccion del vireinato del Perú.

La alianza que por el tratado de San Ildefonso, despues de la campaña del Rosellon, celebró con Francia el ministro don Manuel Godoi, duque de Acudia y príncipe de la Paz, trajo como consecuencia la guerra entre España e Inglaterra. O'Higgins envió a la corona siete millones de pesos con los que el Perú contribuyó, mas que a las necesidades de la guerra, al lujo de los cortesanos y a los placeres de Godoi y de su real manceba Maria Luisa.

Rápida pero fructuosa en bienes fué la administracion de O'Higgins, a quien llamaban en Lima *el virei ingles*. Falleció el 18 de marzo de 1800 y fué enterrado en las bóvedas de la iglesia de San Pedro.

II

Grande era la desmoralizacion de Lima cuando O'Higgins entró a ejercer el mando. Segun el censo mandado formar por el virei Baylío Gil y Lemus; contaba la ciudad, en el recinto de sus murallas, 52,627 habitantes y, para tan reducida poblacion, escedia de mil cuatrocientos el número de carruajes de particulares que, con ricos arneses y soberbios troncos, se ostentaban en la Alameda. Tal esceso de lujo basta a revelarnos que la moralidad social no podia rayar mui alto.

Los robos, asesinatos y otros escándalos nocturnas se multiplicaban y, para remediarlos, juzgó oportuno S. E. promulgar bandos, previniendo que seria aposentado en la cárcel todo el que, despues

de las diez de la noche, fuese encontrado en la calle por las comi-siones de ronda. Las compañías de *encapados* o agentes de policía, establecidas por el virei Amat, recibieron aumento y mejora en el personal con el nombramiento de capitanes, que recayó en personas notables.

Pero los bandos se quedaban escritos en las esquinas y los desórdenes no disminuían. Precisamente los jóvenes de la nobleza colonial hacían gala de ser los primeros infractores. El pueblo tomaba ejemplo en ellos, y viendo el virei que no había forma de estirpar el mal, llamó un día a los cinco capitanes de las compañías de *encapados*.

—Tengo noticia, señores, les dijo, que ustedes llevan a la cárcel solo a los pobres diablos que no tienen padrino que les valga; pero que cuando se trata de uno de los marquesitos o condesitos que andan escandalizando el vecindario con escalamientos, serenatas, estocadas y jolgorios, vienen las temporizaciones y se hacen ustedes de la vista gorda. Yo quiero que la justicia no tenga dos pesos y dos medidas sino que sea igual para grandes y chicos. Ténganlo ustedes así por entendido y, después de las diez de la noche... ¡a la cárcel todo Cristo!

Antes de proseguir refiramos, pues: viene a pelo el origen del refran popular *a la cárcel todo Cristo*.—Cuentan que en un pueblo de Andalucía tuvo lugar una procesion de penitencia, en la que muchos de los devotos salieron vestidos con túnica nazarena y llevando al hombro una pesada cruz de madera. Parece que uno de los parodiadores de Cristo empujó maliciosamente a otro compañero, que no tenía aguachirle en las venas y que, olvidando la manse-dumbre a que lo comprometía su papel, sacó a relucir la navaja. Los demás penitentes tomaron cartas en el juego y anduvieron a mojicon cerrado y puñalada limpia, hasta que apareciéndose el alcalde, dijo:—¡A la cárcel todo Cristo!

Probablemente don Ambrosio O'Higgins se acordó del cuento cuando, al sermonear a los capitanes, terminó la reprimenda empleando las palabras del alcalde andaluz.

Aquella noche quiso S. E. convencerse personalmente de la manera cómo se obedecían sus prescripciones. Después de las once, y cuando estaba la ciudad en plena tiniebla, embozóse el virei en su capa y salió de palacio.

A poco andar tropezó con una romda; mas reconociéndolo el capitán lo dejó seguir tranquilamente, murmurando:

—Vamos, ya pareció aquello! Tambien S. E. anda de galanteo y por eso no quiere que los demas tengan un arreglillo y se diviertan.

Y el virei encontró otras tres rondas, y los capitanes le dieron las buenas noches; y le preguntaron si queria ser acompañado; y se desdritieron en cortesías; y le dejaron libre el paso.

Sonaron las dos, y el virei, cansado del ejercicio, se retiraba ya a dormir, cuando le dió en la cara la luz del farolillo de la quinta ronda, cuyo capitan era don Juan Pedro Lostaunau.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Soi yo, don Juan Pedro, el virei.

—No conozco al virei en la calle despues de las diez de la noche. Al centro el vagabundo!

—Pero, señor capitan...

—Nada! El bando es bando y ¡a la cárcel todo Cristo!

Al siguiente dia quedaron destituidos de sus empleos los cuatro capitanes que por respeto no habian arrestado al virei; y los que los reemplazaron fueron bastante enérgicos para no andarse en contemplaciones, poniendo en breve término a los desórdenes.

El hecho es que pasó la noche en el calabozo de la cárcel de la Pescadería, como cualquier pelafustan, todo un don Ambrosio O'Higgins, marques de Osorno, baron de Ballenary, teniente jeneral de los reales ejércitos y trijésimo sexto virei del Perú por S. M. don Carlos IV.

RICARDO PALMA.

NO HAI MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

Es necesario convenir en que todos hacemos en el mundo un inmoderado abuso de los refranes que desde nuestros primeros años se graban en nuestra memoria. Y esto consiste en que el hombre es naturalmente inclinado a todo lo setencioso, a todo lo que de un modo lacónico ofrece el interes de un precepto moral, suministrando a veces armas para la polémica, que suelen tener las apariencias aunque no el fondo de la lójica, fundándose en la jeneral aceptacion que han merecido, como si fuera matemáticamente cierto todo lo que se apoya en el comun sentir de los hombres. Yo coloco sin inconveniente ni reserva los refranes en la seccion falsa

de este arsenal de armas de mala lei, por cuanto suelen ocultar el golpe que hiere de rechazo al que las maneja, del mismo modo que cada veneno tiene su contra-veneno, que suele ser un veneno tambien.

El refran que sirve de epígrafe a este artículo es un consuelo muchas veces, pero nada mas que un triste consuelo, tan fugaz como esas ilusiones ópticas que desaparecen al mas lijero cambio de los objetos que la luz refleja o refracta. Contra la máxima que dicho refran encierra tenemos esta otra, menos consoladora, pero mas verdadera: "Bien vengas mal si vienes solo." Y voi a demostrar mi proposicion para que no se crea que trato de imponer a mis lectores por capricho lo que ellos aceptarán voluntariamente como aceptan todas las verdades elevadas al rango de los axiomas.

Es un mal, por ejemplo, el que le saquen a uno una muela y no tenga noticia de que de este mal haya resultado jamas algun bien. Lo mismo que digo de este mal puede decirse de todos los males físicos o morales que el hombre experimenta en este valle de lágrimas, sacando de todos la misma consecuencia fundada en la observacion, a saber: que ningun tuerto por el hecho de perder un brazo ha recobrado el ojo que le faltaba; ningun rico ha duplicado su hacienda por perder la que tenia. El caso que la sociedad mineralizada en que vivimos puede presentar mas favorable al citado proverbio, es aquel en que un jóven hereda una gran fortuna por la muerte de sus padres; pero el bien a tanta costa adquirido será siempre considerado por mí como un verdadero mal.

Lo que deberia decirse es que no hai absolutos males ni absolutos bienes en el mundo, puesto que lo que para los unos es malo, para los otros es bueno, y vice-versa, sobre lo cual podriamos citar numerosos ejemplos diariamente, sin mas que asistir a las operaciones de la bolsa, donde las noticias que llegan del oriente hacen subir los fondos perjudicando a los que están por la baja, o bajar fastidiando a los que juegan al alza, en cuyas peripecias nunca se verifica que uno llore sin que otro baile, o que uno baile sin que otro llore; y como la bolsa es la miniatura de la sociedad, no creo necesario insistir en este punto para probar que el refran en cuestion está mal formulado, pues lo que deberia decir es que no hai bien ni mal para una persona que no redunde en daño o beneficio de otra.

Paso a demostrar ahora que tenia razon el que dijo: "Bien vengas mal si vienes solo." Pero, por ventura, ¿necesita demostracion esta verdad que puede incluirse en el número de las proposiciones

que los lójicos llaman evidentes? Para los que han estudiado las ciencias exactas no hai nada que no exija demostracion en el mundo. ¿Puede darse una verdad mas palpable que la de que la suma es el conjunto de los sumandos? Sin embargo, no hai matemático que la acepte sino despues de probar que la suma es la reunion de las unidades, de las decenas, de las centenas, etc., o lo que es lo mismo, que el todo es igual al conjunto de las partes; y aunque esta desconfianza de los que se dedican a las ciencias exactas peca de exajerada, vale mas seguramente a los ojos de la intelijencia examinar las verdades antes de sancionarlas, que recibir a cierra ojos todos los disparates que de dia en dia descarga el humano charlatanismo, tales como las paradojas del doctor Gall sobre la manifestacion esterna en el cerebro de las facultades morales, intelectuales y animales; las de Lavater, que esplica por la fisonomía lo que Gall por el cráneo, y sobre todo las teorías de Mesmer, que han enjendrado las modernas estravagancias sobre las mesas danzantes, espíritus golpeantes y otras cosas cuyo número se eleva a la potencia del ridículo en que caen los que tales sandeces propagan.

La verdad encerrada en el refran: "Bien vengas mal si vienes solo," se demuestra *a priori* y *a posteriori*. Emplearemos los dos métodos a la vez.

Cualquiera que haya querido observar las caprichosas evoluciones del destino, habrá visto que el bien y el mal entran en el seno de las familias, digámoslo así, por entregas. Desde el momento en que un hombre es afortunado en una empresa, puede estar seguro de no dar un paso sin resultados favorables, y esto, léjos de estrañarme, tiene para mí la esplicacion mas clara y natural. En efecto, figurémosnos que un hombre se consagra a cualquier ramo del comercio: si este hombre entra en la via de las prosperidades, su crédito, léjos de disminuir, aumenta de dia en dia; los que habian de asediarse como acreedores, le suplican como deudores, y no hai sacrificio que no estén dispuestos a hacer en su favor para tenerle propicio; los que ántes no le hubieran prestado dinero sin llevarle un quince o veinte por ciento, se lo prestan luego a un interes módico y sin mas garantía que su firma o su palabra; en una palabra, los que al verle caido, le hubieran dado por el pié, al verle levantado contribuyen con todas sus fuerzas a su mayor honra y provecho. Todo lo contrario se observa en el desgraciado a quien persigue la negra fortuna, y esto tiene la misma esplicacion o si ustedes quieren, la esplicacion inversa. El mismo comerciante para

quien un suceso venturoso no es mas que el primer término de una serie de prosperidades, debe temer mucho dar un tropezon, porque este mal paso será para él el primer término de una serie de tropezones que no concluirán hasta que se haya roto las narices. El labrador que tiene la desgracia de perder una mula y no puede reemplazarla, pierde desde luego lo que le costó la mula: este mal produce inmediatamente otro, cual es el de abandonar la labor de sus tierras; no pudiendo labrar las tierras, coje naturalmente ménos grano del que esperaba, y a la fatalidad de no cojer bastante grano para comer, vender y sembrar, se sigue el de tener que vender a ménos precio las tierras, dando al traste con toda su labranza.

No hace muchos años que en el principado de Cataluña ocurrió la sangrienta historia que voi a referir como prueba de que el mal ejerce una funesta fuerza de atraccion tal, que cuando se presenta en una casa debe considerársele como preludio de mayores calamidades.

Es el caso que un pobre labrador tenia dos hijos, uno en mantillas y otro de unos diez o doce años de edad. Este último solia llevar todos los dias la comida para su padre al lugar en que éste cultivaba la tierra, siendo tan puntual en su comision, que nunca se habia detenido un cuarto de hora mas de lo acostumbrado. Un dia por desgracia el pobre muchacho se detuvo a la salida del pueblo a jugar un rato con sus amigos, motivo por el cual tardó demasiado en llegar adonde, su padre le esperaba. Este, sin ánimo de causar grave mal o su hijo, le tiró a cierta distancia una piedra del tamaño de una avellana, que conforme podia no haberle tocado, fué a darle casualmente en una sien, dejándole muerto en el acto.

Sabida la triste noticia en el pueblo, corrió la madre llorando al sitio de la catástrofe, y mientras la pobre mujer iba a derramar las lágrimas del dolor sobre el hijo a quien ya no podia tributar otro consuelo, salieron los cerdos del corral, y se comieron al niño que habia dejado solo en la cuna. Como ustedes ven, la muerte inesperada del muchacho, causada inocentemente por el padre, produjo la del niño ocasionada por el natural aturdimiento de la madre; pero no concluyó aqui la tragedia. Cuando la desventurada madre volvió a casa y supo lo ocurrido, cayó muerta repentinamente, y al saber el pobre labrador las nuevas desgracias de su casa, perdió el juicio, cediendo a esa muerte anticipada que lleva el nombre de locura. Ahora bien: si el desventurado padre a quien tan duramente trató la fatalidad no hubiera tenido la mala suerte de matar a su

hijo mayor, no habria tenido la desdicha de perder al mas pequeño; sin la muerte de sus hijos, tampoco hubiera perdido a su mujer, y sin estas calamidades reunidas no hubiera ido a parar a un hospital de locos, que es el cementerio de los que solo conocen ya la vida por las impresiones del dolor.

A este ejemplo, mas que suficiente para probar que puede realmente darse la bienvenida al mal cuando viene solo, añadiré por último otro ménos triste, aunque no ménos digno de referirse por su estraña orijinalidad.

Se trata de unos cuantos muchachos que estaban a pupilo en casa de un dómine de mi pueblo, mil veces mas miserable y cruel que el padre Cabro, tan acertadamente descrito por el célebre Quedo. Estos muchachos habian llegado a experimentar de tal manera los rigores del sueño y del hambre, que cuando volvieron a sus casas habian perdido la facultad de comer y dormir, siendo cada uno de estos males consecuencia inmediata del otro. Sentábanse los pobres chicos a la mesa con un hambre que no veian, pero como tenian tanto sueño, se quedaban dormidos antes de llevar la cuchara a la boca, y esto sucedia siempre a las horas de comer. Llegaba la hora de acostarse, y allí tenia lugar la recíproca; se metian los pobrecitos en la cama deseando dar al cuerpo el descanso necesario, pero sentian tal desfallecimiento en el estómago, que por mas que hacian no podian pegar los ojos. Asi, se dijo con razon que los discípulos de mi paisano el dómine, cuando volvian a sus casas, no podian dormir de hambre, ni comer de sueño, cosa que en otro sentido observamos comunmente en la sociedad.

Hai literatos, pintores y sábios en el mundo que serian ricos si dieran a luz sus obras, pintasen los cuadros que han imaginado o pusiesen en práctica alguna teoría que han concebido, y estos sujetos podrian con fundamento decir: un mal enjendra otro; si nosotros realizásemos nuestros proyectos, tendríamos dinero, y si tuviésemos dinero realizariamos nuestros proyectos; no trabajamos porque nos faltan los recursos, y nos faltan los recursos porque no trabajamos.

Esto es lo que llamamos el círculo vicioso; la cuestion de si la gallina existió ántes que el huevo, o el huevo ántes que la gallina. Pero para mí, tratándose de los males que aflijen a ciertos hombres, no hai cuestion: el segundo de sus males ha de ser consecuencia inevitable del primero, y el primero se agrava con el incremento del segundo; de modo que todos los desgraciados se parecen en mi

concepto a aquellos infelices muchachos de quienes se decía con razón que ni el sueño les dejaba comer, ni el hambre les dejaba dormir.

J. N. B.

EL HORÓSCOPO DE CATALINA DE MÉDICIS.

Cierta noche oscura, de las pocas que reinan bajo el cielo italiano, se hallaban reunidos los miembros de la familia de Médicis en el salón principal del palacio Ricardi, espléndida morada de los duques de Florencia.

Sobre una mesa de mármol colocada en el centro del salón, se veía una cuna de ébano que atraía todas las miradas por sus magníficos adornos, y de ella salían los débiles vajidos de una criatura recién nacida, hija única del duque Lorenzo, y llamada Catalina de Médicis!

De pronto se abrieron las puertas del salón y entraron en él cuatro ancianos de aspecto grave y severo, dirigiéndose hacia el estrado en que se hallaba el gran duque.

Levantóse éste, avanzó algunos pasos, y encarándose con el más anciano, le dijo con un acento que revelaba su profunda emoción:

—Qué tal, sabio Basilio? ¿Os habeis puesto de acuerdo? ¿Nos traéis buenas nuevas?

—El destino del hombre, contestó el viejo, no depende de los que lo consultan. Bien quisiéramos, señor duque, traduciros un horóscopo favorable, pero...

—Hablad, pues tengo valor para oír cuanto me digais.

—Pues bien, señor duque, retened mis palabras: esa niña, hoy tan inocente y pura, arrastrará una existencia llena de turbación y de intrigas; pero vuestra familia y la república de Florencia nada tendrán que temer. ¡Pero desgraciada la nación que abrigue a esa niña en su seno! He dicho, y lo que he dicho será verdad.

Un silencio sepulcral acogió estas palabras; Lorenzo se volvió hacia los otros viejos con el objeto de leer en sus fisonomías alguna señal de desaprobación, pero los tres se inclinaron, manifestando así su asentimiento a las palabras de Basilio. La familia celebró un consejo secreto, pues a ninguno de sus miembros ocurrió poner en duda las palabras del sabio, y trataron de buscar un medio que

evitase las desgracias que había anunciado el horóscopo. Después de largas deliberaciones fué sentenciada Catalina a un perpétuo celibato; pero la voluntad del cielo es mas fuerte que la de los hombres.

Veintiun años despues de lo que acabamos de referir, un ejército español enviado por el papa Clemente VII, (un Médicis) sitiaba a Florencia. Insurreccionados los habitantes de esta ciudad contra los Médicis en 1527, espulsaron a los individuos de esta familia a escepcion de Catalina, que se hallaba en un conyento. Florencia tuvo que someterse, y la hija de Lorenzo recobró su libertad al mismo tiempo que triunfaba la causa de los suyos. Cárlos V, cuyas tropas acababan de devolver la ciudad a los Médicis, quiso obtener en recompensa la mano de Catalina. El papa se la negó, prefiriendo entregarla a Francisco I, que la había pedido para su hijo. El emperador de Alemania se irritó y escribió al papa quejándose amargamente por tan injusta preferencia; pero Clemente, que sabia la prediccion de Basilio, se contentó con responder a la carta del emperador, que "había regalado a la Francia una serie de turbulencias incalculables."

El matrimonio celebrado en Marsella en 1533 justificó el horóscopo de Basilio en la madre de Cárlos IX y Enrique III.

UNA TUMBA Y UN CLAVEL BLANCO.

C'est que la mort n'est pas ce que la foule en pense!
 C'est l'instant où notre âme obtient sa récompense,
 Où le fils exilé rentre au sein paternel,
 Quand nous penchons près d'elle une oreille inquiète,
 La voix du trépassé, que nous croyons muette,
 A commencé l'himne éternel!

VICTOR HUGO.—(Oda a Lamartine.)

I.

De vida estás rebosando;
 Esbelto creces y hermoso;
 Mas en la tumba medrando,
 Blanco espectro semejando,
 Serás para el mundo odioso.

Triste destino es el tuyo:
Do quiera rei de las flores,
De los jardines orgullo,
Y aquí es tu bello capullo
Solo emblema de dolores!

Hoi la hermosa, la elegante
No te prenderá en su seno
Para agradar un instante
Cual lo hace mi pecho amante
De amor de ultratumba lleno.

Nó, que en tu blanca y virjinal figura
Ha grabado la muerte esta inscripcion:
¡Bebe tu savia en negra sepultura
Reflejo sé de un puro corazon!

¡Pobre clavel! tu vida es mi tesoro!
Blanco como tus flores, mi cabello
Hoi va a tornarse con mi ardiente lloro,
Mientras tú creces misterioso y bello.

II.

Que hai una hora en nuestra vida
Angustiosa, torturante,
Histórica, sollozante
Como eterna despedida.

En aquesa amarga hora,
Vaga y seca la pupila
Ni una lágrima destila
Porque el dolor la devora.

Si al cielo vuelvo los ojos
Me dice: "apura el veneno,
Ciñe corona de abrojos
Que sufrir, sufrir es bueno."

Invoco luego a la muerte,
Mas ésta me dice ufana:
"Cobarde, espera a mañana
Que tu pena hoi me divierte!"

Busca el alma fatigada
 En su valor la entereza,
 Y a solas con su flaqueza
 Halla el vacío, la nada!

III.

Si humana forma y corazón tuvieras,
 Si mi acerbo dolor te diera aliento,
 Penetrado tal vez de sentimiento,
 En su tumba, clavel, tú me escondieras.

Tú me enlazaras a tus raíces, donde
 Mi hijo reposa, inanimado y frío;
 Mi Héctor que a mi voz ya no responde,
 Que no se apiada del lamento mío.

De mí ha huido la alegría,
 ¿Culpa mía es suspirar?
 ¡Ai! la tórtola doliente
 Lo que siente ha de cantar!

Por la selva ya no vuela;
 Se desvela con su afán,
 Si al polluelo más amado
 Le ha arrancado el huracán.

IV.

Más en los pliegues de la noche oscura,
 Entre flotante y trasparente velo,
 Yo creo ver de mi Héctor la figura
 Como un meteoro del filial consuelo.

Y en el suspiro de la noche errante
 Cual dulce y melancólica armonía
 A su espíritu escucho, suplicante,
 Que a Dios implora por la angustia mía.

Y si caigo
 Ya rendida
 Aterida
 De penar,
 En mi sueño,

Cual beleño,
 Siento dulce
 Murmurar.
 Es su acento
 Que otro día
 Repetía:
 "¡Mi mamá!"
 Y ora dice
 "¡Soi felice,
 Tanto llanto
 Seca ya!"

Despierto entonces y murmurando apenas
 Su nombre, que me arropa el corazón,
 Quiero estrechar al ser que me enajena,
 Mas ¡ai! se torna al cielo mi visión.

V.

¡Oh tú custodio de una tumba amada,
 Bello clavel, a mi dolor asido,
 Que brotando de fúnebre morada
 Eres la efijie de mi bien perdido;
 Flor de la esencia de su ser formada
 Si con mi acerbo llanto te he nutrido
 Rasga el encanto que a Héctor trasfigura
 Y dame a ver su anjelical figura!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

AMOR ROMÁNTICO.

(A FELICIA.)

Rompe, corazón, el hielo
 Con que encubres tu pasión;
 Alza tu tímido vuelo,
 Y hasta en las puertas del cielo
 Corre a golpear, corazón.

Mas, ¡lograrás que tu acento
 Guarde lejana armonía

Con el hondo sentimiento
Que arranca triste lamento
De amores al alma mia?

Qué temes? Es tan hermosa
La hurí que te hace soñar,
Que un alma pura, amorosa,
En ese cuerpo de diosa,
Corazon, has de encontrar.

Y no te asuste el mundano,
El sarcástico clamor
Que pregona soberano
Que el amor es nombre vano
En el siglo del vapor.

Rompe, rompe esas cadenas
Que te intentan oprimir;
Quizá concluyan tus penas...
Porque ¡ai! si la copa llenas.
Corazon, ¿podrás latir?

¿Podrás acaso esperar
Que una apacible bonanza
Venga tu pena a calmar
Y te vuelva a iluminar
La estrella de la esperanza?

Nó, corazon. Alza el vuelo,
Confiesa al fin tu pasion.
Si vas a buscar consuelo
Hasta en las puertas del cielo,
¿No lo hallarás, corazon?

¿No me consolarás, astro radiante,
Luz que ha encendido el alma que te adora?
¿Ni una mirada a tu escondido amante
Premiará la pasion que lo devora?

¿De tí no brotará, cándida estrella,
Ni un rayo pasajero de ternura?
¿Tan solo me darás, Felicia bella,
En premio de mi amor honda amargura?

¿No habrá en tu seno un corazón creado
 Para sentir lo que tu ser inspira?
 En cuerpo tan gentil un pecho helado!
 ¿No puede ser tanta beldad mentira!...

Oh! si al ver que tu amor es mi destino
 Calmaras con tu amor mi ansioso anhelo
 Y en mí posaran su mirar divino
 Tus grandes ojos de color de cielo!

¿Si tu boca rosada y desdeñosa
 Diera consuelo a mi pasión ardiente!
 ¿Si tu mirada lánguida y graciosa
 Se fijara en mis ojos dulcemente!

Oh! si escucharas mi ferviente ruego,
 Qué de tiernas palabras te diría!
 Quizá al contacto de este puro fuego
 Pudiera un día ¡oh Dios! llamarte mía!

Ah! si pudiera... Pero a cuánta altura
 Te elevas, mente mía, enajenada,
 Si tal vez la ilusión de tu ventura
 Solo es sueño de un alma enamorada?

¿Un sueño y nada más! Idea horrible!
 ¿Y es tu nombre adorado mi delicia,
 Es tu recuerdo mi ángel invisible
 Y tus ojos mi Eden, bella Felicia!

¿Un sueño, una ilusión, amada mía,
 Y encuentro en tí tan celestial encanto!
 Tu boca es manantial de poesía,
 Tu dulcísima voz doliente canto!

Y no poderte hablar! No ser mis ojos,
 Cual los tuyos, de amores dulce nido,
 Y con ellos mostrarte sin sonrojos
 Cuanto en mi triste pecho hai escondido!

Oh! no poderte hablar! Cuando al mirarte,
 El corazón a tí volar quisiera,
 Su pasión inmortal comunicarte
 Y arder contigo en esta inmensa hoguera!

...Mas si estas pobres líneas tu mirada
Se digna recorrer; si tu alma pura
Se siente por mi amor impresionada
Y en ella infunde celestial ternura;

Si al ver que un corazon por tu amor late,
Del tuyo nace un vago sentimiento
De calmar esa pena que lo abate
Y cambiar sus pesares en contento;

Si el amor con sus alas te tocara
Al escuchar mi pobre inspiracion,
Oh! qué gloria mayor nunca soñara
Gozar mi enamorado corazon?

¡Gloria mayor! Suspende, triste pecho,
Tus suspiros; prepárate a gozar...
El universo me parece estrecho...
Oh! déjame, Felicia, delirar!...

.....

Ya, corazon, has hablado,
Descubriste tu pasion;
Mas ¡ai! si eres despreciado,
Te arrojaré destrozado
De mi pecho, corazon!

Valparaiso, abril 15 de 1874.

E. T. C.

A...

En otro tiempo delirante y loco
Miré a mis plantas con desden el suelo,
Creíle entónces para tí mui poco
Y alzarme quise con tu amor al cielo...

Mas hoi en vano sin cesar invoco
De tu insensible corazon consuelo;
Cruel desengaño en mis angustias toco
Y en vez del fuego que te pido, hielo.

Tú fuiste el faro que salvó mi vida,
Fuiste la estrella que me dió camino;
Mi suerte estaba a tu capricho unida;

Todo fué una ilusion!... el negro síno
Me dice con su voz enronquecida:
"Amar y sucumbir" es tu destino.

1873.

M. ANTONIO BENAVIDES.

UNA PERLA ORIENTAL.

(CONTINUACION.)

—Mira. ¿No les ves allí, sentado en el borde de aquella fuente? Por Alá que está encantador con su nuevo traje. Hé ahí al Kislar-agá.

Y mientras pronunciaba estas palabras arrojaba miradas oblicuas al mameluco, que comprimia sus cejas y desgarraba la piel de Tartaria con que estaba forrada su jaqueta.

—En verdad, añadió Saled, que tienes razón para estar descontento. A tí te tocaba reemplazar a Mac-Amel, que el profeta tenga en su seno, y ahora un perro cristiano te posterga!... Loado sea Alá. Yo tomara venganza!

El mameluco miró a Saled, sin duda para cerciorarse de si decia verdad o se chanceaba; pero nada pudo conocer en la máscara de hielo del griego.

—Y qué avanzaria con eso? Se aventuró a preguntar Ben-ber-ley.

—Mahoma, nuestro profeta, se deshizo de los que le incomodaban, y triunfó. Lo que quiere decir que, deshaciéndote de Yousof, triunfarás.

—De veras? dijo el mameluco.

—Triunfarás, Ben-ber-ley, triunfarás.

Y ahora comprendes la utilidad de la venganza?

—Perfectamente.

—Y bien?...

—Mas, ¿cómo hacerlo?

—Puedes vengarte de dos modos: buscando o esperando alguna oportunidad. Si aceptas el primero, se necesita mucha táctica, finura y tino, y lo que es más, resolucion; y en este caso la venganza es pronta, rápida y algun tanto arriesgada; si el segundo, que a mí me parece mejor, ello es mas o menos tardío, pero tambien es infalible.

El mameluco volvió a mirar por segunda vez el rostro inmutable del griego, pero nada pudo conocer en la cabeza de piedra de su interlocutor.

— Elije! volvió a decir Saled.

— El segundo, dijo por fin el mameluco.

— Está bien, siguió el griego; y como se trata de un perro cristiano, yo te ayudaré.

— Y yo, replicó Ben ber-ley, os obedeceré en todo.

— Está bien; pero entiende que esto lo hago solo por el interes que me inspiras.

— Lo comprendo. Gracias.

— Entonces, principia por intentar atraerlo con amistad finjida. Vé y anúnciale su nuevo empleo, que ignora.

Ben-ber-ley se inclinó y salió.

Entonces fué cuando interrumpió la frugal comida de Yousouf.

Aquí conviene recordar a nuestros lectores las siguientes palabras de Condé, historiador de los árabes:

“Parece que nadie ignora el odio que los moros profesan a los cristianos, porque siendo ellos de la relijion de Mahoma y las razas de sus súbditos de la relijion cristiana, no pueden encontrar una persona que les cause mayor desprecio que quien profesa la verdadera relijion.”

IX.

D U D A.

Yousouf miró un momento al mameluco que se alejaba; en seguida, luego que le hubo perdido de vista tras un grupo de estátuas, que representaban la estravagancia de Abbas II (1), grupo cubierto en parte por el mirto de Esmirna, tendió la vista a su alrededor,

(1) Pidiendo Abbas informe sobre la conducta de un gobernador a dos personajes, éstos, para conservar la amistad de aquel, le respondieron que habia sido ejemplar. Abbas supo mas tarde la impostura y mandó, en castigo, arrancar los dientes al mas jóven y clavarlos en la cabeza del mas viejo. — (ANQUETIL.)

como anonadado, y por un movimiento, acaso involuntario, flaquearon sus piernas y cayó sentado en el borde de la fuente.

El laconismo del mameluco le habia trastornado.

Yousouf se confundia.

—Imposible: no puedo comprender esa estraña mudanza, se decia; el Bey rara vez me ve, y si ha llegado a verme ha sido a la distancia, cuando pasea por el jardin... No puede ser! Por otra parte, cómo lo ha podido saber el griego Saled? Ah! ya comprendo; ese mameluco es un espía, un enviado secreto... Mas, ¿cuál es su objeto? No lo columbro.

Yousouf se interrumpió. Despues de una pausa siguió:

—Mamelucos! Mamelucos! De hoi en adelante me guardaré bien; algo tendreis que trabajar para engañarme. Vosotros, siguió, sois capaces de embaucar a todo el mundo con vuestro aire hipócrita. Yo lo descubriré todo, él me lo dirá, o de otra manera yo se lo haré decir.

En seguida, poniéndose de pié bruscamente, siguió los pasos del mameluco Ben-ber-ley.

Sin embargo de que caminó precipitadamente, al dar vuelta el grupo de estatuas, donde un momento antes le habia perdido de vista, distinguió apenas la estremidad de una faja colorada, batida por el viento, de un hombre que salia por una puerta falsa que conducia a palacio.

Yousouf, no dudando que fuese Ben-ber-ley, siguió sus huellas estampadas en el piso enarenado.

—Ben-ber-ley! Ben-ber-ley! gritó.

El mameluco pareció no haber oido, y cerró con estrépito la puerta.

Yousouf la golpeó réciamente.

Nadie respondió.

—Ah! dijo, moviendo tristemente la cabeza; ahora comprendo vuestras intenciones, Ben-ber-ley!

Al pronunciar estas palabras, una palidez cadavérica cubrió su semblante, y sus dedos comprimieron con furor la empuñadura de su yatagan.

—Ben-ber-ley! volvió a gritar furioso, golpeando al mismo tiempo la puerta.

Los golpes, reproducidos por las estensas galerías, fueron su única respuesta.

Yousouf, a guisa de guardian, principió a pasearse ante la puerta

Un momento despues, una ventana rechinó sobre sus quicios, y el bronceado rostro del griego Saled se dejó ver.

El labio superior desaparecia completamente bajo su largo y retorcido bigote.

La cólera de Yousouf, mal reprimida, le impidió oír el ruido que la ventana, al abrirse, formara, y tampoco pudo distinguir al portapipa del Bey que le acechaba.

X.

PRIMER SUEÑO DE UN TESORERO.

El dia espiró... Yousouf, sin haber podido adelantar nada, lo pasó en la incertidumbre.

Al anochecer le fué entregado un pliego sellado con el anillo del Bey.

Su despacho de tesorero estaba estendido en forma.

Y desde el siguiente dia debia asistir a palacio para desempeñar las obligaciones de su nuevo empleo.

Yousouf estaba loco de contento.

Pronto iba a estar cerca de ella.

Y el jóven, por la primera vez, pasó en vela aquella noche, entregado al májico poder de sus ilusiones.

Veia a Zurla que, sonriendo, pronunciaba palabras que influian de una manera extraordinaria sobre su corazon... Que sus ojos, mas hermosos que los de una madonna de Rafael, le miraban y le fascinaban... Veia, en fin, a Zurla, alzarse de la nada, dar un paso sin ruido como el de una aparicion, y acercársele... Le parecia respirar su aliento y oír el eco de su voz.

La mora, mas hermosa que las huries, y cubierta de las galas mas ricas del Oriente, se presentaba a la imaginacion delirante de Yousouf.

Los lirios y las rosas componian su tez trasparente y diáfana como el azul del cielo. Sus ojos, rodeados de largas y crespas pestañas, parecian despedir rayos. Aquella cabeza griega, llena de majestad y dulzura, parecia animada por un soplo divino.

Lijera como la gacela del desierto vagaba ante los ojos de Yousouf, y su vestido, recamado de diamantes y ricas perlas de Ceilan, cubria su cuerpo, delgado y esbelto como el junco.

Vanas sombras, ilusiones vanas que duran un momento!

Yousouf dejó de soñar.

De continuo, nuestra felicidad futura nos embriaga antes de tiempo.

XI.

APARICION.

Tres dias habian trascurrido, desempeñando Yousouf las obligaciones de su nuevo empleo, y en los tres dias no habia visto un solo instante a Zurla.

Encontrábase una mañana reclinado en un sillón, maldiciendo la hora fatal en que, al separarse del jardín, habia abandonado los momentos mas felices de su existencia.

Yousouf sentia aquel amor sublime que pocos experimentan, porque no lo comprenden, que hace de la mujer una divinidad, y que es entónces cuando el hombre siente movimientos de inefable placer que le trasportan a un mundo desconocido, aunque su existencia sea de las mas amargas y penosas.

Tal era lo que Yousouf experimentaba.

Su vida de cautivo no era de las mui agradables, es verdad, pero ciertos momentos de ventura le hacian olvidar todos aquellos sinsabores que sus superiores podian ocasionarle.

El hombre que ama por la vez primera, dice Russell, es mas que un hombre, es un Dios, la mujer una divinidad (1).

La impetuosa pasion del enamorado acumula lo que puede imaginar de mas ideal en favor de su querida; se remonta, por decirlo así, en pensamientos quiméricos y poéticos para elevar al objeto de su ternura.

Deciamos, pues, que Yousouf, ocupado en tristes pensamientos, estaba sentado en un sillón.

Con efecto, un momento despues un leve ruido se hizo sentir.

El jóven levantó la cabeza como una liebre espantada, y sus ojos se detuvieron sobre el bruñido cristal de un espejo de Venecia.

Un grito se escapó de su pecho y quedó estupefacto, como si repentinamente se le hubieran presentado las brujas del Macbeth, con el ademan mas amenazador de que pudieran revestirse.

Acaba de ver a Zurla.

Tambien los objetos mas agradables, si se presentan repentinamente, sobresaltan nuestro espíritu como pudiera hacerlo un fantasma.

(1) *Sistema del hombre.*

Esta repentina aparicion heló sus miembros, y no fué dueño de hacer el menor movimiento hasta pasado un instante que volvió a mirar hácia el espejo.

Pero la aparicion se habia evaporado ya.

Y el jóven, volviendo gradualmente de su trastorno, se incorporó y avanzó con paso vacilante, como el asesino que con el puñal en la mano va a dar el golpe mortal, sin embargo de que sus piernas tiemblan y su cuerpo se estremece.

—Siempre Zurula! exclamó con voz ahogada y tomándose la cabeza entre las manos, ¡maldicion!... No hai duda que ella ha estado aquí, porque la he visto reflejada en ese espejo... Quizá me haya engañado... ¿Será efecto de la debilidad de mis sentidos? Mi pensamiento siempre fijo en ella lo habrá reproducido... Oh! nó, era ella, estoi seguro; era ella que ha venido, y yo no he tenido valor para hablarla... Mas, ¿cómo ha entrado? ¿Por dónde ha desaparecido? Esto es incomprendible. Yo me confundo! Zurula! Zurula!

Y Yousouf recorria su aposento, como su jaula un tigre rabioso.

—Sin embargo,—habló un poco mas apaciguado,—yo padezco por esa mujer, y ella aun lo ignora. Ah! un amor como el mio no debe ocultarse, porque ningun corazon se encontraria con fuerzas suficientes para eso! Ella lo sabrá!...

Y al concluir Yousouf, con tono trájico, las últimas palabras, volvió a dar vueltas por el aposento como buscando así algun alivio a su desesperacion.

Empero, de repente quedó inmóvil, sus facciones se revistieron de una mortal palidez, y su pelo erizado sobre su frente dió a su semblante una espresion horrible.

El jóven acababa de ver una puerta secreta que Zurula, en medio de su precipitacion, no habia tenido tiempo de cerrar.

—Gracias, Dios mio, pronunció; esta es la puerta de mi destino. Si en ella encuentro la muerte, tanto mejor, habrán cesado mis padecimientos; si a Zurula, mi felicidad será completa.

Y se abalanzó hácia la puerta, que cerró precipitadamente tras sí, no sin haber vacilado antes, como el que va a elejir la bola que le condenará o absolverá.

Atravesó, en un corto intervalo de tiempo, un subterráneo perfectamente abovedado. Subió y bajó escaleras.

El subterráneo debia tener su término. Yousouf llegó a él, y subiendo treinta peldaños de una escalera, se encontró en una especie de atrio o peristilo de mármol.

Durante el tiempo que empleó en atravesar el misterioso subterráneo, le pareció oír, en pos de sí, el ruido de las ligeras pisadas de Zurla, el crujido de su traje de terciopelo...

Apuraba el paso, y en seguida, deteniéndose, aspiraba con delicia aquella atmósfera que Zurla había respirado. Pudiera haberse dicho que en ese lugar encontraba cierto encanto desconocido, cierta languidez que enervaba sus miembros y cerraba sus párpados como si cediera al poder de una causa oculta.

Yousouf, en medio de su precipitación, se había espuesto horriblemente. Mas, ¿qué le importaba? ¿No iba a ser feliz por un momento? No llevaba consigo su alfanje y yatazan para imponer un silencio eterno al indiscreto?

Yousouf se hubiera batido con un ejército de jenízaros.

¿Ese paso subterráneo era secreto, o el joven le había atravesado en una hora en que nadie pasaba por él?

No lo sabemos.

Yousouf, al llegar al peristilo de mármol tomó a la derecha un pasillo estrecho y terminado por un biombo de seda.

Mediante un cordon, terminado por una borla, el fino jénero del biombo estaba corrido lo suficiente para observar lo que había tras él.

Y lo que había era el aposento de la favorita.

Yousouf se inclinó y colocó una mano sobre su corazón como para calmar los latidos y atisbar mejor.

A un principio sus pálidas facciones tomaron una espresion indecible de alegría; mas esa alegría se fué estinguendo poco a poco, y, como agotadas las fuerzas, cayó de rodillas.

Un sudor helado brotaba de sus sienas.

Estaba viendo a Zurla.

XII.

FELICIDAD.

Zurla, reclinada en cojines y respirando los perfumes mas esquisitos de Arabia, parecia tener el corazón oprimido. Una lágrima próxima a desprenderse de sus pupilas, como una gota de rocío, enjugaba con sus largas madejas de pelo negro, como la pluma del tordo.

La pureza de su tez mostraba haces de azuladas venas, en las estremidades de la frente.

Su brazo, perfectamente bien modelado y terminado por una mano delicada, descansaba sobre un pequeño atril donde estaba el Koran forrado en terciopelo con adornos de oro cincelado.

Aquella mujer no pertenecia a la tierra!...

Era un ángel escapado del cielo!

.....
El biombo se abrió de repente, y Yousouf, tímido y sumiso, avanzó algunos pasos.

Las mejillas de Zurla se pusieron mas encendidas que los celajes de la tarde, y ocultó el rostro con su cabello.

Yousouf permanecia de pié como la estatua del silencio.

Pasado un momento, que fué de mortal angustia, balbuceó apenas.

—Zurla!...

La jóven levantó la cabeza, mostrando sus facciones libres ya del carmin que las habia cubierto, y le miró con dignidad; sus labios se entreabrieron, pero no pronunciaron una palabra.

—Zurla, Zurla, ángel de mi felicidad!... volvió a decir Yousouf.

Aquellas dos criaturas, impresionadas por las mismas sensaciones, no podian articular palabra.

Por último, la jóven se incorporó, y con un ademan le ordenó retirarse.

—Zurla, exclamó Yousouf, que habia comprendido la accion, e inclinándose con respeto,—me arrojaís de vuestra presencia como a un criminal, y es porque ignorais que el que teneis presente es un hombre culpable de un solo delito, y que viene a implorar su perdon!... Mi delito, señora, es amaros como a una divinidad, como al ángel bueno... Si no me respondeis, escuchadme, por piedad. Hai algunas veces, señora, en el hombre, ciertos presentimientos que parecen ser avisos secretos de un jénio benéfico que vela sobre él. Ahora bien; ese presentimiento me ha dicho que no os soi indiferente. No me atrevo a deciros que me amais, porque seria demasiada felicidad para mí y no podria resistir a ella... y, sin embargo, me despedis como si mi presencia os molestara!... Compadeceos, y si despues quereis mi muerte, no tendreis mas que ordenarla; pero dejadme gozar un momento mas aún, y despues, que el hacha caiga sobre mi cabeza. Ah! Zurla! No sabeis lo que os amo!

MANUEL CONCHA.

(Continuará.)

ANÉCDOTAS.

Disputando un jentil hombre con otro, le dijo:—"Recuerdo a usted que ha sido mi criado."

—Efectivamente, respondió el otro; pero si usted hubiera sido criado mio, probablemente lo seria usted todavia.

Un griego de mala conducta tuvo la insolencia de llamar bárbaro al filósofo Anacarsis, que, como es sabido, habia nacido en la Escitia.

—Efectivamente, dijo el filósofo; yo me avergüenzo de mi patria, pero la tuya se avergüenza de tí.

Lord Byron, célebre escritor ingles, muerto en 1824, no aparece en nuestra lista mas que por la singularidad de sus gustos y sus hábitos en cuanto a alimentos. No decimos en cuanto a gastronomía, porque su nombre no es digno de figurar en los anales de este arte por escelencia. Sépase, pues, que Lord Byron no se desayunaba ni cenaba: su único banquete, que él llamaba su comida, se componia de queso añejo de Cheshire, en estado de descomposicion completa, de pepinos y de berzas encarnadas conservadas en vinagre. Comia mucho queso, el que acompañaba con sidra o cerveza de Burton; tomaba ademas mucho té.

Despues de la comida bebia vino y otros licores. ¿Y se creerá que lord Byron, a pesar de su talento y su escepticismo, era supersticioso? No hubiera emprendido nada importante en viernes: derramar el salero o la vasija del aceite, le parecia de mal agüero; pero tenia por de bueno el derramamiento del vino, consuelo con el cual no se acomodaria un buen bebedor.

MAGNETISMO ANIMAL.

(Conclusion.)

No es esta, empero, la verdadera esplicacion; y como el magnetismo es una ciencia natural, veamos si los fenómenos de la naturaleza pueden o no ofrecernos algunas noticias sobre este punto. Si tomamos un pedazo de acero en forma de herradura, pero que no posea las propiedades magnéticas, y hacemos pasas en él, desde el centro a las estremidades, con otro pedazo de acero de forma semejante, pero ya imantado, el primero adquirirá por este medio la virtud magnética: la accion contraria, esto es, las pasas hechas desde las estremidades al centro, bastará para destruir el efecto antes producido. Por eso Reichenbach, en su profunda obra sobre el magnetismo vital, demuestra no solamente que el hombre es un iman, sino que su grande eje se halla desde el costado izquierdo al derecho. Las pasas del operador tienen, pues, su analogía exacta en cuanto al procedimiento y al resultado, en la ciencia estrictamente ortodoxa del magnetismo mineral. Tal es la teoría de M. Jackson, que en Dublin, en 1851, ha explicado un curso de lecciones mesméricas, y esta teoría es, en suma, verdadera. "Cuando la noche o la lluvia se aproximan, dice M. Jackson, ¿no muestran las plantas una tendencia a replegar sus tiernas hojas, como para encerrar las flores abiertas recientemente? Pues de la misma manera las pasas del operador hechas en direccion del cerebro a las estremidades, tienen por objeto replegar en cierto modo las partes mas sensibles del sistema nervioso; porque el cerebro, continuando el símil, debe ser considerado como la raiz de esta planta delicada. Por otra parte, ¿no parece que los animales experimentan una sensacion calmante cuando se les pasa la mano por el lomo, desde la cabeza a la cola?" ¿No hai algo mas que una simple coincidencia en que las pasas de arriba abajo produzcan el adormecimiento magnético en el hombre y la imantacion en el acero, en tanto que las pasas de abajo arriba producen el estado de vijilia en el primero y el de desimantacion en el segundo?

Ruchenbach comenzó por descubrir que ciertas personas experi-

mentan sensaciones particulares, cuando por la superficie del cuerpo se les va pasando lentamente un iman poderoso; y reconoció mas tarde que esta impresionabilidad no es una condicion mórbida, sino que existe, aunque en diversos grados, en una de cada tres personas o en una mitad de individuos en estado de salud y de enfermedad. Asegura que estas sensaciones son producidas por una influencia que en el iman se halla asociada con el ferro-magnetismo (esto es, el poder que hace que la aguja, libremente suspendida, se dirija hácia el Norte, y que la piedra iman atraiga las limaduras de hierro), pero que tiene tambien una existencia independiente, como en los cristales y en el cuerpo humano, y a la cual da el nombre de *Odilo* u *Odylo*. Esta influencia parece caminar con menos velocidad que la luz, pero atraviesa las sustancias con mas rapidez que el calórico. Puede pasar a traves de toda especie de materia (a diferencia, por tanto, de la influencia eléctrica, que es detenida por la mayor parte de los cuerpos no metálicos), pero atraviesa con ménos facilidad por las sustancias fibrosas o interrumpidas que por las continuas. Como la electricidad y el ferro-magnetismo, es polar en su distribucion, escepto en la materia amorfa, en la cual se presenta sin polaridad determinada. En su tránsito de un cuerpo a otro (irradia, en efecto, en todos sentidos como el calórico, el lumínico y la electricidad), la influencia odílica está caracterizada por la naturaleza luminosa de sus emanaciones, es decir, en la oscuridad y para las personas impresionables. Esta luz es mui débil, y desaparece por lo comun ante el mas pequeño resplandor de la luz ordinaria; sin embargo, las personas mui *nerviosas*, que son a la familia humana lo que la sensitiva es a las otras plantas, y la mayor parte de las personas durante el sueño magnético, pueden distinguirla en pleno dia. Presenta los colores del arco iris, pero domina el color azul en el polo Norte de los imanes, y el rojo en el polo Sur. Existe el odilo en toda especie de cristales, pero con ménos poder que en los imanes. Se desarrolla por toda suerte de acciones químicas, como la combustion, la solucion de un metal o de un álcali en un ácido, la respiracion, y en jeneral los cambios que se verifican en el cuerpo viviente. Tambien el cuerpo humano o animal es un manantial abundante de odilo; y de aquí proviene el *estímulo* que se experimenta al comer, aun ántes de que los alimentos hayan tenido tiempo de pasar, bajo la forma de jugo, a formar parte del sistema. Los dos costados, y principalmente las manos, hacen el oficio de polos opuestos; y las manos, los ojos, la boca, son tambien

los focos donde la influencia odílica parece concentrarse. Véase por qué las pasas hechas con la mano y la mirada fija son los medios mas poderos para magnetizar. La sensacion producida por el polo negativo o Norte de un cuerpo cualquiera que posee la fuerza odílica, es un frescor agradable; la sensacion producida por el polo positivo o Sur, es un calor desagradable. La mano derecha es negativa y fria; la mano izquierda es positiva y cálida. Los rayos del sol son negativos, y causan a las personas nerviosas una sensacion de frescura viva, pero deliciosa. La luna, por el contrario, es odílicamente positiva, y lo son asi mismo todos los planetas que carecen de luz propia y brillan con la reflejada.

Reichenbach ha encontrado igualmente el odilo en las plantas, y esta sustancia parece hallarse esparecida por todo el universo material. En este concepto, sucede al odilo lo mismo que al calórico, al lumínico y a la electricidad, y acaso estas fuerzas podrán reducirse con el tiempo a un principio único; pero entre tanto es necesario distinguir la odílica de las otras, como se distinguen entre sí la electricidad, el lumínico y el calórico.

Tambien la tierra, que es un vasto iman, despide su luz odílica, la cual, por efecto de las dimensiones jigantescas y del inmenso poder de este iman, se manifiesta a la vista bajo la forma de aurora boreal. «Este hecho, dice el profesor Gregory, ha sido justificado por una serie de los mas curiosos esperimentos que jamas he visto. Reichenbach convirtió en un poderoso iman un gran globo de hierro, de dos a tres piés de diámetro, haciendo pasar por una corriente eléctrica un hilo metálico enroscado al rededor de una barra de hierro que atravesaba la esfera de polo a polo. Cuando ésta se hallaba suspendida en el aire en una estancia completamente oscura, las personas nerviosas veian la luz odílica en su mayor brillantez, presentando todos los caractéres particulares de la aurora boreal y de la austral.

En cada polo aparecia un dilatado círculo de luz, mas azul al polo Norte, mas rojo al polo Sur, pero ofreciendo en ambos todos los colores del arco-iris.

El Ecuador estaba señalado por una cinta luminosa, hácia la cual, en la superficie misma o cerca de la superficie de la esfera, se proyectaban incesantemente líneas de luz que partian de los círculos polares. En ellos, lo mismo que en los rayos luminosas, los colores estaban dispuestos de tal suerte, que el rojo dominaba del lado Sur, el azul del lado opuesto, el amarillo al Oeste, y en frente el

gris o la carencia de color; al propio tiempo como en todos los arco-iris odílicos, una faja angosta de color rojo se mostraba cerca del gris... Y no era esto todo, porque en el aire y encima de cada polo, se desplegaba una magnífica corona o umbela de luz, mas azul hácia el Norte, mas roja hácia el Sur, pero ofreciendo igualmente todos los colores y despidiendo hácia el Ecuador brillantes banderoras de luz diversamente colorada, que se ajitaban, se alargaban y acortaban, como acontece en las auroras boreales mas hermosas a los encantados ojos del espectador.

Estos descubrimientos de Reichenbach pueden servir para explicar muchos hechos harto conocidos, pero inexplicables hasta ahora. La influencia del magnetismo terrestre sobre el cuerpo humano, explica el por qué muchas personas de gran susceptibilidad nerviosa no pueden dormir si su lecho no está colocado en una direccion paralela al meridiano magnético, con la cabecera hácia el Norte. Para algunos enfermos es absolutamente insoportable la posicion formando ángulo recto con aquel meridiano; hace mucho tiempo que ya se habia hecho esta observacion, pero sus afectos se atribuian a la imaginacion o a la idiosincracia del sujeto. Parece mui probable que la curacion deciertas enfermedades puede facilitarse si se atiende a la posicion conveniente de la cama. El reciente descubrimiento de Faraday sobre la atraccion del gas oxígeno por el iman, contribuye a confirmar la conjetura de Goethe, de que los cambios atmosféricos que tantas dificultades ofrecian a los filósofos, son debidas a las variaciones de la potencia atractiva de la tierra. Además, la circunstancia de ser grata la influencia odílica emanada de la mano derecha, en tanto que la de la mano izquierda produce el efecto contrario, explica tal vez la superioridad universalmente concedida a la primera, y el uso invariable que de ella se hace para recibir a un amigo.

LA REDACCION.

LA VISION DE MIRZA. (1)

(TRADUCCION DE ADDISON.)

En el quinto dia de la luna, que siguiendo el ejemplo de mis antepasados, siempre acostumbro guardar, despues de haber rezado mis oraciones de la mañana, subí a los altos cerros de Bagdad para pasar el resto del dia en la meditacion y las plegarias. Mientras estaba paseándome por las cimas de las montañas caí en una profunda contemplacion sobre la vida humana, y pasando de un plasmamiento a otro:—En verdad, dije, el hombre es solo una sombra, la vida un sueño. Mientras así meditaba, dirijí la vista hácia la cima de una roca no distante de mí, donde columbré un hombre vestido de pastor, con un pequeño instrumento musical en las manos. Apenas lo miré, lo aplicó a sus labios y principió a tocar. El sonido del instrumento era escesivamente suave y agradable y formaba una variedad de tonos indeciblemente melodiosos, y el conjunto diverso de cuanto habia oido. Todo esto me hizo parecer que escuchaba esos aires celestiales que se tocan a los buenos en su primera llegada al paraíso, para borrar las impresiones de las últimas agonias y hacerlos aptos para los placeres de aquella vida feliz. Mi corazón se deshacia en secretos arrobamientos.

Amenudo habia oido que la roca que tenia delante de mí era la mansion de un jenio, y que algunos que habian pasado por ella habian oido la música; pero jamas se habia hecho visible el que tocaba. Cuando esos aires arrebatadores me hubieron escitado a probar los placeres de su conversacion, lo miré atónito y él me hizo señas para que me acercara al lugar donde estaba. Me le acerqué con esa reverencia que se debe a un ser superior, y como mi corazón estaba enteramente subyugado por las cautivadoras armonias que habia oido, caí a sus piés y derramé abundantes lágrimas. El jenio se sonrió, y lanzándome una mirada de compasion y de afabi-

(1) Este artículo fué encontrado por Addison en un manuscrito oriental, y lo tradujo literalmente del ejipcio, lo mismo que hemos hecho nosotros del ingles. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

lidad que lo hizo agradable a mi imaginacion, ahuyentó de mí todos los temores y aprensiones con que me le habia acercado. Me levantó del suelo, y tomándome de la mano:

—Mirza, me dijo, te he oido en tus soliloquios; sígueme.

Entonces me llevó al pináculo mas alto de la roca y colocándome en su cima, me dijo:

—Dirije tu vista hácia el Oriente y díme lo que ves.

—Veo, le dijo, un inmenso valle y una prodijiosa corriente de agua que lo atraviesa.

—El valle que ves es el valle de la Miseria, y la corriente de agua es parte de la gran corriente de la eternidad.

—¿Por qué razon, le pregunté, la corriente que veo parte de una espesa neblina y se pierde tambien en una espesa neblina?

—Lo que ves, me respondió, es aquella parte de la eternidad llamado *tiempo*, medida por el sol y que se estiende desde el principio del mundo hasta su consumacion. Examina ahora ese mar limitado por tinieblas en ambos extremos, y díme lo que descubres en él.

—Veo un puente en medio de la corriente.

—El puente que ves, dijo, es la vida humana; examínalo atentamente.

Mirándolo con detencion, ví que consistia de setenta arcos enteros y unos veinte o treinta quebradas. Mientras estaba contándolos, el jenio me dijo que se componia al principio de unos mil arcos; pero que una gran inundacion se habia llevado la mayor parte, dejándolo en el ruinoso estado en que yo ahora lo veia.

—Pero dime qué otras cosas ves en él, me dijo.

—Veo una multitud de jente que lo atraviesa y una nube negra en cada uno de sus extremos.

Y fijándome mas atentamente, ví que varios de los pasajeros caian en la gran corriente que habia debajo del puente y percibí innumerables puertas secretas ocultas en él, que se abrian apenas las pisaban los pasajeros y los hacian caer en la corriente y desaparecer inmediatamente. Estas trampas ocultas eran mui numerosas a la entrada del puente, de modo que tan pronto como pasaban a traves de la nube multitudes de jente, caia un gran número dentro de ellas. Eran aun mas numerosas hácia el medio, pero se multiplicaban y se estendian mas unidas hácia el extremo de los arcos que estaban enteros.

Habia allí indudablemente algunas personas: mas su número era mui pequeño y continuaban una especie de marcha vacilante sobre

los arcos quebrados, pero caian uno despues de otro, a causa de las fatigas que le causaba un paseo tan largo.

Quedé algun tiempo contemplando esta maravillosa estructura y la gran variedad de objetos que presentaba. Mi corazon cayó en una profunda melancolia al ver a algunos caer de repente en medio de la alegría y el regocijo, asiéndose de lo primero que hallaban a mano para salvarse. Muchos otros estaban ocupados en la persecucion de burbujas que brillaban delante de ellos; y cuando ya creian alcanzarlas, vacilaban sus piernas y caian abajo. En esta confusion de objetos observé que habia algunos con cimitarras y otros con orinales, que corrian de un lado a otro del puente, arrojando a varias personas en puertas falsas que no parecian estar en su camino, y las cuales podrian haber escapado si no hubieran sido empujadas sobre esas puertas.

El jenio, viéndome entregado a la contemplacion de este melancólico cuadro, me dijo que yo habia vivido largo tiempo en el puente; y añadió:

—Retira tu vista de él y dime si ves algo que no comprendes.

—¿Qué significa, pregunté, esas grandes bandadas de pájaros que revolotean continuamente al rededor del puente, y de cuando en cuando descansan en él? Veo buitres, arpías, cuervos, corvejones, y entre muchas otras creaturas emplumadas, varios pequeños niños alados, que descansan en gran número en medio de los arcos.

—Éstos, dijo el jenio, son la Envidia, la Avaricia, la Supersticion, la Desconfianza y el Amor, con las mismas faces y pasiones que infestan la vida humana.

Aquí lancé un profundo suspiro.

—¡Ai! exclamé, el hombre fué creado en vano! ¡Cómo es abandonado a la miseria y a la mortalidad! ¡atormentado en la vida y devorado en la muerte!

Movido el jenio de compasion hácia mí, me rogó que quitase la vista de un cuadro tan triste.

—No mires por mas tiempo, me dijo, al hombre en el primer período de su existencia, en su partida para la eternidad; contempla aquella espesa neblina, a la cual lleva la corriente las diversas generaciones de mortales que caen en ella.

Dirijí mi vista hácia el lugar que se me ordenaba y (o el buen jenio la animó con alguna fuerza sobrenatural o disipó parte de la neblina que antes era demasiado espesa para que pudiese la vista penetrar en ella) ví que el valle se abria en el extremo mas distan-

te y se dirijia hácia un inmenso océano, en medio del cual habia una enorme roca de diamante que lo dividia en dos partes iguales. Las nubes aun permanecian en una de dichas partes, de tal modo que nada pude descubrir en ella; pero la otra aparecia a mi vista un vasto océano con innumerables islas, que estaban cubiertas de frutas y de flores, e interceptadas por mil pequeños y brillantes mares que corren entre ellas. Pude ver algunas personas vestidas con gloriosos trajes y con coronas en sus cabezas, que pasaban por entre los árboles, se sentaban en las orillas de las fuentes y descansaban en lechos de flores, y pude oir una confusa armonia de pájaros que cantaban, cataratas, voces humanas e instrumentos musicales.

La alegria creció en mí al descubrir tan deliciosa escena. Hubiera querido tener las alas del águila para volar a esos felices lugares; pero el jénio me dijo que no habia mas entrada que por las Puertas de la Muerte, que yo veia abrirse a cada momento sobre el puente, y añadió:

—Las islas que ves tan frescas y tan verdes son mayores en número que las arenas de la orilla del mar; hai miles detras de las que se alcanzan a percibir, estendiéndose hasta donde tu vista no puede llegar ni aun alcanzar tu imaginacion. Estas islas son la mansion de los buenos despues de la muerte, los cuales, segun el grado y especie de virtud en que han sobresalido, son distribuidos entre esas varias islas, que abundan en placeres de diferentes grados y especies, proporcionados al gusto y perfecciones de los que en ellas están establecidos: cada isla es un paraíso acomodado a sus respectivos habitantes.

—No son éstas; ¡oh Mirza! continuó el jénio, mansiones dignas de disputarse! Puede ser miserable la vida, cuando proporciona oportunidades para ganar un premio semejante? Debe temerse a la muerte, que lo llevará a tan feliz existencia? Piensa que no fué creado en vano el hombre, para quien se reservaba tal eternidad.

Contemplé durante largo rato, con indescriptible placer, aquellas felices islas y al fin, dije:

—Muéstrame ahora, te lo suplicó, los secretos que se esconden bajo esas oscuras nubes que cubren el océano al otro lado de la roca de diamante.

Y como el jénio no me respondiera, me volví para dirijirme a él por segunda vez, y ví que me habia dejado; me volví entonces hácia a vision que por tanto tiempo habia contemplado, y en lugar de

la corriente de agua, del puente de arcos y las felices islas, solo ví el mismo valle de Bagdad, bueyes, ovejas y camellos que pacían en él.

Valparaiso, abril 15 de 1874.

GUILLERMO 2.º LINACRE.

MELANCOLIA.

¿Sabeis que voi a hablar de *melancolia*?

¡Cosa estraña cuando siempre está la risa en mis lábios!...

Ocuparme en escribir sobre una palabra sinónima de tristeza, equivale a decir:

—Pasad por alto, lectores... no detengais vuestra importante mirada sobre mis desaliñados renglones, porque no hallareis lo que buscáis... Pasad la vista, que solo encontrareis... *tristeza*... ese sentimiento del alma que idealiza el dolor.

En vano será que clame contra ellos para que me lean... ¡Cómo lo he de conseguir, si antes de proporcionarles una distraccion que alivie su fastidio, voi a causarles con mis palabras una sensacion de hastío que aumente sus padecimientos!... No importa, sin embargo, lectores: cachaza, y continuad, que si a veces hai alegría en mi rostro y en mi pluma dolor, otras hai en mi semblante *melancolia*; pero placeres en mis escritos...

¿Conoceis a Ernesto? Es indudable que le habreis visto mas de una vez; que le habreis recordado sin disgusto aun sin quererlo vosotros mismos. No está abonado a los paseos; mas no por esto los huye: no es un modelo parisiense acabado de salir del taller de sastretería; pero en el mismo desaliño de su traje hai cierta elegancia natural que predispone mucho en su favor: no es un tipo de belleza, si bien no es un fenómeno de fealdad; pero la dulce espresion de sus ojos negros y la palidez de sus mejillas denotan la existencia de un alma sensible y enérgica. Es uno de esos seres que instintivamente escitan nuestras simpatías, y que parece desafian a que se les olvide.

Pues bien, Ernesto tiene 23 años: algunas precoces arrugas empiezan a delinearse en su semblante, y cualquiera que lo viese por vez primera, diria sin detenerse un momento:

—Este hombre está gastado por los placeres.

Juicio erróneo, como todos los que no se meditan con la debida detencion.

En tres meses se ha marchitado la lozana flor de su juventud. Su carácter reservado y sombrío siempre, nos ha tenido con cuidado a todos sus amigos, especialmente desde que quedó huérfano, en cuya época empezó a retirarse del trato social, hasta el punto de no tener hace algun tiempo otro amigo que yo.

Multitud de veces quise leer algun misterio en sus frases sentenciosas y entrecortadas; pero jamas brotó de mis lábios una palabra que pudiese ser calificada de indiscreta curiosidad.

Poco a poco han ido agravándose sus dolencias morales, calificadas con el triste nombre de *melancolía*, y hoi pesa sobre su frente una sentencia de muerte.

Su vida está contada, porque padece una aneurisma en el corazon.

Siempre sospeché que habia en su alma un secreto que corroia lentamente sus entrañas, y que le ha producido su incurable enfermedad; y ya en su lecho de muerte no ha vacilado en confiarme algunas pájinas escritas en su álbum de memorias.

Me ha hecho partícipe de su secreto, cuando sabe que en breve dejará de existir: es verdad, viviendo él, no debia salir de su corazon.

En estas pájinas se hallan delineados algunos tristes acontecimientos de su vida; mejor dicho, sus escasas hojas, escritas por su mano en el último período de su existencia, son un poema de dolor grabado con caracteres de muerte.

15 de noviembre.

—Hoi he cumplido 23 años, y ayer fué conducido a su última morada el cadáver de mi madre.

Ayer la sociedad cumplió con ella su última farsa mundanal acompañándola al cementerio, talvez con la sonrisa en los labios la mayor parte de los que la seguian.

Pero en verdad, ¡fueron tan pocos, que perderia la comedia mucho de su efecto teatral!

¡Soi tan pobre!

En cambio la relijion ha ejercido su última mision consoladora con mi madre: afortunadamente bastaba para ello el escaso ahorro que me produjo mi trabajo de algunos meses!

¡He orado por su alma, y una dulce tranquilidad ha inundado mi espíritu!

¡Solo yo en este mundo elevaré preces al Señor por su eterno reposo!...

Parecía que debía arrancarle la vida para prolongar la mía...

¡Cuánto hubiera deseado que se trocasen los papeles!...

He visitado su sepulcro, y el pobre huérfano solo ha podido depositar en la tumba de su madre una oración, y una flor amarilla y ajada con el aliento quemante de sus lábios...

3 de diciembre.

¡Es Emilia tan bella!

¡Qué bien ciñe su rubia cabeza la cinta de color cielo que lleva como una divisa!...

¡Con qué gracia ajusta a las mórbidas formas de su flexible talle el rico jubon de seda de su vestido!...

¡Con qué elegante sencillez lleva prendida en sus blondos cabellos una flor blanca... pura, como los pensamientos de una niña!...

¡Cuán pronto perderá esa fuerza!...

¡En breve no irán los ángeles de la inocencia a velar su sueño entre las recojidas colgaduras de su lecho de virjen!...

¡Esta noche los espíritus del mal fijarán en su ventana, con infernal alegría, sus desgarradas tocas virjinales; y en bacanal inmunda jirarán en torno del lecho nupcial!...

¡Pobre ángel mío!

¡Cómo recuerdo, Emilia, aquellas melancólicas tardes de verano que pasamos en tu quinta!... Cómo una ilusión del placer cruzan por mi inteligencia los suspiros que se escapaban de tus labios, cuando te contaba las romancescas tradiciones de mi país!... Como una memoria de la felicidad perdida encuentro grabado en mi mente tu dulce acento, cuando al oír mis historias me llamabas sonriendo tu paje de los ojos negros, en tanto que la brisa de la tarde humedecía tu ensortijada caballera rubia!...

¡Eras tan niña entonces!

Apénas contarias trece años.

Yo vivo de esos recuerdos, mientras que tú los olvidas completamente... Nada me importa... de cualquier modo, estas páginas nunca han de llegar a tus manos, y así no podrás burlarte de la debilidad de mi corazón...

Hace siete años que desaparecieron para siempre estos recuer-

dos de la primera juventud, y no tengo miedo de revelar a las blancas hojas de mi cartera, lo que me hubiera hecho enrojecer de vergüenza si te lo hubiese confiado.

Llevo cerca de ocho años de amarte, Emilia...

.....
Salimos de nuestro pueblo con diferencia de algunas horas; pero ¡cuán distintos eran los objetos de nuestro viaje!...

Tú caminabas en una cómoda silla de posta, acompañada de tú padre, que te brindaba con todos los placeres apetecibles... Eras rica, mui rica, y ansiosa de gozar los encantos del gran mundo, te dirigias a la capital, ávida tu alma de nuevas emociones. La modesta existencia del honrado comerciante ya te cansaba por su monotomía, y necesitabas espacio donde tender el atrevido vuelo de tu inteligencia.

Yo, por el contrario, viajaba [en una modesta yegua de lento paso, y acompañaba a mi madre enferma que iba a tomar baños. Eramos pobres, y necesitábamos viajar con economía... ¡Oh!... ¡Bien sabe Dios que solo sentia ser pobre por mi madre!... Algunos años trascurrieron sin que volvieras a verme. Yo sí devoraba tus ojos con los míos, ya desde un modesto asiento de galería en el teatro, ya al traves de infinidad de personas en el paseo; pero jamas llegó mi indiscrecion a presentarme delante de tí.

¿Qué temía?

¿Fué acaso que manchara los ricos adornos de tu traje mi modesta levita negra?

¿Fué quizá que desdeñaras mi presencia con un altivo jesto de insufrible orgullo?

No lo sé...

Pero yo evitaba su presencia... No podia vivir sin verla, y talvez si sus miradas se hubieran cruzado con las miras, hubiera acudido gozoso a la consoladora idea del suicidio.

¿Yo aceptar el suicidio, cuando le he combatido tantas veces!...

.....
No sé por qué habré notado hace unos dias cierta poca fijeza en mis ideas, que me hace pensar mas de una vez en la locura.

Esto es horrible...

Y sin embargo, ¿quién sabe si será la tranquilidad de la existencia?... ¿Quién sabe si la demencia será el sueño de los sabios y de los poetas?

Te olvidé por un momento, Emilia.

No recordé que estas páginas estaban exclusivamente dedicadas a la memoria de mi madre y a tí.

Hasta hace un momento habia conservado la esperanza de que no realizarias tu enlace porque yo te amaba...

¡Insensato!... Que yo te adore ¿es acaso motivo suficiente para que posea tu cariño?

Nó...

Mas de una vez ha cruzado esta noche por mi mente una idea desgarradora.

Fuí egoísta...

Encontré otro ser que me disputaba mi felicidad, que se levantaba de repente entre tú y yo; y me halagó el pensamiento de hacerle desaparecer de nuestro camino.

¡Qué loco he sido!...

¿Por qué he de culparle? ¿Por qué he de aborrecerle?

El ha nacido rico, y el esplendor es a sus ojos lo que a los míos la memoria de mis amores... una necesidad. Tiene carruajes, palacios, humildes servidores que se disputan codiciosos una insultante sonrisa de su señor; y yo ¡triste de mí!... estoi solo, completamente solo, y por todo mueblaje tiene mi habitacion un modesto lecho, las sillas de dudoso oríjen, y un piano donde mi madre ensayaba en su niñez las suaves melodías que mas adelante habian de despertar en mi alma la afición a la música.

¡Cuántas veces he devorado con avidez, en mis noches de delirio, aquellas notas con que mi madre me adormió en la cuna!...

.....
¡Qué hermoso es!

Es mi rival, yo le aborrezco... Pero no... no debo aborrecerle porque ella le ama...

He ido a levantarme al concluir estas líneas, para buscar algunas gotas de agua que templen la ardiente sed de mis labios, y al hallarme frente del destañado espejo de mi habitacion, no he podido ménos de apartarme de él desesperado.

En mi juicio se ha formado instantáneamente triste aunque exacto paralelo.

Mi rival cuenta algunos años mas que yo, pero su tez lozana y sonrosada, sus rasgados ojos garzos, su espaciosa frente adornada de negros cabellos artísticamente rizados, y su elevada y musculosa estatura, forman un horrible contraste con la figura que hace algunos instantes se retrató en el manchado cristal del espejo.

He visto mi semblante descarnado, pálido y rugoso, guardar avaramente mis ojos brillantes por la fiebre, en sus profundos huecos, y mis cabellos en desorden tocar mis hombros encorvados bajo el peso de una vejez prematura,

¡Horrible comparacion!

¡Yo, loco, soñé que pude ser favorecido rival!

¡Qué bien sienta en la frente de los desposados la diadema de azahares!

¡Si Emilia me viese en este instante junto al lado de su esposo; si comparase las coronadas sienes de él con las mias hundidas y sin adornos... ¡oh! seguro estoy que semejante contraste habia de hacer asomar a sus labios una insultante carcajada!...

Y sin embargo, hai en mi ser otra vida que no alcanza a comprender siquiera su limitada inteligencia.

¡Ignora que si mi sombría frente no ciñe un labrado cerco de oro incrustado de pedrerías, puede Dios haberla dado una sublime inspiracion, con solo un soplo de su esencia divina!...

.....
Ya debe ser mui tarde...

Necesitan algun reposo mis miembros entumecidos por el frio; y si no puedo levantarme mañana, no habrá una flor que sirva de adorno a la sepultura de mi madre...

R. A. B.

LAS VISIONES DE LA NOCHE EN LOS CAMPOS.

Decir que me rio de esto seria mentira. Nunca he visto yo tales apariciones, es verdad; he recorrido los campos a todas las horas de la noche, y salvo algunos meteoros inofensivos, algunos añejos árboles fosforescentes y otros fenómenos que no entristecian mucho el aspecto de la naturaleza, nunca he tenido el gusto de encontrar un objeto fantástico, y de poder contar a nadie como testigo ocular, el menor cuento de duendes y fantasmas.

Y sin embargo, no soi de los que dicen de las supersticiones rústicas, *mentira, imbecilidad, vision del miedo*; digo fenómeno de vision o fenómeno exterior insólito y no comprendido. No por eso creo en las brujas ni en prodijios; las aplicaciones fantásticas que dan a los supuestos prodijios de la noche, constituyen el poema de

las imaginaciones campestres. Pero el hecho existe, y que el fantasma esté en el aire o solo en el ojo del que le percibe, lo cierto es que es un objeto tan real y lógicamente producido como la reflexion de una figura en un espejo.

¿Se han podido explicar hasta hoy las aberraciones de los sentidos? Lo único que se ha hecho es probar que existen; pero es falso decir y creer que solo el miedo pueda producirlas. Esto puede ser cierto en muchas ocasiones, pero hai escepciones que no admiten duda. Hombres de mucha sangre fria, de un valor sobrenatural y experimentado, puestos en circunstancias en que nada parecia obrar sobre su imaginacion, y aun tambien muchos hombres ilustres, han tenido apariciones que no turbaron su juicio ni su salud, y que sin embargo se sintieron mas o menos afectados.

Entre muchas obras interesantes sobre este asunto es notable la del doctor Bierre de Boismont que analiza las causas de la alucinacion, por mi parte solo añadiré a estos trabajos sérios una observacion útil por su evidencia, a saber; que el hombre que vive mas cerca de la naturaleza, el salvaje, y luego el campesino, se hallan mas predispuestos y mas sujetos a ellas que los demas hombres. Sin duda alguna la ignorancia y la supersticion les obligan a tomar por prodijios sobrenaturales esas simples aberraciones de sus sentidos, pero repito que no siempre son producto de la imaginacion; por lo regular ésta no hace mas que esplicárselos a su modo.

Convento en que la educacion primera, los cuentos de la nodriza y de la abuela predisponen a los niños y aun a los hombres a experimentar ese fenómeno, pero no creo como muchos suelen decir que todo se acabaria con unas simples nociones de fisica elemental y un poco de burla volteriana. El aspecto continuo de los campos, el aire que en ellos se respira, los cuadros de la naturaleza que se modifican a cada instante, segun las variaciones atmosféricas, son para el hombre rústico otras tantas condiciones particulares de existencia intelectual y fisiológica, que hacen de él un ser mas primitivo, acaso mas normal, mas confundido con los elementos de la creacion que lo estamos nosotros cuando el comercio de las ideas nos ha separado, por decirlo así, del cielo y de la tierra, haciéndonos una vida facticia entre las paredes de nuestras habitaciones bien cerradas. El salvaje y el campesino, aun dentro de su choza, vive tambien en las nubes, en el relámpago y el viento que envuelven sus frájiles moradas. En el Adriático hai pescadores que no conocen un abrigo; duermen en sus barcas cubiertos con una estera, el rostro aluntrado por las estrellas, la barba acariciada por la brisa y el cuerpo

siempre mecido por las ondas. Luego hai tambien buhoneros, jitanos y pastores que duermen siempre al aire libre como los indios de la América del Norte. Ciertamente, la sangre de esos hombres circula de otra manera que la nuestra, sus nervios tienen un equilibrio diferente, sus pensamientos otro curso, sus sensaciones se producen de otro modo; pero interrogadles y vereis como no hai uno solo que no haya visto prodijios, apariciones, escenas nocturnas sorprendentes. Y entre ellos los hai mui valientes, mui razonables, mui sinceros, y no son los que menos se asustan; hechos curiosos y mui bien observados nos prueban que la alucinacion es compatible con el pleno ejercicio de la razon. Es una enfermedad del cerebro; sin embargo, casi siempre se puede presentir su causa física o moral en una perturbacion del alma o del cuerpo; pero a veces es tambien repentina y misteriosa, hasta el punto de que sorprende y turba un instante a los ánimos mas firmes.

Entre los campesinos se produce tan a menudo, que parece casi una lei de su organizacion, pero les da otro miedo que a nosotros. El mayor terror que nosotros experimentamos cuando la pesadilla o la fiebre nos muestran sus fantasmas, es el de perder la razon, y cuando mas seguros nos hallamos de que estamos siendo presa de un sueño, tanto mas se nos figura que no podemos sustraernos a él por un simple esfuerzo de la voluntad. Muchos se han vuelto locos por el temor de serlo.

Los campesinos no tienen esta angustia; creen haber visto objetos reales, tienen mucho miedo, pero como conservan la conciencia de su lucidez, la alucinacion es para ellos menos peligrosa que para nosotros. Por otra parte no es la alucinacion la única causa de que yo me incline a admitir hasta cierto punto las visiones nocturnas. Creo que hai una multitud de pequeños fenómenos de la noche, explosiones o incandescencias de gas, condensaciones de vapores, ruidos subterráneos, espectros celestes, pequeños aerolitos, hábitos extraños y no observados, aberraciones entre los animales, mil cosas en fin, afinidades misteriosas o perturbaciones súbitas de la naturaleza que los sábios observan por acaso y que los campesinos en su contacto perpétuo con los elementos, señalan a cada instante sin poder explicarlas.

¿Qué podemos pensar, verbigracia, de esa creencia sobre *los loberos*? Creo que existe en todos los países, y se halla mui esparcida en Francia; es el último vestijio de la creencia en los licántropos, Los *loberos* no son ya aquellos capitanes de cuadrillas de diablos que se cambiaban en lobos para devorar niños; son hombres miste-

riosos, viejos leñadores, o antiguos guardas-campestres que poseen un *secreto* para hechizar, someter, domesticar y guiar a los lobos verdaderos. Conozco muchas personas que han visto a los primeros resplandores de la luna, en la encrucijada de los cuatro caminos, al *tío fulano* que iba solo y de prisa, seguido de mas de *treinta lobos*, (la leyenda dice siempre mas de treinta, nunca menos). Una noche, dos personas que me lo han contado, vieron pasar por el bosque una cuadrilla mui grande de lobos; se asustaron y se subieron a un árbol, desde donde distinguieron a los lobos que se pararon a la puerta de un leñador que tenia reputacion de brujo: el leñador salió, les habló y se paseó en medio de ellos, y los lobos se dispersaron sin hacerle nada. Esta es una historia de aldeanos, pero dos personas ricas, de buena educacion y que vivian cerca de sus bosques, donde cazaban a menudo, me han jurado *por su honor*, que una vez vieron a un guarda-campestre parado en una plazoleta solitaria haciendo ademanes mui estrañas; las dos personas se ocultaron para observarle, y a poco rato vieron llegar trece lobos, entre los cuales habia uno que era enorme, y que se fué derecho al guarda y le hizo mil caricias; el guarda silbó a los demas como si fueran perros y se metió con ellos en el bosque. Los dos testigos de esta escena singular no se atrevieron a seguirle y se quedaron atónitos y espantados. Esta alucinacion simultánea tiene una aplicacion nada cómoda.

No hablaré aquí de lo que llaman en los campos el *secreto*, porque la disgresion seria mui larga. Me limitaré a decir que hai un secreto para todo y que casi todos los campesinos de alguna experiencia poseen el *secreto* de alguna cosa y por consiguiente son brujos y creen serlo. Hai el secreto de los bueyes, que poseen todos los buenos boyeros, el de las vacas que pertenece a las buenas vaqueiras; el secreto de las pastoras para hacer que crezca la lana, el de los alfareros para que los pucheros no saquen una raja en el fondo, el de los curas que hechizan las campanas contra el granizo, el de dolor de cabeza y el de dolor de tripas, el del fuego para contener el incendio, el del agua para hallar los cadáveres de los ahogados, en una palabra, hai tantos secretos como males en la naturaleza y como enfermedades entre los hombres y los animales. El secreto pasa de padre a hijo o se compra por dinero, pero nunca se descubre; quizas la facultad de guiar los lobos es un secreto como los otros.

Una de las escenas nocturnas cuya creencia se halla mas esparcida por los campos es la de la caza fantástica, que tiene tantos

nombres como cantones hai en el universo. En mi pais la llaman la *cacería en asnos*, pues segun dicen va acompañada de los grotescos sonidos de una recua de burros rebuznando. Cada cual puede figurársela a su modo, pero segun nuestros campesinos es una cosa que se oye y que no se ve, es una alucinacion o un fenómeno acústico. Voi a explicarla del modo vulgar, como la explicaria un campesino. En los últimos dias del otoño, cuando los grandes huracanes dispersan las bandadas de aves de paso, se oye en la noche el inmenso clamor melancólico de las grullas y de los gansos silvestres; pero los campesinos a quienes todos hacen tan crédulos y tan poco observadores, no se engañan, saben mui bien el nombre y conocen mui bien el grito de las aves forasteras en nuestros climas que se encuentran perdidas y dispersas en las tinieblas. La *cacería fantástica* no se parece a esto; ellos la oyen a menudo, pero yo que he vivido largo tiempo en los campos, no la he oido nunca; a veces su paso se conoce en la aparicion de dos lunas: yo tengo mala suerte, pues jamas he visto otra que esa vieja luna que todos conocemos.

El toro blanco, el becerro de oro, el dragon, el ganso, la gallina negra y otra porcion de animales fantásticos, guardan como es sabido en todos los paises, los tesoros escondidos. A media noche, en la fiesta de Navidad, cuando tocan a misa, esos guardas infernales pierden su poderío hasta el último sonido de la campana, y esa es la única hora en todo el año, en que se puede conquistar el tesoro oculto. Pero antes es preciso saber donde está y hai que tener tiempo para abrir la tierra y sacarle: si el que busca se halla sorprendido en el golfo al *Ite missa est*, se cierra para siempre sobre él, o si en ese momento tambien se encuentra con el animal fantástico, la sumision que le mostró durante el tiempo de la misa se cambia en furor, y la muerte es segura.

Esta tradicion es universal, y hai pocas ruinas, castillos o monasterios, pocos monumentos célticos que no encierren un tesoro, y que no tengan para guardarle un animal diabólico. M. Julio Canongo, en una coleccion de cuentos meridionales ha dado mucha gracia a la leyenda de la poética aparicion de la cabra de oro que guarda los tesoros escondidos de las entrañas de la tierra.

En nuestros climas menos risueños las imajinaciones ambiciosas sueñan con un toro blanco, o con un becerro de oro, pero estos animales son feroces y ¡ai del que los encuentra! Los peligros que se corren son tan grandes que nadie hasta el dia se ha atrevido a co-

jerlos por los cuernos, y sin embargo, hace siglos que las gruesas piedras drúidicas bailan y rechinan sobre sus cimientos durante la misa del gallo, para despertar la avaricia de los que pasan.

En nuestros valles, cortados con grandes llanuras fértiles, un animal indefinible se pasea por la noche a ciertas épocas indeterminadas y se va al rededor de las granjas espantando al ganado. Los perros ladran furiosos y huyen cuando se aproxima, y las balas no le alcanzan. Esta aparicion y el terror que inspira ha perdido muy poco en nuestra comarca y todos nuestros labradores, todos nuestros criados creen haberla visto. Por tradicion la llaman el *animal grande*, aunque muchas veces toma formas pequeñas; unos han visto la aparicion en forma de perro grande como un toro, y otros como una liebre o una oveja. Los que hablan con mas sangre fria, dicen la persiguieron sin miedo, sin atribuirle ningun poder fantástico, pero no la describen de un modo preciso, pues aseguran pertenece a una especie desconocida en la comarca que no es ni un perro, ni un toro, ni una liebre, pero que se parece a todo esto: ellos se entienden.

Sin embargo, estoy cierto de que este animal se aparece, sea al estado de alucinacion, o de vapor flotante y condensado bajo ciertas formas, pues le han visto personas demasiado sinceras y razonables para que yo me atreva a decir que su vision ha sido puramente imaginaria. Los perros le anuncian con aullidos desesperados y huyen en cuanto se presenta, esto es un hecho: ¿se alusinan tambien los perros? ¿por qué no? ¿son ladrones que se introducen por ese medio? Pero jamas el animal ha robado nada. ¿Son personas que se divierten con esto? Sin embargo, se han disparado tantos tiros contra la aparicion que por casualidad y a pesar del miedo que hace temblar la mano, alguna vez habrian logrado matar o herir a alguno de esos supuestos fantasmas. Por último este jénero de aparicion, si no es mas que el resultado de la alucinacion, hai que convenir en que es eminentemente contagioso. Por espacio de quince o veinte noches, los veinte o treinta habitantes de una granja, ven la aparicion y la persiguen, y de allí pasa a otra pequeña quinta donde la ven lo mismo que en la primera, hasta que da la vuelta a toda una comarca despues de haber producido ese contagio en un crecido número de habitantes.

Pero hé aquí la mas espantosa de las visiones de la noche; al borde de los charcos de aguas estancadas, en los matorrales lo mismo que al lado de las fuentes y en las hondonadas, se oye en medio de

la noche el ruido precipitado y furioso de las lavanderas. En muchas provincias creen que evocan la lluvia y llaman la tempestad haciendo volar al cielo con su paleta el agua de los manantiales y los pantanos. En mi país es mucho peor aun, pues machacan y tuercen algun objeto que parece ropa blanca, pero que he visto de cerca es siempre el cadáver de una criatura. Y cuidado con observarlas o incomodarlas, pues aunque el observador fuera un atleta se apoderarian de él y moriria retorcido ni mas ni menos que una servilleta.

Varias veces he oido el ruido de las lavanderas fantásticas que resonaba en el silencio de la noche a la orilla de los estanques; es una especie de rana la que produce este ruido formidable, pero entristece el hacer este pueril descubrimiento, pues ya no se puede esperar la aparicion de las terribles brujas torciendo sus inmundos harapos a la bruma de las noches de noviembre. Un amigo mio, hombre de mas talento que sensatez, pero algo aficionado a la bebida, valiente, sin embargo, ante las cosas reales y que se deja vencer por la influencia de las leyendas del país, se encontró dos veces con las lavanderas.

Una noche a eso de las onces, vió al borde de una fuente junto al barranco de Ormuos, una vieja que lavaba y torcia en silencio; aunque la fuente no tiene buena fama, no vió en esto nada de extraordinario y dijo a la lavandera:

—Muy tarde estais lavando buena anciana.

La vieja no respondió, y él creyéndola sorda se acercó a ella. La luna estaba muy clara y la fuente brillaba como un espejo. Entonces pudo ver distintamente las facciones de la vieja; le era del todo desconocida y lo extrañó, porque viviendo siempre en los campos no habia para él rostro desconocido en muchas leguas al contorno.

Hé aquí como me contó sus impresiones en frente de aquella lavadora que estaba muy alerta:

«No pensé en la tradicion de las lavanderas nocturnas sino despues que la hube perdido de vista; antes de encontrarla no creia yo en semejante cosa, de modo que sin el menor temor me acerqué a ella. Pero en cuanto estuve a su lado, su silencio, su indiferencia al aproximarse un transeunte la dieron el aspecto de un ser absolutamente extraño a nuestra especie. Si la vejez la privaba del oido y de la vista, ¿cómo habia tenido fuerzas para venir de lejos sola y se habia puesto a lavar a tales horas en aquella fuente helada donde trabajaba con tanta fuerza y actividad? Esto por lo menos era muy

digno de notarse. Pero lo que mas me sorprendió todavía, fué lo que esperiménté en mí mismo; no tuve ningun miedo, pero sí una repugnancia invencible; seguí mi camino sin que ella volviera la cabeza y hasta que llegué a mi casa no pensé en las lavanderas de la noche; entonces confieso que tuve mucho miedo, y por nada en el mundo habria vuelto a la fuente.»

Este mismo sujeto pasó otra vez junto a los estanques de Thevet a eso de las dos de la mañana, viniendo de Linieres, donde asegura que no habia comido ni bebido, circunstancia de que no saldria yo garante; iba solo, en cabriolé y seguido de su perro. Como su caballo estuviera mui cansado, se apeó en una cuesta y se encontró a la orilla del camino cerca de un hoyo donde habia tres mujeres lavando y torciendo con mucha actividad, sin decir una palabra. Su perro se pegó de repente a él sin ladrar, y él pasó sin mirar mucho, pero apenas habia andado algunos pasos cuando oyó que le seguian y la luna dibujó a sus piés una sombra mui larga. Se volvió y vió que le seguia una de aquellas mujeres, en tanto que las otras dos venian a cierta distancia como para sostener a la primera.

«Esta vez, dice, me acordé mui bien de las lavanderas pero esperiménté otra emocion que la primera vez: las tres mujeres eran tan altas y la que me seguia mas de cerca se parecia tanto a un hombre en sus proporciones, en su figura y en su andar que me convencí de que algunos tunantes de la aldea querian darme un susto. Llevaba un buen garrote en la mano y me volví diciendo:

—«Qué me quereis?

«No recibí ninguna respuesta, y no viéndome atacado, y no teniendo pretesto para atacar yo, marché hácia mi cabriolé que estaba mui delante con aquel ser desagradable detras de mí, que nada me decia y que parecia estarse divirtiendo conmigo. Yo llevaba siempre el garrote prevenido para romperle la cabeza si me tocaba, y de este modo llegué a mi cabriolé con mi perro, que sin haber ladrado un solo instante, se apresuró a saltar conmigo. Entonces me volví, y aunque no habia dejado de oir los pasos y habia visto una sombra constantemente junto a mí, no distinguí a nadie, pero a unos treinta pasos de distancia en el sitio en que las habia visto lavar distinguí a las tres endiabladas saltando, bailando y torciéndose como unas locas a la orilla del barranco.»

Yo doi aquí esta historia en lo que vale, pero me la contaron de buena fé y la garantizo; el lector podrá ponerla en parte, en el capítulo de las alucinaciones.

Voi a concluir hoi con la leyenda del olmo Rastrillo, árbol magnífico que dicen existia ya grande y corpulento en tiempo de Carlos VII. Como es un olmo no tiene de lejos mucha apariencia y sus ramas figuran un poco la forma del rastrillo, cuyo nombre lleva. Pero esta es una coincidencia fortuita con la leyenda tradicional que le bautizó; de cerca es imponente por su alto tronco; surcado por el rayo, y plantado como un monumento en una plazoleta de caminos vecinales. Estos caminos, anchos como praderas, incesantemente rapados por el ganado del proletario, tienen una yerba corta entre la que crecen en toda libertad las zarzas y los cardos. La llanura se distingue desde allí a grande distancia, triste y solemne a pesar de su fertilidad. Una cruz de madera se halla plantada sobre un pedestal de piedra que es el último vestigio de cuatro estátuas mui antiguas que desaparecieron cuando la revolucion del 93. Este adorno monumental en un lugar tan poco frecuentado, atestigua un respeto tradicional, y los aldeanos de la comarca tienen tal opinion sobre el olmo Rastrillo, que pretenden que no se puede derribarle porque está sobre la carta Cassini. Pero este camino vecinal abandonado hoi a los que van a pié y que rara vez suele atravesar el caballo de un molinero o de un jendarme, fué en otro tiempo una de las grandes vias de comunicacion de la Francia central; aun en el dia le llaman el camino de los ingleses, pues era el camino militar por donde pasaron los ejércitos de invasion, y que Duguesclin les hizo volver a tomar mas que de prisa despues de haber libertado Santa Severa, la última fortaleza de su ocupacion.

Este detalle no se halla consignado en ninguna historia, pero ahí está la tradicion que lo dice, y ahora he aquí la leyenda del olmo Rastrillo, que es mui bonita, a pesar de la naturaleza de los animales que en ella representan su papel.

Un mozo que estaba guardando una piara de cerdos al rededor del olmo Rastrillo, miraba hácia la Châtre, cuando vió correr una cuadrilla de jente armada que devastaba los campos, quemaba las chozas, degollaba a los aldeanos y robaba las mujeres. Eran los aldeanos que bajaban sobre el Berry y que iban a destruir S. Chartier. El porquero alejó sus cerdos, se mantuvo a cierta distancia y vió pasar al enemigo como un huracan. Cuando volvió bajo el olmo con su piara, el miedo que habia sentido se cambió en ira contra los ingleses y contra sí mismo.

—¿Cómo, decia, nos dejamos matar así sin defendernos? Es mucha cobardia; es preciso marchar adelante. Y acercándose a la es-

tátua de San Antonio que era una de las cuatro que habia al rededor del olmo, exclamó:

—Buen San Antonio, tengo que marchar contra los ingleses y no puedo perder tiempo en llevar el ganado, porque entretanto esos pícaros nos harian mucho mal; toma mi palo, buen santo, y cuida de mis cerdos durante tres dias y tres noches, te los doi a guardar.

Y sin otra cosa, el mozo puso su azada de porquero (que es un palo corto con un triángulo de hierro a la punta) en las manos del santo, y arrojando sus zuecos corrió a S. Chartier, donde durante tres dias y tres noches hizo destrozos en los ingleses, ayudado por los buenos muchachos del lugar, sostenidos por buenos hombres de armas de Francia. Luego, cuando se ahuyentó de allí al enemigo, se volvió a su piara, contó sus puercos y no faltaba uno, y sin embargo muchos rateros habian pasados por allí y tambien muchos lobos atraidos por el olor de la carniceria. El mozo tomó de manos de San Antonio su cetro rústico, le dió gracias de rodillas, y contento con lo que habia hecho siguió guardando sus cerdos como antes; este mozo era humilde.

Otra tradicion mas confusa atribuye al olmo Rastrillo una influencia menos benigna; algunos niños, presa de un vértigo terrible, tuvieron la horrorosa idea de jugar su vida al tejo, y enterraron vivo al que perdió, bajo la piedra de San Antonio. Pero hé aquí la leyenda mas acreditada sobre el olmo Rastrillo.

Un *señor* se pasea en su derredor todas las noches, sin hacer otra cosa que dar vueltas. Ahí se le ve desde que el mundo es mundo; ¿quién es? nadie lo sabe; está vestido de negro y tiene veinte piés de altura. Es lo que se llama un *señor*, pues *sigue las modas*; en el siglo último le vieron de casaca negra, carzon corto, zapatos con hebillas y la espada al costado; en tiempo del Directorio le vieron con orejas de perro y ancha corbata; hoi se viste como todo el mundo, pero siempre lleva el rastrillo al hombro, y, ¡ai de las piernas de la persona o el animal que acierte a pasar por el radio de su sombra! No tiene fama de malo y no se da a conocer sino a los que están en *el secreto*.

El que crea que vaya a verlo; yo he estado a la hora solemne en que sale la luna, le he llamado *señor mio* con mucha urbanidad, y repetidas veces, pero no ha venido; a esto me dicen que el *señor* no gusta de chanzas y que para verle es preciso tenerle miedo.

JORJE SAND.

PÁJINAS DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

En uno de esos deliciosos instantes en que soñamos despiertos, sin tener certidumbre de la plenitud de nuestra vida, o la conciencia de nuestras acciones, he visto a Laura jirar en torno mio, acercárase hasta sentir sus labios sobre mi enardecida frente, luego retirarse sonriendo y desvanecerse por un momento para presentárase en seguida con toda la magnífica irradiación de su belleza. A veces reclinaba su encantadora cabeza sobre mis hombros; otras hacia posar la mia sobre su regazo, e inclinándose, murmuraba en mi oído palabras misteriosas que me hacian estremecer de felicidad, pero que, pasado mi éstasis, no conservaba en la memoria.

Esos instantes son para mí la felicidad suprema.

Las fantásticas Wilis de las baladas alemanas, que surjen hermosísimas y juguetonas de entre los cálices de las flores, que danzan en torno del viajero de la noche, se le acercan, se le alejan, vuelven de nuevo, lo enlazan entre sus brazos y lo acarician con locura, son menos bellas, graciosas y juguetonas que la purísima vírjen de mis ensueños.

Pero ¡ai! las flores mas bellas y de mas perfume son las de vida mas transitoria.

La aurora boreal solo por un momento ilumina los espacios con su luz de espléndidos cambiantes.

El despertar sigue al sueño que nos arrebató a un mundo de felicidad desconocido.

Tras la ilusion, de breves instantes, viene la fria y descarnada realidad.

Ah! ¿por qué no nos he dado vivir por largo tiempo en la tierra la deliciosa vida de las ilusiones y borrar de una sola plumada esa afligente verdad de la Escritura que denomina "valle de lágrimas" a nuestro limitado y orgulloso mundo?

XX.

Me hallo dominado por intensa melancolia.

¿Y por qué?

Yo mismo lo ignoro, y cada vez se acentúa mas en mi alma.

En vano me empeño en combatirla.

Mis esfuerzos son impotentes como los de la ola débil al batir murmurando las rocas de la playa.

¡Dios mio, Dios mio! ¿qué me prepara el porvenir?

Porque toda vez que las sombras de la tristeza han enlutado mi alma, sin presentir siquiera el motivo, alguna desgracia me ha sobrenido.

¿Es que Laura ya no me ama?

Pero ella me manifiesta cada dia mayor ternura, y es incapaz de engaños.

Oh! puede que mi tristeza sea solo una de esas pasajeras nubes del estío.

Yo no podria vivir sin el amor de Laura,

¿Quién llenaria el vacio que dejara en mi corazon?

¿Quién, quién intentaria cegar un abismo insondable?

Nó, Laura me ama, me lo ha dicho, y ella es la encarnacion de la verdad.

Yo no puedo dudar de Laura.

Dudar seria morir.

Moriria para el mundo, para mí mismo, para la eternidad.

Porque yo no vivo en mí. Mi alma está refundida en la suya. Su vida en mi vida, y su olvido... ¡oh! nó, yo no debo, yo no puedo creer en su olvido.

El cielo no niega un rayo de luz ni al insecto mas miserable, ¡y habia de privarme a mí solo del rayo de luz que alimenta mi existencia?

XXI.

Anoche, como un bálsamo para mi tristeza, leí repetidas veces esa magnífica y sentimental poesia, la mejor salida de la pluma de Martinez de la Rosa: la *Epístola*, dirigida al duque de Frias con motivo de la muerte de su esposa.

Esa composicion poética, empapada en tan vivo sentimiento, supo debilitar algunos instantes el que me dominaba.

En seguida dejé el libro y medité.

Comparé mis brillantes dias pasados, en que soñaba un infinito de ventura, y el nebuloso porvenir que divisaba al presente.

El camino esmaltado de flores por donde no há muchos dias marchaba, y el sembrado de punzantes espinas en donde necesariamente habia de estampar mi ensangrentada huella.

Entónces las lágrimas se deslizaron ardientes por mis mejillas.

¡Eran las primeras que derramaba!

¡Benditas sean las lágrimas!

Así dije, y repetí con el poeta:

....."¿Qué fuera

Si no llorara el hombre?... Yo mil veces

He bendecido a Dios que nos dió el llanto

Para aliviar el corazon, cual vemos

Calmar la lluvia el mar tempestuoso."

.....
Ya serenado un tanto, sentí golpear a mi puerta y una voz bien conocida para mí, que me decía:

—Eh, Enrique, abre, que no soi duende para penetrar por entre las cerraduras.

Era Eduardo.

Miróme con detencion y luego me dijo:

—Hace algunos dias a que no vas a casa de Laura. Ella lo ha estrañado y...

—Qué quieres! le interrumpí. Bien sabes lo que allí ocurre. Sus padres se empeñan en apartarme de su lado desde que los visita el señor A..., quien ha improvisado una fortuna. Se ignora cómo, es cierto, pero tiene una fortuna, y ese lastre es mas que suficiente para navegar en el mar de la sociedad mas distinguida. En cuanto a ella...

—Poco a poco, señor Otelo, me interrumpió, a loptando una entonacion lijera. ¿Tiene usted algo que reprochar a Laura?

—Déjate de chanzas inoportunas, Eduardo. Nada hasta ahora tengo que reprocharle, pero es ella tan sumisa...

—Eso habla en su abono.

—¿Te has propuesto desesperarme?

Es ella tan sumisa, decía, que aceptará ¡Dios mio! el novio que le den sus padres.

¿Y con qué derecho aceptaria un sacrificio que hará a la vez dos víctimas?

—Creo que exajeras, Enrique. Hablemos serio.

—Es lo que de tí exijo.

—¿Crees que Laura no te ama lo suficiente para mandar mudar con cajas destempladas a ese galan o cualesquiera otro que la solite?

—No, si ese galan es el protejido de sus padres.

—Pero te han prodigado mil atenciones en mi presencia. Yo creo que te estiman, y mucho.

—Me estimaban. Todos sus mentidos cariños cesaron por completo desde el día en que me pusieron en uno de los platillos de su avaricia y en el otro los talegos del señor A...

Es bien sensible que traten de vender a un ánjel, cuando ni aun necesiten el precio de la infame venta.

—Calma, amigo mio; bien la necesitas. Yo, a quien en muchas ocasiones has calificado de jenio aturdido, yo te recomiendo la calma.

Juzgas a los padres de Laura con demasiada acritud y no ménos lijereza.

¿Quién te ha dicho que ellos no creen hacer su felicidad desposándola con un millonario?

—Tú, también? dije a Eduardo, bañados en lágrimas mis ojos.

—Te equivocas, Enrique; mucho te engañas si juzgas que apruebo la conducta de sus padres. La censuro como el que mas, y entre ellos y tú te preferiré siempre.

Solo trato de evitarte la amarga censura que te inspira una ofensa que bien puede no ser efectiva o no tener las proporciones que le atribuyes, porque la pasion es un mal consejero. Y luego, no olvides que son sus padres.

Oye aun, agregó, observando mi impaciencia: hace noches a que Laura me pregunta con insistencia por tí. Desea verte. Talvez tu presencia, dando por sentado lo que aseveras, servirá para la realizacion de tus propósitos. Si tú la abandonas...

—Yo abandonarla? Eres mui cruel, Eduardo. Esa sola idea me horroriza.

—Y qué otra cosa estás haciendo? Te alejas de su lado cuando mas necesita de tí para retemplar su amor en el tuyo y rechazar las pretensiones del señor A. y sostendrás aun...

—Iré, Eduardo, ¿quieres acompañarme?

—A eso vine. No te demores, añadió, observando la vacilacion que nuevamente de mí se apoderaba.

Un cuarto de hora despues llegamos a casa de Laura.

La hallé vestida completamente de negro, emblema del luto que llevaba en su corazon; y al verme, un relámpago de alegría brillo en sus ojos.

RUPERTO MURILLO.

(Concluirá).

HOJAS.

AMAR!

Yo ví una blanca paloma,
Pura imájen del candor;
Nunca tuvo un compañero
Y de tristeza murió.

Yo amaba a una hermosa niña,
Pura imájen del candor;
Pero ella... fria, insensible,
Por falta de amor murió!

EL LLANTO.

Es el llanto inagotable,
Siendo el cuerpo tan pequeño;
¿Por qué se agota la sangre,
Y solo el llanto es eterno?

Y una voz que me responde
Dentro de mí mismo siento:
Del corazon sale el llanto
Y el corazon es inmenso!

TUS OJOS.

Nunca me mires airada,
Niña de los ojos negros;
Tú no sabes cómo quema
Si airados miran, el fuego
De tus grandes ojos negros!

Mas si me miran amigos
Tus rasgados ojos negros,
Entonces perder quisiera
La luz del sol, que no el fuego
De tus bellos ojos negros.

SI FUERA...

—
 Qué pronto pasan los años,
 Qué pronto la muerte viene!
 Si la desgracia fuera años,
 Si la dicha fuera muerte!

RAF. EGAÑA.

—
 A MI BUJIA. (1)

En la noche funeraria,
 Fuente de tristeza y hielo,
 Tú, bujía solitaria,
 Mitigas mi desconsuelo.

Tu tibia y afable llama
 Mis ilusiones adula
 Y creo que el aire te ama
 Cuando en torno tuyo ondula.

A sus besos, tú tiritas
 Te encorvas, te alzas y lanzas
 Brillantes, vanas chispitas:
 ¡Vanas, cual mis esperanzas!

No es tu pedestal formado
 De oro, jaspe ni diamante;
 Mas no es tu penacho amado
 Por eso menos brillante.

Del aquilon protegida
 Que mata frutos y rosas,
 Tú te ves siempre querida
 De las bellas mariposas.

Mas la llama coruscante,
 Con rapidez te consume:

(1) Sacada de una coleccion de versos que se titula «Palabras de duda y de dolor.»

¡Merma así, a cada instante,
De nuestra vida, el perfume!

Pero, bujía, entre tanto
Que esa llama te arrebola,
Sin quejas, cuitas ni llanto,
Vives quieta, pura y sola.

Feliz, bujía, es tu sino,
Sin dudas, penas ni males!
Lucir solo es tu destino,
Vivir el de los mortales;

Feliz, bujía, es tu sino,
Disgustos, desconfianzas,
Viendo caer ¡qué de flores!
Y morir ¡qué de esperanzas!

Julio 12 de 1852.



LEI DE LA EXISTENCIA HUMANA. (1)

I.

Desde que nace el hombre, su esperanza,
Siempre agostada y nunca florecida,
Le indica, mientras en edad avanza,
Que todo, todo muere,
Porque es la muerte parte de la vida.

II.

Cuando fenece el hombre, sus dolores
Que el ataud en dulce paz convierte,
Le indican, trasformándose en mil flores,
Que todo, todo vive,
Porque es la vida parte de la muerte.

Enero 4 de 1874.

M. A. M.

(1) Sacada de una colección de versos que se titula «Palabras de esperanza y convicción.»

NUEBS DEL ALMA.

Y qué hacer, si el otoño de la vida
Viento que jime a mis oídos trae,
A cuyo soplo de mi mente cae,
Flor deshojada, la ilusión querida!

El desencanto, ya lo ves, tristeza
Difunde, amiga, sobre mí—que en lago
De turbias ondas al presente vago
Plegando el cuello en lánguida pereza.

La niebla fría que encapota el cielo
Al alba quita su festivo encanto,
Y aun el rocío me parece llanto,
De la natura para mí hoy en duelo.

Pálidas huyen las creaciones bellas
Que forjó con afán mi fantasía,
Rosados sueños que en el alma mía
Dejaron solo vaporosas huellas.

Cisne—las aguas a mis blancas plumas
Prestaron antes un azul espejo;
Hoy empañado ese cristal,—reflejo
Da él a mi sombra entre pesadas brumas.

Más... no la ausencia del ardiente estío,
Mientras la fiebre de ilusiones calma,
El calor dulce del afecto al alma
Quitarle puede junto a tí, bien mío!

Oh! venga aquel encanto
Que un mutuo afecto brinda,
Y a su poder se rinda
La adusta realidad!
Gocemos—ah! en tanto
Que nuestro fin no llega,
Del bien que a nadie niega
La nebulosa edad.

Tú, cuyo afecto santo
Fue mi mayor consuelo

Y que labraste un cielo
 De amor a mi existir,
 Inspira tierno canto
 A mi alma siempre mustia
 Para alejar la angustia
 Que siento ya venir.

Y aunque ya *adios* te dije, poesía.
 Bálsamo antiguo de mis rudos males,
 Ven a observar mi sed,—de tus raudales
 Derramando la miel en mi agonía.

Yo me bañé en tu fuente de purezas,
 Y me dormí en tu huerto, entre tus flores:
 Si allí, pues, yo olvidaba mis dolores,
 Hoi da alivio a mis últimas tristezas.

Heridas hondas sobre mi alma siento...
 Y en largas noches desvelado jimo
 Semejante al cipres que sin arrimo
 Jime entre tumbas si lo bate el viento.

De la armonía la ambicion me queda;
 Y acaso pueda revivir mi canto,
 Pero aquel canto que remeda el llanto,
 Pero esa nota que el jemir remeda...

La hora se acerca de la noche: el sueño
 Lento avasalle mis sentidos. Venga
 La inspiracion, en tanto, que sostenga
 En mí de gloria el cavilar risueño.

Plegarias, himnos— con sentidas voces
 En estas horas de misterio y calma
 Plácida intenta levantar el alma
 Sobre este mundo de fugaces goces...

Oh! Dios! pero comprendo
 Con decepcion amarga
 Que el desaliento embarga
 En mí la inspiracion:
 Y en vano ya pretendo
 Con místicos cantares

Que aduerma sus pesares
Mi herido corazon.

La lira, pues, suspendo
Sobre enlutado muro
Y en mi silencio apuro
Los hieles del dolor...
Quien vive así jimiendo
Sin su ilusion querida,
Auras de eterna vida
Merézcate, Señor!...

RICARDO BUSTAMANTE.

MIRAJES.

Ah! cuánto nos engaña
Aun lo mismo que amamos!
Vamos detras de una vision huraña
Sin poderla alcanzar... y siempre vamos!

Cada sueño un traslado
De esa vision nos manda,
Y el perfil de ese ser immaculado
Se pierde en aire y por las nubes anda.

Esos rayos traviosos
Que juegan con celajes,
Copian al alma sus ardientes besos,
Luz ideal de espléndidos mirajes!

Y todo dura apénas
Horas, minutos, nada!
Aereos jardines, fúljidas escenas
Que refleja el desierto en la mirada!

Adónde irá la mente
En esta tierra oscura?
Si es quizas lo que cambia eternamente
Lo que tambien eternamente dura?

Amor, tú das la vida
 Y tú quitas la calma!
 Tierra por nuestro llanto bendecida
 Oh! tierra del amor! mansion del alma!

GUILLERMO MATTA.

UNA PERLA ORIENTAL.

(CONTINUACION.)

La mora se puso de pié, y tomando un aire lleno de majestad, dijo:

—Jóven temerario! ¿Te atreves a hablar así a la favorita del Bey?
 ¿No sabes que está en mi mano castigar tu audacia?

Zurla, en esa actitud, se asemejaba a Semíramis cuando sosegaba a los amotinados.

Yousouf sintió correr por su cuerpo un hielo, semejante al de la muerte, no por temor al castigo, sino por las frias palabras de aquella mujer a quien tanto amaba.

—Os he hablado, señora, respondió, como se habla a la mujer a quien se adora, y yo os adoro; como se habla a Dios, y vos sois mi Dios, mi relijion, mi gloria y mi infierno! Tambien sé, señora, que a una palabra vuestra, mi cabeza puede caer y rodar ensangrentada léjos de mi cuerpo; pero caeria pronunciando vuestro nombre, porque así como vivo para amaros, moriria para amaros tambien allá en la eternidad! Ahora, señora, que sabeis cuánto os amo, pronunciad mi sentencia!

Yousouf cruzó los brazos sobre su pecho y esperó.

Venciendo la odalisca en cuanto le era posible, los sentimientos de su corazon, respondió:

—Te perdono, jóven, pero retírate.

—Ah! por piedad, señora, dejadme que os contemple un instante mas!...

—Obedece!

Al oír esta palabra, tan brusca y terminante, sintió Yousouf como que se helaba toda su sangre. Con todo, haciendo un penoso esfuerzo, pronunció con voz entrecortada:

—Cruel Zurla, sin embargo de que me amais, con esa palabra

me habeis clavado un puñal en el corazon... Sabed que por vos he abandonado mi relijion; por vos he abandonado hasta la memoria de mis padres... Oh! Zurla! Si supierais lo que podozco. Os suplico por lo que mas amais, que no desgarreis la herida que acabais de hacerme.

Zurla se sintió vencida, pero hizo un último esfuerzo.

—Basta, jóven, dijo. Si por un momento has creído que correspondo tu temerario amor, estás engañado!

Y aquella mujer que amaba y que tenia ante sí al objeto de su amor, mentia.

A las últimas palabras de Zurla, sintió Yousouf refluir, de despecho y cólera, su sangre al corazon. Sin embargo, moderándose, exclamó:

—Venid, señora, venid.

Y la condujo a la ventana, desde donde aún se distinguian las tostadas flores con que él la adornara cuando era jardinero. Luego añadió:

—Esparcid vuestra vista y vereis aquellas flores ahora secas y que há pocos dias frescas y lozanas, fueron el mudo lenguaje de nuestras simpatías. Ah! que no se estinga vuestro amor como el perfume de esas flores.

Habia un no sé qué de apasionado en la voz del jóven, que Zurla, conmovida por un nuevo recuerdo, intentó tender los brazos a su amante. Mas, haciendo un esfuerzo supremo para calmar su corazon casi vencido, exclamó:

—Basta, jóven!

El despecho de Yousouf estalló.

—Señora, dijo, sois mui cruel. No saldré de aquí. Quiero morir contemplándoos. Tomad, señora, tomad, prosiguió cada vez mas exaltado, y arrojándole a los piés su yatazan: matadme con ese puñal, y no me tortureis el corazon con vuestras palabras. Si no tenéis valor, llamad a vuestros esclavos.

Zurla quiso hablar, pero al ver este ademan tan noble de su amante, y que encerraba un mundo de amor, la palabra se convirtió en un sollozo, y las lágrimas, contenidas por tanto tiempo, corrieron en abundancia por sus mejillas.

Yousouf guardaba silencio, aterrado por una mudanza tan repentina.

—Señora, exclamó. Recibid al menos mi último adios. Quizá no os volveré a ver...

Se inclinó, y dió un paso para salir.

Y aquella mujer, que haciendo todos los esfuerzos posibles habia conseguido apenas moderar sus impresiones, sintió estallar todo su sentimiento a la despedida de su amante.

—Yousouf, Yousouf! exclamó. Ah! perdon!...

E inclinando su cuerpo, cayó turbado en los brazos del jóven.

Yousouf imprimió sus lábios ardientes sobre la frente fria de Zurla, así, en otro tiempo, el apasionado Leandro acarició las heladas mejillas de su fiel Hero.

Este ósculo, lleno de amor y de ventura, pareció esparcir por el cuerpo yerto de la jóven, el calor de la vida.

Se fué animando por grados hasta que, incorporándose y volviendo sus sentidos al estado natural, se movió y contempló por un instante a Yousouf.

—Soi mui feliz, dijo; tú me amas mucho, no es verdad?

Y rodeó con sus marmóreos brazos el cuello del jóven.

—Zurla, cuánto me habeis hecho padecer!

Y semejante a un niño que besa a su hermana, Yousouf besaba las mejillas rojas de la favorita del Bey.

—¡Cuán dulces son estos momentos, Yousouf! Me parece que empiezo a vivir en otro mundo, que respiro en otra atmósfera, y que un sol mas hermoso que ese nos alumbra por do quier!

—Mi felicidad, exclamó el jóven mirándola con interes, no tiene comparacion en este mundo. ¿Qué mas puedo apetecer? ¿No os tengo en mis brazos, no se confunden nuestros alientos, y no laten nuestros corazones simultáneamente?

—Mi Yousouf, ánjel mio, cuánto te amo!

.....

El sol declinaba y arrojaba sus rayos color de topacio por entre las hojas de los árboles del jardin.

La dicha y el placer se respiraba en el aposento de la favorita del Bey.

Un rayo, traspasando los pintados vidrios de la ventana, venia a morir a los menudos piés de Zurla que se encontraba en brazos de Yousouf.

Hubiérase dicho que el sol, antes de sepultarse, queria halagar con un destello de su luz a aquellos dos corazones, unidos tan fuertemente por las mismas simpatías.

—¿Qué encantador es este paisaje! dijo la mora.

—Mas encantadora sois vos, tesoro mio, replicó Yousouf.

Zurla dirijió con coquetería sus ojos chispeantes al rostro del jóven.

Zurla estaba pálida, con aquella palidez romántica que muchas pretenden obtener y que no consiguen.

Apoyada Zurla en el hombro del jóven, caminaron anibos maquinalmente y se apoyaron en el alfeizar de la ventana.

—No alcanzas a ver, Yousouf, dijo Zurla, tras aquellas gallombas, una fuente?

—Oh! sí, ahí muchas veces me dormí arrullado por el ruido monótono del agua que arroja el dragon. Allí pensé muchas veces en vos.

—¿Es verdad?... Oh! yo tambien te ví por la vez primera en ese lugar, y desde ese dia mi corazon, antes tranquilo como el sueño de un niño, se sobresaltó... ¡Cuánto te amaba en silencio! Mas ahora estás a mi lado y te amo con delirio... Dadme un abrazo, Yousouf. ¡Cómo quisiera estar así siempre, siempre!... No me abandonarás nunca, no es verdad?

—¡Abandonaros! Abandonandoos, Zurla, abandonaba mi cielo. Yo no creo en otra felicidad mas que en ésta. ¡Qué me importa el sitio que me depare el destino, allá en la eternidad, cuando aquí, contigo, he tenido mi paraíso? Adelante, felicidad; adelante!

El sol se ocultó.

El velo de la noche, sembrado de diamantes, se desplegó.

XIII.

REVELACION.

Mientras Yousouf y Zurla se profesaban el mas tierno amor, el griego Saled y el mameluco Ben-ber-ley esperaban una coyuntura favorable para llevar a efecto su venganza.

Varias entrevistas habian celebrado, y en cada una de ellas se habian separado sin avanzar gran cosa, pero en cambio mas determinados a llevar a efecto sus proyectos.

Verdad es que uno pugnaba por reconquistar la voluntad y aprecio del Bey, con perjuicio de Yousouf, y el otro por reemplazar al tesorero; siendo esto, entre moros y cristianos, un sobrado motivo para semejante proceder.

.....
Ahora el lector contemplará a los dos antagonistas de Yousouf

en una de sus muchas conferencias, sentados en buenos cojines y con la inseparable pipa en los labios.

—Me parece, dijo Ben-ber-ley, que de algunos días a esta parte hubieras desmayado.

—Y por qué? respondió sin alterarse el griego.

—Porqué te veo mas distraido y hablar menos de nuestro comun asunto.

—Te has equivocado. Es ahora cuando me intereso mas.

—Pero yo no atino...

—No te admires. Medito, y por eso me ves así.

Y el griego tomó un aire grave, y se recostó en el cojin, mirando al mameluco con cierto aire de desprecio.

—Pensar! interrumpió Ben-ber-ley.

—Y qué? replicó vivamente el porta-pipa.

—Vos pensais, yo tambien pienso, y mientras tanto el tiempo avanza.

—Eso quiere decir que no debemos emplear el que nos resta como el pasado. ¿Qué hemos obtenido con tanta charla? Qué con haber formado castillos basados en el aire? Nada absolutamente sino perder el tiempo.

—Pero...

—Escucha: ¿dices que no me intereso en el asunto, porque estoy distraido y hablo poco?

—Sin duda.

—Ten presente, Ben-ber-ley, siguió el griego, con aire sentencioso, que hablar mucho es tan perjudicial como hartarse de alimento, con la diferencia de resultados distintos. En lo primero se está espuesto a no decir nada, y en lo segundo a una conjestion cerebral. Por ahora quiero permanecer mudo y pensar, para despues de haber formado un plan, proceder a su ejecucion.

—Y qué vamos a adelantar con eso, cuando hai otro medio mas pronto y espedito?

—Veamos.

—Con un golpe bien dado se rompen los anillos de una cota de mallas!

Saled adelantó vivamente la cabeza, mostrando suma admiracion; así como el lobo con su presa próxima a devorarla al menor ruido, levanta inquieto el hocico.

—Un puñal! exclamó.

—Sí. ¿Y qué os admira? observó con firmeza Ben-ber-ley.

—Abstente bien de esto. A nada favorable nos conduciría. Ya lo habia pensado.

—Y entonces...

—Ben-ber-ley, las cosas no solo se acomodan con armas!

—Todo, todo se arregla y acomoda con armas, replicó exaltado el mameluco.

—Talvez tienes razon, respondió Saled, pero hai distintas armas; por ejemplo, la del asesino es el puñal; la del hombre prudente, la prudencia; la...

—Y bien?

—Para estos casos, la mejor arma es la astucia.

—Todo está mui bueno, pero hablemos del asunto.

—Sea.

—¿Qué habeis pensado?

—No sé qué responderte, pero trato de formar un magnífico plan. Para ello tengo cohechado a un eunuco de los que están al servicio de Yousouf, y espero de él...

—De veras! interrumpió Ben-ber-ley.

—Sí, y por él espero saber cosas mas ciertas que las que sospecho.

—Y qué sospechais? Veamos!

—Que nuestro nuevo tesorero ha principiado por donde debia haber concluido.

—Esplicaos.

—Está enamorado de Zurla.

El mameluco dió un brinco, como si una víbora le hubiera saltado al cuerpo, y gritó:

—De Zurla!...

—Sí, respondió con calma glacial el griego, y ella le corresponde.

—De Zurla! y ella le corresponde! repitió Ben-ber-ley; corresponde a un renegado, a un perro cristiano, la favorita de nuestro amo el Bey! Oh! esta es escelente oportunidad para hacer rodar su cabeza y dar su cuerpo por pasto a las aves del desierto! Una denuncia...

—Moderacion. Para denunciar es preciso probar, y esto no se sabe de positivo.

El rostro del mameluco, tan alterado a un principio, cambió repentinamente a esta sola observacion. Y despues de una pausa, y con desaliento:

—Es verdad, respondió.

Luego lanzó un suspiro de despecho.

.....

.....

"Escusado es decir que los dos amantes pasaban las noches en el terrado del harem, recostados en un lecho de flores."

El griego lo sospechó, como habia dicho, pero ignoraba el sitio de sus amores. Por consiguiente, se dedicó a sorprenderlos.

Era la mejor venganza que podia tomar.

El eunuco infiel, pocos dias despues, lo descubrió todo a Saled.

Los jóvenes se vieron perdidos.

XIV.

SORPRESA.

La aurora con su color de rosa teñia el cielo; las avecillas hacian resonar el bosque con sus variados trinos, y el lucero de la mañana, con la proximidad del sol iba perdiendo su brillo, cuando Yousouf, al separarse, repetia a Zurla el último juramento de amor.

Nuevas protestas se juraban con ansia.

Y nuevos placeres se prometian para el dia siguiente.

Aquellos dos amantes se separaban por un momento, para volverse a ver mas enamorados que nunca.

De repente el griego Saled se presentó en el terrado.

Su aspecto, como la presencia del leon que sorprende al viajero en el desierto, fascinó a los amantes.

El griego permaneció de pié un instante, contemplando con placer el cuadro de que era autor, bien así como el ave carnívora contempla desde la altura al pajarillo que ha elegido para su presa.

Yousouf, que no carecia de valor, y aun rayaba en temerario, bien pudo deshacerse de Saled, haciéndole pagar caro su imprudencia, pero estaba desarmado y su antagonista conservaba sus armas.

El griego, con una sola mirada conoció su superioridad, y para no dar lugar a que el joven reflexionara, gritó:

—Corre, Alí, corre, y verás a Zurla en brazos de un miserable renegado!

Yousouf se consideró perdido, y en ese momento hizo consistir su salvacion suplicando a Saled.

—Saled, por el profeta, ten compasion de Zurla!

El porta-pipa conoció que habia triunfado.

MAGNETISMO ANIMAL.

(CONTINUACION.)

El hecho correspondiente, de que el polo norte de nuestro globo es odilonegativo, sirve de razon para que la distribucion de la tierra y del agua sea tal cual es; conviene a saber, con las tres cuartas partes de la tierra en el hemisferio boreal. Finalmente, toda accion química, incluso los cambios que se efectúan por descomposicion en los cadáveres, viene acompañada de una emision de luz e influencia odílicas tales, que las personas mui sensibles, como Reichenbach lo ha probado repetidas veces, pueden ver revolotear resplandores sobre las tumbas, y particularmente sobre las recientes. Asi es como la ciencia, con la antorcha en la mano, disipa las tinieblas de la supersticion: estos resplandores cadavéricos existen, pero no son sobrenaturales; y los *videntes* no son mas que personas mui sensibles o mui nerviosas.

Estos descubrimientos esplican igualmente la influencia, hasta ahora misteriosa, que ejerce la luna sobre los dementes, la "ceguera nocturna" que ocasiona a los que duermen con la cabeza espuesta a su luz, y otros varios fenómenos curiosos del resplandor de la luna. Muestran tambien que el sentimiento de gozo que experimentamos en un dia de sol, no es simplemente el resultado de una asociacion de ideas, sino el efecto de una verdadera influencia fisica; y prueban, mas claramente que nunca, la necesidad *vital* del aire fresco. Paracelso afirmaba que el hombre no se nutre tan solo por su estómago, sino por todos sus miembros, que toman su alimento de los cuatro elementos de que están formados; y este es un hecho que la *vidente* de Prevost, de quien hablamos a todas horas, no podia existir sin una ventana abierta, y decia que "tomaba del aire un principio vivificante (el odilo)."

Los esperimentos de un sabio frances, durante la última visita que el cólera hizo a Paris, indican que las oscilaciones de esta terrible enfermedad dependen del estado magnético de la atmósfera, y no dudamos que suceda otro tanto con la mayor parte de las epidemias.

El odilo puede ser acumulado, hasta cierto punto, en una sustancia; pero se disipa poco a poco. El agua magnetizada que puede emplearse para producir el sueño en las personas muy nerviosas, en el caso de grande insomnio, no presenta efecto alguno perceptible en las personas ordinarias que no hayan sido previamente magnetizadas. Los doctores Esdaile y Gregory, como igualmente M. Atkinson, han recurrido a este medio con buen éxito. El algodón, el cuero y otras sustancias, han sido preferidas por M. Atkinson para transmitir la influencia magnética. M. Atkinson refiere un hecho de esta naturaleza. Una señora a quien asistia para curarla de una palpitacion dolorosa, tuvo precision de salir de Paris con su marido antes de hallarse completamente restablecida. Ocurrióle a M. Atkinson la idea de enviarle a toda prisa unos guantes magnetizados, y el ensayo le salió a las mil maravillas. Los guantes, en cuanto se los ponía la señora, la hacian caer en un sueño magnético y la aliviaban de sus agudos dolores, ya que otra cosa no fuese posible.

Sin embargo, perdieron lentamente su virtud por el uso, y despues de tres veces no pudieron escitar el sueño de la enferma; de suerte que M. Atkinson tuvo que enviarle todas las semanas guantes recientemente magnetizados en reemplazo de los otros, que le eran devueltos para que los magnetizase de nuevo. "Esta circunstancia, dice M. Atkinson, me proporcionó la ocasion de observar un hecho muy raro. Noté que antes de poder renovar la virtud sanitaria de estos guantes, tenia que destruir la influencia morbosa o el contagio que habian adquirido por su contacto con la enferma. Yo sentí en mi mano, al ponerme los guantes ya usados, las mismas sensaciones ingratas que habia experimentado tocando a los enfermos, y ademas un verdadero dolor neurálgico. Estas sensaciones eran tan distintas y tan bien caracterizadas como la del calor que proviene del fuego... Pudiera suponerse que la influencia de los guantes sobre la enferma era únicamente un efecto de la imaginacion; pero hice la prueba enviándola algunas veces guantes no magnetizados, o bien aquellos de que ya se habia servido, sin hacerles nada: invariablemente resultó que los guantes no magnetizados no producian en ella efecto alguno; y los ya usados, cuya influencia magnética no habia sido renovada, le producian sensaciones desagradables.

En cuanto a la accion de los imanes, de los cristales y de los metales, dice el doctor Gregory, hai muchos frecuentes casos en que el dolor se alivia por el contacto con estos cuerpos. Conozco a

una señora acometida de violentas jaquecas, que se siente aliviada tan pronto como toma y conserva en la mano un gran cristal de espato-fluor, que la hace caer ordinariamente en el sueño magnético. El efecto es tan marcado, que cuando le acomete la jaqueca, sus hijos la obligan a hacer uso del cristal. Pero, conforme con las observaciones de Reichenbach, tiene que invertir la posición de los polos del cristal cuando lo pasa de una mano a la otra. La acción de los imanes y aun la de los anillos galvánicos sobre los dolores reumáticos, tampoco es imaginaria en una porción de casos. Jeneralmente ha sido rechazada por los médicos, porque no acertaban a explicarla; y se ha dicho que, pues los anillos galvánicos no podían producir una corriente de electricidad galvánica, su efecto debía de ser nulo. Pero esto no es una razón. No solamente los anillos de dos metales, sino los anillos u otras masas de un mismo metal, producen a menudo resultados muy perceptibles, alivian el dolor, ocasionan el sueño, etc., como pudieran hacerlo los imanes; y según los principios espuestos por Reichenbach, no actúan por la electricidad ni por el ferro-magnetismo, sino por su fuerza odílica. En lugar, pues, de rechazar los hechos con razones teóricas o porque no podemos explicarlos, debemos mas bien multiplicar nuestras observaciones para esponer con el tiempo nuestra teoría o nuestras explicaciones."

No dudamos que se invente algun día un instrumento del mismo género que el electrómetro, para medir la cantidad y talvez la calidad del odilo. La base de un instrumento de esta clase ha sido descubierta por el doctor Mayo en la primavera anterior. Este sabio ha visto que teniendo en la mano, encima de algunas monedas de plata, un hilo de seda del cual se halle suspendido un anillo de oro, resulta una serie de oscilaciones que prueban de una manera evidente la influencia de los metales sobre el principio odílico del cuerpo humano. Para formar el *odómetro* (tal es el nombre que ha dado a este aparato) se puede reemplazar el anillo de oro con un pedazo de goma laca, de azufre, de carbon vegetal, etc., si bien es el oro mas eficaz. El odómetro no obra sino en las manos de ciertas personas, y muy rara vez en la de las mujeres. Si lo suspendemos de la articulacion mas próxima a la uña del índice de la mano derecha o del pulgar de la mano izquierda, las oscilaciones sobre el oro o la plata se efectuarán aproximándose y alejándose de nuestro cuerpo; pero si el hilo está suspendido del índice de la mano izquierda o del pulgar de la derecha, los movimientos serán trasver-

sales, es decir, formando ángulos rectos con la precedente direccion. Se puede deducir, no solo que los costados del cuerpo, como asegura Reichenbach, son polares el uno con respecto al otro, sino que existe una polaridad semejante entre el pulgar y los demas dedos de cada mano. Asi es que cuando el odómetro se cuelga del índice, es menester separar bien el pulgar, en atencion a que posee el odilo de calidad contraria; y si el pulgar se pone en contacto con el índice, las oscilaciones del odómetro cambiarán de direccion.

Las partes del cuerpo humano sobre las cuales hemos observado que este instrumento funcionaba con mas enerjía, son el cerebro y la médula espinal; y esto prueba que el odilo domina en los orígenes del sistema nervioso. Otro descubrimiento no menos interesante del doctor Mayo, es que sobre la superficie de todo disco magnético, dos corrientes magnéticas se hallan constantemente en juego, indicando la existencia de polos primarios y secundarios, tales como los que presentan los cristales, y como los que la tierra misma parece tener; y estas corrientes se estienden a alguna distancia fuera del perímetro. Pero lo mas extraordinario es que a cierta distancia, todo al rededor del disco, existe una zona de reposo, en la cual no se percibe ni un soplo de movimiento; mas allá de esta zona se encuentra un sistema de corrientes encontradas y bastante activas, que se ajitan en una direccion enteramente contraria a las que reinan en la superficie del disco. ¿No podrá este último descubrimiento arrojar alguna luz sobre la naturaleza de las fuerzas planetarias, cuando se hayan reconocido recíprocas acciones y reacciones magnéticas entre el sol y sus satélites?

Los experimentos del doctor Mayo prueban que el oro, la plata, el zinc, el vidrio pulimentado, los álcalis, la punta de un huevo, la raiz de una yerba de jardin recientemente arrancada, la estremidad de una naranja o de una manzana, las mas distantes del tronco, y el costado derecho del cuerpo, corresponden, en cuanto a la influencia odílica, con el polo norte de un iman, o de otro modo, son odilo-negativos; mientras que el cobre, el vidrio deslustrado, los ácidos, el extremo ancho de un huevo, las hojas de una yerba silvestre, la estremidad de una naranja o de una manzana las mas próximas al tronco, y el costado izquierdo del cuerpo, son odilo-positivos. Con el auxilio de este instrumento se obtendrá, sin duda, otra multitud de hechos curiosos; pero no debe usarse sino con infinitas precauciones, porque de otro modo se conseguirán resultados erróneos e indicaciones imaginarias.

La ciencia debe procurar la perfeccion de este instrumento, y no es dudoso que lo conseguirá hasta cierto punto; pero estamos convencidos de que el mejor *odilómetro* (preferimos este nombre) será siempre una persona a propósito en el estado del sueño magnético.

Se tiene la prueba hace veinte años en la famosa *vidente* de Prevost, caso atestiguado por sujetos como Eschenmayer, Schubert, Gorres y los sabios de Alemania en jeneral. He aquí, en pocas palabras, la historia de esta pobre mujer, que desde su infancia manifestó ese temperamento particular que constituye el sonámbulo natural. Despues de años de padecimientos corporales mui activos, agravados por un tratamiento poco poco prudente, fué conducida en noviembre de 1826 a Weinsberg para ser confiada al cuidado del doctor Kerner. En aquella época estaba mas muerta que viva: no se alimentaba mas que con caldos, de los cuales se le suministraba una cucharada cada tres o cuatro minutos; muchas veces no podia tragarlo, pero se sentia mala si no se lo daban. Es la sonámbula natural mas extraordinaria que jamas se ha conocido. El doctor Kerner, en los esperimentos que hizo con ella por lo que respecta a los minerales, nada olvidó para asegurarse de su exactitud.

Con este fin, se ataban los minerales con un bramante de cinco yardas de largo (algo mas de siete varas), que era conducido de un aposento a otro a fin de que la sonámbula cojiese con su mano *izquierda* el otro extremo. Las sensaciones que asignaba a cada uno de los minerales, eran precisamente las mismas que cuando los tenia en la mano. El agua en que un mineral hubiese estado sumergido durante algun tiempo, producía el mismo efecto, aunque en un grado mas pronunciado, que el mineral mismo colocado en su mano. El gabinete de mineralojía de M. Tilot, cónsul en Heilbronn, fué puesto a disposicion del doctor: M. Tilot tomó nota de los resultados, y de ellos ha dado una relacion oficial. En el reino vegetal, las ramas y las hojas de laurel producian en aquella mujer el estado de sonambulismo más completo, circunstancia que recuerda el oráculo de Apolo, a quien el laurel estaba consagrado, y el uso que de él hacian las sibilas en los santuarios.

Dejarémos estos hechos a la meditacion de los filósofos, que pretenden que todos nuestros conocimientos provienen de los cinco sentidos. En su estado ordinario, la *vidente* de Prevost no era mas accesible que cualquiera otra persona a estas sensaciones; pero en su *vida del sueño* se hacia sensible a las propiedades de las sustan-

cias mas duras e impenetrables, y la descripcion que de ellas hacia correspondia la mayor parte de las veces con el carácter asignado a cada una desde la antigüedad mas remota. Es, pues, probable, que el primer sistema grosero de ciencia natural haya sido revelado por *videntes* y visionarios, y que por la fé de su palabra se hayan atribuido a los vejetales y minerales propiedades benéficas o dañosas. En todo tiempo se ha sabido que las piedras poseen virtudes secretas. Orfeo dice que la tierra producía el bien y el mal, pero para cada mal un remedio; tambien celebra las virtudes siempre nuevas e indestructibles de las piedras, que él clasifica, por esta razon, con preferencia a los frutos y a las yerbas. Aristóteles, Dioscóvides, Galeno, Avicenna, Alberto el Grande, y sobre todo Plinio, han escrito sobre sus maravillosas propiedades. Teofrasto dice que llevando ciertas piedras consigo se libraba de las fiebres, y que los magos preparaban piedras para curar o evitar ciertas enfermedades; por efecto de la creencia jeneral de sus resultados magnéticos, los diamantes y otras piedras preciosas eran tan buscadas para adornos personales. Estas propiedades, como se ha visto, no eran meras ficciones de la antigüedad, y estas creencias tenian por base los fenómenos observados de la naturaleza esterna. «Los antiguos, dice con este motivo un escritor, eran mejores observadores que nosotros; y en el ramo especial de las sensaciones, su campo era mas vasto, porque estos defectos sobre el espíritu de los nervios eran entónces mas frecuentes. La especie humana era mui sensible en su infancia a estas influencias májicas (*¿o magnéticas?*) en comparacion de nuestros cuerpos oxidados y carbonizados, y sobre todo de nuestras intelijencias materializadas. En la actualidad, solo en Oriente, donde los hombres se acercan más a la naturaleza, se atribuyen aun semejantes virtudes a las piedras.»

«El fluido magnético, dice Mesmer, se comunica, propaga y aumenta por el *sonido*;» y las dudas que hasta ahora se han ofrecido en este punto, solo demuestran que los modernos partidarios del magnetismo no se han tomado el trabajo de profundizar la cuestion. Se admitirá jeneralmente, asi lo creemos a lo menos, que la música ejerce cierta accion estimulante en los nervios; pero hasta ahora no ha sido posible hacer ver de qué naturaleza es tal estimulante. «La música, dice el doctor Kerner, ponía a la *vidente* de Prevost en estado de sonambulismo, aumentaba su lucidez y la hacia esplicarse en verso. A veces me obligaba a magnetizar a los sonidos de una trompa el agua que ella bebia; y cuando yo lo ha-

bia hecho sin darle noticia, se ponía a cantar así que bebía el agua de este modo preparada. (1)

El profeta Eliseo nos suministra un ejemplo que muestra de qué manera la vida interna se activa por la música. Cuando le condujeron ante el rei de Israel pidió que hiciesen venir un tañedor de arpa; y luego que éste pulsó las cuerdas de su instrumento, la mano del Señor vino sobre Eliseo y Eliseo profetizó.

De qué modo afectan al hombre las cosas que le rodean, es verdaderamente asombroso. Sin hablar de simpatías y antipatías no fundadas en razón, que experimentamos con respecto a ciertas personas, y que resultan de la armonía o discordancia entre nuestras influencias magnéticas, ¡cuántas veces hallamos ejemplos palpitan-tes de antipatía en la contemplación de un animal o de un objeto inanimado! Personas hai que no pueden sufrir la presencia de un perro, de un ratón, de una araña, de un sapo; otras que conocen la aproximación de un animal negro, aunque se haya tenido cuidado de ocultarlo a su vista. Un estudio detenido de estos fenómenos nos permitirá bien pronto descubrir las leyes que los rigen.

Efectos semejantes parecen ser igualmente producidos en los animales inferiores: ¡las hojas del fresno blanco, por ejemplo, hacen retroceder a la culebra de cascabel y le producen convulsiones. Añadiremos, fundándonos en la autoridad del *Magasin du Jardinier irlandais*, y como otro de los hechos que desconciertan nuestra escuela actual de ciencia física, que si una planta languidece y muere en la apariencia, se conseguirá que reviva en nueve casos contra diez, poniendo cerca de ella un pié de manzanilla.»

La verdad es que todos los grandes cuerpos del universo se encuentran rodeados de una atmósfera de influencia, en medio de la cual ejercen y sufren influencias recíprocas.

Todo concurre, pues, a demostrar que la virtud magnética llena en diversos grados el universo entero.

Esta influencia es, en efecto, universal (cósmica), como el pobre Mesmer, tan escarnecido, lo afirma hace mucho tiempo. Estiéndese por el espacio y llega a nosotros desde los astros. Es un lazo extraño que existe entre el hombre y el globo en 'que habita, y por medio del cual es afectado sin saberlo por la materia inanimada que existe encima, debajo y al rededor de él. La tierra, la luna, los pla-

(1) «Una vez, dice M. Atkinson, insulé con mi aliento un ensueño en un guante magnetizado que envié a una señora: el ensueño se efectuó.»

netas exhalan durante la noche una influencia odilopositiva y soporífera. El espíritu se retira del cerebro, asiento de la intelijencia, donde en el estado de vijilia recibe y compara las impresiones del mundo material; pasa al *plexo solar*, polo opuesto al sistema nervioso y asiento del instinto, donde se entrega a los sueños, y entra en comercio mas interno como el mundo espiritual. Es verdad que los sueños son con frecuencia producidos por la acción cerebral; pero el sueño puro viene del instinto solamente. Con la mañana torna la vivificante luz del sol, que hace recuperar al espíritu su puesto normal y nos devuelve otra vez al mundo de la intelijencia y a la batalla de la vida. El dia y la noche no son únicamente la luz y las tinieblas: son tambien dos poderes rivales, la antigua fábula de Oromazes y Arimanes; la vida y la muerte; muerte física, consistente en el relajamiento de los vínculos que unen el espíritu y el cuerpo, en introduccion del alma en los terribles misterios del mundo espiritual.

Preguntad a los médicos por qué en un gran número de enfermedades sobreviene a media noche la crisis fatal; por qué las criaturas mas impresionables, el niño que entra en la adolescencia, la niña que pasa a ser mujer, el tierno infante y su madre, todo lo que interesa por la edad y hermosura, mueren casi siempre antes de amanecer. «¡A media noche, dice Job, es la hora en que los hombres mueren!» El hecho era, pues, conocido hace tres mil años; y no se ha cesado de observarlo desde entonces, sin pensar en inquirir la causa. El que velando a la cabecera de un enfermo a la media noche haya visto exaltarse el pulso, los desfallecidos miembros comenzar a temblar, y la fiebre aumentar visiblemente; el que en esta hora solemne haya visto al paciente volver de su aletargamiento por el primer contacto de la muerte; su respiracion penosa, sus mejillas ardientes; sus ojos brillando con un resplandor febril, tornando su mirada con inquietud a todos los que lo rodean, como para implorar su socorro; el que lo haya visto con frecuencia, centenares de veces, ¿será posible que no sienta el deseo de alcanzar esta causa desconocida? Los odilistas han revelado ya el misterio y explicado el fenómeno.

Separándose en este punto de las ideas de M. Jackson, nosotros vamos mas léjos. Existe en la rejion abdominal del cuerpo humano una redecilla mui notable de muchos filetes de nervios, el *plexo solar*, conocido tambien bajo el nombre de *cerebro abdominal* (*cerebrum abdominale*). En efecto, porcion de circunstancias parecen

probar que existe, una relacion recíproca, una polaridad entre el cerebro abdominal y el que tiene su asiento en la cabeza, de igual modo que el que existe, como lo ha comprobado Reichenbach, una polaridad entre los dos costados del cuerpo humano. Creemos que es posible demostrar, no solo que existe esta polaridad cerebral, sino tambien que el cerebro es el polo positivo y el plexo solar el negativo: que el primero es la ciudadela de la intelijencia y de la vida diurna, y el otro la del instinto y del sueño. Las pasas de arriba abajo tienen por efecto espulsar de la cabeza el fluido magnético u odílico y concentrarlo en el plexo solar; en otros términos, adormecen la intelijencia y despiertan el instinto; hacen pasar un sujeto de la vida ordinaria del dia a la vida nocturna de los ensueños; le ponen, en fin, en un estado de sonambulismo. Asi es que estas mismas pasas determinan la rijidez en el brazo a la pierna de una persona impresionable, arrojando sobre los músculos estensores una corriente de fuerza nervioso, restableciendo el estado normal.

Teniendo por objeto toda operacion producir el sopor magnético, dos cosas son de desear: en cuanto al paciente, una disposicion de espíritu pasivo y de buena voluntad, ya que la fé en el magnetismo no sea del todo indispensable (esta pasividad, sin embargo, es poco importante con respecto a los sujetos impresionables); y de parte del operador, una fuerte concentracion mental. Para obtener esta doble condicion, es menester un silencio absoluto; pero una vez conseguida, es probable que con perseverancia un magnetizador sano y vigoroso logrará ejercer su accion sobre toda especie de personas; no obstante, se ha visto a algunas, que mas tarde llegaron a ser impresionables, no afectarse sino con mucho trabajo y despues de numerosos ensayos. Cada operacion disminuye sucesivamente la dificultad, hasta que por fin se logra escitar el sueño en un minuto con una pasa rápida, con una mirada, y aun por la voluntad tácita del operador. Se ha observado frecuentemente que los sujetos conducidos lenta y gradualmente a un alto grado de sensibilidad, son despues los mejores magnetizandos; cítanse casos en que un sueño producido a costa de muchísimas operaciones, ha llegado a ser mui profundo y a presentar los mas curiosos fenómenos. Tambien es de notar que ciertos operadores obtienen mejor éxito que otros en la consecusion de ciertos fenómenos magnéticos, lo cual se esplica tal vez por las diferencias características que existen entre el *odilo* de personas diversas.

El primer síntoma que revela en el paciente la influencia magnética, es una lijera dilatacion de los párpados, que comienzan a bajarse, y cuando no se hayan cerrado, la vista por lo ménos se torna jeneralmente encubierta y oscurecida. Luego experimenta somnolencia, seguida, al cabo de algun tiempo, de una privacion súbita del sentido. Por lo comun, el paciente no tiene, al despertar, la menor idea de la época en que se quedó dormido ni del tiempo que duró su sueño. Despierta algo repentinamente, exhalando un profundo suspiro, y diciendo que ha echado un buen sueño. Pero este sueño, que no ha dejado vestijio alguno en el espíritu, no ha sido simplemente un estado de estupor e insensibilidad. No ha sido tal sino con referencia a las condiciones normales del estado de vigilia; pero el paciente puede haberse hallado en actividad durante este tiempo, pensando observando y hablando. Cuando el estado de catalepsia es tan completo, que el paciente puede satisfacer con facilidad y sin despertarse a las preguntas que se le dirijan, se observa casi siempre un cambio notable en sus facciones, en sus maneras y en su voz. Puede mui bien tener al aletargarse el aspecto pesado de una persona abrumada de fatiga o que ha estado embriagada; pero cuando se le habla, se anima por lo jeneral, y aunque sus ojos permanezcan cerrados su espresion sale llena de inteligencia.

El conjunto de sus maneras toma una distincion que no le es habitual cuando está despierto. Es, en realidad, un individuo diferente, o a lo ménos el mismo individuo en una fase distinta y superior de su existencia.

Unas veces el magnetizado oye con una finura de percepcion llevada a un grado que parece maravilloso; otras, no oye mas que la voz del operador o de los que éste pone en relacion con él; y con frecuencia, en lo mas profundo de su letargo, solo se puede comunicar con él hablando a su epigastrio o a la estremidad de sus dedos. Tampoco es raro que una completa insensibilidad de los sonidos mas fuertes tenga lugar en el sueño magnético; y creemos que esta sordera puede ser producida en todo caso por la voluntad del operador. En muchas ocasiones, el paciente se torna asimismo insensible al dolor y a las impresiones del tacto; y esta insensibilidad, cuando no sea natural, puede tambien ser ocasionada en la mayor parte de los casos por la voluntad del magnetizador.

En algunos magnetizados pueden hallar su justificacion las doctrinas fundamentales de la frenología: si se coloca un dedo sobre un

punto cualquiera de la cabeza, sin una palabra de sujeción, aun sin saber qué órgano se toca, se obtendrá inmediatamente una manifestación de la emoción asignada a aquella parte del cerebro por Gall y Spurzheim, manifestación escitada sin duda alguna por la corriente odílica que el dedo del operador emite al órgano particular. Se ha notado además que las personas sometidas a la influencia del sueño magnético son afectadas por la música mas vivamente que en el estado ordinario; y aun parece que una dulce melodía facilita muchas veces el adormecimiento de los que magnetizan por primera vez. Esta observación está de acuerdo con la aserción tan ridiculizada de Mesmer, que la música desarrolla o pone en movimiento el fluido odílico, y con un hecho bastante conocido, que siempre ha formado parte de las escenas de los májicos.

Hemos advertido igualmente que personas sumidas en un sueño profundo, que evidentemente no percibían los sonidos mas fuertes e incapaces de movimiento alguno, como no fuese bajo la escitación freno-magnética, se han levantado por sí mismas de su asiento al escuchar algunas notas armónicas, y han bailado con bastante soltura, sobre todo cuando se les estimulaba con los acordes de una polka o de un wals; y MM. Dacry y Jackson, que son autoridad en la materia, aseguran, fundados en su experiencia personal, que siempre acontece lo mismo.

No hai progresión determinada e invariable en el desarrollo de los fenómenos magnéticos.

Ciertas fases se presentan mas fácilmente en unos casos que en otros, y aun en diferente época de una misma persona, y algunos magnetizados pasan casi instantáneamente al estado de lucidez.

Asi no tenemos la presunción de seguir un orden rigurosamente cronológico al mencionar como fenómeno subsiguiente una especie de atracción que el magnetizado siente hácia el operador, y que éste en muchos casos puede inspirar por su voluntad. El paciente experimenta entónces un deseo irresistible de acercarse a él; y si se le estorba, hará grandes esfuerzos para apartar o salvar el obstáculo.

No puede esplicarse este fenómeno sino diciendo que es atraído, se ignora el cómo, hácia el magnetizador. Algunos hablan, sin embargo, de filamentos delgados casi siempre luminosos por medio de los cuales se verifica la atracción. Otro de los efectos de este imperio ejercido por el magnetizador, consiste en que puede por su simple voluntad producir en el paciente la impotencia de mover el

brazo o la pierna, de hablar, de levantarse o sentarse; que puede producir la rijidez cataléptica parcial o jeneral, y hacerla desaparecer; en una palabra, que dispone completamente de los músculos y de la voluntad de la persona sobre que actúa. Este dominio se manifiesta mejor todavia en el poder de hacer que el magnetizado imite en el momento y con la mayor precision cada uno de sus jestos y de sus inflexiones de voz. El dormido repite asi frases pertenecientes a idiomas que le son del todo desconocidos, con rapidez estrema y aun con el acento propio. Si rie el magnetizador, el magnetizado rie al punto; si aquel ejecuta algun jesto, por grotesco que sea, éste lo imita fielmente; y todo esto con los ojos cerrados, y aun que el operador se coloque detras de él.

No solamente los movimientos físicos, sino tambien los sentimientos y las facultades del durmiente, pueden ser puestas en juego por el magnetizador; por manera que los fenómenos que ántes habia producido tocando la cabeza, puede conseguirlos despues por su voluntad espresa.

Por consecuencia, la simpatia se manifiesta con fuerza, y se conoce claramente que la persona adormecida percibe todas las sensaciones del magnetizador. Las del gusto, del olfato, del tacto, abandonan su propio cuerpo para ir a alojarse en la persona del operador; o mas bien el fluido nervioso de éste ha hecho mudar de sitio al del magnetizado, y lo ha convertido en un espejo o duplicado de sí mismo.

Un paso mas y llegamos al fenómeno estraordinario llamado lectura de los pensamientos o discernimiento simpático, que consiste en la facultad que adquiere el sujeto adormecido de seguir todas las operaciones intelectuales que tienen lugar en el espíritu de los que se ponen en relacion con él. Asi es que puede describir lo que ocupe el pensamiento de cada uno, bien sea un amigo ausente, un paisaje, una habitacion, etc., porque ve estas imágenes a medida que atraviesan por la mente de los que practican el experimento. Va mas lejos aun, y no solo ve los pensamientos presentes, sino tambien los anteriores, de la persona que se encuentra en comunicacion con él; y dividiendo su memoria, lee, por decirlo asi, en el cerebro las impresiones que han dejado los acontecimientos pasados. Ve hasta las cosas que el experimentador supo en otro tiempo pero que ha llegado a olvidar, y sucede tambien que éste contradice al durmiente, y el durmiente persiste en sostener que se equivoca, hasta que al fin, tomando nuevas informaciones, reconoce

que tiene razon y concluye por referir el hecho que se habia escapado a su memoria.

Antes que la *lectura de los pensamientos* se manifieste, se presentan regularmente otros dos fenómenos dignos de mencion. El primero es que la persona adormecida, teniendo cerrados los ojos, suele hablar de algunos objetos como si los estuviese viendo, cuando su atencion se fija en ellos. Pónensele sobre la frente, sobre la cabeza, en el occipucio o en el epigastrio, o bien los tiene en su mano, y hace la descripcion que acaso le fuera imposible hacer si se le pusiesen delante de sus ojos cerrados.

Notoriamente hace un esfuerzo para aplicar a examinarlos su vision interior o cerebral; muchas veces logra su objeto, pero otras muchas experimenta una gran dificultad, sobre todo en las primeras fases del sueño. Desde luego, este es el primer indicio de lucidez, el cual solo se revela en todo su esplendor cuando el sueño magnético ha llegado a su mayor grado. En segundo lugar, el operador puede fijar un tiempo cualquiera, largo o corto; y si el paciente promete dormir durante este tiempo, lo hará sin discrepar un segundo; pero que el momento de despertar haya sido fijado o nó por el magnetizador, es lo cierto que el magnetizado puede decir en un gran número de casos, si se lo preguntan, el tiempo que ha de dormir; y si por intervalos diferentes se le reproduce la pregunta, indicará siempre exactamente el tiempo que le falta para despertar.

A menudo sucede que en los principios del adormecimiento responde a una porcion de preguntas sobre el medio mejor de magnetizarlo, bien sea con pasas o de otro modo; sobre las facultades que mas adelante poseerá, sobre el momento en que las adquirirá o en que presentará ciertos fenómenos. Y este es el primer indicio de la prevision, que mas tarde le permite predecir esos acontecimientos que por lo regular se hallan todavia asaz distantes en el porvenir.

La mayor parte del tiempo el sujeto dormido tiene una vida distinta en su sueño, y posee lo que se llama *conciencia* doble o dividida. Despierto no conserva recuerdo alguno de lo que ha pasado en su sueño; dormido, relata cuanto le ha pasado en sus sueños anteriores, pero no tiene recuerdo de su existencia ordinaria; de suerte que tendrá que aprender como un niño las cosas que le son de todo punto familiares en su estado habitual; por ejemplo, el leer, el escribir, etc. Esto no es, sin embargo, un resultado inevitable, porque muchas veces, durante el sueño magnético, llega a ha-

blar con bastante exactitud de las cosas que ha conocido en su vida ordinaria. De la misma manera, si durante el estado magnético, el operador le ordena hablar sobre lo que le sucederá cuando haya despertado, lo hará así siempre, y si promete hacer alguna cosa a tal o cual hora, no podrá menos de hacerla, por estravagante que sea.

Es evidente que esta facultad puede ser útilmente aplicada.

He visto recientemente, dice el doctor Gregory, un individuo a quien M. Lewis habia hecho prometer durante el sueño, que se abstendria de bebidas fermentadas: no solo cumplió fielmente su promesa despues de tres o cuatro meses, sino que ni aun mostraba el menor deseo de infringirla. Ignoro si él sabia que hubiese hecho esta promesa, pero esto no es esencial. El deseo quedó estinguido, y el sujeto no debió conservar recuerdo alguno de su promesa, puesto que no habló de ella jamas.

M. Lewis manifiesta que de este modo ha curado a muchas personas del vicio de beber y de otros malos hábitos. Yo he adquirido por esperiencia propia la conviccion de que una promesa obtenida durante el sueño magnético es mas eficaz que otra obtenida en el estado ordinario.

ASPIRACIONES Y DEBERES DE LA MUJER

EN LA VIDA ÍNTIMA Y SOCIAL.

(TRADUCCION DEL INGLES.)

(Continuacion.)

Una jóven, una niña, debe someterse a los consejos paternos sin murmurar, y sobre todo, evitar herir el amor propio de nadie, desmentir, discutir ni contradecir, y no hacer alardes de dominacion, que mas tarde acarrear graves contrariedades.

La madre de familia debe cuidar de que si tiene mas de una hija, alternen por semanas en el arreglo y direccion de una casa, cuiden de las llaves, pues siempre es mas oportuno hacerse cargo de ellas que dejarlas en poder de los criados. La diligencia, el buen deseo y el esmero de la niña se verán recompensados con el cariño y la satisfaccion de los padres, que deben emplear la dulzura, la persuasion, los ejemplos para corregir los defectos, y nó la severidad ni el te-

mor, por cuyos medios no logran hacerse obedecer ni amar, sino infundir miedo perjudicial y cortar la confianza que debe reinar entre el mayor y el menor, ocasionando desvio y disimulo.

La madre o el padre deben preocuparse de las lecciones de sus hijos y fijarse particularmente en la eleccion de maestros, para que en lugar de un charlatan o una presuntuosa, sean intelijentes sin vanidad, cuidados y de sanos principios y costumbres, que transmitirán sin ninguna duda a sus discípulos, inculcándolos una sólida educacion, robustecida por el buen ejemplo y basada en los firmes cimientos de la relijion, pues las creencias puras y la fé, es el principal baluarte que se opone a las malas inclinaciones.

Una niña debe sobre todo estar acostumbrada a no levantarse tarde, para que cuando llegue ya la hora del almuerzo esté preparada, limpia, vestida, peinada y sus lecciones aprendidas.

El aseo es una de las cualidades necesarias, saludable y útil para la vida, pues conserva la frescura y la juventud.

Una persona desaseada aparece fea, vulgar y repugnante, aun cuando ostente lujosos trajes y la haya dotado la naturaleza de la mas espléndida belleza.

Lavarse bien la boca, las manos, y si posible es, bañarse con frecuencia; conservar los vestidos sin arrugas, manchas, ni descosidos; colocar la ropa en cómodas o roperos y no dejarla nunca sobre la cama o sillas, pues nada puede ser mas perjudicial en una niña que el desórden y falta de limpieza.

Acostumbrarlas a no guardar rencor, ni a tener envidia de las demas, es otro de los deberes de una madre de familia; la envidia es una serpiente venenosa, que enjendra el odio, la calumnia, la falsedad y todas las ideas mas perversas, por lo cual debe corregirse ese defecto en la infancia, pues si un árbol se deja crecer vicioso, jamas podrá producir sino frutos perniciosos.

Conocemos mas de una persona a quien la envidia no solo ha causado su desgracia, sino la de los que la rodeaban, huyendo de su trato todos aquellos que albergan nobles sentimientos y un corazon leal y digno.

¿Acaso el amor y la induljencia para con nuestros semejantes, no es la virtud mas bella mas simpática y que demuestra mas grandeza de alma?... Dispensar los defectos de los demas, comprendiendo que nadie está exento de ellos, es un deber, asi como no imitar nada de aquello que nos parezca perjudicial, ridículo o repugnante. Por ejemplo, nada hai mas censurable que el aspecto de una niña o una jovencita cuando hace alardes de atrevimiento o

poca delicadeza, aun cuando sea entre personas de la mayor confianza.

La compostura, el decoro, las buenas maneras, nos atraen las simpatías, pues aun cuando en caso contrario elojien lo que llaman viveza, por no darle otro calificativo, a pesar de admirarla, al parecer, la desenvoltura rechaza, separa a todas las personas sensatas, que prefieren, como es natural, la timidez pudorosa y la gracia sencilla.

Las jovencitas deben tener mui presente, y se lo recomendamos a todas las madres de familia, que al caminar por la calle o en el paseo, lo hagan sin volver la cabeza, ni hacer movimientos que demuestren petulancia, orgullo, pretension ni coqueteria, y sin que las miradas de los demas, su traje, sus maneras, su conversacion, dé motivo a burla, a murmuracion, ni a ninguna clase de demostracion contraria a la buena educacion y a las fórmulas sociales establecidas; esa misma regla se observará en visita, sea en casa propia, sea en la ajena, teniendo una jóven especial cuidado en no mezclarse en la conversacion, si no se la dirige la palabra, y en ese caso contestará con moderacion, sin énfasis, ni estudio, ni exajeracion.

Parecerá demasiado minucioso detenernos en lo que puede ser tan conocido, y que siendo reglas jenerales están al alcance de todos; pero lo creemos necesario para el objeto que nos hemos propuesto, y nunca será ocioso fijarse en leer estos reglones, estudiarlos, y hacer que las niñas y jovencitos los recorran como un estudio preliminar y necesario en la vida.

Hemos visto algunas niñas pertenecientes a familias que ocupaban buena posicion en la sociedad, y que por descuido de sus padres o maestros, o porque las primeras hacian alarde de un cariño mal entendido y que perjudica y acarrea la desgracia, eran objeto de la censura, poniéndose en ridículo, por su educacion descuidada.

¿Cuál es el cariño que debemos profesar a nuestros hijos? Aquel que por una senda, si bien algo difícil, puede conducirlos a la dicha y asegurar la futura felicidad, o los que guiados solamente por su ceguedad paternal dejan crecer esas tiernas plantas sin cultivo y a su libertad, sin impedir que se desarrollen torcidas y con viciosos defectos, admirando su belleza física pero descuidando la moral, sin comprender que una flor silvestre, por encantadora que aparezca a nuestros ojos; aunque sus brillantes colores nos seduzcan y recreen; por mas que su gallardia, su jentileza y su conjunto,

sea de lo mas seductor, comparada con otra de perfumada aroma, que crece, nó libremente, sino vijilada por un cuidadoso jardinero que con hábil mano dirige sus tallos, la descarta de todo aquello que pueda menoscabar su belleza, la perfecciona, en fin, será preferida desde luego y arrojada con desden la que solo cautivó los ojos pero en cuya corola se ocultaban los frutos de la mala direccion: lo mismo es una niña; la belleza física cautiva, pero las raíces de las simpatías y cariño no pueden llegar a ser profundas si no posee esas cualidades imperecederas, que descuellan en todas las circunstancias de la vida; la hermosura material desaparece al menor soplo del aire emponzoñado; la del alma, resiste a los estragos del tiempo y de los años y sirve de ejemplo para todas aquellas que comprenden y admiran el verdadero mérito.

En la mesa es en donde particularmente puede manifestar una niña la buena educacion que haya recibido, no sentándose antes que los mayores en edad, no jesticulando ni apoyando los codos en la mesa, así como tampoco impacientarse o empezar a comer antes que los mayores. Es preciso mantenerse derecha en la silla, no dejar caer nada en el plato, no llenarse demasiado la boca ni beber sin limpiar los labios, cuidando de no fijar sus miradas en aquellos que comen o beben, pues esto es gravísima falta: cuando llegue el final de la comida, la niña permanecerá sin levantarse de la mesa, ínterin no lo hagan sus padres o convidados.

En el número siguiente nos ocuparemos de los deberes de una señora en comidas y refrescos y demas, pues lo creemos útil y necesario.

CÁRLOS 2.º LATHROP.

(Continuará).

LITERATURA ALEMANA.

(TRADUCIDO DEL ALEMAN PARA LA "REVISTA DE VALPARAISO.")

I.

Nueva Primavera.

En los museos donde se conservan cuadros de la época de la Pompadour, se ve repetida la imájen de un caballero que se dispone a marchar al combate, armado de punta en blanco, lanza en ristre y escudo al brazo.

Unos amercillos juguetones le provocan, y escondiéndole lanza y escudo, le prenden con cadenas de flores, a pesar de su resistencia y de sus murmullos.

Tal me sucede a mí; mientras procuro desasirme de unas cadenas encantadoras, triste y alegre a un tiempo, otros van a batirse en la gran batalla de la libertad.

Sentado bajo un árbol que ha blanqueado la escarcha, óyese el viento que silba a lo léjos, y vése en el cielo las nubes cubrirse con los unidos velos de la niebla.

Mira la pradera, mira el bosque; están muertos; los árboles están desnudos.

El invierno te rodea, el invierno está en tí, y tu corazon se ha helado.

De repente caen sobre tí blancos copos de nieve, y se te figura que el árbol ha sacudido sobre tu frente sus polvos de hielo.

Pero en medio de una alegría repentina, notas que no es nieve, y ves las flores embalsamadas de la primavera rodearte y jugar contigo.

¡Encanto celestial! El invierno se trasforma en el mes de mayo, la nieve se cambia en flores primaverales, y tu corazon ama de nuevo.

II.

En la selva todo brota, todo reverdece, como oprimido por una alegría virjinal.

Y el sol dice sonriendo desde el cielo:

¡Jóven primavera, bien venida seas!

¡Oh, ruseñor! tambien oigo tus trinos deliciosos mezclados de sollozos encantadoramente tristes, y tu cancion que solo es amor.

III.

¡Qué miradas de consuelo caen de los hermosos ojos de la primavera! El amor te ha abatido, el amor va a ensalzarte.

Sobre el verde tilo reposa el tierno ruseñor y canta. A medida que su cántico penetra en mi alma, siento que mi alma se dilata.

IV.

Amo a una flor, pero no sé cuál, y eso me entristece. Miro en todos los cálices y en todos busco un corazon. Las flores exhalan sus perfumes en el crepúsculo de la tarde, y el ruseñor canta; busco un corazon que sienta como el mio, y que como el mio se enternezca.

El ruiseñor continúa su canto y comprendo su dulce melodía
Los dos estamos angustiados, ¡ah, sí! ¡inquietos y angustiados los
dos!

V.

Ha llegado mayo: las plantas y los árboles florecen, y en los azules espacios del cielo se ciernen las nubes sonrosadas.

Los ruiseñores cantan en la enramada, los blancos corderillos triscan en medio de las verdes y tiernas plantas del trébol.

Y yo no puedo cantar ni triscar; estoy enfermo sobre el césped, oyendo un concierto lejano de campanas que me hace soñar... no sé qué.

VI.

Mi corazón repite los ecos de una alegre melodía. Serena canción primaveral, sueña y huye en el espacio.

Huye en el espacio, huye a las rejiones en que las más hermosas flores se marchitan, y si ves una rosa, dile que le envío mis más íntimos sentimientos.

VII.

La mariposa está enamorada de la rosa, y vuelve mil veces en torno suyo; un rayo de sol la acaricia amorosamente con su luz de oro.

¿Pero a quién ama la rosa? quisiera saberlo. ¿Es al ruiseñor que canta, es al astro silencioso de la tarde?

No sé de quién está enamorada la rosa; yo por mi parte os puedo decir que os amo a todos: rosa, mariposa, rayo del sol, estrella de la tarde y ruiseñor.

VIII.

Todos los árboles resuenan, todos los nidos cantan: ¿y quién es el maestro de capilla de la verde orquesta de los bosques?

¿Es la alondra de parda pluma, que puesta sobre una rama entorna los ojos con importancia? ¿Es ese pedante que se columpia satisfecho, haciendo oír su eterno *cú, cú?*

¿Es la cigüeña, pájaro grave que levanta su larga pata como si dirigiera toda la banda de músicos?

Nó. El maestro de capilla de la selva está en mi corazón, siento su compás y creo que se llama amor.

IX.

«Al principio era el ruiseñor y cantó la palabra *tsukut, tsukut!* Y mientras cantaba, brotaban por todas partes el césped, y la violeta y la margarita.

„Se dió un picotazo en el pecho, sangre roja brotó, y de la sangre nació un rosal: a ese rosal es a quien canta sus amores.

„Nosotros, aves de esta selva, nos hemos reconciliado con la sangre que brotó de su herida; pero cuando algun dia deje el ruiseñor de cantar sus amores a la rosa, ¡ai de nosotros! ai de la selva entera!”

Asi habla a su gorrioncillo el viejo gorrion anidado en una encina. Su hembra lanza al aire su pio en medio de la narracion y se coloca en el sitio de preferencia.

Es una buena señora, una mujer mui de su casa; empolla sus huevos y no gruñe nunca. El viejo, para entretener sus ócios, instruye a sus hijos.

X.

La tibia noche de primavera ha hecho brotar todas las flores, y si mi corazon no anda listo se va a volver a enamorar.

Pero ¡cuál será la flor que me coja en sus redes? Los ruiseñores en sus canciones me aconsejan que no me fie de las violetas a pesar de su timidez y su modestia.

XI.

Mi enfermedad avanza; las campanas suenan; ¡ai! mi cabeza se trastorna. La primavera y dos hermosos ojos han conspirado de nuevo contra mi corazon.

La primavera y dos hermosos ojos han arrastrado mi corazon a una nueva locura. Creo que las rosas y los ruiseñores están complicados en esa conspiracion.

XII.

Ai! quisiera llorar; llorar lágrimas de amor, lágrimas llenas de amargura y de delicias; creo que al fin mi deseo será satisfecho.

¡Ai! la dulce miseria del amor y la amarga voluptuosidad del amor, penetran, ¡oh feliz tormento! en mi alma recién curada.

XIII.

Los ojos azules de la primavera me miran desde el césped; son las violetas que he cojido para hacer un ramillete.

Las cojo y medito; y todos mis pensamientos los repite el ruiseñor en sus cantares.

Lo que yo pienso lo canta él en notas sonoras que resuenan a lo léjos. ¡Ai de mi pobre secreto; toda la selva lo conoce!

XIV.

Cuando pasas a mi lado, cuando tu vestido no hace mas que tocarme, mi corazon se estremece de alegría y se precipita en pos de tus huellas.

Entonces te vuelves, me miras con tus hermosos ojos, y mi corazon se asusta de tal manera, que no puedo seguirte.

XV.

La esbelta flor de las aguas se columpia soñolienta en medio del lago; el astro de la noche la saluda trémulo de languidez y de deseo.

Confuso inclina su cabeza hácia las ondas, y se ve en ellas la faz pálida de su enamorado puesto de hinojos a sus piés.

XVI.

Si tienes buena vista y miras con cuidado mis canciones, verás a una jóven hermosa que cruza por ellas.

Si tienes buen oído, puedes oír su voz, sus suspiros, su risa, su canto, que alegrará tu corazon.

Con los rayos de sus ojos, con el timbre de su voz te turbara como a mí, y soñador enamorado, irás errante por la selva primaveral.

XVII.

—¿Quién se hace vagar así en las noches de primavera? Has vuelto locas a las flores. Las margaritas están asustadas, las rosas se han puesto coloradas de vergüenza, las azucenas están pálidas como la muerte; se lamentan y están turbadas y confusas.

—¡Oh, querida luna! esas pobres flores tienen razon; he cometido una gran falta; ¡pero podia yo figurarme que me escuchaban, cuando, embriagado de amor ardiente, se lo contaba a las estrellas?

XVIII.

Me miras tan dulcemente con tus ojos azules; que sueño y no puedo hablar.

Pienso continuamente en tus ojos azules; y un océano de pensamientos azules inunda mi corazon.

XIX.

Mi corazon vuelve a estar bajo el yugo; todo su ódio antiguo ha desaparecido, y con la brisa de mayo han penetrado en mi corazon tiernos sentimientos.

Recorro de noche y de día las alamedas en que veo mas jente, y creo encontrar a mi amada debajo de cada sombrero de paja.

Me detengo de nuevo a orillas de verdes ondas sobre el puente. ¡Ai!... quizas su carruaje pasará por aquí y sus miradas encontrarán las mias.

Oigo en el murmullo de la cascada consejos saludables, y mi corazon comprende lo que dicen las blancas olas.

Me he perdido soñando, a la sombra de los arbustos que enlazan sus ramas, y los pájaros entre las ramas se han burlado del loco enamorado.

XX.

La rosa embalsama, y si siente los perfumes que brotan de su cáliz, y si el ruiseñor experimenta en sus cánticos y sus trinos lo que siente nuestra alma, no os lo sabré decir, pero la verdad nos entristece a menudo, y aun cuando la rosa y el ruiseñor espresaran lo que no sienten, su mentira seria provechosa, como sucede muchas veces.

XXI.

Yo huyo, me escondo de tí, porque te amo. ¡No te enfades! Tu cara es tan linda, tan serena, que no se hermanaria bien con la mia tan triste.

Mi faz está pálida y lívida porque te amo; huyo de tí porque me encontrarias feo. ¡No te enfades!

XXII.

Voi errante en medio de las flores, ajándome con ellas, vagando como si soñara y tropezando a cada paso. ¡Sosteeame, amada mia! si no, la embriaguez del amor me va a precipitar a tus piés, y el jardin está lleno de jente.

XXIII.

Como tiembla la imájen de la luna en medio de las olas impetuosas, mientras ella camina con paso seguro y pacífico por la bóveda celeste, asi tú, amada mia, sigues tu camino tranquila y serena, y mientras tu imájen tiembla en lo mas íntimo de mi corazon.

XXIV.

Nuestros corazones han concluido su santa alianza. ¡Qué bien se comprendian al apretarse uno contra otro!

¡Ai!... la pobre rosa que adornaba tu pecho, esa pobre aliada nuestra, se ha ajado con nuestro abrazo cordial.

XXV.

¿Sabes quién ha inventado los relojes, la division del tiempo, los minutos y las horas? Pues ha sido un hombre triste y frio. Estaba sentado durante una noche de invierno solo y reflexionando, contaba el trote familiar de los ratones y el ruido monótono de la carcoma que roe a compas la madera.

¿Sabes quién ha inventado los besos? Una boca inflamada de felicidad. Arrojava los besos sin pensar en otra cosa. Era en el mes hermoso de mayo; las flores brotaban, el sol sonreia, las aves cantaban.

XXVI.

¡Qué perfume tienen los claveles! ¡Cómo relucen y centellean las estrellas a traves de un cielo de color de violeta!

A la sombra de los castaños brilla la villa blanca y encantadora; oigo el ruido de su puerta vidriera, oigo el murmullo de la mas suave de las voces.

Estremecimientos llenos de voluptuosidad; encantadoras emociones; abrazos tiernos y tímidos. Y las rosas escuchan y los ruiseñores siguen cantando.

XXVII.

¿No he soñado otras veces con esta misma felicidad, con los mismos árboles, las mismas flores, los mismos abrazos y las mismas miradas?

¿No brillaba lo mismo la luna, a traves de las ramas del cenador que guardaba nuestros amores? ¿No habia los mismos dioses de mármol, la misma centinela en el dintel de esa puerta?

¡Ai! Cómo cambian esos hermosos ensueños tan encantadores, cómo se ajan las flores, cómo se cubren los árboles de sus frias vestiduras de nieve!

Sé que tambien nosotros nos enfriaremos y nos huiremos, y nos olvidaremos, nosotros que hoi nos amamos tanto y que nos apretamos tan fuerte corazon contra corazon.

XXVIII.

¡Los besos cojidos a hurtadillas en la sombra, y en la sombra devueltos, cómo embriagan el alma enamorada!

Columpiadas por dulces recuerdos y por presentimientos mas dulces aun, nuestras almas piensan en muchas cosas que han pasado, en muchas cosas que han de suceder.

Pero pensar mucho es fastidioso al dar un beso; mas vale que flores, alma mia, y que te alivies vertiendo lágrimas.

XXIX.

En otros tiempos habia un rei de corazon fatigado, de cabeza gris.

El rei viejo tomó una mujer jóven.

Tenia a su servicio un paje hermosísimo; su cabeza era rubia y por demas lijera. El paje llevaba la cola del rejio vestido de seda de su señora.

Cancion antigua, ¿quién no la conoce? Resuena tan dulce, pero tan triste en el corazon; murieron los dos... se amaban demasiado.

XXX.

En mi corazon florecen de nuevo las imájenes que el tiempo habia borrado... ¿Pero qué hai en tu voz, amada mia, que hace estremecer mi alma?

No me digas que me amas! ya sé que todo lo que hai de mas bello en la tierra debe morir, la primavera y el amor, todo, todo. No me digas que me amas; no hagas mas que darme un beso, y calla; calla y sonríte si te enseño mañana ese ramo de rosas marchitas.

XXXI.

Embriagadas con el resplandor de la luna, las flores del tilo esparcen sus perfumes; los bosques y los aires resuenan con los cánticos del ruiseñor.

—«¿Qué dulce es, vida mia, sentarse debajo de este tilo, cuando los rayos de oro de la luna brillan al traves de su follaje protector

«Mira esta hoja, ve; tiene la forma de un corazon; por eso los enamorados escojen entre todos los árboles al tilo, y gustan de sentarse a hablar a su sombra.

«Pero te sonries como perdido en lejanos sueños.

«Háblame, amado mio; dime ¿qué deseos jerman en tu corazon?

—«Con mucho gusto, hermosa mia, te lo diria; quisiera que una brisa fria del Norte nos enviara de repente una blanca nevada.

«Y que nosotros, sobre un trineo de colores, al ruido de los sonores cascabeles, al chasquido de los látigos, cruzáramos, envueltos en pieles, llanuras y rios helados!»

XXVII.

En la selva, a la luz de la luna, anoche he visto pasar los *Elfos*. Oí sus clarines y sus campanillas.

Cabalgaban en blancos corceles que llevaban adornos de oro, y

hendian los aires con la rapidez de una bandada de cisnes salvajes asustados.

La reina, al pasar al galope, me hizo una seña y me dirigió una sonrisa. ¿Se sonreiría porque otra vez estoy enamorado, o me presajaba la muerte con su sonrisa?

XXXIII.

Te envío por la mañana las violetas que he cojido al alba en el bosque, y te traigo por la tarde las rosas que he cojido durante el crepúsculo.

¿Sabes lo que te dicen esas flores en su simbólico lenguaje? Sé fiel desde por la mañana, y ámame desde por la noche.

XXXIV.

La carta que me has escrito no me ha hecho efecto. No quieres amarme, pero tu carta era mui larga.

¡Doce pájinas de letra mui metida y mui linda! casi un manuscrito! No se escribe tanto cuando se trata de despedir a un amante.

XXXV.

No temas que venda tu amor delante de las jentes, cuando mis labios desbordan en metáforas al hablar de tu belleza.

Está escondido en una selva de flores, mui escondido, secreto, ardiente, pero profundo y disimulado.

Si algunas veces chispas sospechosas brotan de entre esas flores, ¡no temas nada! el mundo de hoy no cree en llamas verdaderas, y lo tomará por un poco de poesía.

XXXVI.

Los ruidos con que la primavera llena los días, han llenado también mis noches; sus ecos y sus reflejos penetran hasta en mis sueños.

Entonces, como en un país encantado, las aves trinan sus más puras melodías; el aire está embalsamado, el perfume de las violetas es más ardiente, más voluptuoso.

También las rosas brillan con más esplendor; parecen tener una auréola de oro, como las cabezas de los anjelitos en las iglesias.

Yo mismo canto entonces mis amores a esas rosas de la auréola, como si fuera ruiseñor. Canto y sueño maravillas.

Y todo dura hasta el momento en que me despiertan los rayos del sol, o el ruido de esos otros pájaros que trinan enfrente de mi ventana.

XXXVII.

En la bóveda del cielo, las estrellas caminan suavemente con sus piecitos; mui suavemente; parece que temen despertar a la tierra, que duerme tranquila durante la noche.

Las selvas escuchan en silencio; cada hoja es un oido, y el monte sueña, y al soñar estiene sus grandes brazos de sombra.

Pero, ¿quién me llama? El eco de esos acentos ha resonado en mi corazon. ¿Era tu voz, amada mia, o era el cántico del rui-señor?

ENRIQUE HEINE.

LA NIÑA DE LAS TRENZAS DE ORO.

(LEYENDA).

A MIS AMIGOS PASTOR SOTO Y MANUEL D. MARTINEZ.

Será para mí inolvidable la noche en que al lado de ustedes ó narrar al viejo Erasmo la historia de Eva, a quien la tradicion, en memoria, sin duda, de sus rubios cabellos, ha dado el nombre de la *Niña de las trenzas de oro*.

Hoi, al leer estas pájinas escritas al correr de la pluma y evocando lo mejor que me era posible mis recuerdos, me he creido nuevamente trasladado bajo aquellos árboles y en los umbrales de aquella choza, pero sin sentir las emociones que en ese entonces al oir los pormenores de esos extraordinarios acontecimientos.

¡Es que falta la voz conmovida de Erasmo y falta tambien la perspectiva de ese sitio, hermoso escenario que en vano mi pluma ha querido reproducir!

Esto, no obstante, no he querido condenar al olvido mi trabajo, porque me ha lisonjeado la idea de que ustedes, en aptitud de juzgar de la veracidad de mi narracion, querrian al menos estimarlo como un recuerdo.

I.

EL CERRO DE LA LEYENDA.

A las personas que hayan concurrido a los célebres baños de Cauquenes debe serles familiar la vista de un pequeño cerro que se eleva aislado como un centinela de granito al oriente del Cacha-poal, y que se hace perceptible al encimar el tercero o cuarto cara-

col de la cuesta que existe a pocas cuadras de la estacion del ferrocarril.

Este cerro, aunque al parecer insignificante, habia llamado repetidas veces mi atencion. Es verdad que gustando de la estension y del aire libre, y saliendo mui pocas ocasiones de Santiago, al divisar la llanura recibo una impresion mui semejante a la de un colegial en su primer dia de vacaciones, y no hai detalle, no hai objeto por fútil que sea en que no fije mis miradas.

En mis viajes, en todo el trayecto del camino, voi asomado a la ventanilla del wagon admirando la diversidad de las siembras, la estension de la campiña, las aves que se cruzan en distintas direcciones, el ganado talando la yerba, y los pobres campesinos semi desnudos en los dinteles de sus chozas, dejando traslucir aun su asombro por el humo de la locomotiva y su poderosa fuerza de atraccion.

Sucede en estos casos que la rapidez de la marcha y la diversidad del panorama fatigan mi vista dejando subsistente mi espíritu de observacion, o si se quiere de curiosidad; y es por esto que al abandonar el ferrocarril para dirijirme (he hablado por ahora refiriéndome a mi viaje a Cauquenes) para dirijirme, decia, ya a los baños, ya a la hacienda, al carruaje he preferido siempre el caballo.

Asi, libre de la sujecion de una marcha regular, obedeciendo a los impulsos del momento, he estimulado mi cabalgadura hasta precipitarla en la carrera, o la he conducido paso a paso, bajándome para cojer, ya flores, ya ramas de boldo con el objeto de aspirar el perfume de sus hojas.

Una ocasion, recuerdo, estuve largo tiempo en lo mas alto de la cuesta, dominando, sin mas limitacion que el horizonte, el verde paisaje que se estendia a mi vista, teniendo allá mui léjos los nevados picos de la cordillera, acá varios cerros en escalon, despues el valle, en seguida el cerro de la leyenda y al pié y en lo mas hondo, el Cachapoal, cual una serpiente de plateados anillos siguiendo una marcha rápida y tortuosa.

Uno de mis amigos que entonces me acompañaba me sacó de mi contemplacion diciéndome:

—Lo que miras con tanta atencion es ese cerro, ¿no es verdad?

—El cerro precisamente nó.

—Y no obstante es curioso y tiene su leyenda.

—¿Oigan?

—Sí, y ninguno de los campesinos de estos contornos se atreveria a pasar por sus cercanias a las doce de la noche.

—Las doce, es decir, la hora de los aparecidos, está bien ¿y cuál es la tradicion?

—Que una niña de trenzas de oro sale a detener a los viajeros.

—Pero creo que si la niña es hermosa, ese lugar no tiene nada de terrible.

—Es hermosa, pero tiene la costumbre de precipitar en el rio a sus amantes.

—¡Diablo! si es así...

—Es lo que aseguran los vecinos del lugar.

—Pero esa leyenda...

—¿Abandonas, pues, el proyecto de la escursion nocturna por ese cerro?

—Completamente, pero esa leyenda, decia, debe fundarse en algo.

—Es posible.

—No has procurado saberlo?

—Ciertamente que nó.

—Creo que interrogando a los que han envejecido aquí, en la hacienda...

—¿A qué fin?

—La leyenda puede ser curiosa, y en primera oportunidad...

—¿Qué dices?

—Que estoy empeñado en averiguar el oríjen de esta tradicion. Mi amigo se encojió de hombros, espoleó su caballo, y yo lo seguí en silencio murmurando:

La niña de las trenzas de oro... Bonito epígrafe para una tradicion, cuento o leyenda; y desde entonces cada vez que pasaba frente al cerro me detenia, complaciéndome en hacer conjeturas sobre los acontecimientos que se habrian verificado en ese recinto, entonces aislado y silencioso.

II.

LA ESCURSION.

Pasados algunos dias, de las casas de la hacienda salíamos en una caravana con el objeto de reconocer uno de los límites de esa inmensa propiedad.

Eran las dos próximamente y nos pusimos en marcha bajo un sol del mes de marzo, en un cielo sereno y por un camino cubierto de polvo; pero una hora despues entrábamos bajo una doble hilera de árboles que formaban un techo de verduras tan espesas y en

parte tan prolongado, que apesar de hallarse el sol en toda su fuerza, se veía como si fuera la dudosa luz de la media tarde.

Un pequeño arroyo se deslizaba a lo largo de este camino, esmaltando la llanura con flores y con musgo y formando aquí y allá caprichosos remansos y lagunas con peñascos interpuestos en su lecho, desprendidos, sin duda, de los flancos o de la cima de las próximas montañas con el peso de las nieves del invierno.

Estos remansos estaban invadidos por una multitud de insectos alados, mientras otros mil de especies diferentes zumbaban escondidos entre la yerba o revolando sobre los rayos de sol, luciendo algunos con su incesante movilidad los variados matices de sus alas.

Como el techo era elevado y el piso seguro, guiábamos nuestras cabalgaduras al galope, cuando por uno de los claros de las murellas de verdura vimos a una vaca como a un tercio del flanco de uno de los cerros, parada sobre un peñon saliente, así como una cabra en un precipicio.

Uno de los vaqueros que nos acompañaba hizo alto el primero, y despues de algunos momentos de observacion, movió la cabeza con un jesto que no hacia presentir nada de bueno.

—¿Y bien? le preguntamos.

—Esa vaca o su cria han divisado las orejas del leon, nos respondió.

El leon! esta palabra hizo su efecto.

Siempre habia deseado ver esta fiera acorralada por los perros, de espaldas en algun precipicio, el hocico abierto y espumoso, la frente rugosa y contraida, los ojos inquietos y la mano en alto pronta para herir. ¡El leon! como si esta hubiera sido una voz de órden, torcimos riendas y comenzamos a subir la pendiente.

La vaca que acabábamos de ver era el tipo del animal que ha vivido siempre entre montes y jarales. Era esbelta, de piel lustrosa de mirar bravo y de movimientos ájiles y, por decirlo así, nerviosos.

Cuando nos vió subir, escarbó el suelo, dió una o dos vueltas sobre sí misma haciendo resonar en la piedra sus duros cascos, y luego de un brinco prodijioso ganó tierra firme y desapareció en la espesura.

Cuando llegamos a la cima del peñon saliente, echamos pié a tierra y a poco oimos la voz del vaquero que decia:

—Aquí, por aquí está el rastro.

Me acerqué con curiosidad y ví impresa en el suelo una huella

no ménos grande que el puño de un hombre, y en cuanto a su forma, mui parecida a la del gato.

Me interné en el bosque procurando orientarme de la direccion de la fiera, cuando descubrí medio oculto entre ramas marchitas el cadáver de un ternero.

El pobre animal yacia sobre uno de sus costados, con el hocico abierto como para dar paso a un bramido de dolor, el ojo dilatado, la pupila oculta bajo el párpado y el cuello hácia atras como la oveja en el acto de recibir el golpe del carnicero.

Pronto se acercó el resto de la comitiva, y despues de algunas observaciones y de convencernos que ninguno de los perros que nos seguia era rastreador, resolvimos continuar nuestra marcha.

El vaquero se puso a sacar la piel de la víctima, y entonces pudimos ver que la herida hecha por el leon, bien superficial en apariencia, era por dentro bien ancha y bien profunda.

Como ya el cadáver habia comenzado a descomponerse y ¡exhalaba mal olor, subimos a caballo y nos disponíamos a partir, cuando la vaca asomó la cabeza por entre el ramaje de un árbol dando un bramido lastimero. Despues salió al descubierto, alejándose a la carrera; se detuvo como a los cincuenta pasos, irguió la cerviz con un movimiento lleno de fiera, pero de pronto, dando un nuevo bramido semejante a un lamento, inclinó la frente y se alejó esta vez hasta perderse de vista.

La pobre madre, desde la muerte de su hijo no se habia alejado de esos sitios, espiando los rumores del bosque y yendo con frecuencia al peñon saliente como a un punto de observacion, esperando qué sé yo qué recurso o inesperado auxilio que por cierto no llegó a presentarse.

Pronto vimos bajar algunos buitres que se cernian antes a mucha altura, retenidos talvez por la presencia de la vaca.

—Quién sabe, me dije yo, si volverá mas tarde a ese peñon y a este mismo sitio, y entonces no encontrará otra cosa que una masa informe y repugnante sirviendo de festin a las aves carniceras!

¡ Despues me encojé de hombros y espolee mi caballo.

Las sombras de la noche comenzaron a invadir el valle y aun a dominar algunas cimas.

Determinamos entonces hacer alto y tomar por alojamiento el primer sitio a propósito que nos deparara la fortuna.

V. MURILLO.

(Continuará.)

Preferimos aparecer poco modestas antes que ser descorteses con el inspirado y elegante poeta que nos ha obsequiado esa bella composicion para nuestra REVISTA. Rogamos a nuestros lectores vean solo en ella la elegancia de ideas y la rica y fecunda imaginacion del vate y no los elojios que injénuamente confesamos no merecer.

Héla aquí:

A LA SEÑORA ROSARIO ORREGO DE URIBE.

En horas de alegría,
 Cuando todo en el mundo es una aurora
 De luz y poesía,
 Yo tu acento escuché, gentil señora.
 Con tus canciones llenas
 De vida y de pasion me enajenabas
 Y al cielo de sirenas
 Donde vivias tú me trasportabas;
 ¡Que el jenio en todo imprime
 El dulce iman de su atraccion sublime!

Un hijo, en hora impía
 La parca te robó... cambióse el canto
 En fúnebre elejía
 Y amargó tu existencia acervo llanto...
 Entonces, con fiereza,
 El idilio feliz de mi ventura
 Tambien cambió en tristeza
 De la madre mejor la muerte dura...
 ¡Y en mis horas de duelo
 Tu canto de dolor fué mi consuelo!...

En dia inolvidable
 Pude admirar la gracia arrobadora
 Con la que el cielo amable
 Distinguir quiso a su gentil cantora.
 Al contemplar turbado
 Tu porte majestuoso y distinguido
 Quedéme enajenado,
 Como el que ve la luz desprevenido;

¡Que nadie frente a frente
Puede mirar el sol resplandeciente!

En tan feliz momento,
Viendo en tí la cantora peregrina
A quien el sentimiento
Hace hermana de Safo y de Corina,
Mi homenaje rendirte
Quise y no pude... cual no puedo ahora
Decirme ni decirte
Qué cosa en tí, poetisa encantadora,
Brilla con luz mas pura,
Si el ingenio, la gracia o la ternura.

J. A. SOFFIA.

A . . .

Invocaste la sombra de tu padre
Para jurarme eterna tu pasion;
No temes se estremezcan sus cenizas
Al sentir el perjurio de tu amor?

Reclinada en mis hombros me ofrecias
Tu amor, poniendo por testigo a Dios;
¿No tiembles que El te envíe un rayo airado
Por tu perjurio atroz?

Has clavado un puñal sobre mi seno
Y sonries, cruel, sin compasion,
Como la fiera al desgarrar su víctima
Lame su garra y goza en su traicion.

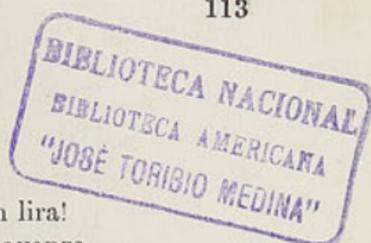
Sé tú feliz... De todos los venenos
Que en mis entrañas rebozar sentí,
Ninguno hai mas amargo, ingrata mia,
Que el que me has dado a mí.

Sé tú feliz en brazos de otros hombres,
Y que ellos te amen tanto como yo,
Porque yo soi un ser desventurado
Que aun cuando viva, para tí murió!

Santiago, junio 1874.

JOAQUIN LEMOINE.

INSOMNIO.



Pulso tus cuerdas desvelada, oh lira!
 Mientras el tiempo en su carrera avanza,
 No un sol de fuego con su ardor me inspira;
 Noche sin esperanza
 Es la noche que mira
 Mi conturbada mente en lontananza.

¿A dónde hallar un corazón tan frío
 Que en mi lugar no sienta
 La dicha que por siempre ora se ausenta
 Dejando en pos hastío
 Bajo un cielo sombrío
 Y en lo íntimo del alma una tormenta?

Ya es media noche, y el insomnio acrece
 Y aumenta mi amargura
 ¿Dónde está el sueño, un tiempo mi ventura?
 Hoi de mí desaparece,
 Cuando en sus brazos voluptuosos mece
 Aletargada y bella a la natura.

¿Qué importa a mi ajitado pensamiento,
 Sumido en pesadumbre
 Que esté la tierra hermosa, el firmamento
 Mas diáfano al través de su techumbre
 Si no hai luz que me alumbre
 Para admirar tan vasto monumento?

También como a mí, al mar insomnio y pena
 Le aflige en esta hora.
 Esa voz con que ajita su melena,
 Ya ronca y jemidora,
 Al morir en la arena,
 Parece mas que mar, alma que llora.

Quién lo escuchara en tempestad deshecho
 Amenazando el suelo,
 Terrible y ajitado cual mi pecho;

Rudo y potente desafiando al cielo
 Y abandonando su profundo lecho
 Dar desastroso fin a mi desvelo!

Mas temo yo a ese mundo que a la sombra
 De su antifaz odioso,
 El camino de espinas nos alfombra.
 Que a ese mar tempestuoso,
 A un corazon herido y sin reposo
 El horror de la muerte no le asombra.

¿Y qué puede temer una alma fuerte
 De ese sueño de muerte?
 Terribles son del alma las pasiones,
 De un venturoso amor las decepciones
 Y el tormento que advierte
 Las dulces y perdidas ilusiones.

Pálida luz ya asoma en el oriente
 De azul y nieve alada,
 Cual una hermosa vírjen desposada
 Que oculta en tules la modesta frente
 Y avanza lentamente
 Esparciendo en el suelo la alborada.

Y llega Febo en su fuljente coche,
 Donde la vida en jérmenes encierra;
 Abre a la flor el perfumado broche,
 Toma el arroyo en la nevada sierra
 Y alegría y amor deja en la tierra;
 Solo en mi corazon queda la noche!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

UNA PERLA ORIENTAL.

(Continuacion.)

—Jamás he tenido compasión a una mujer que se entrega a un perro cristiano!

El tono imperioso con que fueron pronunciadas estas palabras

aterró a Zurla, que, llevada de un movimiento maquinal, se estrechó a Yousouf.

—Y eres tú, siguió con ironía el porta-pipa, la inocente favorita de nuestro amo el Bey?

A semejentes palabras, Zurla se estremeció y se creyó sin remedio perdida para siempre.

Mientras tanto, no quedándole a Yousouf otro recurso que la astucia, recurrió a ella como única tabla de salvacion.

—Te daré, le dijo, en pago de tu silencio, mil zequés todos los meses.

—Dame ademas las joyas de tu amante, y no te denunciaré.

Zurla, que hubiera dado su vida por salvar a Yousouf, accedió gustosa.

Todas sus alhajas fueron depositadas en poder del porta-pipa.

—Ahora el Profeta tenga compasion de vosotros, dijo, y les volvió las espaldas.

Yousouf quedó anonadado por un momento; mas, en seguida, habiendo visto a Zurla entregada al mayor desconsuelo, corrió hácia ella y procuró olvidar su azarosa situacion en los brazos de la única mujer que habia amado.

El sol, tan hermoso un momento antes, se nubló de repente.

¡Cuán pronto debia eclipsarse tambien el sol de sus amores!

XV.

RESOLUCION.

Conforme a la promesa de Yousouf, mil zequies eran contados todos los meses al griego Saled, que los recibia con las mayores muestras de alegria.

No ignoraba Yousouf que a su enemigo no le contenia otro aliciente que el amor al oro, y que podia de un momento a otro, faltando a su promesa, denunciarlo al Bey; mas era necesario resignarse, porque le tenia bajo su poder, débil e indefenso.

Pero, ¿quién hubiera podido soportar con indiferencia su insultante orgullo, y, lo que era más aun, guardar silencio a sus impertinencias?

Triste destino era, en verdad, el de Yousouf; pero ese hombre tenia en su poder la existencia de la mujer que mas amaba.

—No hai dnda, se decia, que he nacido con el sello de la fatali-

dad grabado en la frente; y cuando la felicidad me halaga, la tempestad estalla y me precipita al abismo sin fondo de mi desgracia. Oh! maldito griego! Si un rayo te pulverizara seria eso poco, en castigo de tu delito!... Y tener que sufrir sus insultos! Yo no sé cómo me contengo, cómo esta noche no me arrojé sobre él y le despedacé las entrañas!

Los ojos del joven se inyectaron de sangre, y apretó con furor la cabeza entre sus manos.

— Oh! impotencia! impotencia! exclamó.

Después, cesando repentinamente aquel vértigo, volvieron a su pecho la tranquilidad y la quietud.

Un raudal de lágrimas corrió entonces por sus mejillas.

Aquel corazón, noble y generoso, no podía menos que enternecerse a tantos golpes.

— Concluyamos pronto, exclamó de repente, dentro de un mes estaré libre. Un año bajo el poder de ese hombre es bastante. Oh! Saled, el diablo cargue con tu alma!...

Se levantó, tomó su alfanje y lo besó.

— Tú serás mi único protector, le dijo, y me vengarás!

Y enteramente abatido, se dejó caer en un diván.

XVI.

UN ASESINATO.

Un mes ha trascurrido.

Es de noche.

Yousouf esperaba a Saled, y, semejante a un tigre rabioso que se tiene encerrado en una jaula, daba vueltas al rededor de su aposento.

El menor ruido le sobresaltaba; y un fisicomista hubiera podido notar, a primera vista, algo de extraordinario en su semblante.

Estaba mas pálido que de costumbre.

Su rostro desencajado revelaba fuertes padecimientos.

Todo parecia haberse mudado en Yousouf.

Su aire, sombrío y triste, provenia de una causa oculta; y parecia ajitado como si meditara algun plan siniestro.

La luz trémula de una bujía se perdía en la inmensidad del aposento, y doraba con fantásticos golpes a uno que otro mueble.

El silencio era interrumpido solamente por las pisadas precipitadas de Yousouf.

Algo de misterioso habia en aquella estancia, y el desasosiego del jóven revelaba algun acontecimiento.

No se hacia oir ningun ruido ni en el interior ni en el exterior.

La noche estaba oscurísima, y el viento que soplabá un poco antes habia cesado.

Las estrellas no tenian brillo, y todo parecia contribuir a la tristeza de ese entonces.

Ninguna luz se veia por los cristales de las ventanas del aposento de Zurla.

Túnez dormia envuelto en el oscuro y silencioso manto de aquella noche terrible.

Zurla, con el sueño de los ánjeles, reposaba tranquila en su lecho; sus mejillas. rojas como la púrpura, y sus lábios, ardientes como la llama del amor, parecian despedir fuego.

Infeliz Zurla! Antes de acostarse habia dirijido una oracion al grande y poderoso Alá, e intentó dormirse pensando en él; pero su fantasía, libre como el aire del desierto, terminó en Yousouf.

En medio del sueño, tendió un brazo como para alcanzar un objeto. Sus manos encontraron el vacío...

Infeliz Zurla! Sus labios se entreabrieron para hablar. Una respiracion forzada solo se exhaló de ellos.

Soñaba con Yousouf.

.....
Podia ser la una de la mañana.

El tesorero, rendido, se habia recostado en un sillón.

Sus ojos somnolientos se iban cerrando lentamente.

El jóven luchaba con el sueño, y la bujía, próxima a extinguirse, chisporroteaba.

Un minuto despues, el ruido de las pisadas de un hombre se hizo sentir; y Yousouf saltó del sillón, como si un resorte de acero le hubiese empujado.

Una sonrisa sardónica asomó a sus labios, y dijo:

—Hélo aquí!

Saled, haciendo resonar el piso bajo sus piés, se presentó en la puerta.

Su continente marcial, y su aire lleno de orgullo y altivez, hubieran infundido respeto a otro que no fuera el amante de Zurla.

—Vamos, perro cristiano. ¿Está todo pronto? preguntó.

Yousouf se mordió los lábios hasta hacerse sangre, y dirigió la mano a su alfanje.

—Sí, dijo.

A causa de la oscuridad no pudo notar el porta-pipa el ademán hostil de su adversario.

—Desocupémonos luego, siguió el griego.

—Puedes retirarte al momento, si gustas. Ahí está tu dinero.

Y Yousouf le mostró una bolsa de piel que reposaba sobre una mesa.

El griego avanzó con pasos precipitados, y tomando un sillón dijo:

—Contémosle. ¿No es verdad que es mejor contarle?

—Como quieras, replicó el jóven con desprecio.

—Sí, es necesario, porque vosotros los malditos cristianos...

Y sin concluir la frase, colocó el talego sobre sus rodillas.

Al ruido del metal, las facciones de aquel hombre se animaron por una espresion de salvaje codicia, y al menor ruido esparcía miradas inquietas a su alrededor, procurando ocultar el talego entre sus manos.

Principió a contar.

—Uno, dos, tres...

—Cuatro! gritó Yousouf.

La cabeza del griego rodó por el suelo.

Su alfanje le habia rebanado el cuello.

El tesorero contempló por un momento la cabeza deforme y ensangrentada, así como la pantera contempla su presa antes de devorarla. En seguida, cojiéndola por el pelo y clavándole su yatazan, le sacó un ojo y la lengua; despues, colocando un pié sobre el cuerpo que se contraía aun por la última convulsion de la agonía, le cortó la mano.

—Ya estoi libre, exclamó Yousouf, y lanzó una atroz carcajada.

—Ya estoi libre! repitieron las bóvedas, y la carcajada resonó en el espacio.

La bujía se apagó.

XVII.

LA MANO, EL OJO Y LA LENGUA.

Al día siguiente por la mañana, una caja pequeña acompañada de una carta, fué entregada a Zurla por un fiel eunuco, de órden de Yousouf.

La mora tomó con delirio el papel y lo colocó en su seno. Despues, abriendo la caja, lanzó un grito y cayó exánime.

La carta estaba concebida en los términos siguientes:

«Querida Zurla:

Ya estamos libres!

Nuestra felicidad ha sido rescatada con la sangre de un miserable!

Era preciso resolverse.

Era preciso, para recobrar nuestra felicidad, por tanto tiempo eclipsada, manchar mis manos con su sangre, y para saciar mi cólera, despedazar, como perro rabioso, sus entrañas con mis dedos.

Ese hombre era el autor de un enorme delito, que no debía quedar impune.

Ahí teneis el ojo que osó veros, la mano sacrílega que os tocó, y la lengua miserable que se atrevió a profanar vuestro nombre.

Oid:

Ya estamos libres!

El placer nos espera de nuevo.

Pronto, Yousouf, mas apasionado que nunca, irá a juraros de nuevo un amor eterno.

Pronto irá a adoraros y a ser dichoso!

YOUSOUF,

Kislar-Agá-Ejira..... etc.»

XVIII.

LA FELICIDAD VUELVE.

La felicidad volvió al seno de Zurla.

Yousouf atravesó el paso subterráneo interceptado tanto tiempo por Saled.

¡Qué agradables sensaciones no le conmovieron durante su silencioso viaje!

Recordaba la vez primera que la casualidad le había mostrado aquel camino, y entonces, al fin de un año, le volvía a atravesar para llegar a la cima de su felicidad!...

Empero, un cruel presentimiento disipó la memoria de sus gratos recuerdos.

Si encontraría a Zurla indiferente!

¿Si le habrían olvidado?

Era imposible.

Le había amado mucho, y su amor había sido aquel primero que tanto cuesta para extinguirse.

Mas, por otra parte, era mujer, y debia olvidar.

No! que Zurla era una criatura escepcional; Zurla necesitaba amar a un hombre mas allá de la tumba; Zurla habia nacido bajo un cielo ardiente y poético; Zurla no le olvidaria.

Su amor se asemejaba a la humilde violeta, que crece a la sombra de la rosa; y cuando ésta llega a morir, aquella inclina su tallo abrasado por los rayos del sol y derrama hasta la última perla con que la mañana la engalanara.

El amor de la mora se cobijaba bajo el del jóven, y era necesario que muriera éste, y no habia muerto aun; al contrario, cada dia se acrecentaba mas y mas.

Ademas, ¿por qué le habria de olvidar?

Pero la mujer es tan caprichosa!

Acaso alguna se ha comprendido a sí misma?

Sabe acaso por qué ama?

Corazon frágil y efimero.

Corazon que late, muere, y vuelve a latir.

Corazon que no se comprende!

.....
Yousouf, bastante conocedor del subterráneo, en un instante se encontró en la meseta, atravesó el pasadizo y abrió el biombo.

Zurla, repuesta de su emocion, leia por la centésima vez la carta de su amante.

«Pronto Yousouf, mas apasionado que nunca (repetia), irá a juraros de nuevo su amor...»

La odalisca, interrumpida, levantó la cabeza.

Yousouf acababa de entrar.

—Zurla! Zurla! ángel mio! dijo éste.

La mora palideció y, vacilante, se apoyó en una otomana, y esparciendo una vaga mirada a su alrededor exclamó:

—Qué os ha sucedido?

Zurla estaba pálida como el vestido que la cubria.

—Qué teneis? Volvió a hablar Yousouf, corriendo a sostenerla, no me han engañado mis presentimientos, ya no me amais...

—Ah! cuánto, cuánto sufro!... balbuceó Zurla; yo lo he visto... No era una sombra, un sueño, era él, era él!

—Zurla, vos delirais, estais bajo la influencia de una horrorosa pesadilla.

MANUEL CONCHA.

INFLUENCIA DE LOS ABOCADOS

EN LA SUERTE POLÍTICA DE LOS PUEBLOS.

(COLABORACION.)

De todas las clases de la sociedad, ninguna puede considerarse tan esencialmente política como la de los abogados; ninguna ha contribuido tanto a las mejoras sociales y políticas que han ido cambiando la faz de las naciones, y ninguna puede ni debe influir en la nuestra mas eficazmente para que adquiriera las creencias, las costumbres y las virtudes públicas, sin las cuales son estériles y muchas veces perjudiciales las mejores instituciones.

Para comprender la influencia política que, sin buscarlo y acaso sin pensar en ello, han ejercido en los diversos períodos de la historia de los pueblos los hombres que de cualquier modo se han consagrado a estudiar el derecho de todos y defender el de cada uno, no hai que remontarse a los tiempos primitivos, en que los primeros que invocaron y sostuvieron los fueros de la justicia, dieron con sus doctrinas y con su ejemplo tan ancha y sólida base a las nuevas sociedades, que a ella sola debieron algunas su conservacion y bienestar, y otras, mas felices, el desarrollo, los medios y el progreso que las dieron tan señalada importancia.

No hai que recordar tampoco lo que eran los patronos y defensores de las repúblicas de la antigüedad, aunque tengamos que admirar como modelos de perfeccion inimitable las obras que nos dejaron.

Porque ¿qué comparacion útil puede hacerse entre el cargo de un patrono de Roma, que por muchos siglos fué patrimonio esclusivo de los patricios, y entonces y despues sirvió principalmente para atraerse numerosas y influyentes clientelas con cuyos votos y activa cooperacion se alcanzaban los primeros cargos de la república, con lo que es el ejercicio de la abogacia en la actual organizacion de la sociedad?

Verdad es que contemplamos con grata y profunda admiracion aquellos tiempos en que hombres como Julio César empezaban por

el foro y trabajando en él asiduamente, la carrera que habian de concluir como emperadores; pero si la Europa, que camina mas aprisa de lo que algunos aciertan a distinguir, al establecimiento de gobiernos libres y legales, estuviera condenada a sufrir la dominacion de nuevos césares, no es de creer que en ninguna de las repúblicas americanas, y menos que en ninguna otra en la nuestra, puedan salir los césares del foro, ni que los mirásemos siquiera con buenos ojos.

Justo es, sin embargo, reconocer que si los jurisconsultos, despues de la caida del imperio romano, no pudieron ni pueden aspirar a tener colegas tan ilustres, han ganado en el cambio, y lo que es mas importante, han hecho que todas las clases ganen en dignidad; que la igualdad es la dignidad de todos, y la igualdad, no solo legal sino socialmente considerada, ha sido el fruto de los esfuerzos perseverantes que a traves de la barbarie de los siglos que siguieron a tan gran catástrofe, han hecho los hombres de la profesion del foro.

Del imperio mismo cuya inmensa mole con tan súbito estrépito vino abajo, se salvaron por dicha, al hundirse en el polvo tanto poder y tanta grandeza, las doctrinas del derecho romano, que no habiendo perecido entonces, no es de temer que perezcan jamas, habiendo servido despues aquellas ruinas de sólido y perdurable cimiento a todas las lejislaciones de los pueblos modernos. Ni su estudio, contra lo que por mucho tiempo se ha creido jeneralmente, se interrumpió jamas, profesándose públicamente en Ravena, culta ciudad que, como otras de Italia donde volvió a florecer con nuevo brillo, tanto llama hoi la atencion de la Europa y tan vivas simpatías escita por todas partes. Es difícil determinar cómo y hasta qué punto los hombres imbuidos en aquellas sabias máximas podian sin posicion marcada en la sociedad contribuir en medio del estruendo de las armas, y luchando con la rudeza de aquellos tiempos, al lento pero incesante progreso que fué destruyendo la forma mas humillante de la esclavitud y haciendo que el siervo no perteneciese al hombre sino a la tierra que cultiva, bosquejándose asi desde luego, aunque de una manera mui confusa, los contornos del réjimen feudal, evolucion entonces progresiva y en la que por muchos siglos debian de hacer alto las naciones. Desde esta época se ve trabajar al descubierto a nuestros jurisconsultos, y podemos seguirlos paso a paso en el áspero y glorioso camino que emprendieron.

Se ha dicho, y con razon, de las tendencias de aquel tiempo, y

está bien demostrado por la historia legal, de los de la reconquista que bajo el aspecto político se encaminaban al *fraccionamiento* y bajo el social a la *simplificación*.

Por un lado se ganaban, se concedían o se vendían pueblos y territorios mas o menos considerables y se constituían en señoríos casi *independientes*, que formaban *una multitud de estados dentro del estado*, y por otro un esfuerzo con tino y sistemático reducía todas las condiciones a dos clases de personas: la primera libre, ociosa, privilegiada, que llegó a perder, embriagada por su absoluto poderío, hasta el mas noble instinto de la humanidad, ostentando como sus armas las repugnantes y odiosas de la horca y el cuchillo; y la otra, privada de todo derecho y de toda consideración, condenada perpétuamente al trabajo y sin que le fuera dado jamás adquirir con su producto la propiedad de las tierras que cultivaba. Esta dualidad social de los primeros tiempos del feudalismo, por mas repugnante que fuera a la razón y a la dignidad humana, habría durado muchos siglos por la fuerza de la opresión, si los oprimidos no hubieran hallado un ejemplo en algunos pueblos que conservaron sus libertades germánicas, modeladas por el tipo de los municipios romanos, un apoyo en los reyes que favorecían la independencia de los pueblos, y sobre todo guías seguros y celosos y entendidos defensores en los lejistas formados en la escuela del derecho romano.

El hombre que mas profundamente ha estudiado este fenómeno y ha escrito en nuestros tiempos la historia de la emancipación del pueblo, por la formación y progresos de lo que llamaban los franceses el tercer estado, Agustín Thierry, reconoce y proclama como alma y cabeza de él a la clase de los jurisconsultos, que empezó y sostuvo siempre la lucha del derecho y la razón contra la costumbre y el privilegio.

“Ellos, dice, proclamaban la teoría de la autoridad pública una y absoluta, igual para todos, origen único de la justicia y de la ley. Parecía que a sus ojos, y por la convicción que habían adquirido en sus estudios jurídicos, no había nada lejítimo en la sociedad de entonces mas que dos cosas: el poder real y el estado llano, y llevados por el instinto de su profesión y por ese espíritu lógico que de consecuencia en consecuencia camina a la aplicación de un principio, emprendieron la tarea inmensa que debía ocupar a los siglos que les siguieron: reunir en una sola clase al pueblo, todas las que antes quitaban a éste su unidad, su fuerza y su poder. Verdad es

que de este modo se aumentó demasadamente el de los reyes; y quiso la mala suerte de las naciones que no se copiaran y sostuvieran las doctrinas del antiguo imperio romano, que hacian derivar del pueblo por delegacion perpetua la soberanía de los emperadores, sino que siguieran y se canonizaran las que, desde el tiempo de Constantino, atribuian a su poder un orijen divino. Ese fué el espíritu que dominó en casi todos los estados del continente europeo, sin que sea fácil ahora, aunque seria en extremo interesante, determinar y demostrar la resistencia que cada pueblo tuvo que oponer a aquella especie de resurreccion del imperio romano.

La Inglaterra debió sin duda a su posicion insular y a la perseverancia y tenacidad de sus habitantes, que forma el carácter distintivo de aquella nacion, el triunfo de sus leyes propias o municipales, como suelen llamarlas, sobre la lejislacion romana que adoptó toda la Europa culta. La Inglaterra, cuyos juriconsultos se jaetan de que las leyes civiles y canónicas no tienen allí mas fuerza que la que tienen las leyes inglesas en Roma, ha visto infiltrarse en sus leyes municipales el espíritu del derecho romano, y hace poco tiempo ha ofrecido el ejemplo de fundar una sentencia en los principios de esta lejislacion, por no hallar en la del pais resolucion ninguna sobre el caso que se trataba. Asi, si estudiásemos con buena crítica algunas de sus instituciones, veríamos cuán lejos están de la orijinalidad y de las anomalias que se les atribuyen. Sus mismos tribunales, cuya organizacion tanto difiere de la del continente; esa justicia ambulante que se va administrando dos o tres veces al año de condado en condado, es la prueba de nuestro aserto.

Pero es lo cierto que la Inglaterra rechazó el espíritu político de la lejislacion romana y que a eso principalmente ha debido instituciones liberales, las sólidas en que se afirman sus admirables costumbres, y ese conjunto, a primera vista estraño, en que aparecen mezclados los elementos que constituyen las mas opuestas formas de gobierno. Si por dicha de aquel pais y de todos los pueblos cultos, no se hubiera formado allí y perfeccionado sucesivamente un gobierno libre sobre la base de la representacion nacional; si la Europa, si el mundo entero no hubiese visto asombrado levantarse con la fuerza vivificadora de la libertad sobre las naciones mas poderosas y estender su dominio por todo el ámbito de la tierra al pueblo de aquella pequeña y poco fértil isla, ¿a dónde habrian ido a buscar las naciones cansadas de sufrir el yugo del absolutismo,

el modelo de los gobiernos representativos, que es el único que ha podido reconciliar por mucho tiempo las tradiciones y las costumbres antiguas con las exigencias de la moderna civilización? ¿Y quién puede calcular las terribles consecuencias que habría producido la violenta lucha de los principios opuestos, si no se hubiera encontrado un tipo a que ajustar las nuevas irresistibles aspiraciones de los pueblos mas adelantados de Europa? Y aun prescindiendo de esto y fijándose solo en la ciencia y en la filosofía del derecho y en lo que mas de cerca toca a la libertad y a la dignidad de los hombres, se ha dicho y con razon del autor del Espíritu de las Leyes, "que la humanidad habia perdido sus títulos y que él los habia hallado y se los habia devuelto," y todos saben que donde los halló fué en Inglaterra, y a su larga residencia en ese pais y al profundo estudio que hizo de sus instituciones civiles y políticas, debemos su obra inmortal.

Pues de tantos, tan inmensos y trascendentales beneficios somos principalmente deudores a aquella escuela tenaz y patriótica de jurisconsultos ingleses, que con tanto celo convocaron y sostuvieron el espíritu de sus leyes peculiares o municipales; si los voceros romanos, siguiendo diferente rumbo, ensalzaron mas allá de lo justo el poder de los monarcas, los resultados tan opuestos que alcanzaron prueban doblemente la influencia política que en sus respectivos paises ejercieron.

Concretándonos ahora a nuestro pais, ¿quién sino los jurisconsultos Martínez de Rosas, Salas, Perez, Fernandez, Burgos, Infante, Vera, Egaña, Argomedo, Godoi, Vial, Santelices, Marin, Vial del Rio, Astorga y tantos otros, fueron los fundadores de nuestra libertad política?

Aun fueron mas útiles y mas empeñados sus esfuerzos para impedir las usurpaciones de la jurisdicción eclesiástica, para encerrarla dentro de sus verdaderos límites, y para corregir sus abusos. No se contentaban con defender en todos sentidos y contra toda clase de privilegios el fuero comun de todos los chilenos, que viene a ser la igualdad ante la lei, sino que elevándose al estudio de los grandes principios sociales y políticos, de cuya buena aplicacion depende el bienestar y el progreso de los pueblos, descubrieron en nuestras leyes de mayorazgos y en las adquisiciones del clero, la causa del atraso y de la miseria a que habia llegado una república que tantos elementos de riqueza y prosperidad encierra en su seno. ¡Ah! si el triunfo que alcanzaron al terminar la guerra de

nuestra independencia las buenas doctrinas legales y económicas, sostenidas por nuestros mas eminentes juriconsultos y hombres de estado, hubiera sido duradero; si se hubiesen llevado a cabo las grandes reformas que proyectaron, ¡cuántos males, qué de trastornos y guerras civiles no se habria ahorrado el pueblo chileno!

Pero en nuestro pais, como en otros, y en ésta como en todas las épocas de la historia, ha demostrado la esperiencia que los vicios radicales de los gobiernos nacidos y perpetrados por el interes de bandería, no pueden curarse paulatinamente, y que lo único que es dado a la ciencia y al patriotismo de los mejores ciudadanos, es preparar y formar la opinion pública, para que el dia en que un suceso mas o menos inesperado la haga poderosa y aun omnipotente, destruya en un momento los postizos y exóticos sobrepuestos que recargan y abruman nuestro edificio social.

Esto es lo que ha hecho la revolucion; y al destruir lo antiguo, ha presentado como la fórmula del porvenir el gobierno representativo, que cuando ha dejado de existir entre nosotros por una cámara corrompida y un gobierno desatentado, ha sido reemplazado por la arbitrariedad mas absoluta y fecunda en vicios de todos jéneros. De aquí la insuficiencia de la fórmula; y dejando para otros hombres, o al menos para otro lugar, el discutir sobre las reformas que deben completarla y los medios mas adecuados para asegurar y hacer mas provechosa su aplicacion, ¿quién podrá desconocer el inmenso servicio que pueden prestar los estudios profesores del derecho? No tienen felizmente que mezclarse, como en otros tiempos, en ninguna cuestion social; que la clase media, que mas que nadie contribuyeron a formar, se ha desarrollado en nuestros dias con tanta fuerza, y es tan ilustrada y tan justa, que ve sin asombro y sin prevencion subir la marea de las clases mas numerosas que deben un dia ponerse a su nivel, en cuanto lo consientan los principios fundamentales en que descansan todas las sociedades humanas. Pero estos principios, no solo los que se refieren a los elementos esenciales de la propiedad y de la familia, sino a la existencia de la república, que es de todo punto imposible sin el respeto mas profundo a la lei, por nadie pueden ser esplicados, propagados y defendidos, como por los que se dedican al estudio de las leyes.

Hai en los gobiernos absolutos la tendencia de prescindir de ellas; y hai, por consiguiente, en el pueblo, la costumbre de eludir su observancia siempre que le es posible. Como los partidos polí-

ticos heredan, sin saberlo, las inclinaciones y los hábitos de las instituciones con las que tienen mas afinidad, no puede haber ninguno que despues de nuestra independecia no peque en un sentido o en otro, segun que sea mas o menos favorable al principio de autoridad, o al de libertad del pueblo. En vano se clamará contra una de estas tendencias y se exajerará sus peligros, mientras la otra subsiste mas o menos encubierta. Los malos ejemplos se copian, no solo por imitacion, sino por necesidad, y hasta la desconfianza autoriza a veces ciertos ataques que sin ella no tendrian escusa, ni siquiera esplicacion. Pero inspirar la confianza, que no pueden tener los que han sufrido muchos y mui amargos desengaños, tiene que ser obra de una nueva jeneracion, y a la cabeza de ella deben marchar profesando y practicando los principios de la mas estricta legalidad, los jóvenes que al terminar el estudio práctico del derecho, quieren prepararse para el ejercicio de su profesion con toda la latitud de que es susceptible, y para la vida pública, en la que pueden entrar con señaladas ventajas sobre todas las demas clases.

Circunstancias transitorias pueden favorecer a alguna otra; pero esto mismo debe estimular a los juristas a trabajar con mas empeño en la educacion política de los partidos a que su inclinacion o el acaso los lleve. ¿Quién como ellos podrá hacer que se toleren y respeten, y pondrá fuera de su alcance lo que unos y otros deben acatar y defender? Si la libertad individual, si la santidad del domicilio del ciudadano no están bastante garantidas por las leyes, y lo están mucho menos por la práctica, ¿quién podrá importar entre nosotros el *Habeas corpus* de Inglaterra? Ilustrar y dirijir la opinion pública hasta que llegue a sentir como un atentado contra la república la menor ofensa hecha a la seguridad de un solo individuo, es un deber sagrado de nuestros jurisconsultos. Y respecto de las garantías políticas, ¿de qué sirve, por ejemplo, que esté escrita en la constitucion la independecia del poder judicial, si no existe un tribunal supremo de justicia elejido popularmente, como las cámaras lejislativas y el presidente de la república? En la vida lenta de las naciones no es dado a una jeneracion que alcanzó a ver en pié el alcázar del absolutismo de la colonia, derribarlo y levantar sobre sus ruinas, sólido y perfecto, un edificio nuevo que responda a las necesidades sociales y políticas del presente siglo. Bastante ha hecho la jeneracion que concluye. Lo que ésta no ha podido realizar, esa es la tarea de la juventud actual; llame hácia

ella por la imprenta y en públicas reuniones la atencion del pais y del gobierno, que ninguno podrá haber, una vez formada e ilustrada la opinion pública, que pueda resistir a su empuje; y en medio de tanto adelanto, de tanto movimiento y de tanto progreso, emprenda con profunda satisfaccion y con noble orgullo la tarea que le ha cabido en suerte. Cuanto mas rica, mas adelantada, mas ilustrada es una nacion, mas dificil y mas glorioso es gobernarla, y mucho más lo es el ponerla en el caso de que se gobierne a sí misma.

Ni el nombre tenemos todavia de este arte, o mas bien de este esfuerzo de la razon humana, que dominando todos los instintos anti-sociales, todas las pasiones de la malevolencia, todas las inspiraciones del capricho, todos los estímulos de la vanidad y todos los arranques del temperamento, eleva la razon de los hombres y de los pueblos al conocimiento de los deberes y de los intereses permanentes de estos; y sacrificando a ellos los efectos y las sugestiones del momento, los hace capaces y dignos de lo que los ingleses llaman *self government*, gobierno de sí mismo. Es verdad que la raza y el clima difieren grandemente; pero los pueblos americanos, cuando la viveza de su imaginacion no los estravia, son capaces de llevar a cabo las mas árduas empresas, y entre todos los pueblos del mismo oríjen, se distingue el nuestro por su abnegacion y por su constancia; y con buenas leyes y las costumbres que éstas formen en oposicion a los malos hábitos que nos legara el despotismo del coloniaje, el pueblo chileno será en breve digno y capaz de gobernarse a sí mismo. Pero la formacion de estas leyes no puede improvisarse, ni servirian de nada si no estaba en consonancia con ellas su educacion política, y nadie puede dirijirla ni profesar y propagar las sanas doctrinas que deben servirla de base, como los que en estos tiempos se dediquen al estudio filosófico de la ciencia lejislativa y al del conocimiento profundo de las leyes de su patria.

Y no podria admitirse en nuestra actual organizacion social, sin mengua del decoro de la abogacia, aquellas dos especies en que la dividieron los romanos y de las que nos habla Ciceron con un desden que causaria maravilla en boca del primer orador de Roma, si no supiéramos que no hai hombre, por superior que sea, que pueda sobreponerse a todas las preocupaciones de su siglo, y si no recordáramos cuán lejos estaban aquellos fieros republicanos de ser amigos de la igualdad. «Hai una jurisprudencia, dice, sencilla, humilde, aldeana, para los usos mas comunes de la plebe; otra escelsa

y digna de ser cultivada por los mas grandes ingenios, universal, inmensa como la naturaleza misma, que encuentra su fundamento, nó en el edicto del pretor, sino en lo mas profundo de la filosofía, manantial fecundo en que podemos ver el oríjen de todas las leyes y de todos los derechos.»

Pero ahora podemos decir que no hai dos jurisprudencias, ni por la naturaleza de los negocios, ni por su importancia, ni por las clases a que pueden interesar.

La filosofía del derecho se aplica indistintamente a todas las cuestiones; y si algunas hubieran de merecer preferencia serian las que interesaran a las personas mas menesterosas, sobre todo si su derecho está en oposicion con el interes o con la arrogancia y el capricho de los poderosos de la tierra. Esta tendencia natural de la profesion del abogado, y los nobles y elevados sentimientos que su ejercicio inspira en todas las almas de buen temple, y el valor que infunde para la defensa de las causas que creen justas por arriesgadas que sean, son los mejores títulos que pueden presentar a la consideracion de sus conciudadanos, como han sido siempre el motivo verdadero del desvio y aun del odio de todos los que han querido sobreponerse a las leyes, ya solevantando y estraviando las turbas populares, ya explotando los escesos de éstas para levantar sobre todas las instituciones su poder dictatorial. Ni el hombre extraordinario que habiendo conmovido toda Europa en el principio de este siglo quiso acumular a la gloria del soldado el título de lejislador, dando su nombre al primer Código Civil de los tiempos modernos, pudo dominar tan innobles sentimientos; antes por el contrario, irritado por la dignidad y por la independencia que en medio de tanta abyeccion conservaban los abogados, y tratándose de reconocer por un decreto sus derechos, sobre todo el de la libertad de las defensas, escribió aquella famosa carta, que aun se conserva orijinal, en que dice: «mientras yo ciña espada, no firmaré ese decreto; yo quiero que se pueda cortar la lengua a un abogado si se sirve de ella contra el gobierno.» Miramos por la hazaña de los poderosos el temor que les causa la voz tranquila y legal de los abogados, y por el odio y el temor la inmensa importancia de esta profesion y la influencia lejitima que no pueden menos de tener en la sociedad los que la ejercen dignamente.

Y no temamos que venga a exajerarla el espíritu de cuerpo, ni que la estravie el sentimiento de su propia estimacion, porque, como decia d'Aguesseau, este sentimiento no se puede imputar al

abogado como vanidad, pues para él no produce mas que deberes y obligaciones. Bastaria esta observacion del sabio y virtuoso canciller de Francia, para probar la gran influencia que deben ejercer los abogados en la rejeneracion política del pueblo chileno.

Los que hayan estudiado teóricamente los preceptos, podrán formar discursos académicos perfectamente ajustados a sus reglas, y con todas las bellezas que puede crear el artificio; pero carecerán de espontaneidad y de vida, y los que han recibido de la naturaleza el raro y precioso don de la elocuencia, que no siempre va unido a las grandes cualidades del espíritu, podrán deleitar el oido con la cadencia de su frase, embellecer la imaginacion que no alcanza a seguir la rapidez de su palabra, y conmover momentáneamente los ánimos; pero ni en los unos ni en los otros se debe buscar el modelo del orador del foro ni del orador del parlamento, que deben procurar no confundirse jamas ni con el retórico ni con el tribuno.

Los que en nombre de la lei han de defender en los tribunales los derechos, la libertad, la honra, la vida de sus conciudadanos, y los que recibiendo del pueblo la alta mision de lejisladores, han de procurar por su bienestar, por sus progresos y por su dignidad, tienen que distinguirse principalmente por la solidez de su instruccion, por la sobriedad en el deseo de manifestarla, por la elevacion de sus sentimientos, por el santo amor de la verdad y de la justicia, y sobre todo por el temple y enerjia de un alma superior que desprecia los peligros que puede acarrearle su defensa. ¿Hai nada mas noble y respetable que la voz de un abogado que en una causa impopular ahoga las murmuraciones de la envidia y del espíritu de partido, o en tiempo de proscripcion y de venganzas políticas salva las víctimas señaladas por el dedo de la tiranía, o marca con el sello de la afrenta a sus dóciles instrumentos? ¿Hai nada mas sublime que el espectáculo que ofrece una asamblea ajitada en momentos críticos por las mas encontradas pasiones, cediendo al encanto de la elocuencia y proclamando unánime la verdad que el error o la preocupacion le impedia poco antes reconocer?

Pues a tanta gloria pueden aspirar los estudiantes de la universidad, que por primera vez se han reunido en meeting el último sábado en Santiago, si continuando esos ensayos de aficion a la oratoria y de amor al estudio, saben unir el amor a su profesion y el amor a la patria. Aun parece que resuena en nuestras cámaras lejislativas el eco de la voz del inmortal Infante y del elocuente doctor Vera, que alcanzaron el título de distinguidos oradores, no solo

por su saber, sino por sus virtudes. Que la nueva jeneracion los imite, ya que no es posible escederles en desinteres, en abnegacion y verdadero patriotismo; y los que hemos visto con profundo sentimiento que hasta ahora ha sido imposible reemplazar aquellos decanos de nuestra libertad política, tendremos el consuelo de ver que la brillante juventud será mas feliz.

ASPIRACIONES Y DEBERES DE LA MUJER

EN LA VIDA ÍNTIMA Y SOCIAL.

(TRADUCCION DEL INGLES.)

(Continuacion.)

Al cuidarse una madre de la educacion de sus hijos, debe presentarles ejemplos que puedan corregir sus defectos, mas bien que emplear castigos, jeneralmente inútiles; una faz severa en la persona a quien estamos acostumbrados a ver cariñosa y amable, hace mas impresion que las palabras mas duras o las agresiones, que endurecen el carácter y le tornan uraño y predispueto al recelo y a la desconfianza.

Una niña no debe tener mejor amiga, mas esclusiva consejera que aquella a quien debe la vida; obligacion suya es ayudarla en sus tareas, atender a sus hermanitos, ser amable, espansiva sin petulancia, desechar, sobre todo, el mal humor, defecto que separa de nosotros a los propios y estraños, y que nos hace temer pero nó amar, principal objeto que debemos conseguir.

Preciso es tratar a los criados con induljencia y bondad, acostumbándoles a que miren a una niña como al ánjel de la casa, intercesora en sus desavenencias con los jefes de la familia, para que el cariño les haga obedientes, fieles y honrados.

Lo que mas aconsejaré a mis juveniles lectoras es que no humillen a las sirvientes con despreciativas palabras, y que si cumplen con su obligacion, se les agradezca y recompense sus servicios, manifestándoles caridad, tolerancia e interes en su desgraciada condicion, sin que por esto sea preciso descender del puesto en que

estemos colocados, ni fraternizar de tal modo con los criados, que nos pierdan la debida consideracion.

Estos primeros pasos de la niñez a la juventud son indudablemente los cimientos, la base del porvenir de la futura felicidad de una señorita, a quien es preciso hacer comprender esto mismo, por mas que en tan tierna edad apenas nos fijamos en lo que tan poderosa influencia ha de tener en nuestra dicha y la de aquellas personas destinadas a estar a nuestro lado.

Conozco a una infeliz viuda con seis hijos que se encuentran careciendo de lo mas preciso, reducidos a una mísera y mal pagada pension, y cuyo porvenir será, a no dudarlo, mui desgraciado.

Pues bien; esa viuda ha sido rica, ha tenido fincas de gran valor, y sus hijos han nacido entre la abundancia y el regalo.

No es un cuento forjado por la imaginacion: es un ejemplo viviente del desórden y de la mala educacion.

Huérfana y viviendo con una tia que la adoraba, se educó con el mayor descuido, pues la anciana señora preferia dejarla con sus defectos y malos hábitos, a que su niña derramara una lágrima; ¡cuántas, sin embargo, le hubiera evitado en el porvenir!

La niña era buena, graciosa y seductora, pero carecia por completo de órden y cálculo.

—La señorita Elena, decian los criados, deja siempre los trajes o ropas sobre la silla o en el suelo.

—Dejadla; ha de ser mi heredera y tendrá criados que la sirvan, contestaba la anciana.

Jamas Elena supo lo que era la economía doméstica; los libros de cuentas no existian para ella, y apenas se preocupaba de que un vestido con aseo y cuidado puede durar mas tiempo que si se abandona desde el principio, se mancha, se rompe, sin procurar arreglarlo o dar las órdenes para ello.

Creció, y tuvo la desgracia de casarse con un hombre que deliraba por ella, pero tan desordenado, tan poco calculador y poco previsor como su esposa. Un hombre de principios fijos, de voluntad firme, lójico, positivo y mirando la vida bajo su aspecto real y útil, la hubiera salvado, y sus hijos no estarian reducidos hoi a la condicion mas humilde.

Tres sucesivas herencias les colocaron en la posicion mas brillante y desahogada; ademas, un destino, cuyo sueldo era crecido, les aseguraba las necesidades cotidianas; pero todo era escaso para la desordenada administracion de sus intereses.

Por una crecidísima cantidad empeñaron una magnífica hacienda, uno de esos parques que tanto producen en Londres, y que era un núcleo de fortuna y una seguridad para el porvenir.

Eran buenos, honrados, virtuosos, pero sin orden alguno, no pensando mas que en *hoi*, y sin ocuparse de *mañana*.

Seis hijos aumentaron sucesivamente la familia; pero no habiendo recibido los padres una sensata y acertada educacion, necesariamente tenian los hijos que adolecer del mismo defecto.

Desde mui niños, mimados con exceso, acariciados, entregados a su libre albedrio, crecian indómitos, desobedientes, irascibles, sin respeto a sus padres y entregados los hermanos entre sí a continuas discordias, las que sin correctivo se tornaron mas tarde en graves discusiones, y llegaron hasta el estremo de que el hermano mayor golpease a sus hermanas, ya jóvenes tambien, y las prodigara los mas repugnantes dictados en el paroxismo de su cólera.

Falleció el padre, dejando a su familia en un estado vecino de la miseria, pues la hacienda empeñada nada les podia producir, y mas tarde la perdieron para el pago de la deuda contraida, y del mismo modo, sin cálculo ni reflexion, habian enajenado poco a poco lo que poseian.

La madre estaba minada por el dolor, por los disgustos, por las privaciones, y reconoce, cuando ya no es tiempo, que una sábia administracion y buen gobierno hubiera conservado toda su fortuna para sus hijos, los cuales, bien educados, podrian hoi ser su apoyo en la desgracia.

Sus hijos tienen el instinto del bien, pero sin desarrollar, y adolecen de esos defectos propios de los que en sus primeros años se han encontrado entregados a sí mismos, y seguros de que la ceguera de sus padres es tal, que miran como gracias infantiles los jérmenes de la coqueteria, de la presuncion, de la holgazaneria, del desorden y del desaseo.

Sus hijos creemos están destinados a descender por la escala social hasta lo mas abyecto, hasta lo mas repugnante y talvez hasta el crimen; pues sin freno relijioso, sin respeto y sin amor a la familia, se lanzan por la carrera del vicio, y triste, mui triste, será el desenlace.

Mucho se habla y se ha hablado de la emancipacion de la mujer; precisamente al escribir estas líneas tenemos delante de nuestra vista un periódico de los Estados Unidos WOODHULL Y CHAFLINS WEEKLY. Su directora, Victoria Woodhull, es hermosa, joven y rica,

escribe admirables discursos, que lee en el congreso; posee profunda instruccion, tiene un banco que dirige con notable acierto, y administra su fortuna separada por completo de la de su esposo.

Los honores y las distinciones la acompañan por do quier, pero a su diadema de gloria le falta el principal diamante: no ha saboreado jamas la dicha de ser madre, y tal vez por esto mismo aboga por los derechos de la mujer, porque no tiene en su casa ese lazo, esa cadena que le ligue a ella, esos seres que forman la familia, que unen más aun al esposo con la esposa.

No somos de los que imbuidos en rancias costumbres desconocemos que la clara intelijencia de la mujer; que su perspicacia, su vivacidad y fácil comprension la colocan en un lugar superior al que hasta hoi ha ocupado; que puede desempeñar hasta cargos y destinos varoniles; pero si bien aprobamos que su educacion sea mas completa, mas profunda que lo ha sido hasta el dia, pues no solo le es útil, sino necesario, tanto por la educacion de sus hijos cuanto porque su esposo podrá encontrar la estancia a su lado mas agradable y su conversacion mas amena y menos superficial, sin embargo, la mujer no debe perder su gracia femenina, su aspecto dulce y no resuelto, y ocuparse especialmente, nó de competir en las asambleas con los oradores y hombres científicos, sino de reinar en su casa y en la sociedad por su talento, sin exajeracion, y por sus virtudes e instruccion.

Si la mujer desconoce su verdadera mision en la tierra, deja de ser el ángel de las familias, que es su espléndida corona, y con la cual domina, conmueve e influye en todo el universo.

CARLOS 2.º LATHROP.

LA NIÑA DE LAS TRENZAS DE ORO.

(LEYENDA.)

(CONTINUACION.)

El guia que nos acompañaba no tardó en abandonar el sendero, internándose en un pequeño bosque de quillayes, dando la señal de descanso.

Ahí habia cuanto se necesitaba para el alojamiento: abundante provision de leña y un manantial de aguas tan límpidas, deslizán-

dose bajo la sombra de canelos y arrayanes, que hubieran podido ser la envidia del cristal.

Alegremente descendimos del caballo, comenzándose sin pérdida de tiempo los preparativos de la cena.

Se encendió un gran fuego que iluminó el recinto hasta algunas cuadras a la redonda; se ató las cabalgaduras en parajes abundantes de yerbas, y tendidos sobre nuestras mantas nos entregamos a una alegre conversacion.

¡Qué hermoso era ese campamento mirado así a la luz de la hoguera, cuyos rojizos resplandores sobrepasaban la copa de los árboles en medio de un torbellino de chispas!

Ahí, a corta distancia, los vaqueros y sirvientes con las manos estendidas hácia el fuego, miraban con ávidos ojos dorarse un corpulento pato que jiraba en el asador improvisado; allá un perro con el hocico estendido sobre sus patas delanteras y el ojo soñoliento reposando de las fatigas del viaje; mas léjos los caballos devorando con avidez su racion, y, por fin, los árboles destacándose cual gigantes sobre el magnífico pedestal de la montaña.

Se sirvió la cena, se comió con apetito; en cuanto se alzaron los manteles se estendieron las camas, y se pensó en dormir para continuar al siguiente dia mui de mañana el comenzado viaje.

En efecto, en una hora más todo era reposo en ese campamento, reposo que era únicamente interrumpido por el ladrar de los perros o por el ronquido de alguno de los compañeros de expedicion.

¡Solo yo velaba! yo que en cambio del sueño queria contemplar la salida de la luna!

Estaba embebido en leer un libro a la luz de la hoguera, cuando oí un rujido que me hizo recordar la presencia del leon.

Los caballos empinaron las orejas dando muestras de inquietud; los perros se lanzaron al campo con ladridos furibundos, y mas de una cabeza se enderezó sobre la almohada como procurando inquirir la causa de ese rumor.

A ese tiempo asomó la luna por entre el ramaje de un altísimo roble, allá en la cúspide de la montaña; se elevó poco a poco con altiva majestad; luego, libre de todo obstáculo, rieló en el sereno azul, apagando el brillo de las estrellas.

Nunca hasta entonces habia admirado tanto ese astro de la noche; verdad que nunca hasta entonces lo habian contemplado mis ojos con un brillo mas puro y mas seductor!

Entre tanto, la quietud y el silencio se habian completamente restablecido.

Me retiré de la hoguera y tomé mi lugar entre mis dormidos compañeros.

*
*
*

Al siguiente día, aunque me desperté muy temprano, ya los vaqueros habían avivado el fuego, no extinguido a pesar del hielo de la noche, y millares de diucas cantaban escondidas entre las ramas de los árboles y buscando su sustento entre la paja que en distintos puntos había desparramada por el suelo.

Me dirigí al manantial, y al introducir en él mis manos y sentir su hielo, recordé que en la noche había proyectado alijerarme con un baño del polvo y del cansancio del camino. Dirigí mis miradas hacia el origen de ese manantial y ví en medio de su lecho un enorme trozo de nieve, resto de alguna avalancha que en el pasado invierno habría rodado por el flanco de la montaña.

Comprendí entonces la frialdad de esas aguas, y casi tiritando torné al campamento.

Nos sirvieron café, y acto continuo pedimos los caballos con el objeto de avanzar algunas leguas antes de la salida del sol.

Una parte de la comitiva se quedó arreglando el equipaje, y más tarde, para indicarles nuestro derrotero o guiarlos en esas encrucijadas y laberintos en que talvez se habría perdido la misma Ariadne, prendíamos fuego a prados de arbustos y de plantas resinosas, que elevaban hasta el cielo columnas de humo perfumado.

Sorprendiéronme al principio estos incendios voluntarios, pero se me dijo que esas plantas y esos arbustos, como el fénix de la fábula, renacían al poco tiempo de sus cenizas más abundantes y lozanos.

Pronto vimos en el oriente los rosados colores de la aurora, y después el sol que asomó su disco enseñoreándose en la altura y difundiendo sus rayos por todo el ámbito de la tierra.

La marcha de ese día fué penosa. El suelo era árido, los caminos estrechos y los cerros muy empinados.

De distancia en distancia podíamos admirar los caprichos de la naturaleza viendo enormes masas de granito avanzadas en el espacio figurando bastiones con sus almenas y sus puentes levadizos, y existiendo en su interior, para que la ilusión fuera completa, grandes hendiduras, como si en otro tiempo hubieran tenido lugar en ese recinto mortíferos combates.

Era bien entrado el día cuando penetramos en un valle que por sus bosques y la ferocidad de su suelo difería completamente de las tierras que acabábamos de recorrer.

Esta diversidad de paisaje es ahí frecuente, y aun existen mon-

tañas con uno de sus flancos completamente áridos, y cubierto el otro de vejetacion.

Esta diferencia es debida solo a la ausencia o a la abundancia de las aguas.

Al entrar a esta nueva zona hicimos alto para saciar nuestra sed en un manantial vecino, y para contemplar el paisaje que procuraré describir.

* * *

Desviándose un poco del camino y siguiendo la direccion del ángulo formado por el punto de union de dos cerros, se estendia una quebrada cuyo límite estaba envuelto entre las brumas del horizonte.

Millares de árboles de la corpulencia del roble, teniendo sus raíces clavadas en el fondo, alzaban sus copas al nivel del suelo como formando una sábana de verdura.

Ahí el quillai entrelazaba su follaje color de esmeralda con el verde oscuro del peumo y de los boldos, mientras el canelo con sus lucientes hojas de un pié de largo, crecía al lado de los litres y avellanos.

Al pié de estos árboles, y exuberantes bajo su sombra, se desarrollaban maitenes y arrayanes, cobijando a su vez la tupida yerba húmeda aun por el rocío.

El flanco del cerro que limitaba la quebrada tenia tambien numerosos árboles, cuyas ramas saliendo desde su base les hacian adquirir una forma piramidal; pero lo que sobre todo llamaba la atencion era una enredadera de hojas anchas y de un verde oscuro, que teniendo su pié en lo mas hondo de la quebrada, habia subido hasta lo mas elevado del cerro, tapizando su ladera en una estension proporcionada a su inconmensurable altura.

El viento, que solia ajitar las ramas de los árboles, no lograba conmover esta enredadera, al traves de cuyas hojas y como resultado de filtraciones, aparecian mil y mil gotas de agua como otras tantas perlas ostentando su variado brillo con los cambiantes del sol.

Toda esta vejetacion formaba un admirable conjunto, y recuerdo que como para dar mayor variedad al paisaje habia entre los árboles de la quebrada un avellano seco cuyas hojas cobrizas miradas a lo lejos semejaban a frutos en sazón, y un poco mas distante un canelo jóvon con sus hojas marchitas y vueltas por su lado ceniciento, y como haciendo contraste con la lozanía del resto de los árboles del bosque.

Largo rato quedamos deleitándonos en esta hermosa perspectiva, y al fin bajé al fondo de la quebrada para beber del manantial que corría con sus aguas perfumadas por la yerba que bordaba sus orillas, cuando divisé a un anciano de pié en el promedio de un puente rústico que hasta entonces se había ocultado a mi vista.

Incliné mi cabeza saludándolo, a tiempo que se me unían mis compañeros.

Estábamos de tal manera fatigados con la marcha del día y el lugar era tan pintoresco, que resolvimos hacer alto y pasar ahí la noche.

El anciano, que había atravesado el puente se adelantó entonces sombrero en mano y políticamente nos ofreció su choza.

Tenia este anciano los cabellos y la barba completamente blancos, su cutis cobrizo y curcado de arrugas, estatura regular y ojos de mirar profundo.

Su edad, según su aspecto, bajaría de cien años y no obstante era ágil y clara su inteligencia, como más tarde tuvimos ocasión de conocerlo.

Su choza la vimos, pues aceptamos su oferta; era de cañas con techo de trome, y estaba como oculta entre un bosquecillo de canelos.

Desde largos años vivía ahí, teniendo por alimento la leche que le suministraban sus cabras, y la fruta de unos cuantos árboles que él mismo en otro tiempo había plantado.

Los leñadores, sobre todo en el invierno, solían pedirle hospitalidad seguros siempre de una buena acogida, pues Erasmo—era este el nombre del anciano—compartía con todos ellos sus provisiones.

Nosotros, en cuanto descendimos del caballo, atravesamos el puente, recorrimos las laderas y la quebrada, y viendo aquí y allá tantos lugares pintorescos, prolongamos nuestra exploración hasta que descendieron las primeras sombras de la noche.

En la choza nos esperaba la cena que habíamos hecho preparar, con más las frutas que el viejo Erasmo se empeñó en hacernos admitir.

Mientras satisfacíamos las necesidades del estómago se le hicieron algunas preguntas sobre los deslindes de la hacienda, y dió contestaciones tan seguras y tan precisas, que viniendo a mi memoria el recuerdo de la leyenda que tanto me había preocupado, dije tomando asiento al lado de la fogata que se acababa de encender:

—Tío Erasmo, ¿sabeis por ventura el oríjen de la leyenda que se conoce con el nombre de la *niña de las trenzas de oro*?

El anciano al oír esta pregunta se inmutó visiblemente.

—¿Me he equivocado? insistí.

—Nó, señor, dijo entonces Erasmo exhalando un suspiro.

—¿Que nó? pues entonces vamos a pasar una magnífica velada, exclamé, faltándome poco para saltar al cuello del anciano.

—¿Una magnífica velada? murmuró éste.

—Sí, porque creo que tendreis la condescendencia de referirnos lo que sepais de esta historia.

—No tengo inconveniente ya que de este modo puedo seros agradable.

Y Erasmo, recojiéndose por algunos momentos, nos refirió lo que yo ahora paso a narrar segun mis recuerdos.

V. MURILLO.

(Continuará.)

FILOSOFIA.

Del ejercicio intelectual considerado como necesario a la salud y a la felicidad.

(TRADUCCION DEL INGLES.)

En una obra americana publicada últimamente con el título de *Higiene intelectual o exámen de la intelijencia y de las pasiones, destinada a demostrar su influencia sobre la salud y duracion de la vida, por William Swehn M. D.*, leemos las siguientes reflexiones:

«El espíritu, lo mismo que el cuerpo, dice el doctor americano, necesita ejercicio, siendo imposible el suponer que las facultades mas elevadas de nuestra naturaleza hayan sido creadas para la inaccion, y que nuestros talentos deban condenarse a la esterilidad. En efecto; no hai en la economía animal ningun motor, por modesto que sea, que no tenga necesidad de accion, ya por su propia cuenta o ya por la de constitucion jeneral. Todas las funciones se hallan ligadas entre sí con tan estrecha simpatía, que el prudente ejercicio de cada una, ademas de que la aumenta a ella misma,

ayuda mas o ménos a ejercer una saludable influencia sobre las demas.

«El hombre tiene, como es sabido, el deseo natural de conocer; y hasta los esfuerzos que son necesarios para adquirir la ciencia, y el placer que se experimenta en satisfacer esta curiosidad innata, estimulan de un modo benéfico la organizacion toda. Hai en el ejercicio del pensamiento un placer de que participan todas las funciones. Algunos estudios agradables y metódicos, o ciertas ocupaciones intelectuales, son tan necesarios para el vigor del espíritu, como un ejercicio moderado es indispensable para el cuerpo; y asi como la salud de este último es útil a la intelijencia, como está admitido por todo el mundo, asi un espíritu sano comunica su salud propia a las funciones del cuerpo.

«Asi, pues, la intelijencia necesita ocupaciones, no solo por su propia cuenta, sino tambien por la de la corteza terrestre en que se halla encerrada. La inaccion de la intelijencia en el estado actual de la sociedad americana es causa de una multitud de padecimientos físicos y morales que parecerian casi increíbles a todo el que no haya meditado un poco en el asunto. De aquí nace ese *spleen*, ese terrible hastío de la vida que se nota muchas veces entre los comerciantes ricos y en las clases privilegiadas de la sociedad que viven en la holganza; que poseyendo ya todos los dones de la fortuna y los medios de satisfacer las necesidades creadas por la naturaleza o la civilizacion, carecen del estímulo necesario para despertar y activar su enerjia intelectual. Para ellos el cáliz de la vida se halla envenenado de fastidio y de hiel; su único deseo es el pasar el tiempo en la indolencia, cuando el hombre debe siempre ocuparse en algo si no quiere verse acometido de malos pensamientos.

«Aunque lo que vamos a decir parezca una paradoja, es sin embargo mui dudoso que le pueda caer al hombre una maldicion mas terrible, en su naturaleza actual, que la completa satisfaccion de todos sus deseos, aniquilando de este modo todas las esperanzas. El gozo y la animacion del cazador se concluyen cuando se le acaba la caza, y del mismo modo la idea de que la vida no tiene ningun objeto, y que se halla desprovista de todo motivo de accion, es el pensamiento mas humillante e insoportable para un ser moral y pensador.

«Los hombres que varian en su constitucion, costumbres, educacion y talentos, necesitan diferentes especies y grados de accion intelectual. Aquellos que están dotados de una intelijencia fuerte y

poderosa que ejercitan continuamente, padecen mucho más que los otros cuando se quedan en la inacción, y aquellos a quienes les gusta el estudio y que consagran a él una gran parte de su tiempo, experimentan una alteración sensible en su salud física y moral con la interrupción repentina de esta costumbre, operándose un vacío espantoso en su espíritu, que absorbe todas las funciones importantes de la vida.

«Cuando el Petrarca se encontraba en Vaucluse, su amigo el obispo de Cavaillon, temiendo que su mucha aplicación al estudio destruyera completamente su salud, bastante quebrantada ya, se hizo con la llave de la biblioteca del poeta, encerró sus libros y le dijo:

—Os prohibo el tocar las plumas, el papel y los libros durante quince días.

«El Petrarca tuvo que someterse a esta orden. El primer día lo pasó de la manera más cruel; el segundo le entró la jaqueca, y el tercero le principió la calentura: entonces el obispo, movido a lástima, le devolvió la llave y la salud.

«Aquellos que estando aun en la fuerza de la edad abandonan sus ocupaciones acostumbradas, rompiendo de pronto, con sus hábitos de aplicación intelectual, se hallan espuestos a caer en un penoso estado de indolencia y de fastidio, que dejenera muchas veces en una melancolía enfermiza. Todas las escenas de la vida se rodean de una oscuridad terrible y sin esperanza, y hai veces en que la aversión de la vida llega en ellos hasta tal punto, que se libentan de ella con el suicidio. Este estado de decadencia moral podría ocasionar, durando mucho tiempo, crueles enfermedades físicas, o transformarse en monomanía.

«Los países industriales o comerciales se hallan muy espuestos a estas desgracias, porque el vender y el comprar no puede decirse, propiamente hablando, que sea un ejercicio intelectual, y de aquí proviene esa completa holganza en que se sumerjen tantos negociantes enriquecidos, que a veces les inspira las extravagancias más extraordinarias, como también la pasión del juego o la intemperancia, con lo cual se figuran poder llenar el vacío que sienten en su vida.

«En las circunstancias de inercia intelectual a que hemos aludido, todo lo que despierta la actividad del espíritu, aunque sea una desgracia real, puede ejercer una saludable influencia reanimando una inteligencia casi paralizada. El rico ocioso, si no ha pasado de

la edad de la actividad, será mas dichoso y tendrá mejor salud si por efecto de alguna pérdida considerable en su fortuna necesita volver a su primer jénero de vida. El abandono de los deberes activos exige recursos morales e intelectuales que pocos hombres poseen en nuestro estado actual de sociedad democrática.

«Es una opinion bastante jeneral la de que los hábitos estudiosos y las investigaciones intelectuales tienden necesariamente a destruir la salud y a acelerar la vida, pero esto no es asi; el esceso intelectual podrá matar a un hombre como Pascal, pero el esceso de los placeres sensuales matará mil.

«No pretendo afirmar con esto que aquellos que se dedican a trabajos intelectuales adquieren las fuerzas atléticas o el desarrollo muscular de que gozan aquellos que se dedican a ocupaciones materiales: Dios no nos concede nunca todos los dones a la vez; pero creo que viviendo con moderacion y teniendo una buena constitucion, los hombres de intelijencia pueden gozar de una salud igual, y vivir el mismo tiempo que todos los demas, y aun prolongar su vida, como se han visto ya muchos ejemplos. Un gran escritor ha dicho que una de las recompensas de la filosofía es una larga vida.

«Asi hemos visto a muchos grandes hombres que han llegado a una edad mui avanzada. Locke vivió 84 años; Newton 85 y Fontenelle 100. Bayle, Leibnitz, Buffon, etc., y otros no menos célebres, que seria mui largo enumerar, alcanzaron una larga vida.»

REJINA URIBE.

UNA NOCHE DE LUNA.

Entre los espectáculos que la naturaleza ofrece a la investigacion y a las veces al placer del hombre, descuella el que nos presenta una noche de luna.

Eleva el alma a las rejiones de la contemplacion y le proporciona los goces del placer de lo bello.

Realza la variedad de la naturaleza, presentándonos cuadros tan diversos como interesantes.

¡Qué triste, qué monótono seria el pais en que todas las noches fuesen oscuras, en que nunca se percibiesen los suaves resplandores de la luna!

Faltaria al corazón del poeta una de sus más grandes cuanto misteriosas influencias.

La luna ha inspirado siempre a las almas sensibles, llenándolas de una melancolía vaga e indefinible.

La luna ha sido siempre el testigo de las amorosas citas y el confidente de las protestas y juramentos de los amantes.

Si ella pudiera hablar, ¡qué de cosas misteriosas nos diría!

Nos enseñaría que muchas veces entre los dulzores del amoroso beso, se oculta como víbora entre flores el veneno de la perfidia.

¡Cuántas lágrimas no se han deslizado solitarias por sobre rosadas mejillas cuyo único testigo ha sido ella!

¡Cuánta miseria no habrá visto, cuántos suspiros y cuántas quejas no habrá oído!

Ella guarda para siempre todos esos ecos como guarda el mar los gritos de agonía de los que se ahogan.

Ella nos proporciona también una imagen de la volubilidad de la vida en nuestra propia sombra, que bajo sus dulces resplandores se reproduce en la tierra y sigue junto a nosotros.

Esa sombra es la nada, es la vanidad, es el humo de las cosas de la vida.

La sombra que proyecta el sol al dejar caer sus rayos sobre nosotros, carece de esa poesía, de esa inspiración.

Los orientales, sin embargo, que dan a todo poesía, dicen que Dios dió sombra al cuerpo humano para que cuando el hombre atravesase el desierto, pueda fijar en ella sus miradas y no le quemee los ojos el brillo de la arena.

ELIAS COUSIÑO.

CARIDAD Y AMOR.

I.

Hai una casta virgen
Velada del decoro,
Lozana como el lirio
Que crece junto al mar;
Sus ojos son de cielo,
Sus rizos ondas de oro,

Sus dientes son de perlas,
Sus labios de coral.

Cuando la Aurora tímida
Sonrosa las mañanas,
Sus blancas manecillas
Riegan la esbelta flor,
Cultivan las adelfas
Que cubren las ventanas,
Cual si esas flores fuesen
Su único y tierno amor.

II.

A un niño que yo quiero,
Huérfano y enlutado,
Sonriendo de ternura,
De besos le cubrió;
Sus ojos se nublaron
Al verlo desgraciado;
Sobre su casto seno
Al niño lo adurmíó.

Porque ¡ai! ella de luto
Como ese pobre niño
Se ha visto, pues el rayo
Hirió el tronco también
Del árbol macilento
De su filial cariño,
A cuya triste sombra
Dobló su blanca sien.

III.

Despues en una tarde
Pálida, triste y yerta,
Dos pobres peregrinos
Cruzaban la ciudad;
Rendidos por el hambre
Tocaban cada puerta,
Pidiendo por limosna
Bendita caridad.

Las casas opulentas
Cerrábanse a su paso,
Negándoles las dádivas
Con un glacial desden;
Pero a otro hogar llegaron
Medrosos del rechazo,
Y en él Dios quiso hallaran
De piedad un Eden...

Salió la niña rubia,
La de los claros ojos,
Al divisar los pobres,
Con angustioso afan;
Los levantó llorando,
Pues estaban de hinojos,
Y se inclinó hasta ellos
Para partir su pan.

IV.

Si sus flores le deben
Solicito cuidado,
El niño sus caricias,
Los pobres su favor,
Cuando por ella tengo
El pecho desgarrado,
¿Negará una esperanza
A mi secreto amor?...

JOAQUIN LEMOINE.

Santiago, mayo de 1873.

LA MAÑANA Y LA TARDE.

Rojas nubes encendidas
Por los besos de la aurora,
Sois cual fúljidas visiones
De la mente soñadora.

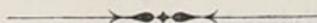
Pardas nubes de la tarde
Que vagais en lontananza,
Sois cual sombras del recuerdo
Cuando muere la esperanza.

Sol que naces, sol que mueres,
Alba bella, tarde oscura,
Cuál reflejan vuestros rayos
La alegría y la amargura!

Dios acaso, alma sublime
Que al traves del éter brilla,
Rie y llora eternamente
Y es el cielo su mejilla?

1874.

PABLO GARRIGA.



Reproducimos, con gusto la siguiente composicion, por haberse publicado en el número 14 de esta Revista, con graves errores.

A MI BUJIA (1).

En la noche funeraria,
Fuente de tristeza y hielo,
Tú, bujía solitaria,
Mitigas mi desconsuelo.

Tu tibia y afable llama
Mis ilusiones adula,
Y creo que el aire te ama
Cuando en torno tuyo ondula.

A sus besos, tú tiritas,
Te encorvas, te alzas y lanzas
Brillantes vanas chispitas:
¡Vanas, cual mis esperanzas!

No es tu pedestal formado
De oro, jaspé ni diamante;
Mas no es tu penacho amado
Por eso menos brillante.

(1) Sacada de una coleccion de versos que se titula "Palabras de duda y de dolor."

Del aquilon protegida
Que mata frutos y rosas,
Tú te ves siempre querida
De las bellas mariposas.

Mas la llama coruscante
Con rapidez te consume:
¡Asi merma, a cada instante,
De nuestra vida el perfume!

Pero, bujía, entre tanto
Que esa llama te arrebola,
Sin quejas, cuitas ni llanto,
Vives quieta, pura y sola.

Feliz, bujía, es tu síno,
Sin dudas, penas ni males!
Lucir solo es tu destino,
Vivir el de los mortales;

Vivir entre sinsabores
Disgustos, desconfianzas,
Viendo caer ¡qué de flores!
Y morir ¡qué de esperanzas!

MANUEL A. MATTA.

A LA SEÑORA
ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(POESIA.)

Florido campo es el mundo
Para el alma del poeta.
Cada objeto a sus miradas
Alguna flor representa,
Ya melancólica, humilde,
Ya primorosa en belleza,
Ya fúnebre por su aspecto,
Bien pomposa o bien modesta,
Pero cobijando todas
Cierta misteriosa esencia,

Gota de ámbar que, prolija,
De esos cálices cosecha
La imaginacion del bardo;
Esta mariposa en huelga
Que voluptuosa ante el sol
Viene, va, se posa, vuela
De una planta en otra planta
Y en tal vaiven se recrea:
O que menos egoista
Y en remedo de la abeja
De algunas flores estrae
La líquida oculta perla
Para labrar los panales
De poesía verdadera,
Tan grata a los corazones
Que aman lo bello en la tierra.
Tal tu númen, poetisa,
Es un panal de riqueza
Regalando sus dulzuras
Al alma, de un bien sedienta.
Son tus versos como el vaso
De escogidas azucenas,
Cuyos matices admiro,
Cuyo perfume consuela
El espíritu amargado
Con la hiel de sus miserias.
La miel de tu poesía
Bálsamo, sí, nos presenta
Mas de una vez en las horas
Del sinsabor ¡Oh! Dios quiera
No agotar jamas la fuente
De tu inspiracion; y sean
Tambien sus frescos raudales
Dulce consuelo a tu pena!

Valparaiso, 1874.

R. BUSTAMANTE.

A UNA POETISA.

Tú sientes dentro el pecho incógnitos sonidos,
Mil voces que tú, niña, no puedes comprender;
A veces son dolientes, tristísimos jemidos,
O dulces vibraciones de insólito placer.

Espíritus alados perturban en tu almohada
Los sueños inocentes de plácida quietud,
Y dicen a tu oído que tu alma está templada
Para pulsar las cuerdas doradas del laud.

Y tú la mano tiendes y el instrumento tocas,
Y al resonar en tu alma la dulce vibración,
A los alados jénios de poesía evocas
Para elevarte en alas de ardiente inspiración.

Tú ignoras los dolores del poeta,
Tú ignoras, niña, lo que llora su alma;
Es un martirio su existencia inquieta;
El no halla dicha, ni placer, ni calma.

Se lanza y cruza los flotantes mundos;
En alas de su jénio toca al cielo;
Desciende a los abismos mas profundos,
Y jamas halla su ideal modelo.

De flaqueza y poder conjunto extraño,
En medio del placer encuentra hastío;
Buscando la verdad halla el engaño,
Y do quiera que mira halla un vacío.

Deja que se abran a la sombra, amiga,
Las bellas rosas de tu edad lozana;
Hoi el cariño maternal te abriga,
Amor tambien te amparará mañana.

Qué valen las hojas del lauro engañoso;
Los sueños de gloria qué valen, qué son,
Si encuentras un alma, si das a un esposo
Amante y amado tu fiel corazón?

Es cierto que es bella la rama sagrada
Que al jénio coronas le suele tejer,
Mas ántes que ciña tu sien ya nevada,
Mil copas de acíbar tendrás que beber.

La musa de Lésbos te ofrece un ejemplo;
Hubiera cambiado su lira por él,
Por una cabaña los triunfos del templo;
Por blancos azahares su sacro laurel.

La envidia sembróle su senda de abrojos;
La Grecia a porfia su lira aplaudió;
La muerte en el alma y el llanto en los ojos,
La voz de la gloria la Safo no halló.

Estrecho era el mundo, mezquina la gloria
A su alma sublime tan llena de amor,
Y al ver imposible su dicha ilusoria,
Buscó entre las ondas olvido al dolor.

Oh diva! yo admiro tu temple inflexible,
Tu amor, tu holocausto yo admiro tambien;
Maldita la estrella del hombre insensible
Que jénio y caricias pagó con desden.

Escucha mi ruego, sirena inocente,
Ahoga en tu pecho la voz virjinal;
Que Apole no bese tu cándida frente,
Que a veces el númen es jénio del mal.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

EL RESUCITADO.

(CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIREI GUIRIOR.)

A principios del actual siglo existia en la Recoleccion de los Descalzos un octojenario de austera virtud y que vestia el hábito de hermano lego. El pueblo, que amaba mucho al humilde monje, conocíalo solo con el nombre de *El Resucitado*. Y hé aquí la auténtica y sencilla tradicion que sobre él ha llegado hasta nosotros.

I.

En el año de los tres sietes (número apocalíptico y famoso por la importancia de los sucesos que se realizaron en América) presentóse un día en el hospital de San Andres un hombre que frisaba en los cuarenta agostos, pidiendo ser medicinado en el santo asilo. Desde el primer instante, los médicos opinaron que la dolencia del enfermo era mortal, y le previnieron que alistase el bagaje para pasar a mundo mejor.

Sin inmutarse oyó nuestro individuo el fatal dictámen, y despues de recibir los ausilios espirituales o de tener *el práctico a bordo*, como decia un marino, llamó a Gil Paz, ecónomo del hospital, y díjole, sobre poco mas o ménos:

—Hace quince años que vine de España, donde no dejo deudos; pues soi un pobre espósito. Mi existencia en Indias ha sido la del que honradamente busca el pan por medio del trabajo; pero con tan aviesa fortuna que todo mi caudal, fruto de mil privaciones y fatigas, apenas pasa de cien onzas de oro que encontrará vuesamerced en un cincho que llevo al cuerpo. Si como creen los físicos, y yo con ellos, Su Divina Majestad es servida llamarme a su presencia, lego a vuesamerced mi dinero para que lo goce pidiéndole únicamente que vista mi cadáver con una buena mortaja del Seráfico Padre San Francisco y pague algunas misas en sufragio de mi alma pecadora.

Don Gil juró por todos los santos del calendario cumplir religiosamente con los deseos del moribundo, y que no solo tendria mortaja y misa sino un decente funeral. Consolado asi el enfermo, pensó que lo mejor que le quedaba por hacer era morirse cuanto ántes, y aquella misma noche empezaron a enfriársele las estremidades y a las cinco de la madrugada era alma de la otra vida.

Inmediatamente pasaron las peluconas al bolsillo del ecónomo, que era un avaro mas ruin que la encarnacion de la avaricio. Hasta su nombre revela lo menguado del sujeto ¡¡¡GIL PAZ!!! No es posible ser mas tacaño de letras ni gastar ménos tinta para una firma.

Por entónces, no existia aun en Lima el cementerio jeneral que, como es sabido, se inauguró el mártes 31 de mayo de 1808; y aquí es curioso consignar que el primer cadáver que se sepultó en nuestra necrópolis, al dia siguiente, fué el de un pobre de solemnidad

llamado Matías Isuriaga. Los difuntos se enterraban en un corralon o campo-santo, que tenia cada hospital, o en las bóvedas de las iglesias, con no poco peligro de la salubridad pública.

Nuestro don Gil reflexionó que el finado le habia pedido muchas gollerías; que podia entrar en la fosa comun sin asperjes, responsos ni sufrajios; y que, en cuanto a ropaje, bien aviado iba con el raído pantalon y la mugrienta camisa con que lo habia sorprendido la *flaca*.

—En el hoyo no es como en el mundo—filosofaba Gil Paz, donde nos pagamos de esterioridades y apariencias, y muchos hacen papel por la tela del vestido. Vaya una pechuga la del difunto! No seré yo, en mis dias, quien alhague su vanidad gastando los cuatro pesos que importa la jerga franciscana. ¿Querer lujo hasta para pudrir tierra? Háse visto presuncion de la laya! Milagro no le vino en antojo que lo enterrasen con guantes de gamuza, botas de campana y gorguera de encaje! Vaya al agujero como está el mui bellaco, y agradázcame que no lo mando en el traje que usaba el padre Adan ántes de la golosina.

Y dos negros, esclavos del hospital, cojieron el cadáver y se trasportaron al corralon que servia de cementerio.

Dejemos por un rato el reposo al muerto y, mientras el sepulturo abre la zanja, fumemos un cigarrillo charlando sobre el gobierno y la política de aquellos tiempos.

II.

El escelentísimo señor don Manuel Guirior, caballero de la órden de San Juan, teniente jeneral de la real armada y gentil-hombre de cámara, hallábase como virei en el nuevo reino de Granada, (donde habia contraído matrimonio con doña María Ventura, jóven condesa bogotana,) cuando fué promovido por Cárlos III al gobierno del Perú. Pomposísimo era el ceremonial y espléndidos los festejos con que hasta entonces se habia celebrado la entrada de los representantes de la corona. Los caudales del cabildo y suscripciones mas o menos forzadas, del vecindario hacian el gasto. Guirior no no quiso lujo ni ostentaciones, como sus predecesores que hacian la primera *etapa* en la iglesia de Monserrate, a que en nuestros dias está dando gran fama la suntuosidad con que las limeñas celebran en ella las fiestas del mes de María.

Guirior, acompañado de su esposa, llegó a Lima de incógnito, el

17 de julio de 1776, como sucesor de Amat. La sagacidad de su carácter y sus buenas dotes administrativas le conquistaron en breve el aprecio jeneral. Atendió mucho a la conversion de infieles y aun fundó en Chanchamayo colonias y fortalezas, que posteriormente fueron destruidas por los salvajes.

En Lima estableció el alumbrado público, con pequeño gravámen de los vecinos, y fué el primer virei que hizo publicar bandos contra el dilubio llamado juego de carnavales. Verdad es que, entonces como ahora, bandos tales fueron letra muerta.

Guirior fué el único entre los vireyes que cedió a los hospitales los diez pesos que, para sorbetes y pastas, estaban asignados por real cédula a su escelencia, siempre que honraba con su persona una funcion de teatro.

En su época se erigió virreinato de Buenos Aires y quedó terminada la demarcacion de límites del Perú, segun el tratado de 1777 entre España y Portugal, tratado que despues nos ha traído algunas desazones con el Brasil y el Ecuador.

En el mismo aciago año de los tres sietes, nos envió la Corte al Consejero de Indias don José de Areche, con el título de Superintendente y Visitador Jeneral de la Real Hacienda, y revestido de facultades y omnímodas tales que hacian casi irrisoria la autoridad del virei. La verdadera mision del enviado rejio era la de exprimir la naranja hasta dejarla sin jugo. Areche elevó la contribucion de indíjenas a un millon de pesos, creó la junta de diezmos, los estancos y alcabalas dieron pingües rendimientos, abrumó de impuestos y socaliñas a los comerciantes y mineros y tanto ajustó la cuerda que en Huaráz, Lambayque, Huánuco, Pasco, Huancavelica, Moquegüa y otros lugares estallaron sérios desórdenes, en los que hubo correjidores, alcabaleros y empleados reales ajusticiados por el pueblo.

La exitacion era tan grande, dice Lorente, que en Arequipa los muchachos de una escuela dieron muerte a uno de sus camaradas, que en sus fuegos habia hecho el papel de aduanero; y en el llano de Santa Marta dos mil arequipeños osaron, aunque con mal éxito, presentar batalla a las milicias reales.

En el Cuzco se descubrió mui oportunamente una basta conspiracion, encabezada por don Lorenzo Farfan y un indio Cacique, los que aprehendidos terminaron su existencia en el cadalso.

Guirior se esforzó en convencer al Superintendente de que iba por mal camino; que era mayúsculo el descontento y que, con el

rigorismo de sus medidas, no lograria establecer los nuevos impuestos sino crear el peligro de que el pais en masa recurriese a la protesta armada, prevision que, dos años mas tarde y bajo otro virei, vino a justificar la sangrienta rebelion de Tupac-Amaru.

Pero Areche pensaba que el rei lo habia enviado al Perú para que, sin pararse en barras, enriqueciese el real tesoro, a espensas de la tierra conquistada, y que los peruanos eran siervos cuyo sudor, convertido en oro, debia pasar a las arcas de su amo Cárlos III. Por lo tanto, informó al Soberano que Guirior lo embarazaba para esquilmar el pais y que nombrase otro virei, pues su escelencia maldito si servia para lobo rúpaz y carnicero.

Despues de cuatro años de gobierno, y sin la mas leve fórmula de cortesía, se vió destituido don Manuel Guirior y llamado a Madrid, donde murió pocos meses despues de su llegada.

En tanto que el sepulturero abria la zanja, una brisa fresca y retozona oreaba el rostro del muerto, quien ciertamente no debia estarlo en regla; pues sus múculos empezaron a agitarse débilmente, abrió luego los ojos y, al fin, por uno de esos maravillosos instintos del organismo humano, hízose cargo de su crítica situacion. Un par de minutos que hubiera tardado nuestro español en volver de su parosismo o catalepsia, y las paladas de tierra no le habrian dejado campo para rebullirse y protestar.

Distraido el sepulturero, con su lúgubre y habitual faena, no observó la resurreccion que se estaba verificando, hasta que el muerto se puso sobre sus puntales y empezó a marchar con direccion a la puerta. El buho de cementerio cayó accidentando, realizándose casi al pié de la letra aquello que canta la copla:

el vivo se cayó muerto
y el muerto partió a correr.

Encontrábase don Gil en la sala de San Ignacio, vijilando que los topiqueros no hiciese mucho gasto de azúcar para endulzar las tisanas, cuando una mano se posó familiarmente en su hombro y oyó una voz cavernosa que le dijo;

—Avariento! ¿Dónde está mi mortaja?

Volvióse aterrorizado don Gil. Sea el espanto de ver un resucitado de tan estraño pelaje, o sea que la voz de la conciencia hubiese hablado en él mui mui alto, es el hecho que el infeliz perdió desde ese instante la razon. Su sacrílega avaricia tuvo la locura por castigo.

En cuanto al español, quince dias mas tarde salia del hospital

completamente restablecido y, despues de repartir en limosnas las peluconas causa de la desventura de don Gil, tomó el hábito de lego en el convento de los Padres Descalzos; y personas respetables, que lo conocieron y trataron, nos afirman que alcanzó a morir en olor de santidad, allá por los años de 1812.

Lima, junio de 1874.

RICARDO PALMA.

UNA PERLA ORIENTAL.

(CONTINUACION.)

—¿Quién me ha llamado? Oh! yo muero.

—Oh! nó! no morireis, yo estoi aquí, no os morireis, repitió desesperado Yousouf, aplicando sus lábios sobre una de las manos de Zurla.

Trascurrió un momento de silencio, durante el cual el jóven queria calentar con sus lábios aquella mano helada.

—Poderoso Alá, gritó de repente la mora, siento un fuego que me devora, que me toca al corazon. Mi mano se abrasa...

Y, debilitada por la turbacion de su espíritu, se desmayó.

Yousouf retrocedió algunos pasos.

—Imprudente de mí, exclamó; ella estaba delirante al leer mi carta, y yo he penetrado repentinamente, y mi presencia inesperada acrecentó su delirio!

Despues, acercándose un paso mas y contemplándola:

—Pobre criatura, habló, flor marchitada y deshojada por el torbellino! Quién que así os viera no os tomaria por una aparicion celestial? ¡Qué bien le asienta su pelo de ébano sobre sus azuladas sienes! ¡Qué bien sus pestañas largas sombrean sus mejillas pálidas!... Su boca parece animarse por un suspiro, esa boca sublime y llena de poesía. Oh! mujer divina! tesoro del Oriente, maldecid y olvidad al hombre que os ha hecho padecer tanto!

Yousouf, lleno de remordimientos, dió vuelta maquinalmente por el aposento, y al acercarse a una mesa lanzó un grito y sus ojos se inyectaron de sangre.

Acababa de ver *la mano, el ojo y la lengua* de Saled.

Tomó la caja, y haciendo jirar la puerta de un armario por el mecanismo de un resorte, la colocó dentro; en seguida, dirijiéndose a Zurla, y animando sus lábios con una sonrisa salvaje, exclamó:

—Hé aquí la mujer por quien he cometido un crimen! Oh!... cometeria miles! la amo tanto!

Despues, tomándola dulcemente en sus brazos, volvió a hablar:

—Anjel mio, tesoro de mi amor, despertad!

A la voz de Yousouf, la jóven se conmovió como si hubiera recibido un choque eléctrico, y abriendo sus ojos negros y rasgados exclamó con voz desfallecida, pero tranquila:

—Eres tú?

—Sí, bien mio, respondió con acento apasionado Yousouf; sabeis que puedo vivir un momento lejos de vos?

—Sabia que estabas a mi lado, porque te ví entrar; pero al momento mis ojos se nublaron y... un desmayo me acometió sin duda porque no volví a verte.

—Un desmayo!

—Sí, y durante él he sentido emociones desconocidas; he gozado y he padecido, he estado contigo, y me han separado; has muerto, y yo he estado viva... viva, y no podia morir.

Yousouf, completamente sorprendido, no comprendia una sola palabra de cuanto Zurla hablaba.

—Delirais otra vez? preguntó.

—No, Yousouf, he soñado contigo.

—Habeis soñado, nada mas? Gracias, Dios mio!

—Cuánto me amas! Reclínate aquí!

Yousouf se reclinó muellemente en el regazo de la africana; cerró por un momento sus ojos, y respiró una atmósfera embalsamada y voluptuosa que le trasportó a una rejion de dichas sin fin.

Zurla colocó una de sus manos sobre la frente de su amante.

—¡Cómo te quema la frente, dijo, y aplicó a ella sus lábios mas ardientes aun.

Un rayo de sol teñia de oro a ese bello grupo de amor.

—Qué felicidad es amar, Zurla, con qué rapidez se desliza así el tiempo!

—Asi juntos, es verdad!

La odalisca, con sus ojos de fuego fijos en el jóven, parecia encontrar en cada palabra de éste un nuevo encanto, y hasta sus menores pensamientos resumidos en un solo objeto, hacian palpar con vehemencia su corazón.

¿Quién podrá darse cuenta de las emociones que le ocupan durante el silencio que sigue a la respuesta de la mujer que se ama?

¿Qué cosa hai comparable con el éxtasis en que, en esos momentos de ensueños, nos sumerje nuestra misma felicidad?

El hombre dormita entonces bajo el oculto poder de un rayo de gloria eterna.

Una languidez que nos enerva dulcemente nos acomete por doquier.

Nuestras ilusiones, nuestros planes, nuestro amor vuelve, en fin, y concluimos por quedarnos adormidos, arrullados por el placer, con la sonrisa en los labios.

Sueño dulcísimo y único en la vida!

Sonrisa consoladora capaz de hacer olvidar los pensamientos mas amargos!

Yousouf estaba bajo este májico poder, que se comprende pero que no se puede describir, cuando la voz de Zurla le despertó.

—He tenido un sueño, dijo la mora, que a cada instante me preocupa más.

—Ah! un sueño, decis? Contádmelo entonces.

XIX.

EL SUEÑO.

La odalisca, antes de principiar, fijó con delirio sus ojos en Yousouf. Luego, tomando una de sus manos entre las suyas, habló:

—Escucha: estábamos en un palacio; no sé si seria éste, pero me amabas mucho, Yousouf, como ahora. ¿no es verdad?

—Oh! sí!

—Yo tambien te amaba, y mi dicha y mi gloria y mi felicidad parecian cifrarse en mi amor, porque te amaba con frenesí. El sol pasó muchas veces sobre nuestras cabezas, y nosotros, embriagados en una felicidad sin fin, nos olvidábamos del mundo entero para prodigarnos mútuas caricias... Mas, ¿por qué te entristeces, Yousouf?

—Oh! cuánto os debo, exclamó éste. Me amais hasta en sueños!

—Voi a decirte la verdad: me acosté pensando en el grande Alá; pero habia otro ser mas poderoso: ese ser eras tú. En vano intenté tranquilizar mi espíritu y consagrar mi pensamiento: nada pude conseguir, y solamente tu presencia estaba grabada a donde mis

ojos se dirijian. Yousouf, me acosté pensando en tí, y soñé contigo!

El jóven quiso hablar, pero su lengua no articuló palabra alguna, y una lágrima de fuego se deslizó por sus mejillas.

—Te comprendo, siguió algun tanto mas calmada Zurla; sé que me amas como yo; gracias. Escucha: los dias espiraban con rapidez, y nosotros, como ahora, éramos felices. ¿Qué nos faltaba? Eramos libres, poderosos. Habitábamos un palacio, y sobre todo nos amábamos. Pero una noche... Ah! Yousouf... es un sueño nada mas, pero a su recuerdo me estremezco.

—Continuad, Zurla, continuad.

—Era una noche terrible. El viento bramaba, la lluvia caía a torrentes, y el rayo desolador estallaba a cada instante. Yo, en tus brazos, desterraba el pavor que esa noche me infundiera; en ellos no temia nada, nada; me parecia que eras tú un ser sobrenatural que podrias, con un solo ademán, variar la direccion del rayo... Me decias entonces que esos rayos destruian las chozas y aduares de los árabes del desierto, y que jamas alguno habria destruido un palacio... Cómo engañada, fascinada por tus palabras, te creía!

—Seguid, dijo con desasosiego el jóven!

—Nó. Mas bien quiero que lo ignores todo. No sé qué presentimiento me dice que este sueño tiene que ver algo con nuestro porvenir.....

—No creais nada, Zurla. Son ilusiones, y como tales se disipan pronto. Seguid.

Zurla hizo un movimiento de cabeza, como para desviar algunos rizos de su cabello, que, al inclinarse ante Yousouf, habian caido sobre su frente, y continuó con voz débil:

—Podian ser las doce. Tú seguías contándome varias historietas de tu pais para entretenerme, cuando la detonacion del rayo se sintió sobre nuestras cabezas, y el aposento y el palacio se abrieron de alto a bajo como los cascos de una granada... Todo, todo desapareció de nuestra vista: felicidad y placer... Un relámpago, lívido como la última mirada de la víctima, nos alumbró por un instante, y con su incierta claridad, semejante a la lámpara de un sepulcro, te pude ver pálido, trémulo, azorado, y con una mancha roja sobre la frente, con una mancha ardiente como marca maldita. En seguida coloqué mi mano sobre la mancha y se tiñó de sangre. .

Yousouf dió un salto involuntariamente.

—El contacto de aquella sangre caliente aun, siguió con ajitacion Zurla, esparció un hielo mortal por mi cuerpo, y cerré los ojos para

no ver grupos de terribles fantasmas que danzaban burlescamente a mi alrededor... Entonces, Yousouf, entonces allá en el horizonte de aquella noche terrible, se alzó una sombra que a medida que se nos acercaba iba creciendo en proporciones... Yo estaba en tus brazos, y tu frente inundada de sangre... La sombra, alzándose, alzándose siempre, cubría el espacio. La lluvia continuaba, y yo me ahogaba en la sangre que despedía tu frente. De repente, un velo, negro y helado como el sudario de un muerto, se extendió cubriendo mi cuerpo: era la sombra. Maldición para el asesino! gritó una voz que se repitió en el espacio, prolongándose su lúgubre eco. Ah, Yousouf; aquella voz contrajo mis músculos, y llena de espanto tendí los brazos hácia tí, pero te encontré helado, porque estabas muerto. La sangre de tu frente seguía cubriendo la tierra, se aproximaba a mis labios, y yo iba a morir también... mas ¡ah! que estaba condenada a vagar con la sangre al cuello, al lado de tu cuerpo frío y deforme!...

La voz debilitada de Zurla apenas concluyó las últimas palabras.

Yousouf, a su pesar, espantado por una ilusión, como había dicho antes, sentía un desasosiego que no podía evitar.

Durante la relación de la jóven, había permanecido con el rostro cubierto para no revelar su disgusto en las alteraciones de su rostro.

Por último, levantándose sereno, aunque bien podía notarse en él alguna preocupación, exclamó:

—Basta, Zurla, de presentimientos funestos; ese sueño no debe entristeceros, sobre todo ahora que despues de tanto tiempo nos volvemos a ver. ¿Qué se ha hecho aquella dulce alegría que mostrábais cuando me veiais? Disipad, Zurla, esos temores, y consagramos estos preciosos momentos al amor.

—Dices bien; pero el recuerdo de este sueño terrible me persigue, y no puede menos de dejar una profunda herida en el corazón débil de una mujer. Te amo siempre, Yousouf, pero te temo ahora.

—Habeis perdido la razón, Zurla? No habeis comprendido lo que acabais de pronunciar. Temerme! ¿Y por qué?

—No lo sé.

—Triste, ángel mio, y yo que os amo tanto, y que no os olvidaré nunca!...

La jóven comprendió el verdadero sentido de estas palabras.

—Tienes razón, dijo; despues con acento cariñoso, añadió:

—Sí, voi a desechar estas tristes ideas para que seamos felices como ántes. ¿No quieres así?

—Ah, Zurla! No comprendéis el placer en que se inunda mi corazón cuando me habláis de este modo. Me parece que todo el mundo envidiará mi felicidad, y me encuentro capaz de igualarme al mismo Alá!

—No quiero hacerte sufrir, y aunque mi pecho se conmueva por alguna ajitación, siempre seré la misma para contigo, como hasta ahora. Muchas cosas tenia que decirte, pero las callaré, las olvidaré.

Yousouf hizo un ligero movimiento de disgusto.

—No me habeis comprendido, le dijo; ¿acaso os he dicho que me ocultéis algo? Mañana parto, Zurla, a recojer las contribuciones de algunos pueblos, y quisiera marchar contento.

El jóven, al concluir, se abandonó con indolencia en un divan, y colocando su mano en la mejilla, permaneció pensativo y como entregado a sombrías meditaciones.

Yousouf al permanecer así, con los ojos medio cerrados y la cabeza echada hácia atrás, creía ver, al traves de un velo color de sangre, representarse las escenas del sueño que la mora le acababa de referir.

Durante un corto momento permaneció Zurla con los ojos fijos en su amante.

Acababa de oír la palabra mas terrible que una mujer enamorada puede escuchar de los labios del hombre que ama.

¡Partir!!

Con efecto, esta palabra la impresionó de tal modo, que sus ojos parecían querer, con una mirada de fuego, carbonizar a aquel hombre.

¡Partir!!

¿No sería este un pretexto de amante para conocer el efecto que esa palabra podia producir en ella?

Fué el primer pensamiento que asaltó a la mente de Zurla.

Y entonces, por la primera vez, su alma se revistió de noble orgullo y haciendo un jesto de desprecio se sentó en un divan.

Aquella mujer que habia amado tan ardientemente, estaba herida en lo mas sensible, en su amor propio. Zurla sucumbió, por un momento, al peso terrible de la duda e incertidumbre. Su rostro, pálido como el marfil, conservaba sin embargo un ligero sonrosado en las mejillas, efecto de la ajitación que la alteraba.

TERESA.

EPISODIO DE LA ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA.

I.

En el año de 1813, época en que los chilenos batallaban en los campos del sur contra el ejército español del jeneral Pareja, una fragata avistó a Valparaiso ostentando en su palo mayor la enseña de Castilla: era la *Warren*, buque corsario, patentado por el virei del Perú.

Una sola idea hizo palpitár a la vez los corazones; capturar al insolente corsario fué el pensamiento de todos los patriotas.

Era preciso para ello equipar prontamente buques, sin poseer un solo casco, ni armamento, ni marineros, y careciendo aun de capitales. Se necesitaba, pues, mucha audacia, y por fortuna los hombres que dirijian entonces los negocios no carecian de fibra y de iniciativa.

Todo estuvo listo para el 1.º de mayo: la fragata *Perla* y el bergantín *Potrillo* debian salir al dia siguiente a dar caza a la *Warren*.

Eran las doce de la noche de aquel dia. La poblacion de Valparaiso parecia profundamente dormida bajo los rayos de una luna llena. Ella reposaba despues de largos dias de agitacion y trabajos pasados en los aprestos de las naves. Solo se dejaba oír el ruido triste y uniforme de las olas al estinguirse lentamente sobre la arena.

De súbito la puerta de una casa, situada no mui lejos de la playa, se abre, y una voz de hombre, firme y sonora, dice:

—Buenas noches, Luis; señorita Teresa, hasta mañana...

—Hasta mañana, Jenaro, contestaron dos voces simpáticas desde el interior de la casa, y la puerta se volvió a cerrar.

—¡Dios mio! ¿que va a suceder mañana? Creo que la inquietud no me dejará dormir esta noche.

Esto decia Teresa, bella jóven de 19 años, al entrar en su aposento, despues de haber despedido a Jenaro.

—Duerme niña, duerme, la dijo su hermano Luis, y no temas; mañana tendremos un hermoso dia; haremos ver a esos soberbios españoles de cuánto es capaz un pueblo cuando defiende su libertad... ¡Y yo que hasta ahora no he podido contribuir a la independencia sino con erogaciones en dinero!... mas pronto será otra cosa. Dentro de pocos dias serás mujer de Jenaro, y entonces ya completamente libre, me marcharé a ponerme a las órdenes del jeneral Carrera.

—¡Separarnos? y tan pronto? y talvez para siempre! murmuró Teresa enternecida.

—¿Qué harías tú en mi lugar? contestó Luis.

La jóven miró a su hermano y exclamó:

—Yo iria a morir como nuestro padre en defensa de la patria.

—Ya lo ves!... morir por la independencia, despues de haber asegurado tu felicidad, será una hermosa muerte.

Mas; notando que los grandes ojos de Teresa se llenaban de lágrimas, le dijo:

—¡Vamos! déjate de llanto; hablemos de otra cosa... con que serás feliz con Jenaro, ¿no es verdad?

—¡Mucho! exclamó la jóven con acento apasionado, ¡cuánto me ama!... y yo... Dios mio!...

—Acaba, exclamó Luis riendo.

—¡Burlon! continuó Teresa; ¡quiera Dios poner en tu camino una jóven que te ame como amo a Jenaro! Pero yo charlo cuando debia estar implorando al cielo por el buen éxito de su empresa... Un abordaje debe ser una cosa terrible, ¿no es asi, Luis?

—Terrible, si se quiere cuando se contempla a sangre fría; mas cuando la señal es dada, y se abalanzan como poseidos de un vértigo a la cubierta enemiga; cuando se estrechan cuerpo a cuerpo, teniendo a cada instante sobre la cabeza una arma mortífera y el abismo a los piés, entonces no se teme morir; entonces vencer es el pensamiento dominante, y en aquellos casos el que mas hiere es un valiente y a veces un héroe.

II.

Mientras los dos hermanos hablaban asi en la víspera en que se intentaba un abordaje sobre la *Warren*, Jenaro, jóven español, pero al parecer adicto a la patria, se dirijia a su casa: llegado ahí tomó

un par de pistolas, puso en sus faltriqueras algunos saquillos de dinero, y salió encaminándose con paso más que regular en direccion hácia Playa-Ancha. Al llegar a una de las primeras caletas del lado del sur, se detuvo, sacó un silbato y lo llevó por dos veces a sus lábios. A poco se dejó oír ruido de remos en el agua; pronto un bote atracó a la orilla, un hombre saltó a tierra y fué a estrechar la mano de Jenaro, que salió a su encuentro.

—Esta será nuestra última entrevista, amigo mio, dijo Jenaro: todo lo hemos arrostrado por venir a avisarle, capitán, que mañana sale por fin la escuadrilla insurjente a abordar la *Warren* y lo harian ¡por San Antonio! si no hubiese usted encontrado amigos por acá.

—Eso lo veríamos don Jenaro; la causa del rei es la de Dios, exclamó el capitán.

—¿Está todo allanado?

—Todo, contestó Jenaro.

—¿Se entregó el dinero al italiano?

—Nó; cuando haya consumado su obra debe recibirlo de mano de usted.

—¿Qué diablos! No me queda un cuarto.

—A eso vengo, le interrumpió Jenaro; y entregándole el dinero, le dijo:

—Ahora, capitán, adios, temo una celada. Y sin aguardar más desapareció.

Al día siguiente, 2 de mayo, púsose la *Warren* a la vista del puerto.

La escuadrilla patriota zarpó a las nueve de la mañana.

El día era bellissimo, una brisa suave rizaba las aguas; el horizonte aparecía claro y despejado. Mucha parte de la población coronaba los cerros y afluía hácia la playa. En todos los semblantes se reflejaba el contento y la esperanza.

Entre tanto el *Potrillo* y la *Perla*, que componian la espedicion, salian del puerto. El buque corsario se hizo mar afuera, pareciendo evitar un encuentro. Las naves patriotas largaron toda vela para darle caza.

De improviso, y cuando éstas se hallaban fuera del alcance de las baterías del puerto, se vió al corsario detenerse en actitud de aceptar el combate. En ese momento la *Perla*, que habia tomado la delantera al *Potrillo*, se acerca hasta ponerse al costado de la *Warren*, que la dejó aproximarse sin disparar un tiro.

En el acto la *Warren* y la *Perla* unen sus fuegos y atacan al *Potrillo*, que cae desprevenido y presa de una infame traicion.

Un marinero italiano, sobornado por Jenaro y otros españoles residentes en Valparaiso, habia consumado una revolucion en la *Perla* y entregádola al enemigo.

III.

Pocos dias despues de este desgraciado acontecimiento, Jenaro entraba en la casa de su amada. Teresa no salió como de costumbre a su encuentro: todo parecia cambiado en aquella casa.

Por fin, se presenta Teresa pálida y conmovida.

—¿Qué ocurre? exclamó Jenaro tendiendo su mano a la jóven.

Mas ella, sin corresponder a su ademan, le indicó una silla, contestándole con acento dulce pero firme:

—Una desgracia, señor, preparada por usted... con calma y refinado artificio; nos vemos hoi por la última vez. Esta es la voluntad de mi hermano y tambien la mia.

Jenaro intentó disculparse, mas Teresa le interrumpió diciendo:

—Es inútil... Lo sé todo: ahórreme usted el disgusto de ver unidas la traicion y la mentira.

—Nunca me has amado, Teresa, exclamó Jenaro palideciendo extraordinariamente; al corazon no se le impone, ni jamas la pasion política influye de tal modo en la mujer, que destruya en un dia, un amor tan intenso como el que me has finjido hasta hoi.

—Ayer amaba al caballero leal y sin tacha. Hoi la traicion lo desfigura a usted horriblemente a mis ojos. La memoria de mi padre, muerto por la patria, pone un abismo entre los dos.

El jóven intentó echarse a sus piés; mas ella se lo impidió con un ademan majestuoso.

—¡Bien! exclamó Jenaro, irguiendo su cabeza; el brazo de tu hermano nos separa; dile que pronto nos veremos. Y salió despechado.

Asi que éste desapareció, Luis, que todo lo habia oido, entró en la estancia.

—¡Hermana mia, valor! la dijo, al ver a Teresa casi desfallecida.

—Todo acabó para mí, articuló la jóven. Hoi que le pierdo para siempre conozco que le amo más.

Y diciendo esto, cayó sin conocimiento en los brazos de su hermano.

IV.

A mediados de enero de 1815, tres meses despues de la derrota de Rancagua, la cárcel de Santiago encerraba gran número de presos políticos, todos patriotas mártires de la libertad. Apilados en un estrecho y húmedo calabozo, eran tratados, por órden del jeneral Osorio, como indignos criminales. ¿Qué iba a ser de ellos?

A juzgar por los rumores que se dejaban sentir: o debian ser pronto sentenciados a muerte, o enviados al Perú y sepultados en Casas Matas. Estas y otras voces siniestras contribuyeron no poco a dar cuerpo y vida a una conspiracion concebida en el silencio de un calabozo y alimentada por la desesperacion de las víctimas.

La guardia de los prisioneros estaba confiada al batallon de Talaveras.

Un sarjento de este cuerpo, hombre simpático y sagaz, supo captarse la confianza de los presos hasta llegar a penetrar sus proyectos.

Pronto Villalobos, este era su nombre, se hizo el alma de la conspiracion. El prometió apoyarla con su batallon y el cuerpo de granaderos. Ansiosos de no aventurar la empresa, pero desconfiados por otra parte del caudillo, que era español y talavera, quisieron los presos obtener de Villalobos una garantia de su sinceridad. Al efecto le exigieron les prestase promesa de fidelidad en presencia de Dios. Convino en ello Villalobos, y los presos acordaron mandar decir una misa en la capilla de la cárcel. Allí un solemne juramento debia tranquilizarlos y unirlos.

En efecto, en el momento en que el sacerdote alzaba la hostia, todos los conjurados, a una señal convenida, levantaron silenciosamente sus manos y juraron por los evangelios guardarse fidelidad y trabajar por el exito de su empresa.

V.

Pocos dias despues, una mujer vestida de negro y cubierta con un espeso velo fué introducida por el carcelero en el calabozo de los presos.

Se quedó un momento indecisa en el dintel de la puerta; mas luego con una voz trémula, sin duda por la emocion, preguntó por don Luis O... Al oír este nombre, un jóven de porte distinguido y simpática fisonomía, se precipitó hácia aquella mujer y la estrechó contra su corazon, esclamando:

—¡Teresa! ¿tú aquí?

Teresa alzó su velo. Su rostro estaba pálido, pero mas bello aun, realzado por el dolor que la oprimia. Anegada en llanto, estrechaba a su hermano sin poder proferir una palabra.

—¿Tú en Santiago? volvió a decir Luis.

—¿Y en que circunstancias? Cuando todas las familias, abandonando sus hogares, se han ido a ocultar en algun rincón lejano a fin de sustraerse a las tropelias de San Bruno.

Teresa miró en torno suyo con recelo... los presos se retiraron por deferencia a un extremo del calabozo, y entonces dijo:

—He venido con mi tia. No temas por mí, Luis; solo se trata de tí en este momento; eres tú quien corre peligro.

—No han hecho llegar hasta tí una carta mia en que te aseguraba que nada malo podia sucederme?

—Sí, pero últimamente he recibido otra en la que se me dice lo contrario.

—¿De quién?

—De Jenaro.

—¡Hola! Jenaro anda en esto? y has podido confiarte de un traidor?

—¡Luis! exclamó Teresa tristemente; Jenaro tiene influjo cerca de Osorio; él es hoy mayor jeneral; puede y quiere protejerte. Mañana me acompañará a palacio, y confio en Dios que he de obtener tu perdon...

—Te lo prohibo, exclamó Luis interrumpiendo a su hermana; mi perdon, a Dios gracias, no lo necesito; deseo seguir la suerte de mis compañeros. No por mendigar una vida que estimo en poco, he de permitir que te espongas. Nó, mil veces nó; una jóven como tú no puede, no debe dar tal paso.

—¿Es posible, Luis, que pienses así, cuando la muerte está sobre tu cabeza?

—¿Y qué es la muerte para un soldado? No hace tres meses que he salido de Rancagua resuelto a morir por las bayonetas enemigas al lado del jeneral O'Higgins.

Luis fué interrumpido por el carcelero, quien previno a Teresa que debia retirarse.

La jóven echó sobre su hermano una mirada de angustia.

—¡Valor! la dijo éste, procurando dar a su semblante una espression tranquila. En lo que me has dicho veo claro que Jenaro intenta, por medio de la gratitud, empeñar tu corazón... Ya me com-

prendes. ¡En guardia, Teresa mia! No creas lo que ese hombre te dice. Ahora, dame un abrazo.

Los dos hermanos se abrazaron conmovidos; ambos ocultaban el temor que abrigaban de no volverse a ver mas.

VI.

Era el 5 de febrero: la revolucion que intentaban los presos debia tener lugar en la madrugada del 6.

Villalobos principi6 los aprestos esa noche, encerrando en calabozos distantes algunos reos de delitos comunes. En seguida llev6 licor en abundancia a los conjurados para infundirles valor; pas6 la primera parte de la noche en conferencia con éstos, y solo se separ6 de ellos para ir a dar las últimas disposiciones a fin de asegurar el golpe, segun decia.

Los conjurados, entre tanto, le esperaron de pié y con el corazon palpitante de ansiedad hasta las dos la mañana. A esta hora se abrió repentinamente la puerta del calabozo y apareció en el dintel la compañía de zapadores del batallon Talavera. San Bruno, que la comandaba, orden6 a los conjurados se postrasen en tierra. Ninguno obedeci6. Los jóvenes Concha y Morgano, que intentaron sacar sus puñales, cayeron víctimas de San Bruno. Esto pas6 con la rapidez del rayo. El calabozo fué invadido por todo el batallon, cuando aun los presos no habian vuelto de su estupor.

La carniceria entonces se hizo jeneral. Los infelices, furiosamente acometidos por los soldados, no oponian mas resistencia que sus manos para defender sus cabezas. Un joven, aun adolescente, dormia en un rincon, y fué cobardemente asesinado en medio de su sueño. Entre tanto, Luis, con la espalda apoyada contra la pared y un puñal en la mano, se dispuso a vender cara su vida. Un soldado iba a descargar su sable sobre su cabeza, pero Luis con un rápido movimiento hácia adelante evadi6 el golpe e hiri6 en el pecho a su asesino; un pabellon de sables se levant6 al instante sobre su cabeza, y habria caido acribillado de una veintena de golpes si San Bruno, tomándolo por el jefe de la conspiracion, y ébrio de sangre y de venganza, no se interpone, gritando:

—Nadie le toque; esta cabeza es mia. Luis, desarmado y rodeado de fieras humanas, cruz6 los brazos dispuesto a morir. San Bruno iba a dividir la cabeza de su víctima, cuando una mano vigorosa le detiene el brazo. San Bruno se volvi6 furioso: era Jenaro. Como

éste habia recibido poco há la órden de poner la tropa sobre las armas, tomó apresuradamente sus disposiciones y corrió a la cárcel. Llegó a tiempo para salvar a su antiguo amigo y a algunos otros infelices, no sin peligro de su vida, apesar de su autoridad militar.

VII.

Al dia siguiente se veian en la plaza de Santiago los cadáveres de las víctimas de esa infausta noche, y entre ellos los de Concha y Morgano. Sobre sus cabezas se leia esta inscripcion en grotesco pergamino: *por conspiradores contra la lei y perturbadores de la pública tranquilidad.*

La casa que habitaba Teresa estaba situada en un barrio apartado y silencioso de la poblacion.

Eran las once de la mañana; la jóven preparaba la ropa blanca que debia enviar a su hermano a la prision. A esa hora se presentó Jenaro en su casa.

—Señorita; la dije, hace mucho tiempo que no me sentia tan feliz como hoi. Anoche he salvado a su hermano, y esto me llena de gozo al considerar la triste nueva que hubiera usted podido recibir en este momento.

—¿Qué ha sucedido? exclamó Teresa poniéndose estremadamente pálida.

—Nada, no se asuste usted. Luis está tan bueno como yo. Esto, sin duda, lo debe a las plegarias que usted dirige por él a la Virgen. ¡Jenaro se sentó al lado de Teresa.

Diré a usted en dos palabras lo que ha pasado, continuó. Luis y sus compañeros intentaron una revolucion. Se fiaron de un sarjento de Talaveras. Han sido vendidos, y... ¡qué horror! asesinados en su mismo calabozo.

—¡Gran Dios! murmuró Teresa; ¡asesinados! ¡qué va a ser de Luis, si es que ha salvado?

—A eso vengo, Teresa; tome usted este pliego; es una peticion de perdon que usted presentará ahora mismo a Osorio; este es el momento preciso. El jeneral se encuentra pesaroso de haber autorizado un crimen que va a manchar las armas españolas.

En ese momento entró la tia de Teresa: la señora venia de misa. Al pasar por la plaza habia visto el horrible espectáculo.

—¡Jesus me valga! exclamó dejándose caer sin aliento sobre una silla; hija mia, si supieras lo que ha pasado, lo que en este mo-

mento acabo de ver; le han muerto sin misericordia. ¡Hijo, de mi corazon!

—Tia, Luis no ha muerto; tranquilícese usted.

—No he visto su cadáver en la plaza... ¿a dónde le han llevado, Dios Santo?...

—Señora, nada ha sucedido a Luis, y le aseguro a usted que muy pronto saldrá de la prision.

—¿Y puedo creer a usted? ¿a un goda, a uno de esos cobardes que mandan degollar a hombres indefensos?

Jenaro era bastante cuerdo para comprender el justo dolor que hacia estallar aquel corazon de 60 años, y creyó prudente retirarse.

VIII.

Teresa pudo calmar a su tia con dificultad, y hacer que la acompañase a palacio.

La jóven presentó a Ossorio la solicitud de perdon. Este, despues de haberla leído, fijó en Teresa una mirada investigadora, y en seguida puso al pié estas palabras:

“En el término de veinte y cuatro horas saldrá Luis O. de la capital.—OSSORIO.

A las nueve de la mañana del siguiente dia, los dos hermanos y su tia abandonaban la capital, alejándose lentamente por el camino que conduce a Melipilla.

Jenaro los acompañaba.

El militar español cabalgaba al lado de Teresa.

La jóven se manifestaba alegre y reconocida.

Jenaro, aprovechando un momento en que Luis y la tia quedaban atras, la dijo:

—¿Por qué no he perecido, señora, en la guerra, cuando tantas veces he buscado la muerte para encontrar el olvido! Pero nó; era preciso que pasara aun por este martirio: encontrarle a usted, verla mas interesante, mas llena de atractivos, para volverla a perder, y quizá para siempre; porque si juzgo por el dolor que me oprime, no creo que volvamos a vernos.

—Nos veremos allá a donde la patria es libre y comun para todos.

—Ese es un consuelo dictado por la fria amistad. Teresa, dígame usted, francamente, ¿he llegado a serle indiferente?

El semblante de Teresa se cubrió de rubor.

—El momento en que usted me lo pregunta es mui solemne para que yo disfrace mis sentimientos; Jenaro, usted...

Teresa no puedo continuar; la voz espiró en su garganta; estaba conmovida.

—Su corazon es siempre mio, Teresa, no tengo duda; usted me ama, ¿no es cierto?

—Si.

—Y entonces ¿qué se opondrá a nuestra dicha?

Teresa miró al jóven y le dijo:

—Dígame, Jenaro, ¿cree usted que podria yo desposarme con un hombre que clavase un puñal en el corazon de mi madre?

—Ciertamente que nó; mas yo...

—Usted, Jenaro, contribuye a derramar la sangre de mis hermanos, ella cae sobre este suelo, y este suelo es mi patria. Yo daria mi vida, si de algo sirviese, para que ella fuese libre y feliz; ya que esto no puede ser, sacrifico algo más que la vida: sacrifico mi amor.

—Teresa, en nombre del cielo! no haga usted un sacrificio estéril, mande usted, impóngame su voluntad; ¿qué debo hacer para alcanzar la dicha? Todo lo sacrificaré por usted.

Teresa, subyugada por la pasion del jóven y por su propio sentimiento, comprendió que el momento aquel iba a decidir de su destino; su corazon se partía de amor y de pesar; un momento más y habria dicho a Jenaro: "seré tuya, porque te amo más que a mi patria;" pero haciendo un esfuerzo sobre sí misma, dijo:

—Jenaro; si se desvia de su deber, abandonando quizá por mí la causa que defiende, se precipita a un abismo. Y si yo, por mi parte, sigo su destino, me atraeria el desprecio de mi hermano y el de todos los corazones nobles que lidian por la patria ¡Cruel alternativa: patria o amor! Hé aquí lo que el destino me ordena que elija...

Y Teresa se cubrió el rostro con el pañuelo, dejando las riendas a merced de su caballo; el dócil animal se paró. Jenaro contuvo el suyo y le dijo:

—Amor mio, adorada Teresa, ¿a qué comprimir los impulsos de tu corazon? ¿Qué nos importa el mundo todo si nos amamos así? Teresa mia, una palabra y somos los seres mas felices de la tierra.

Teresa por toda respuesta tendió su mano a Jenaro. La sangre del jóven afluyó a su rostro al estrecharla, y la llevó trasportado

de gozo a sus labios. Teresa retiró su mano y dijo con voz sollozante:

—Cuando mi patria sea libre, venga usted, Jenaro, a buscarme, si es que su corazón para entonces no ha cambiado; y si esto no es posible, ¡a Dios! cúmplase mi destino...

Y rápida como el pensamiento, ajitó la huasca sobre su caballo y partió veloz.

El primer impulso del joven fué seguirla, mas en ese instante llegó hasta él Luis con la anciana señora.

—¿Que ha sucedido? exclamó Luis.

—Qué ha de ser! que mi espada, maldecida sin duda de Dios, se vuelve contra mi corazón. Luis, amigo mío, esto no tiene remedio. Adios; voi al menos a morir con honor.

Y echando una última mirada hácia la nube de polvo que levantaba a lo lejos el caballo de Teresa, volvió riendas hácia Santiago.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

EL ARTISTA Y EL RELOJ.

—Qué monumento tan grandioso! exclamaba un hombre al contemplar la Catedral de Estrasburgo, iluminada por la luna, en una noche de enero de 1347. Esta mole de piedra levantará su erguida frente mil y mil años, y cuando se haya perdido la jeneracion presente y otras cien jeneraciones más, ni una sola piedra se habrá desprendido de sus ángulos.

Y el hombre devoraba con ojos de fuego aquella hermosa basílica, y se agitaba en su asiento de piedra como si fuera un fanático.

—Cien años, lo más, puede vivir un mortal sobre la tierra; cien años!... Nada, nada! Pero un mortal, prosiguió, dejando su asiento despues de un rato de muda contemplacion, puede vivir tanto como ella.

Lo intentaremos. Y se perdió en la oscuridad.

A la mañana siguiente era conducido por la fuerza armada ante el stlenseister de la ciudad un infeliz extranjero que vestia el traje de los creyentes, y cuya barba, blanca más por el estudio que por los años, comunicaba a su fisonomia un aspecto venerable.

—¿Qué hacías en la calle a hora tan avanzada de la noche? le pre-

guntó secamente el majistrado. ¿Ignoras que, despues de la queda, tan solo los rateros o los espíritus malignos circulan por la calle?

—Soi extranjero, señor; ignoraba vuestras costumbres. He llegado a la ciudad a la puesta del sol, y como viese a lo lejos las cúpulas de vuestra catedral, héme dirigido a ella y estúvela contemplando. Si es un delito estasiarse ante los prodijios del arte, ante las obras inmortales del jenio, culpable soi en demasía, y solo puedo demandaros compasion para mi entusiasmo.

—¿A qué has venido a Estrasburgo? prosiguió el stlenseister, clavando en él una mirada penetrante.

—A emprender una obra grande, a unir mi nombre, si es posible, al nombre de vuestra iglesia, y a vivir tanto como ella. Quiero medir, señor, la marcha del sol, de la luna y de las estrellas; quiero que el hombre pueda contar uno por uno los pasos que camina hácia el sepulcro; quiero que un eco penetrante le diga en medio de sus orjias los instantes que lleva sacrificados al placer y a la crápula, y quiero, en fin... construir un reloj para vuestra torre.

—¿Un reloj!!!

—Sí, un reloj. ¿Sabeis lo que es un reloj?

—¿Un reloj!... ¡un reloj!... murmuró entre dientes el majistrado, revolviendo el tabaco de su enorme pipa para disimular el asombro de que se hallaba poseido.

Esta máquina, tan comun en el dia, era solo conocida de los árabes por la época en que tuvieron lugar los sucesos que describimos; y aunque se contaban de ella casos prodijiosos para aquellos tiempos de fanatismo e ignorancia, atribuian los europeos estos prodijios a relaciones tenebrosas de los infieles con los espíritus malignos. No hai que estrañar, por lo mismo, la sorpresa del majistrado aleman al escuchar del extranjero proposiciones semejantes; asi es que, despues de un instante de silencio en que estuvo contemplando detenidamente a su interlocutor, exclamó, paseándose por el tribunal:

—¿Delirio! delirio! locura!...

—No hai locura, le interrumpió el árabe, conteniendo apenas su enojo; la ciencia es infalible.

—¿Infalible!

—Infalible.

—¿Y no habrá algo de sobrenatural?

—Nada.

—Y cumplirás tu palabra? ¿Harás por tí solo cuanto dicés?

—Sin duda.

—Tu nombre...

—En Oriente llamábanme Ben-Al-Benzar, pero aquí soi Jhean Boörnave.

—Pues bien, maese Jhean, le dijo un poco mas tranquilo; emprende tu obra: tus ojos me aseguran que no me engañarás; bajo ese aspecto venerable no puede albergarse la perfidia. ¿Necesitas oro? se te dará.

—Oro! oro! exclamó tristemente Boörnave.

—¿Y entonces?...

—Lo que yo necesito es gloria, ¿lo entendeis? nada más que gloria. Y clavó en el suelo sus ojos centellantes.

—¿Y esa gloria?...

—Está en vuestra mano. Que mi nombre se grabe en letras de bronce en la fachada principal de la basílica, y quedaré mas compensado que si agotaseis, para pagar mi obra, todos los tesoros del mundo.

—Tu nombre se grabará.

—Cumplireis lo que decis? ¿lo cumplireis? exclamó Ben-Al-Benzar, no pudiendo reprimir su alegría.

—Tu nombre se grabará, repitió el majistrado, alargándole la mano; se grabará.

Cinco años habian pasado.

En una hermosa mañana del mes de julio, el pueblo entero de Estrasburgo se agolpaba en la estrecha plazuela que circunda la catedral. Los edificios vecinos estaban ocupados desde el amanecer; los tejados de las casas estaban incrustados de jente, y apenas podia darse un paso por las calles vecinas sin temor de ser estrujado por la multitud. Era el dia señalado para la inauguracion de la grande obra. El reloj fué colocado en la torre.

Boörnave, a presencia del stlenseister y demas autoridades, puso en movimiento su complicado mecanismo, a cuyo tiempo una de las campanas de la iglesia dió por sí sola doce golpes acompasados.

Un grito espontáneo de admiracion y entusiasmo resonó en todos los ángulos de la plaza: un grito jeneral, que fué interrumpido por la música melodiosa que salia de aquel misterioso reloj.

¡Pero cuál fué la admiracion del pueblo al ver aparecer sobre la esfera una imájen de la Vírjen, su patrona, moverse sin humano auxilio, colmar de besos al niño que tenia en los brazos, llegar despues los reyes magos y postrarse ante sus plantas ofreciéndola sus

dones, con otros misterios sagrados que se representaron uno tras otro en aquel mágico teatro! Entonces el entusiasmo de aquellas jentes llegó a su colmo, y solo se escuchaba por todas partes: ¡Maese Jhean! ¡milagro! ¡milagro! Y entonces maese Jhean se presentó en la galeria a recibir las justas aclamaciones que el pueblo le prodigaba. La ambicion del artista estaba satisfecha.

Pero una ovacion tan completa e inusitada no podia ménos de lastimar cruelmente el amor propio de los que entonces llevaban el nombre de sábios, y escitar su envidia hácia el feliz mortal que causaba tan señalado entusiasmo.

Un astrólogo de Maguna que odiaba a Ben-Al-Benzar porque se negó a señalarle su obra cuando la estaba construyendo, y que no comprendia por otra parte, en medio de su orgullosa presuncion, hubiese un hombre en el mundo capaz de hacer un prodijio semejante, se valió de la ignorancia y fanatismo de la época para perder a su adversario.

—Ese hombre a quien aclamais sin medida, decia en medio de las calles y las plazas, es un mágico infame, y la obra que causa con razon vuestro asombro, el precio de su alma vendida al ángel de las tinieblas por un pedazo de gloria.

Y estas palabras, dichas por un compatriota que pasaba por iniciado en los secretos de las ciencias, y escuchadas despues que el asombro dejó lugar a la reflexion y pudieron comentarse a sangre fria tan incomprensibles prodijios, surtieron el efecto que su autor deseaba.

Pasaron de boca en boca con la celeridad del rayo, corregidas y considerablemente aumentadas, hasta el punto de ser al siguiente dia la conversacion obligada de los habitantes de Estrasburgo, entre los cuales no faltaba quien afirmase y jurase por la salvacion de su alma que miéntras Jhean Böernave estaba en la galeria recibiendo las aclamaciones del pueblo, habia venido por los aires un monstruo espantoso de alas negras y cola diforme, que puesto sobre sus hombros le acariciaba con infernal sonrisa; y este pájaro de mal agüero no podia ser otro que el mismo Satanás en persona, o alguno de sus ayudantes de campo.

En el siglo XIV no era preciso tanto para conmover las masas. A los pocos dias, despues de un triunfo tan completo, fué acusado el infeliz artista de mantener relaciones secretas y pactos infernales con los espíritus malignos, y cada ciudadano deponia como testigo presencial alguna escena diabólica que sus ojos habian visto,

y de la cual referia circunstancias tan detalladas y minuciosas, que daban a su falso relato las mayores apariencias de verdad y certeza; y las autoridades, tan ignorantes y fanáticas como el resto de aquella sociedad, acojian con la mayor benevolencia estos absurdos y les daban el carácter de pruebas irrecusables.

Ben-Al-Benzer, en recompensa de cinco años de vijilias y trabajos, y por premio de la obra en que fundaba su futuro renombre, y que únicamente un deseo de gloria le habia obligado a emprender, fué sentenciado a perder la vista, y los hierros candentes del verdugo dejaron vacias las concavidades de sus ojos en medio de la general algazara.

Pero esto no fué bastante a calmar el furor relijioso de aquellas piadosas jentes. El cuerpo del sábio musulman habia sido, es verdad, martirizado, pero su alma nada habia sufrido aun, y era preciso desgarrarla y arrebatarla sus ilusiones de gloria, y destruir la única esperanza que pudiera mitigar sus sufrimientos; la obra del jénio debia seguir la suerte de su sábio constructor, y los mismos que habian llevado sobre sus hombros a maese Jhean, cual si fuera una divinidad, se dirijieron a la catedral en furioso desconcierto, arrancaron la lámina de mármol que contenia su nombre, e hicieron pedazos el reloj ante cuyo mecanismo se habian estasiado tres dias ántes.

La envidia, la vil y miserable envidia, el fanatismo, la ignorancia y la barbarie, se opusieron largo tiempo al adelanto de las ciencias y las artes, tan protegidas y fomentadas en los siglos anteriores. Afortunadamente para nosotros, pasaron para no tornar jamas aquellas épocas de funesto recuerdo, y el sábio puede lanzarse con fé y entusiasmo en el camino de la gloria sin temor de ser quemado vivo, cual si fuese un haz de leña, en medio de las plazas públicas.

LA REDACCION.

MIGUEL DE CERVANTES.

Acaba de estrenarse en Paris, el 4 del mes último, un drama en cinco actos, y en verso, titulado *Miguel Cervantes*, debido a un eminente literato y crítico frances del Odeon.

Véase como el pontífice de la crítica, el autor del *Año muerto*, el gran Julio Janin describe la importancia de la vida de Cervantes, al hacerse cargo del drama de M. Muret

«Pocos hombres ilustres entre los grandes escritores han merecido tanta curiosidad, tanta simpatía, tanto respeto como el autor de ese *don Quijote* inmortal, obra maestra del entendimiento humano. Ocho grandes ciudades, una mas que para Homero, se han disputado el honor de haber sido cuna de Miguel Cervantes. Marino, habia servido bajo las órdenes de Juan Dorias; soldado, tuvo por jeneral a don Juan de Austria, y hallóse en Lepanto asistiendo a una de las mas grandes victorias que ha ganado la España... No se comprende como don Juan de Austria no hizo de Cervantes el soldado el capitán Cervantes. El era hidalgo, se batía bizarramente, y habia recibido en esta heroica batalla tres heridas, que mas tarde mostraba con orgullo. ¿Qué mas? Don Juan sabia su nombre, le habia visitado en el hospital, y hasta le habia dado para su real hermano Felipe II cartas llenas de alabanzas. La tempestad y su mala estrella arrojaron a las costas de Arjel al guerrero mutilado, y como tenia el rostro altanero y la palabra elocuente, se le tomó por un jeneral en traje de soldado. Vedle cautivo, vedle encadenado y reducido a los trabajos de la esclavitud; vedle tasado en tan alto precio, que su viejo padre, despues de vender todo el patrimonio doméstico, no puede atender a tan costoso rescate.

«Felizmente el esclavo era un hombre libre, independiente, valeroso: tres veces se subleva y tres veces es vencido, encadenado...

«Un dia fué condenado a dos mil azotes, como él hizo mas tarde con su amigo Sancho; pero su nuevo amo Hassan Pachá, hombre cruel y sanguinario, no osa castigar a este jeneroso esclavo que parecia desafiarle. ¡Estraño presentimiento en este bárbaro! Pudiera decirse que presentia algo de divino en aquel hombre encadenado. Asi, dice la crónica, «por no haber doblado la rodilla, por haber despreciado el tormento, tuvo renombre, honor y corona entre los cristianos.»

De estos sufrimientos, de su cautiverio, de su libertad, hizo mas tarde tantas luminosas pájinas retrocediendo gustoso sobre esas gloriosas miserias y contando sencilla y gloriosamente el modo como lo habia soportado. Nada mas verdadero que este hombre; nada tan sencillo como su discurso. Tiene elocuencia y pasión, grandeza y encanto; Cervantes vuelve de su presidio con la cabeza alta, llorando de alegría. «¡No hai fiesta aquí abajo mas grande que la libertad!» dice al ver de nuevo a su España. Y eso que entraba

pobre y desnudo en esta ingrata patria, donde no encontraría a su padre ni el pequeño campo que le proporcionaba el sustento. Todo lo había perdido: pero de ese gran naufragio había salvado la esperanza, había salvado el amor, había salvado su jenio... ¡lo había salvado todo! Entonces el soldado mutilado se hace poeta, el esclavo escribe comedias y compone treinta para principiar! En este tiempo era ya la comedia la improvisacion de un día: el que las hacia no ponía en ellas gran cuidado, y el público no se tomaba mucho por su parte. La comedia era una especie de injenioso diálogo, donde ese hablaba por casualidad de las dichas divinas de la juventud y el amor. "¡Mis comedias tienen su tiempo y su estación!" decía Cervantes encojiéndose de hombros.

El gran Lope de Vega, sin cuidarse mucho del autor dramático llamado Cervantes, se apodera de la monarquía cómica y llena el mundo entero con sus comedias. Así M. Scribe ha reemplazado a Colin d' Harleville, a Picard, a Alexandro Duval y a tantos otros... Así Victor Hugo hace volver a la nada a M. Arnault, a M. de Jouy y sus discípulos. El teatro tiene sus revoluciones tan repentinas como los pueblos: ¡el soberano de hoy puede ser el vencido del día siguiente! ¡Ved a Cervantes! la víspera era todavía la alegría y la fiesta del teatro... hoy para vivir, tiene que entrar en las oficinas del Estado, de las corporaciones y hasta de los ayuntamientos. ¡Cervantes recaudador de contribuciones! ¡Tenedor de libros! ¡Cervantes; "¡Ese es el destino!"..... ¡Llama a la musa en su ayuda y vuelve a ser poeta; y contento de vivir, y sonriendo a su jenio, escribe un soneto, una balada, un cuento, una novela! Y esta novela, entre sombría y jocosa, corre por la España cuyas costumbres describe. Siempre es una mezcla encantadora de pasiones, de serenatas, de gracia y de tristeza elocuente, risueña en la superficie, animada y profunda en el diálogo. Entre otras novelas, Cervantes ha contado las aventuras de una admirable *Jitanilla*; y de esta jitanilla, a muchas leguas de distancia, un jenio medio español nos ha hecho la *Esmeralda*, la heroína de *Nuestra Señora de Paris*.

De la vida y de las desgracias de Miguel de Cervantes Saavedra, de su esclavitud y de sus amores, M. Teodoro Muret ha hecho un interesante drama, drama que ha encontrado entero en los recuerdos de la posteridad. ¡Muéstranos al soldado de Lepanto, al padre de don Quijote y de Sancho Panza, de esos dos héroes del gran poema en prosa de la naturaleza humana, tal cual debió ser, pobre y altivo, agoviado bajo la injusticia de los hombres y el desprecio de los cortesanos, afrontando a un mismo tiempo la mala

fortuna y la ingratitud de los reyes, jirando con mas gusto en torno de su prision que al rededor del tesoro real! y de su espada, y de su jenio, y de sus grandes servicios, de su sonrisa y sus lágrimas, ¡nadie se da cuenta en aquella España, a la que él reservaba una gloria imperecedera!... Y asi vive, sin amigos, con rivales, sin recursos, sin una mirada de aquel Felipe II, que tenia en tanto a los grandes jenios, que habia restablecido por su propia cuenta un decreto de Augusto que prohibia a los malos poetas firmar sus versos.... ¡Decreto glorioso que ellos debieran haber hecho estensivo a la prosa! Hoi todavia ese decreto literario y prudente hace honor a la memoria, a la justicia, al buen sentido de Augusto y de Felipe II.

LA REDACCION.

LA NIÑA DE LAS TRENZAS DE ORO.

(LEYENDA.)

(CONTINUACION.)

III.

EL ÚLTIMO ADIOS.

A la caída de una tarde del mes de otoño, un jóven, semi-recostado en un rústico banco de madera, teniendo en una de sus manos el arco de un violin y jugando distraidamente con la otra con su rubia cabellera, que en desordenados rizos le caian sobre su cuello, no apartaba sus ojos del camino que se estendia hasta allá mui lejos entre una doble hilera de corpulentos álamos.

No distante de este jóven, una linda aldeana finjia ocuparse con mucha contraccion en labores de costura, y decimos finjia, porque cada dos o tres puntadas—que haciéndose justicia a sí misma se veia mas tarde en la precision de deshacer—daba furtivamente al jóven del banco largas y melancólicas miradas.

Nada hasta entonces interrumpia la monótona quietud de ese cuadro.

Solo de tiempo en tiempo solian desprenderse algunas hojas del emparrado, bajo cuyo techo se cobijaban, o algun ánade con su andar torpe, se dirijia a un pequeño estanque para buscar su alimento removiendo el barro de las orillas.

La jóven, Eva era su nombre, fué la primera que dió señales de

impaciencia; abandonó su costura y, sonriéndose y con paso sijiloso, se acercó al jóven hasta ponerse inmediatamente a su espalda.

Una vez allí pareció vacilar, pero luego, con un ademan resuelto, le posó en el hombro su blanca mano, pronunciando con dulzura el nombre de Eduardo.

El del violin se estremeció a esa voz y a ese contacto.

—Eduardo, volvió a decir Eva, queria oírte tocar por última vez alguna balada.

Eduardo enderezó su cabeza y dijo con cierta emocion que daba a conocer el estado de su alma:

—¿Por qué has dicho *por última vez?*

—Como dentro de poco vamos a separarnos...

—Pero nó para siempre. Y al pronunciar estas palabras volvió a recostarse indolentemente sobre el banco.

Reinaron algunos momentos de silencio.

—¿Y bien? dijo Eva, para reanudar la conversacion.

Eduardo, sin responder, se apoderó de la mano que aun reposaba en su hombro, y la llevó a sus labios, imprimiendo en ella un prolongado beso. Eva, al retirarla, rozó el rostro del melancólico soñador, y como lo sintiera empapado por las lágrimas:

—Seamos razonable, dijo; un año no es felizmente una eternidad.

—¿Un año! murmuró Eduardo; un año léjos de tí es más de lo que puedo soportar; en un año puedo morir mil veces. Ah! Eva, si has dicho que un año no es una eternidad, es ciertamente porque no me amas.

Eva se dió por sentida, y por toda contestacion dió vuelta la espalda y se puso a deshilar una punta de su delantal, inclinando la cabeza.

Aunque mudo, fué este movimiento tan significativo, que Eduardo se incorporó diciéndole, con acento suplicante:

—He dicho que no me amabas? Ah! he mentido. ¿Podria vivir por ventura, sin tu amor?

Eva dilató su entrecejo, y en señal de reconciliacion le tendió la mano, diciendo:

—Las mujeres como yo no olvidan ni aun en el sepulcro.

Eduardo se puso a afinar el violin, y de pronto, fijos como estaban sus ojos en el sendero real, se estremeció.

—¿Qué sucede? preguntó Eva.

Eduardo estendió su mano señalando a un jenete que se acercaba conduciendo a un caballo de la brida.

—¿Mi padre! exclamó Eva.

—Es llegada la hora, dijo Eduardo con voz sorda.

Y reinaron algunos momentos de silencio. Pero de pronto cojió Eduardo su instrumento, y lo que no es raro en las naturalezas nerviosas y predestinadas, que tienen en sí el jérmén del talento, arrancó de su violin notas tan nuevas y tan tristes que las lágrimas corrieron a raudales de las mejillas de Eva.

Las últimas vibraciones se perdieron en el espacio cuando el jinete apareció en el umbral.

Antes de seguir adelante daremos una idea de los personajes que acabamos de poner en escena.

El año de 1780 se acercó en Cauquenes, al pié del cerrito de que hemos hablado, una familia compuesta de un hombre, una mujer y una pequeña niña.

Nadie, ni entonces ni despues, supo su oríjen, aunque se suponian europeos por la blancura de su cutis y lo rubio de sus cabellos.

Escasos de recursos y en tierra estraña, en los primeros meses de su instalacion habrian carecido hasta de lo mas indispensable sin los oportunos recursos que oportunamente le suministró su vecino, el padre de Eduardo.

Las relaciones de amistad se estrecharon con este motivo desde los primeros instantes, y muchas veladas pasaron juntos en el hogar en instructivas y amenas conversaciones, pues el ingles—con este nombre era mas jeneralmente conocido el recién venido—habia viajado mucho y manifestaba poseer mui buenos conocimientos, sobre todo en agricultura.

Eduardo, el hijo del vecino, iba todas las mañanas a la choza del ingles en busca de la pequeña Eva para conducirla a su casa y hacerla beber un vaso de espumosa leche.

Los padres de los niños aplaudieron mui de veras esta determinacion, que llegó a convertirse en una verdadera costumbre.

Sucedia alguna vez que Eduardo se atrasaba en su visita y entonces Eva, desde la cumbre del cerro, esperaba su llegada, le batia su pañuelo al divisarlo y enseguida, ájil como una cierva, corria a su encuentro, reprendiéndole alegremente su tardanza.

Mas de una ocasion, en las frias mañanas del invierno, los campesinos que se encaminaban a sus faenas, vieron a Eduardo con la manta inmediatamente sobre la camisa, y a Eva abrigada con su blusa.

Asi estos niños crecieron como dos árboles que confunden sus rai-

ces, y tambien como a dos árboles se les habria amenazado de muerte al separarlos.

Eduardo, nos apresuramos a decirlo, habia mostrado aventajadas disposiciones para la música. Al principio tocaba en flautas que se fabricaba él mismo, pero mas tarde en un viejo violin, obsequio del ingles, quien le dió tambien las primeras lecciones.

Desde entonces el bueno de Eduardo hacia jemir su violin, y largas horas le escuchaba Eva creyendo en su inocencia que esas desapacibles notas eran armonias que no tenian iguales en el mundo.

Asi llegó un dia en que al encontrarse solos, las mejillas de Eva se coloraron de carmin y la frente de Eduardo se inclinaba pensativa.

Cierto dia llamó el ingles a Eduardo y le dijo con un laconismo que le era característico:

—Hoi es miércoles, pues bien, al fin de la semana irás al pueblo de B...

—¿Al pueblo de B...? repitió Eduardo como quien oye un lenguaje desconocido, ¿y con qué objeto?

—Con el de recibir las lecciones de música que te dará un amigo mio a quien oportunamente le escribiré con este objeto.

—Pero si yo de música sé lo bastante.

—¿Oigan?

—Si, señor, como todo lo que toco es del agrado de Eva.

Eduardo pronunció estas palabras como quien dice:

—Estoi satisfecho de mí porque tengo el sufragio universal.

El ingles era, sin duda, de otro parecer porque insistió en su determinacion.

—¿Y cuanto tiempo he de estar en B...? dijo Eduardo.

—Un año.

—¿Voi, pues, a vivir en ese pueblo?

—Por ese tiempo si.

—Presumo que irá...

—¿Quién?

—Eva, murmuró Eduardo.

—Eva permanecerá aquí a mi lado.

—Pues entonces yo tambien me quedo.

—Te advierto que tu padre lo ha dispuesto de otra manera.

—Le diré que no tengo ambicion de estender mis conocimientos musicales.

—Como quieras, solo a ese precio no obtendrás la mano de Eva

Palidiecieron las mejillas de Eduardo, despues se tornaron rojas y de su pecho se exhaló un grito de alegría.

—¿Eva, pues, será mia? dijo con voz trémula.

—Si, con esa condicion.

—¿Pero será mia?

—Dime que consientes.

Eduardo sin poder contestar se precipitó sollozando en los brazos del ingles.

Los dias que se siguieron a esta escena fueron felices, pero el tiempo que marcha siempre con pasos inexorables aproximó la partida que debia verificarse a la hora en que lo vimos bajo el emparrado.

¿Y bien? preguntó el ingles que habiendo oido se habia impresionado con los ecos de tan estraña música ¿cómo se llama esa pieza y quién te la ha enseñado?

—Esta pieza llevará por título "El último adios" y hace poco me la inspiró el sufrimiento.

El ingles miró a Eduardo con cierta espresion de sorpresa y luego le hizo señas para que lo siguiera.

La hora habia llegado.

Los dos jóvenes se dieron un estrecho abrazo—era el último—y Eduardo ayudado por el ingles subió a caballo.

Apenas habian salvado el umbral cuando se oscureció el cielo de tal suerte que engañada una lechuza abandonó su nido rozando al pasar con sus alas los cabellos de Eva.

Exhaló esta un grito y cayó desvanecida en los brazos de su madre que desde un rosal vecino habia sido testigo mudo de esa dolorosa escena.

Despues de la escena que acabamos de referir, se vió a Eva dia a dia subir al cerro que limitaba su choza, quien sabe si para esperar el regreso de Eduardo o paro ver simplemente el camino en que lo habia visto desaparecer.

Asi trascurrió el tiempo y era ya mui entrada la estacion del invierno, cuando se vió a un joven venir por el camino de B... con un violin a la espalda.

El tiempo era alarmante.

Espesas nuves iban cubriendo el cielo como arrastradas de otro

mundo a impulsos del huracan, y algunas gotas de agua solian desprenderse como precursores de la lluvia.

El viajero no se fijaba en estos signos, y a fé que no procedia con acierto, pues una lluvia convierte un arroyo en un estero, un estero en torrente, un torrente en caudadoso rio y un rio en un mar con los peligros de las andas y de las corrientes, siendo entonces un obstáculo que no es posible arrastrar sino poniendo en peligro la existencia.

Nuestro caminante, en su impaciencia por llegar pronto al término de su viaje, parecia preocuparse únicamente en mantener la igualdad de su marcha, y cuando el cansancio oprimia su pecho miraba el horizonte y entonces suspiraba y sonreia. ¿Divisaba acaso algun objeto que lo llenara de regocijo o era solo una ilusion, un miraje de su deseo?

¡Quien sabe! pero sea como quiera, ello de que el viajero se ponía de buen humor y acariciaba su violin sacando de sus cuerdas notas armoniosas.

Entre tanto una nube que parecia apoyarse en la cumbre del cerro vecino vomitó un mar de lluvia, y un trueno formidable conmovió la planicie hasta sus últimas estremidades.

¡Poder de Dios! exclamó el viajero alarmado con la idea de una próxima tormenta, esto seria un atraso en mi camino! Y como la lluvia siguiera cayendo a torrentes entró en la primer posada que le deparó la fortuna y se hizo servir un frugal almuerzo.

—Y bien amigo mio, dijo dirijiéndose al hombre que le servia, ¿creeis que llegue a formalizarse esta impertinente lluvia?

El interpelado, que era nada menos que el patron, dijo despues de algunos momentos de meditacion y creyendo asi consultar mejor sus intereses:

—Es una nubada, una sola; apresuraos, pues, a pedir lo que hayais de comer.

—¡Solo una nubada! tomad, dijo el viajero, alargando a su interlocutor una moneda.

—¿Por el consumo? observo éste.

—Nó, por la noticia.

—Ah! por la noticia; pues bien, me rectifico en mi pronóstico.

Y el posadero siguió discurriendo sobre el mismo asunto, pero la liberalidad del viajero no se llevó mas allá: verdad que la lluvia, arreciando cada vez más, desmentia paladinamente su asercion.

Pasadas las primeras horas, el viajero comenzó a dar señales de febril impaciencia. Se paseaba en los corredores como una fiera que

busca salida al través de los barrotes de su jaula: interrogaba el horizonte, recorría a su violin y en el primer momento que se debilitó la lluvia se aventuró nuevamente en el camino.

Ya eran sensibles las sombras de la noche cuando llegó a un estero situado a pocas cuadras al poniente del Cachapoal, estero de cauce bien reducido en el verano, pero entonces terrible por el caudal de sus aguas.

Eduardo, por cierto, que el nombre del caminante no habrá sido un misterio para el lector: Eduardo, decimos, se detuvo ante ese obstáculo con el corazón oprimido, se sentó después en una piedra, apoyó el codo en el muslo, la cabeza en la palma de la mano y quedó profundamente pensativo.

No menos de una hora estaría en ese sitio cuando acertó a pasar un jinete que lo trasladó a la opuesta orilla.

Eduardo entonces apuró el paso; pero, apesar de sus esfuerzos, llegó al Cachapoal cuando había completamente anochecido.

Sin embargo, su pecho se dilató como el de un desterrado que aspira después de muchos años las brisas de la patria.

—¡Eva! murmuró con acento conmovido. ¡Eva! y sus ojos procuraban penetrar las negras nubes que ocultaban la opuesta orilla.

Como si este nombre hubiera sido una evocación maléfica, volvió a hacerse oír el trueno; la lluvia cayó con ímpetu formidable y el rayo, con su luz rojiza, iluminó ese sombrío cuadro.

—¡Eva! repitió Eduardo, por si lograba hacerse oír, para demandar socorro, ¡Eva!

¡Vana esperanza y vanos esfuerzos! El río, con su rumor constante y poderoso impidió que fuera oído, encontrándose, al fin, rodeado de tinieblas y azotado por la lluvia.

Quiso refugiarse en el hueco de una piedra y esperar la primera luz de la mañana, cuando oyó un rujido, talvez un león en busca de su hembra o una leona en busca de sus cachorros.

Ah! el destino cuando se apodera de una víctima es implacable! Eduardo quiso huir, y, precisamente de ese lado, divisó como dos luces que brillaban en las tinieblas: eran los ojos del animal febrío que azotaba con la cola sus hijares, pronto a dar el salto de muerte.

Eduardo, entonces, pronunciando otra vez el nombre querido de Eva, y no encontrando otro recurso, se precipitó en las sombrías aguas, que se abrieron y se cerraron en seguida como las fauces de un monstruo que ha tragado su presa.

V. MURILLO.

(Continuará).

ENFERMEDAD.*el partir a la convallera.*

(A MI AMIGO ELIAS COUSIÑO).

Oh pluma, permitidle un desahogo
 A un alma que es todo fantasía
 I en bellas creaciones se estasia
 Desplegando su vuelo a otro confin;
 Dejadla se despida del amigo
 I un adios le dedique al compañero,
 Un adios que talvez sea el postrero
 Del enfermo que tiende ya a su fin.

Ayer no mas rodeado de placeres,
 Ayer no mas, alegre me sentia;
 Tapizada la senda, fácil via
 Encontraban mis pasos por doquier;
 Al dia que espiraba otro siguiendo
 Veníase a lucir esplendoroso....
 I seguia, seguia venturoso
 Sin pensar en mañana ni en ayer.

Veintiun año tan solo! Edad dichosa
 En que forja la mente mil proyectos,
 Que apenas concebidos, imperfectos
 Por otros se evaporan. Bella edad!
 El alma jenerosa tiende el vuelo
 Sin conocer bajeza ni egoismo,
 Compadece y admira y uno mismo
 Jóven aun protege la horfandad.

Gozando de un presente de ventura
 Que el alma juvenil loca embellece,
 Se forma un porvenir donde se mece
 A los suaves arrullos del placer;
 Todo cree encontrar allá a lo léjos,
 Poéticas ficciones, sus ensueños,
 I llevado en las alas de esos sueños
 Le parece su dicha ya entrever.

Encerrado hai en lo íntimo del pecho
 Un afan misterioso y un desvelo,
 Un deseo tenaz, no sé qué anhelo
 Que no puedo explicarme ni explicar;
 Y una voz que me dice eternamente:
 Hazte luz en el caos insondable!..."
 Y allá marchaba yo, cuando implacable
 La materia me viene a encadenar!...

 Mi espíritu buscando su elemento
 Quiere surcar los cielos dilatados,
 Como imájen del Ser que lo ha creado,
 Como chispa emanada del gran Dios;
 Ese mundo que en sueños se presenta
 Incitando mi mente soñadora,
 Ansiábalo encontrar, y hora por hora
 Dirijia mis pasos siempre en pos.

.....

 Mas todo acabó ya!... Bellos recuerdos
 Convertios en nubes pasajeras,
 Y dulces ilusiones placenteras
 Morid, morid en paz. No hai porvenir!
 Espíritu de fuego, mente inquieta,
 Inajinacion sensible, apasionada
 Quedad, quedad en paz, veine la nada...
 Corazon, corazon no mas latir!...

 Castillos formados uno a uno
 En instantes de dicha y de contento,
 No lucheis con las ráfagas del viento;
 Sin base y sin apoyo al fin caed!
 Vosotros pobres versos que que en un dia
 Cambiasteis mis horas de tristura
 En horas de placer y de ventura
 El velo del Olvido descorred!

 Sí, todo acabó ya!... el alma mia
 En su rinda prision se ajita envano,
 Encadenada esta con férrea mano
 Es la bruta materia, cuerpo vil;

Suavemente se queda adormecida...
 Suavemente la lámpara se apaga...
 Apenas de su imájen queda vaga
 Vaga sombra efímera y sutil.

.....
 Adios, ensueños queridos,
 Adios, gratas ilusiones,
 Adios, mis dulces ficciones,
 Adios, mis sueños de amor;
 Amistad, dulce palabra,
 Me llevo puro tu nombre;
 Que no se pervierte el hombre
 De la vida en el albor.

Y tú, celestial, divino
 Amor del cielo bajado,
 Augusto fuego sagrado
 Que alientas el corazon,
 Para engrandecer al hombre
 Para endulzar sus desvelos,
 Para acercarlo a los cielos
 Para ayudar su mision;

Amor, amor, a tu nombre
 Tambien soñé un paraiso,
 Y tambien la suerte quiso
 Que encontrase... Adios! Adios!...
 No turbemos el pasado
 Ni sus recuerdos que encierra,
 Que ya me llama la tierra;
 A qué recordar... ai Dios!...

Y yo, necio, que pensaba,
 Llegado a la edad madura,
 Procurarme la ventura
 En el campo seductor;
 Retirado allí tranquilo
 Pasaria la existencia,
 Sin tener en la conciencia
 Ni pesares ni dolor.

Allá, léjos del bullicio,
 Cuán feliz no viviria...
 Que contento, poesía
 Era todo en derredor;
 Qué existencia no llevara
 De los goces halagado,
 Y en los brazos entregado,
 En los brazos del amor!

Nada, nada! saboreemos
 Del acíbar triste el dejo...
 Pobre niño! que ya es viejo
 Sin llegar a juventud!
 Y a su estrella tan brillante
 Que lucióle sonriendo,
 La saluda disponiendo,
 Disponiendo su ataud!

.....

A esta alma que me alienta, por qué la cruda
 Fatal y ciega viene, la arranca de su ^[muerte] ~~sur~~?...
 A esta alma que no acepta los sinos de su suerte,
 A esta alma que no quiere su círculo romper!...

No quiero yo morir, ni apáguese mi estrella;
 Los hados se encarnizan, los hados cederán!
 Ya sea mi existencia fantástica querella
 Do ajitan las pasiones su férvido huracan;

Ya sea estraña lucha de llanto y de contento,
 Los ayes se interrumpen con risas de placer,
 O hiérvame en las sienes, de lágrimas sediento
 El fuego del averno, de horrible padecer;

Ya roa mi cerebro con ansia omnipotente
 La lava de los celos que enjendra una pasión,
 Y baje hasta mi pecho, feroz, incandescente
 Destruya y despedace mi amante corazón;

Que vea mi ventura, mis goces, mis placeres,
 Mis sueños, mis amores en torno destruir,

Que sean el hastío de impúdicas mujeres...
 Acepto ese destino, no quiero sucumbir!!...

.....

Perdonad, echad a lejos
 Alucinacion suprema,
 Cruel locura;
 Son los últimos reflejos
 De esta lámpara que quema,
 Calentura.

De este enfermo compañero
 Que solamente procura
 Merecer,
 Un recuerdo pasajero
 En los ratos de ventura,
 De placer.

Que aunque mui léjos me vaya
 No podré nunca olvidaros.
 Lo presiento;
 La distancia no hace valla
 Para poder recordaros
 Un momento.

Serena, junio de 1874.

FRANCISCO A. MACHUCA.

BOLIVIA Y CHILE.

(Versos leídos en un banquete.)

Conozco dos nobles repúblicas bellas
 Nacidas del Andes magnífico al pié;
 Alumbran sus pasos lucientes estrellas
 Y un ánjel las ciñe brillante laurel.

A la una acarician las alas del viento
 Que en vasto desierto se ve deslizar;

Con blando jemido, con trémulo acento
A la otra la arrullan las ondas del mar.

Mi madre es la una... allí en su regazo
Mis labios supieron el nombre de Dios;
Mas, vivo yo amante de la otra en los brazos...
Pero arde mi alma de amor por las dos!

Si nuestros abuelos con gran patriotismo
Nos dieron ejemplo de franca amistad,
¿Nosotros podremos con vil egoismo
Por frívolas causas turbar esa paz?

Las tumbas, las canas, las hondas heridas
De nuestros mayores, con crimen y afan,
¿Podremos nosotros hollar fratricidas
Por solo quitarnos mendrugos de pan?!...

¿Daremos al mundo tan bárbaro ejemplo
Cubriendo sus armas con negro crespon,
Manchando con sangre las aras del templo
Donde ellos juraron la paz y la union?

Jamas! Si ellos viesan las nieblas sombrías
Que entoldan su cielo de oscuro arrebol,
Dejaran airados sus lápidas frías
Al ver que se eclipsa de América el sol!!

En vez de trofeos do un crimen se encierra,
En vez de laureles de brillo fugaz,
En vez de la sangre que vierte la guerra,
¡Batamos, amigos, olivas de paz!

Que a Chile y Bolivia las liguen cien lazos
De santa concordia, de eterna virtud;
Que mientras la gloria sonría en sus brazos,
El *sol de setiembre* las mande su luz!

18 de setiembre de 1873.

JOAQUIN LEMOINE.

AL VOLVER.

Tras larga ausencia, alma mía,
Regreso a los patrios lares...
¿Quién en el mundo creería
Que olvidado en mis hogares
Al volver me encontraría?

¿Te acuerdas cuando al partir,
Llena de dulce emoción,
No cesabas de decir:
Es tuyo mi corazón,
Sin tí no podré vivir?

¿Te acuerdas que reclinada
En mi pecho, balbuciente,
Llena de amor la mirada,
Sacudías de mi frente
Los rizos embelesada?

¿Te acuerdas cuando en la orilla
De la fuente rumorosa
Vagabas tierna, sencilla,
Como alada mariposa,
Como gentil avecilla,

Y con gracioso embeleso,
Con la candidez del niño,
Dejó tu lábio travieso
Lleno de santo cariño
Entre los míos un beso?

Que al compás de mis canciones
En mi pecho te adormía,
Forjando mil ilusiones,
Siendo uno el fuego que ardía
En nuestros dos corazones?

Que te amé como las flores
Aman al grato rocío,
Las tórtolas sus amores,

A sus riberas el rio,
Al prado los ruiseñores?

Nada, nada? Indiferente
Ya no escuchas mis enojos...
—Ai! te dió el cielo inclemente
De la paloma los ojos
Y el corazon de serpiente.

Hoi no tienes un consuelo
Ni un suspiro para mí,
Que errante del patrio suelo
Volver a verte pedí
Por toda ventura al cielo.

Por qué, como en otros días,
No consuelas mi amargura?
—Es que perjura mentias
Cuando al jurarme ternura,
"Yo te amo" me repetias.

Cuánta ventura soñada,
Cuánta ilusion bendecida
Para siempre evaporada,
Y en el espacio perdida
Como el éter en la nada!

Adios! me vuelvo a los mares;
Adios para siempre, Elena!
A solas con mis cantares
He de hallar entre su arena
La tumba de mis pesares.

Valparaiso, 1870.

M. ANTONIO BENAVIDES.

A LA SEÑORA DOÑA MANUELA CABEZON DE RODRIGUEZ.

Deja, señora, su memoria escrita
El sábio en indeble pergamino,
Y el filántropo deja en su camino
Huella de luz benéfica, infinita.

Tu nombre, así, de bendiciones lleno,
Como la estrella de la patria mía,
Aunque tú bajas a la tumba un día
De padre a hijo guardará el chileno.

Tu dicha misma, tu existencia entera,
Desde el alba al ocaso, has consumido
Por derramar la luz, viva lumbrera
De un pueblo que te adora agradecido.

Jóven llegaste a Chile, y diligente,
Al ver de la mujer la suerte triste,
Buena *samaritana*, le ofreciste
De nueva vida y de virtud la fuente.

Y en tan noble misión, tu santa hermana
Se secundó cual digna compañera,
Y ambas ardiendo en caridad cristiana
Fijan de la mujer la nueva era.

Y a los esfuerzos de tu amor prolijos
Se alzó, discreta, bella y hacendosa,
La moderna mujer, culta y virtuosa,
Dando a la patria mas preciados hijos.

¡Gracias! heroica, infatigable dama,
De nuestras tiernas hijas bienhechora;
¡Dios en el cielo te dará, señora,
El bien que aquí tu corazón derrama!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

Valparaiso, 1874.

LA LENGUA ESPAÑOLA.

La lengua española, resultado de los mas ricos y melodiosos idiomas europeos y orientales, es armoniosa sin debilidad y enérgica sin aspereza, y es talvez la única que puede compararse con la lengua griega, debido a la feliz combinacion de consonantes y vocales. Tan suave como el dialecto dórico y ménos complicada que la jónica, sin que jamas dejenere en el carácter afeminado que distingue a la lengua italiana, la castellana, mientras exhala este perfume oriental de que la ha penetrado el contacto del desierto árabe, une a todo la lozanía de la juventud, a todo la virilidad de los valerosos hijos del norte, la majestad que los romanos han grabado en la fisonomía de una de sus mas bellas producciones.

De la misma manera que todas las lenguas modernas del sur de Europa, la española nació de la mezcla del latin con los dialectos de los bárbaros. El prolongado dominio de los moros en España introdujo tambien en la lengua una mezcla del dialecto árabe; y últimamente, el renacimiento de las ciencias y de la literatura, la trajo a su entera perfeccion y refinamiento en el período en que florecieron aquellos célebres escritores Garcilaso, Boscan, Diego Mendoza, Herreros, Lope de Vega y Cervantes, alcanzando aquel alto grado de superioridad que la distingue aun en los tiempos presentes.

Esta lengua admirable, siempre tan espresiva como armoniosa, mas enérgica y de mayor variedad que la lengua italiana, es tan suave como ella sin poseer su monotonía característica. Su abundancia es estremada y su concision admirable cuando se usa por personas que saben emplearla. Su prosodia es tan bien designada, que algunos poetas españoles han escrito versos con buen éxito en los diferentes metros de los antiguos latinos. Sus inversiones nunca son forzadas, y solo dan a la prosa y a la poesía mayor variedad de movimiento. Majestuosa y sublime en su estilo poético; suave, fácil y graciosa en composiciones amenas; ardiente y voluptuosa en espresiones amorosas; noble en historia; flexible en la imitacion o en la traduccion de los autores antiguos; en una palabra, concisa en asuntos políticos, filosóficos o morales.

LUZBEL.

Valparaiso, julio 3 de 1874.

UNA PERLA ORIENTAL.

(CONTINUACION.)

La favorita del Bei amaba como ninguna mujer. Y habia roto los vínculos que podian ligarla a su sexo. Mientras tanto, Yousouf talvez la amaba por capricho, esa palabra se lo daba a entender; empero, Zurla se engañaba.

Se engañaba, porque, no conociéndose así misma, ignoraba que era imposible resistir a sus hechizos.

Ella habia amado tambien, luego despues habia ido en busca de ese amor que la hacia sufrir tan amargos sinsabores.

Allá, en el horizonte del desierto, se ve una pequeña nubecilla, imperceptible casi a nuestra vista; un momento despues, a medida que se acerca, aumenta; y por último, el torbellino nos arrebató y nos hace jirar con la velocidad del rayo, para despues colocar sobre nuestro cadáver un monte de arena que el dia anterior no existia.

Esto habia sucedido a Zurla.

El amor tocó a un principio débilmente su corazon; mas en seguida le trastornó, y terminó por entregarse con libertad a él, pues era débil y no podia resistir.

Zurla, como toda mujer hermosa y noble, tenia un poco de orgullo.

Sin embargo, sus labios no se atrevieron a interrumpir esa especie de interregno de un amor herido. Zurla padecia.

Y Yousouf tenia miedo, y entonces su imaginacion, algun tanto tranquila, le presentaba con los coloridos mas terribles el asesinato de que era autor.

—Ah! pero por ella mataria al mundo entero, se decia, esforzándose por desechar esos pensamientos que a porfía parecian volver a su frente calorosa.

Zurla, preciso es decirlo, era una criatura nacida entre las flores de una atmósfera de fuego, dotada de una imaginacion sensible e inflamable, de pensamientos ardientes y de alma poética.

Zurla necesitaba amar, vió a Yousouf y le amó con locura.

La odalisca tomó su guzla, se acostó en el divan, y en un momento de inspiracion dirijió un himno al grande y poderoso Alá.

Las primeras vibraciones llegaron, como sonidos lejanos, a los oídos de Yousouf; mas despues las notas puras de los preludios, ejecutados por una mano diestra, formaron un estraño contraste con sus tristes pensamientos.

Sus narices se dilataron, y su boca se entreabrió para dar paso a la respiracion que le ahogaba.

Zurla parecia pulsar las cuerdas maquinalmente.

El seno le latia con violencia, y sus labios, rojos como la flor del granado, se comprimian lijeramente.

Sus ojos levantados al cielo mostraban dos perlas próximas a desprenderse de sus pupilas.

Zurla, asi, no estaba hermosa: estaba sublime!

Por último, su boca se entreabrió, dando paso a una voz suave y pura como la de los ánjeles.

Esa voz, llena de májico atractivo, llegó a los oídos de Yousouf.

Zurla, llena de fervor relijioso, cantaba:

Tú, que habitas en un cielo (*)

Rodeado de bellas flores,
Entre huríes que sus amores
Van a tu trono a posar;
Tú que comprendes mis penas
Y ves correr este llanto,
Compadece duelo tanto
Oh! grande y sublime Alá!

Las aves allá en la selva
Enamoradas suspiran;
Se buscan doquier, deliran,
Sintiendo un igual ardor;
Y yo, cuyo crimen solo,
Es amar a ese mancebo,
La hiel mas amarga pruebo
Que tortura el corazon!

Alá! compasion! La esclava
Que a los piés de tus altares
En inocentes cantares
Ensalzara tu poder;
La infelice Zurla, ahora
Llega a tu trono aflijida,

(*) Composicion de mi amigo Benjamin Vicuña Solar.

Y te pide por la vida
 Que está próxima a perder.
 Yo le amo cual ninguna
 Haya en este mundo amado;
 Solo viéndome a su lado
 Siento el contento venir:
 Desde el bello Paraiso
 Donde tu grandeza mora,
 Sé la sombra protectora
 De una jóven infeliz!

Habia tanto de aéreo en aquella mujer; habia tal sentimiento en su voz, que Yousouf, bruscamente impresionado por sensaciones diversas, se postró a contemplar de rodillas a aquella mujer, rodeada entonces de una aureola divina.

Zurla seguia cantando:

Y cuando tiña la aurora
 Con ténue luz el Oriente
 Y aparezca el sol ardiente
 El espacio a iluminar,
 Que entonces, Alá sublime,
 Tu hermosa mano yo vea
 Que cuida la ardiente tea
 De un amor tan inmortal.

Yousouf parecia trasportado a una rejion desconocida.

De repente cesó la voz, y Zurla, inclinando la cabeza, dejó rodar dos lágrimas en silencio.

—Ella padece y por eso llora, dijo Yousouf, y sacando un librito de entre los pliegues de su faja, escribió algunas palabras. En seguida arrancó la hoja, y salió sin hacer ruido.

—Gracias, poderoso Alá! dijo ella; me habeis oido.

Y al dirijir una mirada al lugar ocupado antes por Yousouf, no vió nada; pero en el suelo habia un papel que al tomarlo conoció que era hoja arrancada de un libro.

De aquel libro en que tantas veces le habia visto escribir.

Hé aquí lo que habia escrito:

“UNA HOJA DE UN ÁLBUM.

Quiera Dios que algun dia estas líneas que en medio de mi desgracia he trazado, lleguen a manos de la mujer que ha endulzado mi cautiverio.

Ese ángel comprenderá entonces, ¡ai! demasiado tarde, que mientras existió un hombre, su pensamiento no estuvo un solo instante apartado de ella... Pero, ¿qué le importará?...

A sus labios aparecerá una sonrisa de desden... la única impresión que harán en ella estas líneas!

Porque el destino la colocó en una esfera mas elevada que la mia, y a donde me es imposible llegar sin que caiga aniquilado por sus rayos, cual otro Faeton, en castigo de mi temeridad.

Sufrir con resignacion! hé aquí mi porvenir. Triste es a la verdad el porvenir de un cautivo!

Y a la manera de esas auroras boreales que alumbran las rejiones polares, esa mujer vino a alumbrar, sembrando de flores, el camino de mi desgracia.

Sí, yo la ví un dia, hermosa y radiante como un ángel del cielo; la ví, y su imájen se grabó para siempre en mi corazon!

¡Para siempre!

Sí, porque la veo a todas horas, porque la reproduzco en aquella flor, en el espejo de aquella fuente, en todas partes...

Mi pensamiento no me pertenece.

Quizá soi mas cautivo ahora!

Lejos de mi patria y familia, estoy al cuidado de un jardin. Las flores no me halagan, el cielo puro del oriente no me alegra.

Algunas veces, sentado a la sombra de una palmera, y rodeado de las flores mas hermosas de la creacion, flores que en otra circunstancia hubieran bastado para alegrar mi corazon, me digo: "Si esa mujer me amara, cuán feliz seria!"

Zurla, ahogada por los sollozos, dió vuelta el papel; pero solo encontró algunos renglones escritos recientemente con lápiz, que decian:

"Adios, Zurla, me es preciso dejaros.

Nos volveremos a ver?

No lo sé.

La casualidad me ha dado a conocer que padecéis, y que yo soi la causa de ese padecimiento.

Olvidadme si es que me amais, y sed feliz."

La favorita del Bey exhaló un jemido. Al mismo tiempo, un hombre que escuchaba tras el biombo, lanzó un suspiro y se retiró con precipitacion.

XX.

DESCUBRIMIENTO.

Dos dias hacia ya que Yousouf habia enviado a Saled al lado de Mahoma, y probablemente estaria gozando de las promesas del profeta, de las cuales la principal es dar a cada mahometano cien mujeres hermosas.

Como porta-pipa que era del Bey, se notó pronto su ausencia.

Nadie podia comprender tan estraña como repentina desaparicion.

Algunos aseguraban que le habian visto dos dias há, y entre éstos, el que mas hablaba sobre el particular era el mameluco Ben-ber-ley, y añadia aun que despues de la oracion de la tarde (1) habia estado con él fumando la pipa.

La cosa era, en verdad, oscura y problemática.

¿Habria salido de palacio?

El *Bostangibaschi* (2) y los *Capidgibaschis* (3) guardaban absoluto silencio a esta pregunta.

¿Qué habia sido de él entonces?

Nadie podia dar cuenta de ello.

Empero, Ben-ber-ley no dejaba de tener sus ribetillos de sospecha; sin embargo, careciendo ésta de fundamentos, no se atrevia a hablar una palabra.

Por otra parte, tocar a lo menor al Kislar-Agá era atreverse demasiado.

El tesorero es una de las principales dignidades de palacio.

Ben-ber-ley, a su pesar, se vió obligado a guardar silencio.

Pero Alí, el eunuco infiel que proporcionó a Saled la oportunidad de sorprender a Yousouf, creyó entonces llegada la ocasion de captarse la voluntad del Bey denunciando al amante de Zurla.

Con efecto, el eunuco dijo que habia visto al porta-pipa entrar al aposento del tesorero, y que no habia vuelto a salir, y lo aseguraba con terribles juramentos.

(1) El rito mahometano prescribe cinco azalaes u oraciones al dia, estas son: al alba, al medio dia, a media tarde, a la puesta del sol y al anochecer; y sus nombres; *Asohbi*, *Adohar*, *Alasar*, *Almagrib* y *Alatema*.

CONDÉ, historiador de los árabes.

(2) Portero mayor; segunda dignidad de palacio.

(3) Porteros secundarios.

A un principio, empero, las razones de Alí tomaron poco cuerpo, por muchos que hubieran sido los juramentos con que las acompañara.

El eunuco, despechado por no haber logrado su objeto, se vió obligado a guardar silencio y a esperar otra mejor oportunidad.

Esta desaparicion, que no se sabia cómo comprenderse, habria concluido por olvidarse; pero el mameluco, que odiaba cada dia más al jóven, se asoció a Alí; y éste, instigado por Ben-ber-ley, volvió a repetir lo que sin el efecto deseado habia dicho antes.

No podia suceder de otro modo. Los juramentos hicieron entonces su efecto, porque el mameluco lo secundaba, y, la verdad sea dicha, lo hacia perfectamente; por lo que el Bey ordenó que se hicieran las pesquisas mas escrupulosas en el aposento del nuevo tesorero. Al cabo de algunas horas se encontró el cuerpo mutilado del miserable Saled, sepultado en la muralla.

La casualidad salvó la vida a Yousouf. Esa misma mañana habia partido a recojer las contribuciones de algunos pueblos.

Su muerte fué decretada.

XXI.

FUGA.

El rumor de un acontecimiento semejante no podia menos que propagarse prontamente en el circuito de un palacio, por grande que fuera.

Zurla lo supo al momento, y, como toda mujer noble y jenerosa, trató de salvar a su amante.

En el mismo dia que se encontró el cadáver, podia haberse visto a Zurla pálida, abatida y entregada al mayor desconsuelo.

Su pelo negro, ondulante sobre sus espaldas, la hacia asemejar a una de aquellas vírjenes que Murillo se creaba, y en seguida trasladaba al lienzo con todos los coloridos que en su imaginacion habia ideado.

—El va a morir, exclamaba con voz entrecortada,—cuánto daria por salvarlo!... Empero es imposible; este palacio está rodeado por altas murallas, y por todas partes hai guardianes. ¿Cómo salvarlo?

La jóven parecia sucumbir bajo el peso de su dolor.

MANUEL CONCHA.

(Continuará).

DE LA FILOSOFIA DE LA FÁBULA.

MERCURIO.—TESTO.

Mercurio (1), hijo de Júpiter y de la ninfa Maia, era el mensajero de los dioses, y el ejecutor, en particular, de las órdenes de su padre. Era también el proveedor de cuanto se necesitaba en el Olimpo, y manifestaba en el desempeño de sus obligaciones un celo inteligente e infatigable. Él era, pues, quien proporcionaba a los huéspedes de la divina morada, la ambrosía que los alimentaba y el néctar de sus banquetes.

Mas, no se limitaban a estas vulgares ocupaciones las funciones de Mercurio, pues también le encargaban los dioses los negocios más importantes, confiándole hasta la redacción de los tratados de paz y las misiones más delicadas. Para conseguir el mejor resultado en sus empresas y alcanzar siempre sus fines, este hijo de Júpiter poseía una elocuencia insinuante; sus palabras eran melosas, sus discursos hipócritas; es decir que era un diplomático consumado. Bien podrían tenerlo igualmente por el heraldo de la corte celeste, pues las declaraciones de guerra hacían parte de sus atribuciones.

Mercurio fué además el primer gramático. Él es quien formó una lengua exacta y regular con las lenguas imperfectas que estaban de uso en los tiempos más remotos; puso nombres a una infinidad de cosas usuales, inventó los caracteres de la escritura, dió a los hombres las primeras nociones de astronomía, y les enseñó los ejercicios del gimnasio.

Empero, las bellas cualidades de Mercurio se hallaban oscurecidas por graves defectos; su conciencia sumamente elástica, su mente destituida de toda especie de escrúpulos, le hacían cometer acciones que la delicadeza y la honradez reprobaban. En efecto: al mismo tiempo que instituía prácticas religiosas y conducía devotamente las almas de los muertos a los Infiernos (2), manifestaba una

(1) *Hermès*, era el nombre que los griegos daban a Mercurio.

(2) Los antiguos llamaban *Inferno* la parte inferior a la superficie de la tierra,

complacencia vituperable hácia las flaquezas de los dioses, y cedia frecuentemente a instintos criminales. Desde su mas tierna infancia se habia mostrado inclinado al latrocinio, robándole a Neptuno su tridente, a Febo sus flechas, a Marte su espada, y a Venus su ceñidor. Por tanto, solia ser indulgente respecto de la falta de probidad de los hombres y de los robos cometidos por ellos; de manera que los estafadores y ladrones lo invocaban como a su divinidad protectora.

Nos representan a Mercurio cual un hermoso jóven de cuerpo esbelto y elegante, enteramente desnudo, con un bolsillo lleno en la mano. Lleva sobre la cabeza un birrete con alas, y tiene tambien alas en los talones. Entre sus atributos indispensables, figura el *caduceo*, esto es, una vara con dos alones en su remate superior, al rededor de la cual dos serpientes están enroscadas.

Refiere la fábula que encontrando Mercurio dos serpientes que peleaban furiosas, las tocó con su vara, y al instante, convirtiéndose ellas en buenas amigas, se enroscaron en torno de la vara y quedaron inseparables.

Se le dan tambien por atributos a Mercurio una *balanza*, una *ancla* de nave, un *tridente*, una *cornucopia*, una *antorcha* o un *ramo de oliva*.

En los sacrificios se le ofrecian las lenguas de las víctimas con leche, miel e higos.

Los latinos contaban a Mercurio en el número de sus *dii selecti*, y le asignaron el sexto lugar entre ellos.

ESPLICACIONES DEL TESTO PRECEDENTE.

Mercurio es la personificación del *comercio*. Las diversas funciones de este dios, sus atributos, sus cualidades, sus defectos, todo concuerda con la idea que nos formamos del comercio y del espíritu mercantil.

El comercio es una creación del *entendimiento humano*, es decir, de *Júpiter* (3).

Fué concebida su idea donde habia superabundancia de los pro-

a donde iban a dar indistintamente los buenos y los malos, de entre los mortales, distinguiendo con el nombre de Campos Eliseos y Tártaro los dos departamentos separados, reservados el primero a los buenos, y el segundo a los malos.

(3) Júpiter casó con Nemosina, y tuvo por hijas a las Musas; es decir, que el *entendimiento*, unido a la *memoria*, enjendró los conocimientos humanos.

ductos de la agricultura o de la industria; y no tiene Maia, su madre, otra significacion, sino el *depósito jeneral* de esos productos, que los pueblos del Atlas trocaban con aquellos de las naciones de Europa y de Asia.

Es el comercio un mensajero activo, un proveedor obsequioso de las sociedades, pues nos proporciona todo cuanto necesitamos, y deposita a nuestros piés las producciones de los países mas remotos, a la vez que enriquece nuestra intelijencia con los descubrimientos del espíritu humano, que se hacen en todo el orbe.

No solo encontramos el espíritu especulador o mercantil en la tienda del mercader, que vuelve a vender en cinco lo que ha comprado en tres, sino tambien en el hombre que piensa sacar cierta ganancia o ventaja de cualquier servicio que haga a sus semejantes, o que trata de hacer prevalecer su interes personal, sin ninguna especie de justicia, sobre derechos lejítimamente adquiridos.

Este mismo espíritu se revela aun en las relaciones de pueblo a pueblo por declaraciones de guerra, que no tienen otro motivo sino un vergonzoso deseo de apropiarse lo ajeno, o por tratados de paz que ponen el sello a la perpetracion de una iniquidad y a la ruina del mas débil.

En fin, un espíritu semejante de egoismo es el que dirige a menudo la lengua del orador, que le inspira pensamientos que no se atreveria a dar a conocer, y le hace hipócrita con el fin de seducir a sus oyentes y cubrir mejor su impostura.

Apenas habia nacido el jenio mercantil, cuando sujeria al hombre la idea de los viajes en el mar, le enseñaba el modo de domar las olas y resistir a la tempestad; es decir que la náutica, descubierta por el traficante, puso en su mano el cetro de Neptuno.

El robo de las flechas de Febo por Mercurio, se esplica fácilmente al recordar que los antiguos reconocian a los rayos de un sol abrasador una poderosa influencia mórbida; y como las fatigas ni los peligros arredran al traficante en sus expediciones lejanas; que aguanta con constancia el frio de las rejiones polares y el calor de los trópicos, y que sucumbe frecuentemente a las fiebres perniciosas causadas por las insolaciones, lejos de su país y de su familia, los mitólogos han consignado esos funestos accidentes en la ficcion de las flechas de Febo, que el espíritu mercantil se apropió desde su mas tierna edad.

El dios del comercio se apoderó tambien de la espada de Marte por el hecho de establecer entre los pueblos relaciones de mútuo

interes, que alejando de ellos las disensiones, les hacen gozar de una paz perpétua.

Por fin, el espíritu mercantil ha logrado mas de una vez desatar el ceñidor de Venus, pues el dinero triunfa frecuentemente de los obstáculos que el mismo amor no ha podido vencer.

Ha penetrado la especulacion hasta el santuario de los dioses, inspirando al sacerdocio la idea de vender al moribundo su derecho de entrada en los Infernos; y se le debe un sinnúmero de prácticas relijiosas, que han traído a los altares de la divinidad las ofrendas del pecador y enriquecido con ellas templos y pontífices.

Los primeros gramáticos fueron los mercaderes viajeros, quienes, viéndose obligados a estudiar los diferentes idiomas de las tribus que visitaban, tomaron de cada una de ellos las voces que faltaban al suyo, adoptaron los jiros que mejor pintaban sus ideas, y formaron así una lengua exacta y regular.

Los negociantes debieron buscar los medios de ayudar a su memoria inventando signos o caracteres por medio de los cuales consignasen y comprobasen sus transacciones. Trazaron entonces en el papiro o grabaron en la piedra los documentos mercantiles pertenecientes a los individuos, y los tratados de comercio celebrados entre los pueblos.

Tambien se ha apoderado Mercurio de la enseñanza de aquel arte que comunica al cuerpo ajilidad, lijereza y gracia. En el principio se instruian entre sí los atletas en los ejercicios jímnicos, y dirijian ellos mismos la instruccion de la juventud; pero el especulador acabó por tomar a su cargo, mediante un precio convenido, el enseñar a los jóvenes los elementos de la jímnicia, y a los mismos atletas los secretos del arte perfeccionado; de modo que pasó así el jímnasio bajo la direccion de un instructor asalariado.

Es civilizadora, es humanitaria la mision del comerciante, pues trae por resultado la felicidad del hombre y propende a no hacer mas que un pueblo de hermanos de todos los habitantes de la tierra. Pero, ¿ha cumplido siempre el mercader su mision de una manera equitativa y honrosa? ¿Acaso se nos oculta que el comercio, tal como lo han hecho siempre, hace al hombre egoista y poco delicado, acostumbándolo a considerar la mentira cual un medio lícito de persuasion, y los abusos de confianza, los engaños, como inocentes ardidés del oficio de vendedor? No es de admirarse, pues que el dios de los mercaderes haya sido antiguamente considerado como el de los estafadores.

Los pintores dan a Mercurio las facciones de un jóven hermoso robusto y ágil, porque es preciso que el mercader tenga una fisonomía agradable para atraer a los chalanos e inspirarles confianza; y es indispensable tambien que tenga vigor y actividad para ir de un extremo de la tierra a otro a vender sus mercaderías.

El *bolsillo lleno* que Mercurio lleva en la mano, representa los dineros que el traficante ofrece en cambio de los productos que viene a buscar, y es un progreso del comercio que, por su medio se quiere patentizar. Luego que todos los pueblos de la tierra hubieron convenido en atribuir al oro y a la plata un valor ficticio, pero constante, se pudo trasportar a lo léjos cómodamente, bajo un pequeño volúmen relativo, una suma suficiente para saldar el precio de una gran cantidad de productos de la tierra o manufacturados.

No siempre las mercaderías que se llevaban a países estranjeros convenian a los habitantes de ellos, lo que causaba al traficante pérdidas considerables, y talvez su ruina; pero cuando esos metales fueron universalmente aceptados como valores equivalentes de cambio, esta preciosa ventaja aseguró al negociante las ganancias que podia esperar en cada espedicion.

El *caduceo* de Mercurio es un símbolo de la union de las naciones, cimentada sobre su mútuo interes. Si dos pueblos que se han hecho por mucho tiempo una guerra encarnizada, acaban por advertir, que ciertos renglones de un comercio recíproco pueden venir a ser para ellos un manantial de riquezas, deponen desde luego las armas y se estrechan cual las serpientes del caduceo.

El *ancla* y el *tridente* figuran el comercio marítimo; la *balanza* representa la equidad que debe presidir a los contratos mercantiles; el *gallo* y la *cornucopia* nos indican, por un lado la vijilancia necesaria a los negociantes; y por otro las riquezas y los gozes que proporciona el tráfico; la *antorcha* nos recuerda que el comercio ha llevado el primero la luz a las naciones, que sin él los pueblos vivirían todavia en las tinieblas de la ignorancia; en fin, el *ramo de oliva* es la señal de la paz con que el comercio brinda a las naciones.

Solian depositar sobre el altar de Mercurio, con el fin de obtener de él buenas inspiraciones en circunstancias difíciles, lenguas de víctimas, leche, miel e higos, que son la representacion simbólica de la palabra, de la dulzura del lenguaje, y de la persuasion que fluye de la elocuencia.

En fin, esplicando el último párrafo del testo, en que vemos que los antiguos asignaban a Mercurio el sexto lugar entre sus divini-

dades principales, diremos que no es al jénio del comercio a quien se refiere esta circunstancia de la historia mitológica de Mercurio, sino al astro del mismo nombre, que ocupa efectivamente el sexto rango entre los siete planetas antiguamente conocidos, si los colocamos, como suelen hacerlo, entre la esfera de las estrellas fijas y la tierra inmóvil, en el orden siguiente:

1. ^o planeta.....	Saturno.
2. ^o id.	Júpiter.
3. ^o id.	Marte.
4. ^o id.	El Sol.
5. ^o id.	Venus.
6. ^o id.	Mercurio.
7. ^o id.	La Tierra.

EL PRECIO DE LA VIDA.

(Traducción de E. Scribe.)

HISTORIETA SACADA DE LAS MEMORIAS DE UN JENTIL-HOMBRE DE BRETAÑA.

Ne viens jamais, oh mort!
(*La Fontaine.*)

.....Y José, abriendo la puerta del salon, vino a anunciarnos que la silla de posta estaba pronta.

Mi madre y mi hermana se arrojaron en mis brazos.

—Aun es tiempo, me decian; renuncia a este viaje, quédate con nosotros.

—Madre mia, soi jentil-hombre, tengo veinte años; es necesario que se hable de mí en el pais, que haga mi carrera sea en la corte o en el ejército.

—Y cuando hayas partido, dime, Bernardo, qué será de mí?

—Sereis feliz y estareis orgullosa al saber los triunfos de vuestro hijo.

—Y si eres muerto en alguna batalla?

—Qué importa! Qué es la vida? ¿Vale la pena pensar en ella? Se piensa en la gloria cuando se tiene veinte años y uno es jentil-hom-

bre. ¿Y cuando me veais llegar, madre mia, en algunos años más a coronel o mariscal de campo, o bien con alguna honrosa comision a Versalles?

—Y bien! Qué sucederá?

—Sucederá que seré aquí respetado y considerado.

—Y despues?

—Que cada uno me sacará el sombrero.

—Y despues?

—Que me casaré con mi prima Enriqueta, que casaré a mis jóvenes hermanas, y que todos viviremos en vuestra compañía, tranquilos y felices en mis tierras de Bretaña.

—Y qué te impide principiar desde hoi? ¿No nos ha dejado tu padre la mas hermosa fortuna del pais? ¿Existe, en veinte leguas a la redonda, una posesion mas rica, un castillo mas bello que el de la Roche-Bernard? ¿No eres considerado de tus vasallos? Falta alguno cuando atraviesas la villa, para saludarte y sacarse el sombrero? No nos abandones, hijo mio; quédate con tus amigos, con tus hermanas, con tu anciana madre, que quizá no encontrarás a tu vuelta! No vayas a consumir en una gloria vana o a abreviar por medio de cuidados y sufrimientos de toda especie los dias, que se pasan tan lijero; la vida es cosa mui dulce, hijo mio, y el sol de Bretaña es tan bello!

Y al decir esto me señalaba por las ventanas del salon las hermosas avenidas de mi parque, los viejos castaños en flor, las lilas, las madre selvas, cuyo perfume embalsamaba el aire y cuya verdura brillaba a los rayos del sol. En la antecámara estaban el jardinero y toda su familia, quienes, tristes y silenciosos, parecian tambien decirme:

—No partais, jóven señor, no partais!

Hortensia, mi hermana mayor, me abrazaba con efusion, y Amelia, mi hermanita, que estaba en un rincon del salon ocupada en contemplar las láminas de un volúmen de *La Fontaine*, se me habia acercado, y presentándome el libro:

—Lee, lee, hermano mio, me decia llorando.

Era la fábula de las *Dos palomas!*... Me levanté bruscamente y los rechacé a todos.

—Tengo veinte años, soi jentil-hombre; necesito honor, gloria; dejadme partir.

Y me lancé al patio. Ya iba a montar en la silla de posta, cuando una mujer apareció en la escalera...

Era Enriqueta!

No lloraba, no hablaba una palabra, pero, pálida y vacilante, apenas se sostenía. Con su pañuelo blanco, que tenía en la mano, me hizo su última señal de adiós, y cayó sin conocimiento.

Corrí hácia ella, la levanté, la abracé, la juré amor eterno, y en los momentos en que volvía en sí, dejándola al cuidado de mi madre y mis hermanas, corrí al carruaje sin detenerme, sin volver la cabeza.

Si hubiera mirado á Enriqueta no habría partido.

Algunos minutos despues la silla de posta abandonaba la casa de mi madre.

Durante largo tiempo no pensé sino en mi madre, en mis hermanas, en Enriqueta, en toda la felicidad que dejaba tras de mí; pero estas ideas se borraban a medida que las torrecillas de la Roche-Bernard desaparecian de mi vista, y mui luego solo los sueños de ambicion y de gloria se apoderaban de mi corazon. Qué de proyectos, qué de castillos en el aire, qué de bellas acciones me imaginaba en mi silla de posta! Riquezas, honores, dignidades, triunfos de todo jénero, nada me rehusaba; todo lo merecia, todo me lo acordaba. En fin, elevándome a medida que avanzaba en camino, era duque y par, gobernador de provincia y mariscal de Francia cuando llegué a la posada. La voz de mi sirviente, que me llamaba modestamente Monsieur le Chevalier, me obligó a volver en mí y a abdicar.

A la mañana, en los dias siguientes, los mismos sueños, la misma embriaguez, pues mi viaje era largo. Al fin, llegué a los alrededores de Sédan, a casa del duque de C..., antiguo amigo de mi padre y protector de mi familia. El debia llevarme a Paris, donde era esperado a fines del mes, y debia presentarme en Versalles y obtener para mí una compañía de dragones, por el crédito de su hermana la marquesa de F..., jóven encantadora, designada por la opinion jeneral como la sucesora de la Pompadour.

Llegué en la noche a Sédan, y no pudiendo ir al castillo de mi protector por lo avanzado de la hora, dejé mi visita para el dia siguiente y fuí a alojar a las Armas de Francia, el mas bello hotel de la ciudad y lugar de reunion de todos los oficiales, pues Sédan es una plaza fuerte; las calles tienen un aspecto guerrero, y los aldeanos mismos un aire marcial que parece decir a los estranjeros: somos compatriotas del gran Turena!

Comí en la mesa redonda y pregunté cuál era el camino que debia seguir para llegar al dia siguiente al castillo del duque de C..., situado a dos o tres leguas de la ciudad.

—Todo el mundo os lo indicará, me dijeron; es bastante conocido en el país. En ese castillo acaba de morir un gran guerrero, un hombre célebre, el mariscal Fabert.

Y la conversacion recayó sobre el mariscal Fabert. Entre jóvenes militares esto era mui natural; se habló de sus batallas, de sus hazañas, de su modestia, que le hizo rehusar las cartas de nobleza y la cruz de sus órdenes que le ofrecia Luis XIV. Se habló sobre todo de su increíble fortuna, pues de simple soldado habia llegado al rango de mariscal de Francia; él, hombre oscuro e hijo de un impresor. Era este el único ejemplo que podia citarse entonces de una fortuna semejante, y este caso habia parecido tan extraordinario, que el vulgo no habia temido atribuir su elevacion a causas sobrenaturales. Se decia que desde su infancia se habia ocupado en cosas de májia, de hechiceria, y que habia hecho pacto con el diablo.

Y nuestro posadero, que a la estupidez de un habitante de Champaña unia la credulidad de nuestros paisanos bretones, nos aseguró con gran sangre fria que se habia visto entrar al castillo del duque de C..., donde Fabert habia muerto, a un hombre negro a quien nadie conocia; que éste habia penetrado en su cámara y desaparecido llevándose consigo el alma del mariscal, que habia comprado hacia tiempo y que le pertenecia; y que aun ahora, en el mes de mayo, época de la muerte de Fabert, se veia aparecer al hombre negro en la noche llevando una pequeña luz.

Esta relacion amenizó el fin de la comida, y bebimos una botella de Champagne a la salud del demonio familiar de Fabert, rogándole que nos tomase tambien bajo su proteccion y nos hiciese ganar algunas batallas como las de Collioure y La Marfée.

Al dia siguiente me levanté temprano y me dirijí al castillo del duque de C..., inmensa mansion gótica, lo que en otra ocasion quizas no habria notado, pero que miraba ahora con una curiosidad mezclada de emocion recordando la narracion que nos habia hecho la víspera el posadero de las Armas de Francia.

El lacayo a quien me dirijí me respondió que ignoraba si su amo estaba visible, y sobre todo si podia recibirme. Le dí mi nombre, y salió dejándome solo en una especie de sala de armas, decorada con atributos de caza y retratos de familia.

Esperé algun tiempo y nadie venia. «Esa carrera de gloria y de honores que yo habia soñado empieza entonces por la antecámara!» me decia yo, y, solicitante disgustado, la impaciencia se apoderaba

de mí; habia contado dos o tres veces todos los retratos de familia y todas las vigas del techo, cuando sentí un lijero ruido en el enmaderamiento. Era una puerta mal cerrada que el viento acababa de abrir. Miré y percibí un precioso retrete alumbrado por dos grandes ventanas y una puerta de vidrios que daban a un magnífico parque. Me adelanté algunos pasos y me detuve a la vista de un espectáculo que al principio no habia percibido.

Un hombre, con la espalda vuelta hácia la puerta por la cual yo acababa de entrar, estaba tendido sobre un canapé. Se levantó, y sin percibirme corrió bruscamente a la ventana. Algunas lágrimas corrían por sus mejillas, una profunda desesperacion parecia haberse apoderado de él por completo. Quedó por algun tiempo inmóvil, con la cabeza oculta en sus manos; despues principió a pasearse a largos pasos en el departamento. Yo estaba entonces cerca de él, me apercibió y se estremeció; yo mismo, desolado y viendo mi indiscrecion, balbuceé algunas palabras de escusa para retirarme.

—Quién sois? qué quereis? me dijo con voz fuerte y tomándome por el brazo.

—Soi el caballero Bernardo de la Roche-Bernard, y llevo de Bretaña.

—Ah! ya sé, ya sé, me dijo, y se arrojó en mis brazos, me hizo sentar a su lado, me habló con interes de mi padre y de toda mi familia, a quienes conocia tan bien que no dudé que fuera el dueño del castillo.

—Sois M. C...? le dije.

—Se levantó, y mirándome con exaltacion, me respondió:

—Lo era; ya no lo soi, ya no soi nada.

—Y viendo mi asombro, exclamó:

—Ni una palabra, jóven; no me interrogueis.

—Sí, señor; he sido testigo, sin quererlo, de vuestro pesar y de vuestro dolor, y si mi reconocimiento y mi amistad pueden mitigarlos en algo...

—Sí, sí, teneis razon, nó que podais cambiar en algo mi suerte, pero recibireis al menos mis últimas voluntades y mis últimos votos; este es el único servicio que espero de vos.

Cerró la puerta y se sentó a mi lado. Yo, temblando y conmovido, esperaba sus palabras; tenian algo de grave y de solemne. Su fisionomia sobre todo tenia una espresion que jamas habia visto en nadie. Esa frente que yo examinaba atentamente parecia marcada por la fatalidad. Su semblante era pálido; sus ojos negros despedian

relámpagos, y, de cuando en cuando, sus facciones, aunque alteradas por el sufrimiento, se contraían por una sonrisa irónica e infernal.

—Lo que voi a deciros, me dijo, va a confundir vuestra razon. Dudareis, no creereis; yo mismo dudo aun, o a lo menos lo querria; pero las pruebas están ahí, y hai en todo lo que nos rodea, en nuestra organizacion misma, muchos misterios que estamos obligados a presenciar sin poder comprenderlos.

Se detuvo un momento como para coordinar sus ideas, pasó la mano por su frente y continuó:

«He nacido en este castillo. Tenia dos hermanos mayores que yo, a cuyas manos habian de pasar los bienes y los honores de nuestra casa. Yo no tenia nada que esperar sino el manto de abad, la esclavina, y sin embargo, pensamientos de ambicion y de gloria fermentaban en mi cabeza y hacian latir mi corazon. Desgraciado con mi oscuridad, ávido de gloria, no soñaba sino en los medios de adquirirla, y esta idea me hacia insensible a todos los placeres y a todas las dulzuras de la vida. El presente no me importaba nada; yo no vivia sino en el porvenir, y este porvenir se me presentaba bajo el aspecto mas negro.

«Tenia cerca de treinta años y no era nada aun. Entonces se levantaban de todos lados en la capital reputaciones literarias cuya fama resonaba aun en nuestra provincia.

—«Ah! me decia yo a menudo; si pudiese a lo menos crearme un nombre en la carrera de las letras! Esto seria siempre gloria, y solo ahí está la felicidad.

«Tenia por confidente de mis pesares a un antiguo sirviente, un viejo negro, que estaba en este castillo desde antes de mi nacimiento; era indudablemente el mas viejo de la casa, pues nadie se acordaba de haberlo visto entrar; las jentes del pais pretendian aun que habia conocido al mariscal Fabert y lo habia asistido en su muerte...»

En este momento mi interlocutor me vió hacer un jesto de sorpresa; se detuvo y me preguntó qué tenia.

—Nada, le dije.

Pero a pesar mio, pensaba en el hombre negro de que nos habia hablado la víspera nuestro posadero. M. de C... continuó:

—«Un dia dí rienda suelta a mi desesperacion delante de Yago, (este era el nombre del negro), sobre mi oscuridad y la nulidad de mis dias, y exclamé:

—«Daria diez años de mi vida por estar colocado en el primer rango entre nuestros autores.

—“Diez años, me dijo friamente, es mucho; es pagar mui caro una cosa de tan poco valor; no importa; acepto vuestros diez años. Los tomo; recordad vuestras promesas, yo cumpliré las mias.

“No os pintaré mi sorpresa al oirlo hablar asi. Creí que los años habian debilitado su razon; encojé mis espaldas sonriendo, y abandoné algunos dias despues este castillo para partir a Paris. Allí me encontré lanzado en la sociedad de los hombres de letras. Su ejemplo me animó y publiqué algunas obras cuyo éxito no os lo diré aquí. Todo Paris se apresuró a aplaudirme; los diarios me ensalzaron; el nuevo nombre que habia tomado se hizo célebre, y ayer aun, jóven, vos mismo lo admirábais...!”

Aquí un nuevo jesto de sorpresa interrumpió esta narracion.

—No sois entónces el duque de C..., exclamé.

—Nó, respondió friamente.

Y yo me decia a mí mismo:—Un hombre de letras célebre... Será Voltaire? Será Rousseau? Será Marmontel?...

Mi desconocido suspiró; una sonrisa de sentimiento, de desprecio apareció en sus labios, y continuó su relacion.

“Esta reputacion literaria que habia envidiado fué mui luego insuficiente para un alma tan ardiente como la mia. Aspiraba a triunfos mas nobles, y decia a Yago, que me habia seguido a Paris y no me abandonaba nunca:

—“No hai mas gloria verdadera que la que se adquiere en la carrera de las armas. Qué es un hombre de letras, un poeta? Nada. Habladme de un gran capitán, de un jeneral del ejército; he ahí el destino que yo envidio, y por una gran reputacion militar, yo daria diez de los años que me quedan de vida.

—“Los acepto, me respondió Yago; los tomo, me pertenecen; no lo olvideis.”

Aquí el desconocido se detuvo otra vez, y viendo la especie de molestia y de duda que se pintaba en todas mis facciones:

—“Ya os lo habia dicho, jóven; no podeis creerme; esto os parece un sueño, una quimera. A mí tambien, y sin embargo, los grados, los honores que he obtenido no eran una ilusion; esos soldados que he conducido al fuego, esas barricadas destruidas, esas banderas conquistadas, esas victorias que enorgullecen a la Francia... todo eso es obra mia, toda esa gloria me ha pertenecido!”

Miéntas tanto marchaba a largos pasos y miéntas hablaba asi con calor, con entusiasmo, la sorpresa habia helado todos mis sentidos y me decia a mí mismo:

—A quién tengo a mi lado? Será Richelieu? Será el mariscal de Sajonia? Será Coigny?...

En este estado de exaltacion, mi desconocido habia caido en una profunda melancolía, y aproximándose, me dijo con aire sombrío:

«Yago tenia razon, y cuando mas tarde, disgustado de ese humo de la gloria militar, aspiraba a lo único que hai de real y de positivo en este mundo; cuando, al precio de cinco o seis años de existencia deseaba el oro, las riquezas, me los concedió aun. Sí, jóven, sí; he visto a la fortuna secundar, sobrepujar todos mis deseos; tierras, bosques, castillos... Esta mañana aun todo esto estaba en mi poder; y si dudais de mí, si dudais de Yago, esperad, esperad, va a venir, y vereis por vuestros mismos ojos que lo que confunde vuestra razon y la mia es desgraciadamente mui verdadero...»

El desconocido se aproximó entonces a la chimenea, miró el reloj, hizo un jesto de espanto y me dijo en voz baja:

«Esta mañana, al alba, me sentia tan abatido y tan débil, que apenas podia levantarme. Llamé a mi ayuda de cámara, y Yago fué quien apareció.

—«Qué es lo que siento? le dije.

—«Amo, lo mas natural del mundo. La hora se aproxima, el momento llega.

—«Qué hora, qué momento? le dije.

—«No lo adivináis? El cielo os habia dado sesenta años de vida. Teniais treinta cuando he principiado a obedeceros.

—«Yago, le dije con espanto; hablas seriamente?

—«Sí, amo; en cinco años habeis consumido en gloria veinte y cinco años de existencia. Me los habeis dado, me pertenecen, y los dias de que sois privado serán ahora añadidos a los míos.

—«Qué! Ese era el precio de tus servicios?

—«Otros los han pagado mas caro; testigo Fabert, a quien protejia tambien.

—«Cállate, cállate, le dije. Esto no es posible, esto no es cierto!

—«Bien; pero preparaos, pues no os queda sino media hora de vida.

—«Te juegas conmigo, me engañas!

—«De ninguna manera: calculad vos mismo. Treinta y cinco años que habeis vivido en realidad y veinte y cinco que habeis perdido, total: sesenta. Esta es vuestra cuenta; cada uno con la suya.

«Y queria salir... y yo sentia que mis fuerzas disminuian, sentia que la vida se me escapaba...»

—“Yago! Yago! exclamé; dame algunas horas más, algunas horas más...”

—“Nó, nó, respondió; sería quitarlas de mi cuenta, y conozco mejor que vos el precio de la vida. No hai tesoro alguno que pueda pagar dos horas de existencia.

“Y yo apenas podia hablar; mis ojos se nublaban, el frio de la muerte helaba mis venas.

—“Y bien! le dije haciendo un esfuerzo; toma esos bienes por los cuales lo he sacrificado todo. Cuatro horas más y renuncio a mi oro, a mis riquezas, a esta opulencia que tanto he deseado!

—“Sea; has sido un buen amo y quiero hacer algo por tí. Consiento.

—“Sentí que mis fuerzas se reanimaban y exclamé:

—“Cuatro horas es tan poco!... Yago! Yago! Cuatro horas más y renuncio a mi gloria literaria, a todas mis obras, a todo lo que me habia colocado tan alto en la estimacion del mundo!

—“Cuatro horas por eso! exclamó el negro con desprecio. Es mucho; no importa, no te rehusaré tu última gracia.

—“No la última, le dije juntando mis manos. Yago! Yago! Te lo suplico, concédeme hasta esta noche, doce horas, el dia entero, y que mis hazañas, mis victorias, mi gloria militar, que todo sé borre para siempre de la memoria de los hombres! que nada quede de mí sobre la tierra! Este dia, Yago, este dia entero, y quedaré contento.

—“Abusas de mi bondad, me dijo; sin embargo, no importa; le concedo hasta el ocaso del sol. Despues de esto, no me pidas más. Esta noche, pues, vendré a llevarte.”

—Y ha partido! prosiguió el desconocido con desesperacion, y este dia en que os hablo es el último que me queda!

Despues, aproximándose a la puerta de vidrios, que estaba abierta y daba sobre el parque, exclamó:

—Ya no veré más este hermoso cielo, estos verdes céspedes, estos surtidores de agua; ya no respiraré más el aire embalsamado de la primavera. ¡Insensato de mí! Estos bienes que da Dios a todos, estos bienes a los cuales yo era insensible y cuya dulzura solo ahora comprendo, podia haberlos gozado durante veinticinco años más! Y he consumido mis dias, los he sacrificado por una vana quimera, por una gloria estéril que no me ha hecho feliz y que ha muerto antes que yo!

Mirad, mirad, me decia, mostrándome unos campesinos que

atravesaban el parque y se dirijian cantando a su trabajo; qué no daria yo ahora por participar de sus trabajos y de su miseria! Pero no tengo ya nada que dar ni nada que esperar aquí, nada! Ni aun la desgracia.

En este momento, un rayo de sol, un sol del mes de mayo, iluminó sus facciones pálidas y alteradas; se apoderó de mi brazo con una especie de delirio y me dijo:

—Mirad! Mirad! Cuán bello es el sol! Ah! que a lo menos goce de él, pero que goce entero este día tan puro y tan bello que para mí no tendrá mañana!

Se lanzó corriendo al parque, y a la vuelta de una avenida desapareció ántes que pudiera retenerlo.

A decir verdad, yo no tenia fuerzas; caí sobre el canapé, anadado por todo lo que acababa de ver y de oír. Me levanté, anduve para convencerme que estaba despierto, que no estaba bajo la influencia de una pesadilla. En este momento se abrió la puerta del retrete, y un sirviente me dijo:

—Hé aquí a mi amo el señor duque de C...

Un hombre de unos sesenta años y de una fisonomía distinguida avanzó, y alargándome la mano, me pidió perdon por haberme hecho esperar tanto tiempo.

—No estaba en el castillo, me dijo: vengo de la ciudad, donde he ido a consultar al médico sobre la salud del conde de C..., mi hermano menor.

—Sus días estarán en peligro? exclamé.

—Nó, señor, gracias al cielo, me respondió el duque; pero en su juventud ideas de ambicion, y de gloria habian exaltado su imaginacion y una enfermedad bastante grave que ha tenido últimamente y en la cual ha creído morir, le ha dejado en el cerebro una especie de delirio y de enajenamiento, que le persuaden siempre de que no le queda sino un día de vida. Esa es su locura.

Todo me lo espliqué!

—Ahora, prosiguió el duque hablemos de vos, jóven, y veamos qué puedo hacer para vuestro adelantamiento. Al fin del mes partiremos a Versalles. Os presentaré.

—Conozco vuestras bondades para mí, señor duque, y vengo a manifestaros mi agradecimiento.

—Qué! Habreis renunciado a la corte y a las ventajas que ahí podeis esperar?

—Sí, señor.

—Pero pensad a lo ménos que, gracias a mí, hareis ahí un rápido

camino, y que con un poco de constancia podréis dentro de unos diez años...

—Diez años perdidos! exclamé.

—Y bien! replicó con asombro; ¿es esto pagar mui caro la gloria, la fortuna, los honores? Vamos, jóvenes, partiremos para Versalles.

—Nó, señor duque; vuelo a Bretaña, y os ruego de nuevo que recibais mi gratitud y la de mi familia.

—Eso es una locura! exclamó el duque.

Y yo, pensando en lo que acababa de ver y de oír, me dije:—Esto es tener razon!

Al día siguiente estaba en camino, y con qué delicia volví a ver mi bonito castillo de la Roche-Bernard, los viejos árboles de mi parque, el bello sol de la Bretaña!

Habia vuelto a encontrar a mis hermanas, mis vasallos, mi madre, y la felicidad!... que desde entonces no me ha abandonado, pues ocho dias despues me casaba con Enriqueta!

Valparaiso, julio 7 de 1874.

BUG-JARGAL.

LA NIÑA DE LAS TRENZAS DE ORO.

(LEYENDA.)

(CONCLUSION.)

Eva, en la tarde de ese dia buscó constantemente la soledad, y miraba el cielo y las pardas nubes, permaneciendo por largas horas inmóvil y pensativa.

¿Era esto acaso algun presentimiento?

Claudia, su madre, solia mirarla y sonreirse, creyendo que Eva se entregaba ya a las misteriosas emociones que, en víspera de su enlace, ajitan el alma de una novia.

¿No habian recibido esa semana cartas de Eduardo anunciándoles su próximo regreso, y, en prevision de sus deseos, no se habia comprado a Eva el velo, la corona y los demas vestidos de deposada?

Ai! la buena Claudia se equivocaba con respecto a los sentimientos que dominaban el corazon de su hija!

Cuando cerró la noche se recojieron a su choza, y Eva, sentán-

dose en lo mas apartado del hogar, siguió como bajo la influencia de un sonambulismo.

—Poco alegre estás para una niña, le dijo Claudia, despues de un prolongado silencio.

—Madre mia, repuso Eva sin contestar directamente a esa observacion, ¿creeis que pueda yo ser feliz en este mundo?

—Pero hija mia...

—Decidme, ¿lo creeis?

—Ciertamente, pero llegas a alarmarme con esas preguntas...

—Oh! es que tengo aquí en el corazon un presentimiento mas negro que las nubes que entoldan el cielo.

—Qué locura! murmuró Claudia, procurando sonreir.

En esos instantes, la lluvia que caia desde la mañana arreció con mas fuerzas.

—Ah! madre mia, exclamó Eva con visibles muestras de alarma; la noche está mui tempestuosa y quizá Eduardo se haya puesto en marcha.

—¿Y bien?

—Y bien, los caminos son inseguros y los rios traicioneros.

—Sin duda, y por eso Eduardo habrá tomado la precaucion de detenerse en la primer posada.

—¿Dios lo quiera! contestó Eva, volviendo otra vez a su mutismo.

—¿Has visto tu vestido de novia? dijo Claudia, con el propósito de sustraer a su hija de sus angustiosos presentimientos.

—Sí, madre mia; sí, lo he visto.

—¿Son hermosos?

—Mui hermosos, sobre todo la corona; ¿creeis que sus azahares harán buen efecto entre mis cabellos rubios?

—Ya creo que harán buen efecto, y ahora mismo voi a verlo.

Y al decir estas palabras, Claudia trajo la corona y fué a ponerla sobre las sienes de su hija, cuando el estampido de un trueno conmovió la choza, se abrió la puerta de par en par, y Eva retrocedió dando un agudo grito.

Claudia, aunque alarmada, consiguió en pocos momentos dominarse.

—El viento, dijo, ha soplado con violencia y la puerta estaba poco segura.

Despues de acuñarla convenientemente prosiguió:

—Acércate hija mia para probarte la corona.

—Sobre este peinado?

—Sobre ese u otro cualquiera.

—¿Y con estos vestidos?

—No veo inconveniente.

—Me peinaré, arreglando mis trenzas como mas le agradaba a Eduardo.

—Como quieras.

—Y me pondré ademas el velo y el anillo de oro.

—Mui bien, el velo, el anillo y todas tus joyas; yo te serviré de camarera.

Y se comenzó la obra.

Eva se puso a tararear una cancion mui melancólica.

—¿No sabes algo mas alegre? dijo Claudia.

—Sí, pero la noche está triste... triste como mi alma, murmuró mui bajo la infeliz Eva.

Era verdaderamente lúgubre ver ataviarse esa niña en medio de una deshecha tempestad, cuyos bramidos apagaban las notas de su canto lastimero.

Cuando hubo concluido sus arreglos, dijo a Claudia:

—¿Habrá continuado Eduardo amándome durante este tiempo?

—Lo creo, como creo en tu pureza, hija mia.

—Pues bien, ponedme la corona.

Y se puso de hinojos a tiempo que sobre el techo oyó el canto de la lechuza.

Entonces pasó un hecho extraordinario.

En alas del viento llegó hasta las dos mujeres, medio apagado por el rumor del correntoso Cachapoal, el acorde de un violin que tocaba con un sentimiento indescriptible *el último adios*.

Eva, mas blanca que los azahares de su corona, se quedó inmóvil, atento el oido, los labios entreabiertos y luego, ágil y nerviosa, corrió a la puerta y se perdió en la oscuridad, exhalando un grito de muerte.

Los acordes del violin continuaban, en tanto, cada vez mas lastimeros, y de tiempo en tiempo respondian los ruidos del leon o el chillido de la lechuza que ajitaba sus alas cerniéndose en mitad del rio, siguiendo su corriente.

A la luz de un relámpago, Claudia, que tambien habia abandonado la choza, vió un árbol arrastrado por el oleaje de las aguas y en medio de él a un jóven desnudo como los dioses del paganismo, tocando en un violin las últimas notas del lastimoso *adios*.

¿Este cuadro fué tambien visible para Eva?

—¿Quién sabe! Claudia, no viéndola, no obstante de haber avanzado hasta el borde del rio, la llamó: imperiosa primero, angustiada despues, pero solo le respondieron los rujidos del leon y los chillidos de la lechuza allá a lo lejos.

Corrió entonces, y corrió hasta que le alcanzaron las fuerzas; llamó a su hija hasta que se estinguió su voz.

La tempestad habia redoblado sus horrores.

A la mañana siguiente, entre los despojos de árboles y de yerbas, se encontró el cuerpo de Eduardo que aun empuñaba el violin. En cuando a Eva, no pudo jamas ser habida.

ERASMO.

Hé aquí a grandes rasgos la historia que nos refirió el anciano en una noche del mes de marzo, en los umbrales de su choza y bajo un bosque de corpulentos árboles.

Todos permanecimos silenciosos, mas o menos conmovidos, y pudimos ver cómo el aire, que traia en sus alas el rumor de la selva, secó una lágrima que habia surcado las mejillas del viejo Erasmo.

Pasada esa primera impresion, y deseando completar, en lo posible, la leyenda, dije al anciano:

—Si Eva no pudo ser habida, ¿se tuvo, al menos, la conciencia de su muerte?

—No lo sé.

—¿Cómo! creéis por ventura...

—Yo creo que desde esa noche se transformó en el jenio maléfico de ese rio.

—Pero eso es simplemente una opinion, una fantasía...

—Nó, pues hai numerosas víctimas que acreditan esta triste realidad.

—¿Víctimas que se han encontrado frente al cerro de la leyenda?

—Al frente o a sus inmediaciones.

—¿Esos acontecimientos se verifican solo en las creces?

—En las creces, a cualquiera hora, y de enero a enero, y día a día, a las doce de la noche.

—Creo esplicarme ese fenómeno.

—¿De qué manera?

—Imajino que frente al cerro debe existir alguna corriente o golpe de agua que hace ese paso peligroso.

El anciano movió negativamente la cabeza.

—Yo, en otro tiempo, fuí tambien de los incrédulos, murmuró.

—Pero ahora...

—Ah! ahora pienso como un día en que me ví precisado a someterme a la evidencia.

—¿Os ha salido alguna vez al encuentro la niña de los cabellos de oro? dije, conteniendo con dificultad una sonrisa.

—Sí, señor, una vez y en una circunstancia bien difícil.

—¿Quereis referirnos ese episodio? pero talvez el cansancio...

—Oh! nó, respondió Erasmo, elevando al cielo sus ojos; voi con gusto a complaceros.

Algunos de mis compañeros que se habian retirado en busca de su lecho, volvieron nuevamente a tomar colocacion al lado de la fogata.

El anciano comenzó de esta manera.

—En el año 17... el invierno fué mui rigoroso, y en union de algunos compañeros tuve que atender un trabajo al otro lado del rio.

Concluido que fué, y como si la suerte quiera retenernos, sobrevino una gran crece, encontrándonos aislados y con escasas provisiones, que bien pronto se consumieron.

Entonces se presentó el hambre, y se hizo necesario tomar una pronta determinacion.

Convinimos, despues de una lijera discusion, que echáramos a la suerte quién debia intentar el paso del rio para ir en busca de bastimentos, y fuí yo el elegido.

—Entre morir de hambre y morir ahogado, la eleccion no es difícil, y me someto con resignacion al destino, murmuré.

—Convenido, replicó uno de mis compañeros; pero entre uno u otro riesgo de muerte puede surjir la salvacion, y es preciso que trates de triunfar, tanto por tí como por nosotros en una situacion desesperada.

—Pierde cuidado que soi cristiano, y trataré, lo mejor que pueda, salvar mi existencia.

—Enhorabuena, y para poner de tu lado todas las probabilidades, te hemos hecho ensillar el mejor caballo, y tú mismo elejirás la mejor espuela.

En efecto, me trajeron el caballo mas robusto y mas diestro; y cuando monté para cumplir mi mision, me dijeron varios a la vez:

—Erasmus, acuérdate que el río es peligroso en toda su estension en este tiempo, pero que cerca del cerro del inglés el paso es una manga de muerte.

Hice la señal de la cruz, y con buen ánimo bajé por la ribera hasta encontrar un paso que me pareció menos peligroso.

Ahí me detuve ante el formidable aspecto del río que se deslizaba en oleajes tumultuosos, con un ruido aterrador.

Me fué preciso traer varias veces a la memoria la idea de que mis compañeros lo esperaban todo de mí para espolear mi caballo y lanzarlo en esas aguas espumosas.

Avancé al principio no menos de un cuarto de cuadra, sin accidente alguno; pero luego una de las nubes bajó hasta mí, envolviéndome de tal manera que me impidió ver ambas riberas; el agua se descargó con una fuerza extraordinaria, y como si esto no fuera bastante, el caballo, que hasta entonces había marchado con cierto vigor, se puso a dar violentas sacudidas, como si quisiera desprenderse de algun lazo que ligara sus patas delanteras. En este apuro le saqué el freno y le acaricié las crines, enderezándolo hácia la opuesta orilla.

El caballo relinchó una y otra vez levantando las narices; procuró obedecerme, pero una fuerza superior lo retenía inmóvil en ese sitio.

Quise recurrir a la espuela, una ola me arrebató de la silla, y entonces...

El anciano hizo una pausa.

—Continuad, dijimos, interesados con este relato.

—Ah! murmuró el anciano, yo estaba en posesion de todas mis facultades, en pleno ejercicio para salvar de la muerte, cuando ví...

—Vamos, ¿qué visteis?

—Ví que de en medio de un torbellino salió una jóven con las trenzas de oro, vestida de blanco, con una corona de azahares sobre la cabeza.

—¿Y esa jóven?

—Era Eva!

—¿La prometida de Eduardo?

—Oh! sí, la prometida de Eduardo.

Exhalé un grito, y sentí que me sumerjia en el agua con una fuerza poderosa.

—Eva! grité entonces, mas que con la voz con el pensamiento,

¿cómo podreis llevar en adelante esa corona si asesináis hoy al padre de tu Eduardo?

—¿Quién sois, pues? exclamamos al oír esta declaración.

—Lo habéis oído, repuso Erasmo, apoderándose de sus miembros un temblor convulsivo; habéis oído, Eduardo era mi hijo.

—¿Y qué sucedió? talvez Eva...

—Eva dió un gran grito, y, jesticulando como una poseída, me tomó sobre sus espaldas y me condujo sano y salvo a la opuesta orilla. Algunos momentos me miró con ojos indefinibles, y despues, dando un ronco sollozo, se sumerjió en las aguas.

Calló nuevamente el anciano y nosotros guardamos silencio, respetando su dolor, y conmovidos tambien con este relato.

Solo despues que trascurrieron algunos minutos me aventuré a decirle:

—Cuando repasasteis el rio con provisiones para vuestros compañeros ¿no visteis otra vez a Eva?

—Nó, el rio habia disminuido notablemente el caudal de sus aguas y ese dia era un dia sereno.

—Desde entonces ¿no habéis vuelto a ver a la novia de vuestro hijo?

—Una sola vez.

—¿En otra circunstancia tan crítica como la que acabais de referirnos?

—Nó, en una noche de diciembre, al pié del cerro en donde voluntariamente esperé las doce de la noche.

—¿Y bien?

—A esa hora ví a una jóven que, hasta medio cuerpo, se elevó sobre las aguas, ajitando en el vacío sus brazos descarnados, y despues el canto de una lechuza que se cernia sobre su cabeza. Tuve miedo, me pareció que permanecer ahí era tentar a Dios; y como quien huye, monté a caballo y me alejé a gran galope.

Despues de estas palabras, que fueron las últimas que pronunció el anciano, trascurrió un largo rato de silencio; y era ya mui entrada la noche cuando pensamos en recojernos, permaneciendo siempre silenciosos.

Al rayar el sol del siguiente dia nos despedimos de Erasmo, que rehusó obstinadamente admitir dinero, y en la tarde, de regreso ya

de nuestra expedicion, atravesamos la cuesta y nos detuvimos en el tercer caracol a contemplar ese cerrito, que tenia entonces para nosotros un palpitante interes.

Ah! vosotros los que viajais por ese camino, ya sea en busca de la salud o de los placeres, al encimar esa cuesta, dirijid vuestras miradas a la izquierda y acordaos que en ese sitio y en una noche de lluvia y de tormenta, una infeliz jóven buscó a su novio para unirse a él en el fondo de esas aguas.

Valparaiso, julio de 1874.

V. MURILLO.

JORJE SAND.

Figuraos una señora de provincia, sencilla, modesta, y hasta un poco tímida, una viuda de calidad en quien la distincion de la nobleza se ha endulzado y refundido en la espresion alhagüeña de la buena mujer. La frente, armoniosa y elevada en forma de cúpula, es un abrigo vasto y seguro del pensamiento; los ojos profundos y límpidos, han conservado el resplandor de la juventud; la nariz, de una figura aristocrática, protesta de la parte inferior de la cara, que es tosca y un poco vulgar: es claro que esta figura, empezada en poesía, ha sido acabada en prosa. En el vecindario castellano de Nohant, hospitalario para los artistas, bueno para los pobres, abnegado para los suyos hasta la inmolation, la vista y la memoria vacilan en reconocer el modelo del bello retrato soberbio y viril gravado por Calamatta.

Mme. Sand ha hecho de su vida dos partes arregladas con la puntualidad del artesano que se ha impuesto su tarea. Es castellana de dia y poeta por la noche. A la hora en que los huéspedes de Nohant van a acostarse, ella viene a sentarse en su mesa de trabajo. Allí, hasta las cuatro de la mañana, en el silencio y la soledad, la pluma del romancero corre, con la brida al cuello, (como dice Mme. de Sèvigné), la imaginacion abre sus alas, la pasion ajita su tea, y las ficciones por nacer, no tienen necesidad de sujetarse a un plan preconcebido. Nada de retoques; la pluma no sabria volver a pasar por los caminos que ha recorrido ya. Nada de borrones; el pensa-

miento marcha sin titubear y la palabra viene a ajustarse a la frase con una precision tan regurosa como luminosa. El escritor prefere romper cien pájinas ántes que borrar una línea; no sabe correjirse, pero no trepida jamás en comenzarse de nuevo y ante la improbacion discreta de un amigo, le ha sucedido arrojar al fuego el romance que esperaba la Revista o el librero, la comedia que iba a ponerse en ensayo.

Un romancero (crítico al presente), y crítico mui fogoso, mui apasionado, pero mui convencido, ha notado, como un rasgo de inferioridad en Mme. Sand, la ausencia de esa chispa de la intelijencia que es a la lengua francesa lo que el salitre a la pólvora: el injenio!

Y el crítico, triunfante con su bello descubrimiento, se admira de él en un pais y en una lengua en que Mme. de Staël tenia siempre injenio, y Mme. de Girardin lo tiene con frecuencia.

Se me permitirá admirarme a mi vez de la admiracion de M. Barbey d'Auravilly (pues es el mismo), confesando que ha dado en el blanco. "Teneis razon, le diria, Mme. Sand no tiene injenio, pero "no emplea ninguna humildad burlona en confesar su falta a este "respecto ante los escritores que lo tienen en abundancia. Cuando "instada por dos directores a la vez, se decidió a sacar una comedia de su romance del *Marques de Villemer*, ¿a quién se dirijió, "con el candor y la sencillez del jenio para salpicar de palabras "brillantes el papel del mal sujeto de la pieza, representado por "Berton? A M. Dumas hijo, M. Dumas es hombre capaz de negar "haber prestado a este rico: delicadeza que es preciso alabar, pero "que la lealtad del que ha pedido prestado hace inútil.

"Es, pues, bien entendido, mi querido crítico, que Jorje Sand no "tiene ni el injenio de las cosas festivas y finas, como Voltaire, ni "el injenio de palabra, como Rivarol, Chamfort o Dumas hijo. ¿Pero "qué prueba esto, ni en qué podría disminuir los dones raros y "poderosos de la imaginacion, de la pasion y de la elocuencia, que "son los suyos? Victor Hugo, el mas grande poeta lírico de este "siglo y de muchos otros, no tiene mas injenio que Jorje Sand: "Balzac, a quien erijis una estátua en todos vuestros libros y hasta "en todos vuestros artículos, no tiene mas injenio que Victor Hugo.

"Es preciso concluir que los *padres pobres* de Balzac son inferiores a la *Delfina* y a la *Corina* de Mme. Staël—que tenia siempre

“ingenio— y que las *Odas y Baladas las Orientales y Las Hojas de otoño* de Victor Hugo, son menos estimables que las cartas parisienses de Mme. de Girardin, que tenia ingenio tan amenudo?”

Lo que sorprende en Jorje Sand, lo que es la señal viril y espontánea de su talento orijinal y poderoso (independientemente de una juventud, de una fecundidad de imaginacion que nos confunde y que no agota ni la edad, ni la labor sin tregua de la produccion); es la belleza, la solidez de la forma siempre grande con sobriedad, siempre elocuente con sencillez. Esta forma ha alcanzado su punto de perfeccion el dia en que el romancero dijo su primera palabra. La pluma que ha escrito el *marques de Villemer* parece no haberse vuelto a tajar despues de *Indiana*. No digo que en esta época de vacilaciones para el escritor y de arrastramientos involuntarios en una corriente estremadamente turbia, su pureza no haya podido resentirse de las fiebres del momento y resaltar en numerosas *repe-laduras* sobre su frase; pero esta frase saliendo toda de una pieza de un molde interior calentado por una inspiracion sincera, fué desde luego lo que debia ser siempre; no tomó nada de las modas literarias que el escritor debia costear sin mezclarse en ellas.

Jorje Sand habla la lengua de Juan Jacobo, sin la tiesura jenovesa, pero con el viejo acento frances, que es un don y no una pretencion de su rica y fácil naturaleza. Y puesto que, por esta aproximacion natural e indicada entre dos grandes escritores, me veo a orillas del lago en que venia a soñar, niño, el quimérico amante de la filósofa Julia, me quedo en ellas para acabar mi comparacion.

El Ródano, abriéndose paso a travez del Léman para correr a desposarse con el Mediterráneo, y siempre reconocible por su melena de plata en medio de las aguas dormidas que deja a derecha e izquierda, nos respresenta la marcha del estilo de Jorje Sand. Como una ola poderosa precipitada de su fuente hácia su embocadura, este estilo ha dejado su limo en las balsas de romanticismo que fué condenado a atravesar de 1832 a 1836. Ha sabido abrirse un lecho entre dos riberas encantadas, pobladas de las historias del corazon y de las quimeras del cuento,—el cuento a veces mas verdadero y mas humano que las historias.

Largo tiempo ha podido creerse que Jorge Sand era un escritor original solamente en la forma. Tan clara era esta forma, tan firme y correcta, cuanto el ingenio que encerraba en sus aristas vivas parecia irresoluto, flexible y pronto a las preocupaciones pasajeras. Se hubiese dicho que el escritor no tenia mas ideas que las que hacia suyas por una rara facultad de asimilacion, o las que le imponian alternativamente las admiraciones sin dia siguiente y las amistades sin duracion. He comparado su estilo a un hermoso rio: siguiendo al rio en las sinuosidades que describe, nada es mas fácil (y, bajo el punto de vista literario, nada es mas curioso) que ver reflejarse en sus aguas transparentes todas las teorías, todos los sistemas, y aun todas las estravagancias de una época enloquecida por las innovaciones, hasta el punto de tomar por ideas nuevas los fantasmas del pasado que evocaba y cuyo sudario cortaba a la moda del dia. El ilustre romancero cuenta por su parte un gran número de esos fantasmas colocados sobre las dos riberas que bate la ola tormentosa de sus cambiantes aspiraciones. La vista menos perspicaz halla una semejanza olvidada en esas imágenes que rompe a veces la corriente, y que el espejo movible cubre con su mas brillantes lentejuelas.

Hé aquí un paisaje que sombrea la historia y que dora la poesía: es la Venecia de las *Cartas de un viajero*. Cerca del turista que nos da sus impresiones de viaje, ¿habeis notado a ese jóven tan fatigado y tan distinguido? Es rubio como un ingles y nervioso como una mujer. ¿Es un poeta? ¿Es un dandy? Hai ambas cosas en toda su persona. Ha obrado como escéptico y ha sido castigado. Ha tenido que sufrir por todo lo que se ha burlado y enjugado mas de una lágrima bajo la máscara de su falsa ironía. Despues de haber representado como hábil actor esta comedia a la moda del desencantamiento, la pieza concluida, la admiracion de los espectadores se obstina en no ver en él mas que la actitud, el jesto y el traje de su papel. Habiendo llegado a madurar su juicio, su buen sentido ha permanecido inalterable; protestaron en vano, nada consiguieron. Inútilmente estaba condenado a no pensar mas, a no escribir mas, y para que se le olvidase del todo se habia dormido como un campesino duerme la siesta, en una escelente poltrona: la oscuridad no ha querido tomar parte en su muerte. El romanticismo, que habia renunciado y escarnecido, desde el año de 1833, en cartas familiares, ha reclamado su corazon: y sus contemporáneos lo han conocido en

la mortaja Byron, a él que habia soñado una sepultura modesta al lado de Lafontaine, su último maestro y su última y sincera admiración!

Hé aquí una figura pálida y enfermiza, hundida mas bien que sentada en la ribera. Es la sombra encantadora que vaga sobre *Consuelo*? Vemos pasar, medio oculto a las ojos por una cortina de álamos, al salvaje Benedicto amado de la altanera Valentina? Silencio, prestad atención, y ocultad bien esta muchedumbre banal y mortífera que eleva a la artista un pedestal de que ella hará después una hoguera. Sus labios ya no cantan; confían a algunos oídos predilectos un soplo armonioso: es el murmullo de la arpa eolia, que un viento venido de las alturas, lleva a su alma, y que su genio fijará en las obras demasiado escasas, pero inmortales.

Pero el paisaje se sombrea, y el río cuyas aguas están cargadas de un limo amarillento, atravesando los contornos desolados, no refleja ya sino opacas siluetas. Aquí el abogado republicano del romance de *Simon*, fué sincero, fué elocuente, y habla un mal francés. Mas adelante, el iluso, dulce o inofensivo, cuya frente está coronada de las nieblas de la metafísica y reflejada en las páginas de *Spiridion*, hace descender las tinieblas hasta un estilo todo luz y todo cristal. En ese filósofo pobre, que fué un pobre hombre, una sola vislumbre atraviesa las sombras que oscurecían la inteligencia del utopista: es la conciencia del hombre de bien.

Mirad, ahora, sobre la ribera opuesta, esa forma que se levanta como un remordimiento: es el fantasma del orgullo herido, que se ha deslizado de la fé a la duda, y de la duda a la blasfemia. Se sabe derribado, pero quiere tener presencia de ánimo en su caída, y ayudado por el espíritu de partido, acabará por hallar una actitud popular. Su pensamiento turbado en una frase tranquila, su genio perdido en la rebelión, su despotismo amargo y contenido, se proyectan en líneas tormentosas y sombrías, en uno o dos de los hermosos libros del romancero, pero mas particularmente en las *cartas a María*. Paz a ese fantasma ilustre y desgraciado, que ha merecido ser admirado y ser sentido, pues ha sufrido como Pascal, ha sido humillado como Rousseau, y se ha arrepentido quizá en silencio como Melancton!

El hermoso río francés, a que he comparado el estilo de Jorje Sand, al llegar abajo del *Jost-de-l'Ecluse* corre con una rapidez sor-

prendente entre dos riberas unidas en forma de precipicio, y desaparece bajo tierra con un ruido espantoso. Esto es lo que se llama la *pérdida del Ródano*.

Los abismos, las cataratas, la desaparicion momentánea en el fondo de un abismo... el genio de Jorje Sand ha pasado por esas faces de un pintoresco terrible. Se ha creido reconocer el estilo del gran escritor en la redaccion de un Evangelio apócrifo, publicado en una época lejana ya de nosotros, y que asustó mucho a los fieles. Aun cuando asi fuera (y asi es!) ¿el romancero de las pasiones podia resistir a la fuerza de la corriente? Perderse en compañía del Ródano, era perderse con cierto brillo. El Ródano, es verdad, crece con muchos arroyos fangosos! Lo esencial es que siguiendo como el rio su curso a traves de la montaña, Jorje Sand ha reaparecido, calmado, disciplinado, vuelto a ser claro, y bañando y fertilizando un verdadero pais de hadas, el de la *Mare au Diable* y de la *Petite Fadette*.

Digamos los grandes defectos despues de las grandes cualidades. No podria hablarse la lengua de Rousseau sin hinchazon; gracias a la sobriedad de la lengua que habla, Jorje Sand preserva casi siempre su estilo, jamás sus ideas ni sus sentimientos. Ved al maestro y al discípulo a brazo partido con una ficcion romanezca. Hé aquí a Valentina y allá a Julia: decis a lo ménos y yo querria creerlos; pero ¿cómo es que buscando una mujer, me chocó por ambos lados con una tésis social? Aplico el oido a vuestra heroina, señor Juan Jacobo; su corazon no late! Miro al fondo de vuestros cuadros, mi amigo Jorje: nada humano se ajita en ellos, ni la vida eterna, ni las costumbres de una época, y no siento pasar por ellos mas que el calofrio de vuestra elocuencia. Un poco de viento! ¿es esta la última palabra de vuestra orgullosa filosofía?

El autor de *Indiana*, despues del autor de la *Nueva Eloisa*, ha imaginado una maldad que atribuye a la sociedad civil y cristiana; este crimen abominable, es el amor muerto por el matrimonio. Ambos han gastado en esta demostracion un raro poder, ambos han apasionado a un siglo positivo con la misma paradoja amorosa. Pero ni el padre de Julia, ni el poeta de Lelia se hallaban convenientemente colocados para juzgar y condenar un órden social fundado sobre el matrimonio: el uno estaba ya en el punto de vista, y el otro no ha podido colocarse jamas en él.

En un arte de imitacion como el romance, no es ni el lirismo ni

la elocuencia, sino la verdad, observada sin pasión de sectario, quien da la vida a las producciones del espíritu. La *Manon Lescaut*, del abate Prévost, es inmortal. Algunas partes de la *Mariana*, de Marivaux, se leerán siempre con placer. «El *Padre Goriot* será siempre el *Padre Goriot*,» ha dicho Stendhal.—La *Nueva Eloisa*, devorada en su tiempo, traducida en todos los idiomas, y tan profundamente olvidada en nuestros días, me hace conocer la suerte que está reservada a las poderosas quimeras dadas a luz por una mujer de jénio.

Pero este jénio salvará a Jorje Sand de una destrucción total. El póstumo de Juan Jacobo Rousseau seguirá hasta el fin el destino de su padre, tan orgulloso y tan humillado! El soplo de inspiración sincera, que ha atravesado los primeros libros de las *Confesiones*, llevará a su sepulcro de gloria las bellas páginas de *André*, de *Mau-prat* y de la *Petite Fadette*.

B. JOUVIN.

A AREQUIPA.

Oh! tú ciudad que embriagas mi mente delirante,
Perdona si me atrevo tu nombre a murmurar;
Si en lágrimas bañado, con pecho palpitante,
Envío a tus riberas mi plácido cantar.

Allí a donde el Misti, espléndido coloso,
Se eleva hasta las nubes con noble majestad,
Y cual rei del espacio osténtase orgulloso
Dominando en silencio la vasta inmensidad.

Allí donde del Chili las aguas cristalinas
Mi infancia recrearon con gárrula canción,
Y entre áureas mariposas y flores peregrinas
Amó por vez primera mi jónen corazón.

Yo vivo en otras playas ansioso de tu ambiente,
Buscando tus colinas, tu bélica inquietud,
Tus ruinas venerables, tu sol resplandeciente,
Que ayer con sus destellos nutrió mi juventud.

Yo corro enardecido buscando tus praderas
Cuajadas de esmeraldas que lucen su verdor,
Tus astros centellantes, tus noches placenteras,
Tus tímidas guacochas, tus nubes, tu calor.

Los májicos recuerdos, tesoros de la infancia,
Aquellas dulces horas que el tiempo evaporó,
El jérmen de mis sueños, mi cándida ignorancia,
La imájen de la vírjen que el alma me robó.

No envidies de otros pueblos la fama ni la ciencia,
Las glorias de la Italia, los héroes de Bailen,
De Grecia los laureles, de Crespo la opulencia;
Tú tienes tus grandezas, tus ídolos tambien.

Tú tienes en tus campos torrentes y cascadas,
Cristales que del cielo reflejan el fulgor,
Silvestres alamedas, frondosas enramadas
Y rios que a tus plantas susurran con amor.

Conventos seculares de austeros moradores,
Simétricos palacios de rico pedernal,
Con templos que debieron al arte sus primores,
Asilos de inocencia, fecundo manantial.

Canciones que del alma repiten la armonía,
Celajes pintorescos de nácar y turquí;
Tus médanos que el viento remueve con porfía,
Tus bellas alboradas, tu tierno yaraví.

Y grutas solitarias cubiertas de verdura,
Suspiros que del aura remedan a la voz,
Eternos manantiales de amor y de dulzura,
Esencias impregnadas del hálito de Dios.

Tus vírjenes jаланas de nítida belleza,
Que bordan la existencia de orgullo y de placer,
Que vierten a torrentes raudales de terneza,
Que tienen almas de ánjel y rostros de mujer.

Mujeres que matices robaron a las flores,
Ternura a las palomas, al rayo claridad,
A Eloisa la constancia, a Safo los amores
Y a la casta Lucrecia virtud y honestidad.

Tambien tienes valientes soldados aguerridos,
 Que hollaron con sus plantas al déspota español,
 Aquellos que en el campo de muerte enardecidos.
 Pusieron tu bandera tan alta como el sol.

Laureles inmortales y bélicos tambores
 Que atruenan el espacio con eco varonil,
 Y bardos inspirados, sentidos trovadores,
 Que llevan al combate la lira y el fusil.

Satélites que jiran de América en el cielo,
 Demócratas sublimes que aspiran a luchar,
 Que guardan tus hogares, tus leyes y tu suelo
 El pais de los Vijiles, la patria de Melgar.

Yo siento que a mis ojos las lágrimas asoman,
 De lo íntimo del alma profunda emanacion;
 No aspira, nó, mi pecho las flores que te aroman,
 Y el soplo de los Andes me hiela el corazon.

Si voi a las orillas del lago que murmura
 Y mezelo con sus aguas mi llanto de pesar;
 Si trémulo a la brisa le cuento mi amargura,
 Ni el lago ni la brisa me saben consolar.

Si escucho, cuando asoma la luna en el vacío,
 Al viento entre las olas con ímpetu rujir,
 Quisiera yo del viento tener el poderio,
 Volar a tus riberas, besarlas... y morir.

M. ANTONIO BENAVIDES.

¡AFECCION ÍNTIMA!

A MI INOLVIDABLE AMIGO FRANCISCO A. MACHUCA.

En el jardin de la vida,
 Llenas de aroma y colores,
 Se alzan dos hermosas flores,
 La una de la otra rival.
 Ellas son dulce consuelo
 En las horas de amargura;
 Ellas son del alma pura
 El deseado ideal.

En el penoso camino
 Son el encanto del hombre,
 Y es el símbolo su nombre
 De la belleza y del bien.
 Felices son los que aspiran
 Su aroma dulce y preciado,
 Aroma quizá arrancado
 Por Dios mismo del Eden.

Amor y amistad, amigo,
 Son esas dos flores bellas:
 Quiero mandarte con ellas
 Mi tributo de afeccion.
 Que en la senda de la vida
 Halles siempre hermosas flores,
 Que con su aroma y colores
 Embriaguen tu corazon.

ELIAS COUSIÑO.

Serena, junio de 1874.

EL AVE.

Ave triste y solitaria,
 ¿Por qué lloras, por qué lloras?
 ¿Por qué esa tierna plegaria
 Exhalas, dime, a estas horas?

Ya el sol se hundió en el ocaso,
 Las sombras cubren el cielo,
 Y la noche paso a paso
 Avanza en el verde suelo.

Vuelve, pájaro, a tu nido,
 Vé a dormir allá al arrullo
 De las brisas, remecido
 Al son de blando murmullo.

Que en él te aguardan temblando
 Tus tiernos hijos desnudos,
 Que, ya de frio espirando,
 Yacen inertes y mudos.

Lo que te espera no sabes
Si hasta la noche aquí lloras,
Que no son las tiernas aves
Para vagar a deshoras.

Vuelve, pájaro, a tu nido,
Vé allá a dormir al arrullo
De las brisas remecido,
Al son de blando murmullo.

—¡Ah! Tú no sabes, poeta.
Lo que sufre el alma mía;
Tú no sabes cuán inquieta
Está mi mente sombría.

El aquilon impetuoso
Destrozó mi dulce nido;
Por eso jime afanoso
Mi corazón oprimido.

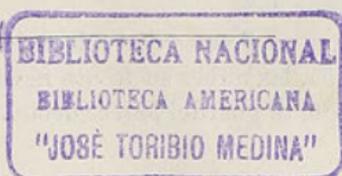
Déjame llorar mis cuitas,
Que las sombras no me arredran,
Ni las fantasmas malditas
Que en medio a la noche medran.

Qué temer puede el que jime
Sin esperanza en el mundo
Si ya la vida le oprime
Con un martirio profundo?

Que venga el viento bravío,
Que venga el agua del cielo,
Siempre aquí, triste y sombrío
Suspiraré sin consuelo!

1874.

PABLO GARRIGA.



A SANTIAGO.

RECUERDOS.

¡Cuán bellos recuerdos te guarda la mente
Ahora que ausente
Suspiro por tí!
Ojalá que un día pluguiera a mi suerte,
Llevarme a tus muros; volviera yo a verte
Ciudad de placeres, Santiago gentil.

Si fuera yo un ave, tendiera mi vuelo
Hacia ese tu cielo
Que inspira el amor,
Y allá en tu Alameda de acacias jigantes,
Do buscan la sombra los tiernos amantes,
Colgara su nido tu alado cantor.

Mas ya que no tengo las alas de un ave,
Mi cítara grave
Salude por mí
Tu fresca alameda, tus aguas corrientes,
Tus plazas que adornan purísimas fuentes,
Orladas de rosas, y blanco alelí:

Tus bellos palacios, tus calles hermosas,
Tus hijas preciosas
De pálida tez,
Huríes vestidas de ricos cendales,
Que tienen los ojos y el alma orientales,
Y tienen de Chile la noble altivez.

Salúdete al Andes su cumbre vecina
Que el sol ilumina
Con luz de zafir,
Semeja a un jigante que cela a su amada
Alzando a las nubes su frente nevada.
¡Santiago, te guardo! parece decir.

¡Santiago! qué se aspira en tu brisa
 Que allí se desliza
 La vida tan bien!
 Qué baño de rosas recibe allí el alma,
 Que torna a ser jóven, y en plácida calma
 Se forja la mente de dicha un Eden?

Feliz si los jenios de dulce armonía,
 Mi amante poesia
 Llevaran a tí.
 Feliz si cual cisne que trémulo canta,
 Posando en tu suelo la tímida planta,
 Mi nota postrera te diera al morir.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

UNA PERLA ORIENTAL.

(CONTINUACION.)

Pero el amor es mui ingenioso, y Zurla, como una tímida cervatilla que busca en su jaula un lugar por donde escaparse, dirijió la vista al rededor de su aposento.

Sus ojos, llenos de lágrimas, se detuvieron un instante en la ventana.

—Ah! Por allí, dijo,—y corrió hácia ella.

La altura la espantó por un momento.

—Es imposible!—murmuró, y desfallecida se dejó caer en un divan.

Y entonces su imaginacion le reprodujo aquellos momentos de placer que dias ántes la hicieran tan feliz en compañía de Yousouf, en ese mismo aposento en que ahora sufría tanto.

Recordaba el tiempo en que por la ventana atisbaba furtivamente al jardinero...

Recordaba, en fin, el tiempo en que viviera de ilusiones y de amor, y todos estos recuerdos no hacian otra cosa mas que acibarar su corazon, y si pensaba que quizá no volveria a ver a su aman-

te, este pensamiento, tan negro y sombrío como su porvenir, destrozaba su pecho.

Con todo, era preciso salvarlo, lo habia prometido, y sabido es que cuando una mujer del temple de Zurla promete, cumple.

La salida de palacio era difícil, y por lo tanto no debia perderse tiempo.

En efecto, Zurla se levantó con semblante adusto, como una persona que ha tomado una última resolución, del divan donde se habia arrojado tan desanimada, y tornó a dirigirse a la ventana.

¿Acaso la habria engañado su vista?

No, que la altura era respetable.

Veinte piés. Hé aquí el obstáculo que Zurla tenia que superar, y una vez superada ¿a dónde le conducia?

Al Jardin, a un lugar donde estuviera tan claustrado como en sus mismas habitaciones.

Sin embargo, siendo la única parte por donde podia haber mas probabilidad de salir, Zurla se resolvió a bajar a todo trance.

Tomó todo el oro que pudo encontrar, e hizo de sus fajas y charles una sogá bastante fuerte, y esperó la noche con impaciencia. ¿Cuán largas le parecieron las horas!

Zurla meditó su plan con madurez.

Con el oro, decia,—cohecharé a un eunuco del jardin, y estaré libre.

El oro es el móvil de todas las cosas.

Halagada con esta idea, la favorita del Bey esperó con impaciencia las nueve de la noche.

La hora sonó.

Y la amante de Yousouf, en extremo sobresaltada, se deslizó, como aérea vision, por la sogá que habia preparado, y con inciertos pasos se internó entre los árboles...

XXII.

AL GALOPE, HIJOS DEL PROFETA!

La fuga de Zurla trastornó al Bey que, cediendo a un exceso de cólera e indignación, tan comunes en los hombres de temperamento sanguíneo y acostumbrados a que se cumplan sus menores deseos, ordenó que un destacamento de mamelucos, sin pérdida de tiempo los siguiera y los trajera muertos o vivos.

Nada quedó oculto al Bey.

Todo lo supo, y esto acrecentó mas su encono.

El destacamento partió, bajo el mando de Ben-ber-ley y precedido del rejio estandarte compuesto de un alfanje blanco en campo rojo.

El implacable mameluco estaba radeante de alegría; iba a vengarse, iba quizá a ser tesorero, su única aspiracion. Probabilidades habia bastantes.

—Al galope, hijos del Profeta!—gritó el mameluco, y todos dieron suelta a las bridas de sus corceles árabes que, desbocados, echaron a correr.

XXIII

ÚLTIMO MOMENTO DE AMOR.

Zurla encontró a su amante a distancia de cinco leguas de Tunez, durmiendo con tranquilidad en un pequeño aduar.

La situacion era amena y pintoresca. La pajiza cabaña se elevaba en medio de jazmines y heliotropos, y reclinaba uno de sus costados en una verde y jentil palmera.

La luna proyectaba sus rayos blanquecinos sobre este pequeño oasis.

Zurla se deslizó sin formar ruido, por entre las perfumadas flores. El seno le palpitaba, sentia pesada la cabeza, y el aire no era suficiente a su respiracion.

Se la hubiera tomado entonces por una estátua colocada en medio de aquellas flores que la naturaleza, por uno de sus raros caprichos, habia creado en un desierto.

Sin embargo, Zurla no quiso, o no tuvo tiempo para admirar todo esto. Su pensamiento la preocupaba demasiado; su pensamiento era único, tenaz.

La odalisca se dirijió al aduar, lanzó un grito que no tuvo eco, y faltándole las fuerzas, se apoyó en un rústico banco.

Yousouf dormia sobre el musgo.

Un rayo de luna se lo habia mostrado.

El jóven descansaba con el sueño dulce y tranquilo de una conciencia pura, con el sueño que coje al hombre que se cree feliz, con el sueño de un amante correspondido.

Zurla le contempló por un momento, sin atreverse a despertarlo.

—¡Qué hermoso está así—dijo acercándose un paso,—y sin em-

bargo, ignorante de la sentencia que pesa sobre su cabeza, reposa tranquilo. Oh, Yousouf, una mujer te ama, y esa mujer te salvará! Duerme Yousouf, duerme, yo velaré tu sueño. ¡Qué cansado debe estar para dormir así!... Cómo pudiera, sin despertarlo, reclinar su cabeza sobre mi seno!... Cómo pudiera estrecharlo contra mi corazón! Mas nó, duerme pobre Yousouf.

Zurla pronunció las últimas palabras, enjugando sus lágrimas al mismo tiempo.

En seguida dejó caer la cabeza entre sus manos, y sus sentidos parecieron volver al estado natural.

Entonces la voz roedora de la conciencia le hizo comprender cuántas acciones indebidas cometiera, acciones que debió haber evitado con valor.

Habia degradado su sexo entregándose a una pasión vergonzosa y para seguir a un extranjero que acaso le abandonaría mañana.

—Qué de crueles reflexiones no se agolparon a su imaginación!... Mas ah! todo estaba hecho. Era tarde.

—Nó, exclamó en voz alta como queriendo disipar sus tristes pensamientos; nó, yo no soi culpable, la naturaleza me ha dotado de un corazón ardiente... Yo ví a este hombre y le amé, le amé con delirio... Oh! él también me ama, estoi segura de ello, y por mí se ha perdido!...

Cuando Zurla pronunció estas últimas palabras con voz desgarradora, Yousouf se ajitó débilmente en el musgo, respiró con fuerzas, y a su frente pálida apareció un helado sudor, después sus labios se entreabrieron, y pronunciaron un nombre.

Zurla cayó de rodillas ante él, y exclamó:

—Poderoso Alá, vos sois testigo de que no me engaño, de que me ama. ¿No habeis oido que aun cuando reposa se acuerda de mí?... Mucho debe amarme... Amándole como le amo, aun no le pago su amor inmenso, grande como su alma... Yo seré su esposa.

Y mientras hablaba, con la tierna solicitud de una madre enjugaba la frente de su amante con su cabello largo y sedoso.

Un instante después un ruido extraño se hizo sentir a corta distancia, y Zurla espantada se estrechó involuntariamente de Yousouf.

El jóven se incorporó sobresaltado, y echó mano a su alfanje.

Zurla retrocedió.

—¡Quién está! gritó Yousouf.

Zurla guardó silencio.

—¡Quién está! Volvió a gritar.

A este tiempo, un rayo de luna alumbró a la jóven, y Yousouf pudo distinguir el rostro encantador de una mujer pálida como la luz que la alumbraba.

Se incorporó y se detuvo un instante a contemplarla.

—¿Quién sois? preguntó despues de una pausa.

—No me conoces?

Yousouf, avanzó un paso, y quedó inmóvil.

—Zurla!

—Yousouf!

Y un tierno abrazo estrechó a los dos amantes.

Al instante se oyó el ruido de un beso, y todo volvió a quedar en silencio.

La luna se habia eclipsado por un nubarron.

La brisa murmuraba entre las flores, y esparcia por do quiera su aliento perfumado.

.....
Amanecia.

La aurora, mas sonrosada que la mejilla de la mujer que oye por la vez primera una palabra de amor, tenia el azul del cielo.

Todo parecia animarse en la naturaleza.

Los dorados insectos, ocultos, entre las flores, hacian oír sus monótonos sumbidos, y las lijeras mariposas triscaban entre las enredaderas.

El viento helado de la mañana mecia mansamente las sonoras hojas de la palmera.

Todo parecia haberse animado, árboles, flores, insectos.

Yousouf y Zurla contemplaban aquel oasis y lo comparaban al Eden del desierto.

—¿Qué felices dias pasaríamos, si nos fuera dado vivir aquí!...

—Sí, Yousouf, mui felices. Cultivaríamos estas flores y habitaríamos un aduar.

—Y por la noche, mientras allá, a lo léjos, el viento mujiera y la lluvia cayera a torrentes, los dos, al abrigo de la lumbre, nos entre tendríamos conversando... ¡Qué de cosas no os contaría!...

—Basta, Yousouf; es una quimera sobrado dulce para hablar de ella.

Zurla se reclinó lentamente, y Yousouf permaneció pensativo.

Despues, irguiendo la cabeza y mostrando su rostro súbitamente revestido de una cruel palidez:

—Anoche, Zurla, dijo, me dijisteis si mal no me recuerdo, que estaba condenado a muerte?

Zurla se sintió estremecer, de pié a cabeza, como la tulipa al sentir el gusano que roe su tallo.

—El cadáver de Saled ha sido encontrado, murmuró apenas.

—Maldicion!

—No tengas cuidado, Yousouf, aquí no nos encontrará nadie. Por otra parte, te amo tanto, que me atrevo a asegurarte que te salvaré de los peligros que te amenazan. Ten valor y no desmayes.

—Conozco demasiado a nuestro señor para temerle; él ordena, y su mandato es una lei.

Mi señor, dices? Ah! mi señor es mui bueno.

—Zurla, no juzgueis los ajenos sentimientos por los vuestros. Un tigre puede tener por hijo a un cordero... Vuestro señor no perdona jamas la menor falta, y ahora, instigado, alucinado por enemigos que tengo en su palacio, ¿creeis que me perdonaria?

—Sí, Yousouf, te perdonará.

El jóven dirigió sus ojos negros al rostro de Zurla, y sonriendo dulcemente añadió:

—Estais segura?

—Ah, Yousouf, te perdonará, porque, en todo caso yo me echaré a sus piés, le suplicaré, le lloraré si es necesario; le diré que te amo, y... lo conseguiré, no lo dudes; tú no sabes lo que puede una mujer que ama y llora!...

—Pobre Zurla, exclamó Yousouf, cómo os engañais! Estamos perdidos, Zurla; el derecho que tiene una favorita sobre su señor se ha estinguido para vos; y yo, yo he herido en lo mas sensible a un hombre que me habia elevado a un grado que muchos otros no habian podido obtener. Ya lo veis, estamos perdidos.

El perdon! El perdon es una quimera. Ademas, si como me decis le llegaseis a obtener, me separarian al momento de vos, y entonces ¿para qué querria la vida?

Quiero morir mas bien, porque el apartarme de vos, seria como separar el alma de mi cuerpo. Abandonaros!... El que no haya amado nunca, será el único que no comprenda lo terrible de esta palabra.

Durante un momento, Zurla guardó un profundo silencio, y parecia mas triste que antes.

MANUEL CONCHA.

(Continuará).

FRAGMENTOS DE UNA CARTA.

(LEIDOS EN LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS.)

Señor don N. N.

Querido amigo mio:

He leído con indecible interes tu interesante y larguísima carta en la que en tono confidencial me abres en par en par las puertas de tu corazon para introducirme a él, y en la que me comunicas tambien que estás consagrado con plausible asiduidad al estudio de ciertos ramos que deben ser objeto de tus próximos exámenes.

No estrañes que por toda contestacion a la parte romanesca y sentimental de tu carta te diga que es tan posible en tu temprana edad dar con un corazon puro y sincero que hace de la mujer un ángel, o con un corazon empedernido y falaz que la convierte en una serpiente, como es posible echar los dados sobre el tapete y perder o ganar la partida... Apártate temeroso del abismo del amor y corre a recibir la sombra del árbol de la ciencia. Si no cosechas de él sus frutos ópimos y sazonados, te brindará, en cambio, sus aromáticas flores; es decir, si no resultas un sábio, serás por lo menos lo que se llama un hombre culto.

Me dices que la historia de la edad moderna, la filosofía y la literatura, forman la asignatura de tus clases, cuyas pruebas vas a dar. Constancia y trabajo, amigo mio: si es vasto el horizonte que esas materias abren a tus miradas, no es tan penoso tu cometido si se atiende a que el grado secundario y puramente preparatorio a que has alcanzado, hace que las ideas que has adquirido en cada uno de los ramos mencionados sean esencialmente elementales; los rudimentos, las nociones preliminares de cada uno de ellos son apenas, como tú sabes, todo lo que te exige el estatuto universitario.

De mas estaria el encarecer ante tu clara intelijencia la importancia de las materias que son el objeto de tus estudios. En la en-

ciclopedia de los conocimientos indispensables para todo hombre educado y apto para ser útil a los demas y a sí mismo, si no ocupan ellas solas el primer lugar, participan de él ciertamente.

La historia moderna es la clave de la vida intelectual del mundo civilizado; sin ella, es punto menos que imposible comprender la civilizaci6n contemporánea y penetrar, por decirlo así, en la conciencia de nuestro siglo. La historia es el tesoro de las esperiencias de la especie humana; es, como ha dicho un sábio, *el testigo de los siglos*. Y la esperiencia es para todo ser racional, para la sociedad como para el hombre, el primer elemento de su destino; no sabe a dónde va el que no sabe de donde viene; se mueve sin conciencia como materia que jira, nó como espíritu que camina. ¿Qué cosa existe, en efecto, hoi, amigo mio, o se desenvuelve o realiza, que no tenga sus antecedentes y su iniciativa lójica en la historia de los tres siglos últimos? De las grandes evoluciones que ha hecho el espíritu humano en su reciente edad, la reforma relijiosa es la de mayor importancia, porque como quiera que se la juzgue por lo que toca a sus miras inmediatas y directas, ella tuvo un efecto plausible: el de preparar la revolucion filosófica que emancipó el pensamiento y que a su vez condujo a los pueblos a la revolucion política que ha emancipado al hombre. La historia moderna es pues, un drama, o mas bien una epopeya grandiosa, a cuyo desenlace asiste talvez nuestro siglo, pero cuya esposicion comenzó mucho ántes, tres siglos atras.

Ahora bien, amigo mio: ¿qué pueblo de los que son protagonistas o subalternos en esa gran odisea del espíritu humano, podrá llenar su mision sin comprender el conjunto de la accion de que forma parte? Quien no vincula su conciencia al espíritu histórico de su tiempo, ¿podrá decir que vive como hombre, participando voluntariamente de la vida y del movimiento de la sociedad a que pertenece?

Hé ahí, amigo mio, cómo el conocimiento de la historia, de la historia moderna sobre todo, concurre en servicio del progreso, dignificando al hombre y formando la conciencia del ciudadano, y sirve tambien para libertarnos de aquellos seres que, interponiéndose desde las alturas del poder como fuerzas ciegas, sin ningun fin humano, sin comprender ellos mismos por qué ni para qué atacan y desconciertan la vida de los pueblos, que son incapaces de comprender. Verdad es que el carro de la civilizaci6n al fin los aplasta; pero, entre tanto, jeneraciones enteras se malogran! Mucho

tiene ganado, en consecuencia, en el sentido de aquellas ventajas y contra estos inconvenientes, el individuo o el país que comprende que las claridades del porvenir no son mas que el reflejo de las luces del pasado, y que así como es máxima de moral práctica que la experiencia es madre de la sabiduría, es también axioma de vida social que la senda del progreso tiene su punto de partida en el umbral de la historia.

Si esa verdad por nadie contestada era tal vez, amigo, innecesario el que te la enunciara, no sucede lo mismo con esta otra: la ignorancia de la filosofía es un mal, del que solo la ignorancia misma puede hacer que nos consolemos.

Cundiendo está, en efecto, el espíritu escéptico que hace ostentación de su desden por los estudios especulativos. Este es un triste síntoma de la decadencia del sentido moral de que se ha acusado a nuestra época, con sobrada razón, por desgracia; es una exajeración en que se despeñan los que no comprenden que lo ideal y lo positivo coexisten; y puesto que los hechos morales de la naturaleza humana son evidentes, ellos deben tener sus leyes, como las tiene el mundo físico. Esas leyes importa que las conozcas con tanto mas ahinco, cuanto es mas noble la esfera de vida a que pertenecen. Y si la razón humana puede consagrarse con fruto a su investigación, ¿por qué se le privaría hacerlo?

Y bajo el punto de vista práctico a que se quiere reducir hoy en día todas las cosas, ¿se podrá negar que la ciencia, que ha llegado a estas tres conclusiones: la existencia de Dios, la inmaterialidad y la inmortalidad del alma humana, aun cuando no prometiese más, se podrá negar, digo, que esa ciencia es útil, que sostiene el mundo moral y fortalece al hombre en la vía de su destino? Y no importa, amigo mio, que tú, como yo y como todos los hombres tengamos la intuición de esas verdades, ni que la religión con su autoridad sobrenatural las imponga; no basta saberlas, es menester comprenderlas. De otro modo hai peligro de relegarlas al olvido o confundirlas, toda vez que el espíritu del error persevera o se muestra pronto a combatirlo todo. Nada se habria adelantado, pues, con dejar desarmado el espíritu de la verdad. Temblemos de ver volver uno de esos eclipses de las ideas morales, del verdadero sol de la civilización, por los que tantas veces ha pasado el mundo!

En cuanto al testo de filosofía adoptado al presente en la universidad de Cochabamba, me dices que es el mismo que se estudiaba cuando yo era alumno de ella, es decir, el compendio de la obra

grande de Damiron. Te diré a su respecto que pertenece esencialmente a la escuela ecléctica, y que sin embargo de estar muy léjos de ser intachable como obra didáctica, la juzgo (en mi humilde opinion) mas completa y adecuada a la enseñanza que la adoptada hasta hace poco tiempo en la universidad de Chile, que es un deficiente manual de filosofía elaborado por don R. Briseño e imperfectamente extractado de varias obras, y especialmente de las de Balmes, Damiron, y de la de don Ventura Marin, filósofo chileno, y aun superior todavía al deficiente testo Jourdain, que es el adoptado en la actualidad.

Sensible es, sin embargo, que la juventud de nuestro país tenga que circunscribirse en el sistema de sus ideas filosóficas a la norma trazada por la universidad, con la adopción de los libros clásicos que ha puesto en sus manos, haciéndola desconocer de ese modo los progresos ulteriores de la ciencia, de la escuela ecléctica a esta parte. Y ya que te hablo de esa escuela, te transcribiré lo que a su respecto decia don Rigoberto Torrico, justificando mejor de lo que podría hacerlo yo, la adopción de esas doctrinas, que fué el que las introdujo en esa universidad.

Después de pasar en revista sucinta las diversas escuelas filosóficas, dando su lugar al sensualismo mas bien que en la filosofía en su historia; demostrando que el adoptar los principios de la escuela teológica, que somete la razón a la autoridad, es fundar una filosofía para hacer imposible toda filosofía, y emplear la razón para renegar de sí misma, decia en un escrito póstumo:

"Restanos hablar del eclecticismo; pero lo hacemos con el temor de que se nos atribuya una parcialidad sistemática por esta escuela. Y recíprocamente, tememos también la parcialidad de los que la combaten, porque ellos, particularmente entre nosotros, no se han tomado el trabajo de estudiarla, y es por esto que algunas de sus objeciones distan poco de ser una calumnia.

"En rigor el eclecticismo, es mas bien un método que un sistema filosófico. Y este método no consiste precisamente, como algunos lo han supuesto, en tomar el justo medio de todas las opiniones, aun las mas contradictorias. El eclecticismo es la mas severa aplicación del método experimental al estudio del hombre moral. Su punto de partida es, por esta razón, la sicología, esto es, esa ciencia de observación que funda la verdad sobre la base inconvencible del sentido íntimo.

"Verdad es que algunos filósofos de esta secta han asociado a la

observacion de la conciencia los ausilios de la historia de la filosofía. Creemos que no podia darse a la filosofía una direccion mas sábia. Si al investigar uno por sí mismo examina y juzga al mismo tiempo las investigaciones que ántes se han hecho, no dejará ver sino que teniendo fé en la razon humana, sabe estimar la parte de verdad que ella conquistó ya en otro tiempo o en otro lugar. Esto es saber enlazar el presente al pasado y al porvenir; es reconocer que el espíritu humano no tiene que principiari recién, sino que su tarea actual es la continuacion de la obra que principió tiempo há; es desechar ese divorcio imposible entre la jeneracion presente a las jeneraciones pasadas, que se ha tratado de establecer fijando un tiempo en que puede decirse: "hasta aquí todo es error; desde aquí todo es verdad;" es declararse mediador en ese duelo perdurable de la tradicion y del progreso, que no consiste en deshacer para rehacer totalmente la obra de lo pasado, sino en aumentarla, corregirla y perfeccionarla, para trasmitirla despues a un perfeccionamiento sucesivo que no ha de cesar jamas.

"Esta ásbia disposicion entraña otro resultado no menos plausible. Acostumbrar a la juventud a ponerse bajo el punto de vista de las opiniones, es penetrarla de ese espíritu de tolerancia que pasando de la filosofía a las relijiones, a los gobiernos, a las costumbres, a las razas, a los pueblos y a los individuos, descendiendo de la intelijencia al corazon, aproxima el hombre al hombre y las naciones a las naciones, y concurre como una de las mas felices tendencias del siglo a crear esa verdadera filantropía que hace de la sociedad una gran familia."

Ya ves, amigo mio, que no hai nada que añadir ni quitar lo que acabo de reproducir, como creo que nada se puede objetar contra tan sólidas razones.

Otra clase de estudios que se mira con culpable indiferencia en nuestro pais, son los estudios literarios. *El estilo es el hombre*, ha dicho alguno; y esta sentencia tan conocida como profunda entraña un vasto sentido que resume cuanto pudiera decirte en favor de los estudios literarios. Si la palabra está tan íntimamente ligada con el pensamiento, que en el comercio de las ideas es imposible considerarlas separadamente; si del lenguaje depende en gran manera la suerte que correrán las ideas emitidas, a tal punto que aun las mas perniciosas se introducen cautelosamente en alas de la imprenta, desde el gabinete del estudiante hasta la cabaña del aldeano, dando a beber su ponzoña cuando va envuelta en el almíbar

de un estilo seductor; si por esta razon las cuestiones de forma tienen una importancia igual a la que pudieran tener las de fondo; si nada se hace aceptar o consigue durar en la vida intelectual de la sociedad, a no ser de un modo efímero, cuando no lleva consigo la majia del estilo i el prestigio del arte; si, en fin, *el estilo es el hombre*, no se concibe, como te decia antes, la desdeñosa indolencia con que se abandona en nuestro pais el progreso literario. Pues prescindiendo de la honra y lustre que da a un pueblo la literatura nacional; de lo que contribuye a su crédito y nombre entre las demas naciones; y sin detenerme tampoco en esta carta en lo mucho que influyen y han influido siempre las *bellas letras* para suavizar las costumbres, moralizar y ennoblecer el carácter por medio de la educacion del sentimiento de lo bello, bastará recordar que el arte, como arte, satisface una necesidad innata y de un orden superior en la naturaleza humana, y que por esto solo merece ya la predileccion de los que comprenden que no es bueno abandonar las inclinaciones humanas, contrariando de este modo la naturaleza.

Ya ves, amigo mio, que con solo esponer estas lijeras indicaciones hai lo bastante para acusar de privalidad a los que con indecible presuncion afectan despreciar mas bien como frívolos los estudios literarios. En Chile desde hace algunos años, y especialmente al presente con la fundacion de la "Academia de Bellas Letras;" en el Perú, el Plata y Colombia desde muchos antes, ha habido un mas o menos activo movimiento literario que continúa y toma creces, porque halla estímulos. Los gobiernos, los hombres eminentes, aislada o colectivamente, las universidades, los círculos literarios, el pueblo, tratan a porfia de distinguirse, honrando y protejiendo las letras; y formado ya el gusto público, nadie quiere desmentir la cultura de que todos hacen alarde. Los hombres mas estraños a la literatura por la índole de su profesion, rinden su tributo a la tendencia jeneral: un ministro de estado se avergüenza tanto de una incorreccion de lenguaje, de una desigualdad de estilo, de un galicismo inútil, como de cualquiera de esas faltas que comprometen la dignidad o dañan el crédito.

Tambien nuestro pais tuvo su dia, o mas bien, su crepúsculo literario, al que ha seguido una noche, verdadera noche, en la que apenas brilla una que otra estrella nebulosa con tenue claridad. Y tú, amigo mio, ahora que estás en vísperas de pisar los umbrales de la vida pública y la arena literaria, debes combatir en cuanto de tí dependa ese indiferentismo literario que ha ocasionado el tor-

bellino revolucionario en que se ven envueltos los talentos en nuestro pais, que están por cierto mui lejos de ser escasos entre sus hijos, pero que parece lo contrario en el extranjero, porque se consagran ellos esclusivamente a ahondar las cuestiones económicas, políticas y sociales, y a los graves estudios que ellas requieren. Amen de que como tu indicabas anteriormente, no falta en ningun pais y menos en el nuestro, personas que en la osadía que la ignorancia inspira, arrojan con sarcástica sonrisa y estudiado desden, muchas veces la mas preciosa pieza literaria que cayera a sus manos, sin mas que por darse trazas de *hombres prácticos*, como ellos se llaman.

Eso no es natural y ni siquiera es sincero en el siglo en que la multitud se ajita para erijir una estatua en la plaza de Francfort a la memoria de Goethe, i otra estatua en el corazon español al melancólico recuerdo de Becker.

No es, pues, favorecer en manera alguna la civilizacion el difundir ideas que concluyen con el desprestijio de la literatura.

Quizá todas estas reflexiones te parezcan, amigo mio, pleonásticas e inoportunas, cuando no se trata mas que de una mera correspondencia epistolar; Pero la afinidad de las cosas y el deseo de contestar a todos los puntos de tu carta me ha conducido a ellas.

Perdona si he cansado tu atencion.

Santiago, agosto 12 de 1874.

JOAQUIN LEMOINE.

LA MANO DE DIOS.

(TRADICION DE LIMA.)

A principios del presente siglo existian en un convento de Lima dos relijiosos que atraian la atencion de todos sus hermanos por su vida ejemplar. Jamas tuvieron otro lecho que un miserable tablado; su cuerpo estaba mui a menudo cubierto con cilicios, y no se ocupaban de otra cosa que el ayuno y la penitencia. Parecia que alguna falta espiaban, però los demas relijiosos jamas se atrevieron a

interrogarles, pues los rostros venerables de estos mártires les imponían respeto.

Sin embargo, hé aquí la sencilla tradición que ha llegado a nosotros.

I.

Los jérmenes de una pasión vehemente se habían desarrollado en una hermosa jóven por un español recién llegado a Lima. Este halagaba a la jóven con promesas de amor eterno, y se mostraba con ella amante rendido, tierno y cariñoso; pero todo esto no era sino finjido; su único deseo era satisfacer una brutal pasión.

La jóven, que creía que todo lo que brotaba de los labios de su amante era sincero, no ponía a éste la menor resistencia e iba ya a caer en el lazo que desde tiempo atrás le estaba tendiendo su pérfido seductor.

Pero la Providencia, que jamás desampara a las almas nobles y buenas, colocó al lado de Laura, éste era el nombre de la jóven, un ángel salvador.

Un virtuoso sacerdote, a quien respetaban y veneraban todos los que le conocían, cuyo único deseo era curar las almas enfermas y llevar los consuelos de la caridad y la virtud donde quiera que fuesen necesarios, llegó a saber el lazo de que iba a ser víctima la hermosa Laura.

Sin pérdida de tiempo se dirigió a casa de ella, donde tenía entrada libre, pues era su confesor. Allí, por medio de piadosas exhortaciones y en nombre del título de que estaba revestido, rogó a Laura y consiguió de ésta que le revelase la pasión que abrigaba en su corazón.

Entonces el sacerdote empleó todos los medios de que podía disponer para convencer a la jóven de que su amante no era sino un seductor, citándole varias familias en que había introducido la deshonra, y por fin, consiguió hacer desistir a la jóven de su pasión.

Desde el día siguiente, la casa de ésta, so pretexto de hallarse Laura enferma, estuvo cerrada para el jóven español, que, por medio del engaño y la perfidia, había querido mancillar la honra de una jóven débil y amante. Pero después de muchas tentativas consiguió tener una entrevista con Laura. Sus temores se convirtieron en realidad: Laura no le amaba.

Salió el jóven de la casa de Laura, jurando vengarse del honrado

y virtuoso sacerdote que habia frustrado sus proyectos y salvado a Laura.

Una terrible tragedia se preparaba; la víctima iba a ser el mártir de la caridad.

Pero lo Providencia no lo permitirá.

II.

Las doce de una noche oscura y tenebrosa acaban de sonar en el reloj de la catedral de la Ciudad de los Reyes.

De una miserable casa, situada en uno de los barrios mas apartados de la poblacion, salen dos hombres embozados.

A dónde se dirijen? Qué les hace abandonar sus blandos lechos a una hora tan avanzada y en una noche tan lúgubre?

Pronto lo sabremos.

En la habitacion de que acaban de salir nuestros dos hombres, el seductor de Laura se halla tendido en un lecho acariciando la relumbrante hoja de un puñal. De acuerdo con los dos embozados, se ha finjido enfermo para dar muerte al venerable sacerdote y cumplir su juramento.

Realizará su venganza?

III.

Los dos embozados acaban de golpear en la casa del sacerdote que ya conocemos.

—Señor, le dijo uno de ellos; un moribundo pide los ausilios de la relijion; os suplicamos que vayais a salvar esa alma que pronto ha de comparecer ante el tribunal de Dios. Nosotros os serviremos de guias.

Y el ministro de la relijion, a quien no intimidan los rayos ni los truenos y que no teme ni aun la muerte, pues es justo y su conciencia está limpia, se dirige a donde son necesarios sus ausilios, sin sospechar siquiera que quizas se le tiende un malvado lazo.

Despues de haber andado mucho y atravesado innumerables calles, los nocturnos caminantes llegaron a la habitacion donde estaba el moribundo que deseaba ser auxiliado.

Mas cuál no seria el terror de los embozados, al encontrarse con que su amigo yacia cadáver sobre su lecho.

Una muerte repentina le habia arrebatado de este mundo, impidiéndose as la consumacion de un horroroso crimen.

El terror y los remordimientos se apoderaron por completo de los culpables, y no hallando qué responder al sacerdote, que les preguntaba dónde estaba el moribundo, confesaron su crimen y al día siguiente entraron en un convento para pasar el resto de su vida en la oracion y la penitencia.

Valparaiso, agosto de 1874.

BUG-JARGAL.

EL CEMENTERIO.

El astro del dia habia desaparecido y su último resplandor habia subido, como una llama, hácia el occidente. Las nubes amontonadas por la brisa de la tarde cubrian la tierra con las sombras de la noche. Al grito monótono del ave de las tinieblas se mezclaban los ecos sordos y prolongados de un trueno lejano. Tambien el huésped de los bosques, abandonando la rama en que se mecía y la flor acariciada por sus alas, buscaba con vuelo lijero y rápido bajo el follaje de la hospitalaria encina, un abrigo contra el furor de la tempestad. Se veía al pastor de las montañas, arreando delante de sí su tímido ganado, volver con paso precipitado a su modesta vivienda.

La naturaleza, semejante a un niño atemorizado por la cólera de su padre, parecia tomar un aspecto triste y lúgubre ante las convulsiones que iban a ajitarla hasta en sus mas ocultos cimientos.

Una marcha incierta me habia conducido hácia el dominio de la muerte. Allí todo era calma; todo dormia con un sueño silencioso; la pálida y vacilante luz de la lámpara de la iglesia se reflejaba sobre las losas mortuorias como almas errantes que buscan la entrada del cielo. Solo se oía el susurro de los álamos en el espacio; hubiérase dicho que eran tristes voces que murmuraban un eterno adios, y su altiva copa, encorvada por el soplo del viento, parecia dibujarse sobre los descoloridos muros de la antigua capilla como espectros que se arrodillaban para orar.

«Yo te saludo última morada de los humanos. Permite a un infortunado a quien el dolor anonada, detenerse en tu recinto sagrado. Aquí el hombre, al pensar que debe morir, aprende a ser bueno. La venganza se estingue en su corazon y la resignacion le sostiene hasta las puertas de la tumba.

«Vengo aquí a separar mi alma de las vanidades de este mundo y a llevar útiles lecciones, pensando que los seres que yacen bajo estas losas solo han dejado de su hermosura, de sus riquezas... ¡un poco de polvo! ¿Qué han llevado consigo de aquella opulencia, de aquella grandeza, vanas frivolidades de la locura? ¡Nada!... ¡nada! Solo un miserable harapo para ocultar la horrorosa verdad de la muerte! El tiempo, en su marcha infatigable, ha destruido hasta su sudario; la huella de su pasaje ha roto aun la piedra que lo cubria; pero allá, de pie, está todavía el recuerdo de sus crímenes que a guadaña de la muerte no ha podido alcanzar.

«¡Oh idea consoladora! Cuando despues de haber derribado el prisma engañoso, se vuelve en sí para sondear los pliegues de esta existencia marcada por tantos tormentos y tan poca felicidad, se busca interiormente una creencia que reanime el valor. ¡Cuán feliz es aquel que con la conciencia tranquila reflexiona sobre el porvenir! Levanta con alegría el tapiz que vela la eternidad, mientras que el culpable, espantado, retrocede con horror...

«Lejos, muy lejos de mí las pasiones que se ajitan para disiparse un instante despues. Como si estuviese en el puerto de salvacion, desafio la tempestad cuyos últimos estruendos interrumpian el augusto silencio de estos lugares.

«¡Oh soledad grande y majestuosa! Que ningun ruido venga a turbar tu silencio! Si algunas veces la lijera brisa en su juguetona carrera ajita las hojas del triste sauce, su estremecimiento es solo un quejumbroso murmullo. Tú haces descender sobre mí el recojimiento que inspira esa humillacion en la cual meditamos sin comprenderla; esas tumbas frias revelan a mis ojos el despertar que sigue al sueño de la vida; aquí, seres que tuvieron una existencia brillante, descansan al lado del humilde campesino; un camino diferente los ha conducido al mismo fin. Aquí, los rangos están confundidos. Empieza la igualdad.

«¡Asilo del desgraciado! Solo tú no estás nunca cerrado para él. Cuando las lágrimas han estinguído su vida, cuando el sufrimiento ha roto el vigor de su cuerpo, en tí es donde pone un término a su dolor. La tierra, semejante a una madre cariñosa que lo ha llevado en su seno, aun vuelve a cubrirle con su cuerpo.

«Feliz aquel que abre su alma a profundas meditaciones. ¡Cuán elevados pensamientos le asaltan entre los restos de la humanidad! Qué asombroso espectáculo el de esas revoluciones que un poder invisible hace avanzar, sin que mano alguna pueda detener su curso; es un torrente que se escapa de los flancos de una roca, se

lanza, rueda, se hincha y derriba los diques opuestos a su furor.

«Los tronos se desploman; los imperios, esas antorchas encendidas por el genio de los hombres, se apagan en la oscuridad de la nada; todo desaparece; los humanos mismos pasan por esta morada, dejando solo un fujitivo recuerdo; solo sus nombres flotan en este océano de tempestades, sobrenadan y llevados por las espumosas olas al templo de la Memoria, se les encuentra grabados sobre las lápidas de la inmortalidad.

¡Todo muere! Sin embargo, la naturaleza, bella y adornada con las rosas de la juventud, está exenta de esta revolucion; la sucesion de los años no puede alcanzarla; pero vendrá la noche de confusion; aquella noche en que los elementos, no siendo ya movidos por la armonia que reúne su conjunto, por la admirable voluntad que los gobierna, una horrible disolucion estallará sobre el universo. El aire y el fuego se chocarán entre sí con estrépito: el fuego destruirá las bellas formas de la creacion; el océano y la tierra solo formarán un abismo insondable, y sobre los restos del sepulcro del mundo solo se oirá la agonía del último de los mortales; su canto fúnebre, revelando la inmortalidad del alma, parecerá desafiar al ángel de la destruccion, pues jamas en su furor este ser desapiadado podrá apagar la chispa divina que debe brillar, aun cuando el cuerpo del hombre no sea mas que polvo: entónces de las ruinas humeantes del universo se formará un espantoso caos...

¡Oh tumbas! monumentos de las jeneraciones estinguidas: al aspecto de este horroroso trastorno, el hombre se ve obligado a creer; el alma, elevándose a las rejiones celestes, os contempla con un tan santo respeto, como a las puertas de la eternidad!...»

C. EDUARDO POLANCO.

UN DIA DE PRIMAVERA.

Era una hermosa mañana de esa estacion coronada de flores y llena de perfumes, de esa estacion en que la naturaleza ostenta toda su magnificencia. La bella aurora con sus rayos de fuego penetraba por las estrechas ventanas de las humildes chozas para anunciar a sus moradores que habia llegado la hora del trabajo. Al aparecer el rei de los astros todo se llenó de vida y de animacion y

la campiña presentó un espectáculo grandioso y lleno de poéticos cuadros.

Un cielo azul y despejado se extendía sobre este vasto vergel, en que la rosa mecida por la suave brisa de la mañana ostentaba toda su lozania y hermosura. El clavel, un poco marchitado por las sombras de la noche, abría su blanco capullo y esparcía alrededor de sí un aire puro y embalsamado. La frondosa higuera y el alto álamo juntaban sus ramas entre sí y formaban graciosas y pintorescas grutas, dentro de las cuales solo se oía el alegre cantar de los pajaritos y el dulce murmullo de un claro arroyo que, cayendo de lo alto de una pequeña colina, se precipitaba por entre los arbustos y las flores y se perdía al través del llano.

Campos llenos de hermosas ovejas cuyas cabezas perdidas bajo la inmensidad del abundante pasto se asemejaban a copos de nieve. El triste balido de una madre aflijida porque se le había perdido su querido corderillo, formaba contraste con la animación festiva de la naturaleza y con el alegre gorjeo de un travieso pajarillo que, posado sobre la copa de un elevado olmo, parecía burlarse del dolor de la triste madre.

El pastor, sentado bajo la sombra de un frondoso nogal, al lado de una cristalina fuente, ocupábase en hacer sandalias para sus pies desnudos; de vez en cuando levantaba los ojos para fijarlos en su rebaño, y después los dirigía hacia el cielo exclamando:--¡A qué hora te escondes, rei de los astros, para irme a descansar a mi hogar, donde mi amada esposa y mis idolatrados hijos me esperan con impaciencia?

El sol, teniendo con sus últimos rayos las nevadas cumbres de los Andes, parecía haber escuchado las palabras del pastor. La tarde con su claridad bella y misteriosa invadió la campiña, y poco a poco la naturaleza fué tomando un aspecto melancólico. La golondrina emprendía su vuelo en busca del árbol donde había hecho su nido; las ovejas balaban por su pesebre en tanto que la cabra montés se hacía paso entre las ramas para buscar su guarida.

Nuestro pastor, entonando una alegre tonada, se dirigió, conduciendo su ganado, hacia su cabaña. Al acercarse a ésta, cuatro preciosas criaturillas y su joven esposa salieron a recibirle con los brazos abiertos; los niños se colgaron de su cintura, esforzándose por darle cada uno el primero el beso de bienvenida.

Este feliz pastor olvidaba en estos momentos todos sus rudos trabajos, y no habría cambiado su humilde suerte por el mas di-

choso de los hombres. Jugando y corriendo con sus hijos entró a su cabaña seguido de su esposa, la que le tenia preparada la mesa, cubierta con toseco pero blanco mantel; el fuego que chispeaba en la chimenea y el sabroso olor que salia de la olla, le anunciaba una cena pobre, pero tan exquisita para él, como los mas delicados manjares de la mesa del rico.

Poco a poco las sombras de la noche se estendieron sobre la tierra, avisando a los hijos del trabajo que la hora del reposo habia llegado. El cielo se cubrió de un sinnúmero de estrellas, en medio de las cuales brillaba Venus Vespertina, cual diamante en el horizonte. La luna, ese faro májico de la noche; la luna, la constante compañera del viajero, apareció tras las altas cimas de los cerros, e iluminando todo con su plateada luz, acabó de completar este bello panorama, que no se puede ver sin admirar el poder de Dios, y demasiado grandioso para que mi débil pluma pueda describirlo.

REJINA URIBE ORREGO.

MIRABEAU Y LAVATER.

(TRADUCCION.)

El famoso tribuno que habia desertado de las filas de la aristocracia para impulsar la revolucion francesa, no creia en la ciencia de Mesmer, de Cagliostro y de Lavater: aborrecia de todo corazon a los brujos, y aseguraba que el último de los tres citados habia llegado al mundo con tres siglos de atraso.

Mucho costó a Mesmer disuadirle de su idea, o mas bien, obligarle a que fuese a buscar su desengaño a casa del mismo Lavater.

—Estais loco, amigo mio, contestóle Mirabeau. ¿Qué quereis que pregunte yo a ese hombre, que no me conoce, y a quien en mi vida he visto?

—Quiero que hableis con él.

—Hablaré, si tal es vuestro deseo; pero no de cosas que tengan relacion con la brujeria.

—Corriente. Porque yo no creo en brujos.

—Ya lo sé.

—Ni en Lavater.

—Convenido.

—Ni creo tampoco que Lavater sea brujo.

—Por supuesto.

—Conoce las estrellas; hé ahí su ciencia.

—En efecto.

—Y sabe sus nombres, lo mismo que yo.

—Exactamente.

—¿Os burlais?

—Nó; quiero que veais a Lavater.

—Ahora ha de ser, y voi a confundirlo delante de vos mismo, para que no volvais a ponderarme sus estupendas profecias.

Echaron a andar los dos amigos y se dirijieron a la casa que habitaba Lavater, quien solo hacia dos dias que habia llegado de Suiza, y se encontraba por primera vez en Paris.

El conde Mirabeau entró el primero en su gabinete, y le dijo con imperioso acento!

—Vengo a saber si sois capaz de adivinar quien soi. Sino lo decis, publicaré por todas partes que sois un charlatan.

—Caballero, le contestó Lavater, bien pudieras mostrarnos mas atento.

—Señor brujo, yo soi mui franco...

—Yo tambien. Sois un hombre que atesora todos los vicios y que nada hace para corregirlos, señor conde de Mirabeau.

—¿Qué tal? preguntó a este Mesmer cuando se retiraban.

—Creo, respondió Mirabeau, que si no son para dichas todas las verdades, tampoco son para preguntadas.

LA REDACCION.

EL TÉ.

El modo de alimentarse varia esencialmente segun el clima y por consiguiente segun la latitud. En las comarcas frias, los alimentos llamados *respiratorios*, tales como las grasas, las azúcares, las bebidas exitantes, deben ser aconsejados. Conviene, por el contrario, disminuir su uso en las comarcas cálidas.

En Francia y en Estados Unidos, por necesidad de estímulo sin duda, se tiende cada vez mas a beber té en la comida. El té es digestivo, se dice, y viene a ser un auxiliar útil. En Inglaterra, donde el clima es húmedo y frio, el té, alimento respiratorio, puede ser

bebido sin ningun inconveniente; pero en Francia y en América puede ser mui nocivo a muchas organizaciones.

El té, es en efecto, mui exitante, y posee en alto grado el poder de obrar sobre las membranas del astómago, y de producir en ellas contradicciones. Posee de este modo una verdadera *accion triturante* sobre los alimentos. Tomado en la comida, acelera la salida del estómago de las sustancias alimenticias ante de su completa dijestion, y lejos de ser favorable a la asimilacion, le es demasiado nocivo.

Es preciso, por el contrario, tomar el té dos o tres horas solamente despues de la comida. La dijestion de las píldoras alimenticias está ya concluida, y el té, exitando el estómago, facilita la salida de las últimas sustancias dijeridas, y viene de este modo a ser un alimento realmente útil.

L. U.

LOS HIJOS INGRATOS.

(A MI PATRIA EN SUS DIAS DE ANGUSTIA.)

I.

Pobre patria, que caminas
 Por un áspero sendero,
 Como pária que se pierde
 Sin abrigo en el desierto;

Como triste proletaria,
 Sin apoyo, sin consuelo,
 Mal cubierta con andrajos,
 Con mil dogales al cuello;

Con el manto desgarrado,
 En desórden los cabellos,
 Pálido, torvo el semblante
 Brotando sangre del seno

Ultrajada, escarnecida
 Por el grande y el pequeño.....
 Ai! pobre patria del alma,
 ¿Quién mitigará tu duelo?

II.

El astro hermoso del día,
Puro, sin nubes, sereno,
Espléndido ayer cruzaba
Por tu alabastrino cielo.

Y tus vírgenes comarcas

A su fúljido destello
Respiraban nueva vida
En pacífico sosiego;

En tus agrestes campiñas,
En tus playas y en tus templos,
El sol de la libertad
Tenia su réjio asiento;

Entónces eran tus hijos
Grandes, magnánimos, buenos;
Mas hoi ¡oh! patria del alma,
¿Quién mitigará tu duelo?

III.

¿En dónde están tus laureles,
Tus coronas qué se hicieron,
Qué fué de tu poderío
Oh! patria de mis abuelos?

¿Quién osó con mano impía
Desgarrar tu vírjen seno
Como Cain a su hermano
Con golpe rudo y certero,

Dejándote abandonada
Sin escuchar tus lamentos?
¿Quiénes? *Tus hijos ingratos*
Te ultrajaron, te vendieron

Como a Cristo los judios
Por la sed de los dineros.....
Ai! pobre patria del alma,
¿Quién mitigará tu duelo?

Valparaiso, 1874.

M. ANTONIO BENAVIDES.

DOÑA LEONOR CURICUILLOR

O EL

PRIMER MATRIMONIO CRISTIANO ENTRE LOS INCAS

(Leyenda escrita en Paris en 1846 y dedicada a D. Eujenio de Ochoa.)

I.

Era Quilleo Yupanqui de la raza
De los hijos del sol, y en bizarría,
Juventud y valor, sobresalia
De Atahualpa en la corte.
Su buen talante y arrogante porte
Fijaron la atencion del soberano,
Quien despues de la muerte
De Huaina-Cápac disputó a su hermano
El imperio del sol con mano fuerte.

Antes de la contienda fratricida
Mandó de Quito al Cuzco embajadores,
A Huáscar tributando los honores
De jefe del imperio,
Por guardar su ambicion en el misterio;
Y Quilleo, director de la embajada,
Conduciendo presentes
De gran precio y labor mui esmerada,
Partió, seguido de notables jentes.

Madre de Huáscar-Inga, Rahua Oello
A Quilleo amaba desde tierno niño,
Y en elocuente muestra de cariño
Con fiestas lo recibe
En el rejio palacio donde vive,
Haciendo que del Cuzco en la avenida,
Cien vírjenes hermosas
Den al jóven galan la bienvenida
De gala puestas y en andar graciosas.

Salida de una choza, como sale
 De entre rústicas yerbas flor galana,
 Del coro virjinal por soberana
 A una jóven se admira
 Que afable en torno sus miradas jira.
 Es una *estrella* ante la cual su lumbre
 Pierden otras estrellas,
 Y atónita la inmensa muchedumbre
 La proclama sin par entre las bellas.

Ese imán misterioso que a dos almas
 Liga en el curso de la humana vida,
 Llama del corazón nunca estinguida
 Si la bendice el cielo,
 El *amor*, sola fuente de consuelo
 Sobre este mundo de miseria y llanto,
 A la vista primera
 En lazo ayunta de invencible encanto
 A Yupanqui y la vírjen hechicera.

En copa de oro delicioso néctar
 Le presenta la jóven pudorosa:
 El la mira y con mano temblorosa
 Toca la tibia mano
 De aquel portentoso del linaje humano,
 Cuya tierna, dulcísima mirada
 Dice al galán guerrero:
 "Si de Quilleo Yupanqui soi amada,
 También con fuego ardiente yo le quiero."

Así sellado queda desde entonces
 Con aquel sentimiento repentino,
 De esas jóvenes almas el destino.
 No han proferido en tanto
 Cual prenda mútua de tan mútuo encanto
 Sus labios puros la inmortal palabra
 Que en música inefable
 Terrestre dicha para el hombre labra,
 Semejante a la dicha perdurable.

¡Te amo! es palabra que en el pecho jóven
 El más dulce momento de la vida

Señala, y sueña como voz caída
 Del coro de querubes...
 Ambar filtrado de entre blancas nubes,
 Que derramando aromas por do quiera,
 Marca el rumbo del cielo...
¡Te amo! es un soplo de divina esfera
 Que torna pura la rejion del suelo.

Quillico se aparta de aquel sitio, y sigue
 Del Cuzco a Calca donde Huáscar mora;
 Piensa en su amada, cuyo nombre ignora,
 Y del camino envía
 Un anciano sirviente en quien confía
 Que ha de indagar el rango y la morada
 De la que en su alma lleva,
 De la que es su vision idolatrada,
 Por quien a un cielo su esperanza eleva.

A presencia del inca está Yupanqui
 Y los regalos de Atahualpa entrega:
 Huáscar apenas a mirarlos llega,
 Pues sublevado en furia
 Contra su hermano vomitando injuria:
 «Quien usurpar pretende mi coroná
 (Dice con tono rudo)
 «No engañosos presentes, su persona
 «Aquí a mis plantas presentar hoi pudo.

«A Quito vuelve, y a mi nombre dile
 «Que adormir no pretenda mi confianza;
 «Que ante mí se apersona mi tardanza;
 «O si nó, lo maldigo
 «Y con la muerte le daré castigo!...»
 Nada responde Quillico a la violencia
 Del hombre cuya ira
 Estima talvez justa en su conciencia,
 Y obediente al instante se retira.

De Rahua-Oello despedirse quiere
 Vuelto al Cuzco el enviado de Atahualpa,
 Y en el llanto de aquella solo palpa

De inevitable guerra
 El designio angustioso, que no aterra
 Al valeroso jóven, cuyo celo
 A esa madre afijida
 Brinda dulces palabras de consuelo
 Con el ósculo, al fin, de la partida.

De los hermanos la sangrienta lucha
 El vasto imperio conflagrar ya debe;
 En tanto Quilleco no a dejar se atreve
 Los sitios donde mora
 La linda jóven que en silencio adora;
 Verla quiere, y al fin su confidente,
 Volviendo a su presencia,
 De la oculta beldad mui diligente
 Va a mostrarle la humilde residencia.

Llevado en alas del amor el jóven,
 Al lugar del encanto se encamina:
Siquilibamba aquel se denomina,
 Y en él, en pobre casa
 Sus tiernos años a la sombra pasa
 Esa flor virjinal bajo el amparo,
 Cual bajo un aura pura,
 De anciana tia cuyo afecto caro
 Fuera la sola luz de su ventura.

De la choza al dintel cuando tocaba
 El servidor de Quilleco precipita
 Los pasos, anunciando la visita
 Inesperada en ella:
 Escóndese a su vista la doncella;
 Y Corvatiella la mui digna anciana,
 Del rango prevenida
 Del jóven que se acerca, sale ufana
 Para darle en salud la bienvenida.

II.

Inga Topa, un cacique mui soberbio
 Que de Ica y Pisco gobernó los valles,
 Cual tambien lo consigna en sus detalles

De aquel tiempo la historia,
 Queriendo a la imperial, con vanagloria
 Mezclar su humilde sangre de vasallo,
 A Huáscar dió en ofrenda
 Su hija, flor gayá sobre tierno tallo
 Que fué del Inca la amorosa prenda.

Curicuïllor llamóse la hermosura
 Así sacrificada en su decoro:
 Y aquel nombre, que dice *Estrella de Oro*,
 Lo llevó la doncella
 Que en beldad y candor, como una *estrella*
 Brilló en la corte, y en el alma altiva
 De Huáscar tal dominio
 Tuvo luego, que en saña vengativa
 Juraron dos rivales su esterminio.

Tósigo activo consumó tal obra:
 Y al salir de la vida dejó en ella
 La infeliz una niña, que en lo bella
 A su madre escedia,
 Y a quien de Huáscar la mas vieja tia
 Dando amparo secreto, la guardaba
 Dentro rústico asilo,
 Siempre en gracias creciente y solo esclava
 De su inocencia en el pensil tranquilo.

Allí esa joya de projenie ilustre
 Halló Quilloco; y galan enamorado,
 Consagrarle su afecto y su cuidado
 Le prometió rendido;
 Y habiendo Corvatiella consentido
 En el dulce consorcio, el tiempo fija
 De dos años de espera,
 A fin que aquella que adoptó por hija
 Fuese del noble jóven compañera.

Curicuïllor, que el nombre de su madre
 Heredó por beldad tan portentosa,
 Sabiendo que de Quilloco será esposa
 Allá en futuro dia,

Con virjinal rubor de su alegria
La espresion muestra al venturoso amante:
Mas se acongoja en breve,
Que partir para Quito en el instante
Ya el mensajero de Atahualpa debe.

De contrastes sin fin, asi la vida
Es cadena fatal; y los mortales,
Tras un grato momento, crudos males
Sufrimos en la tierra.
Sigue a la calma tempestad que aterra,
De la vida al calor la tumba fria,
E instante por instante,
Mútuamente el pesar y la alegria
Marcan el tiempo en sucesion constante.

Curicuíllor y Quilleco, que se amaban
Con la sublimidad de lo que es santo,
Bebieron dicha, mas derraman llanto:
Y el *adios* de la ausencia,
Que es para el alma cual mortal sentencia.,
En la humilde mansion ha resonado,
Semejante al jemido
Que lanza el hombre cuando, al viento helado
De la muerte, va al lago del olvido.

Quilleco se aleja; Curicuíllor jime
De pié sobre el umbral de su morada;
Pero la alienta la ilusion dorada
De la esperanza amiga
Que del ausente la afliccion mitiga
En la cándida edad de la inocencia;
Y contando los dias,
Esperar se propone la presencia
Del que ha de renovar sus alegrías.

(Continuará.)

ENVIO

A LA SEÑORA J. ROSA R. DE R.

EN SU DIA.

Llovieron rosas cuando alzara en Lima
 Hasta el empíreo su virjineo vuelo
 La *Americana* que al nativo suelo
 Ante la cristiandad ganóle estima.

De lo bello ideal así a la cima
 También se encumbra, para ser modelo,
 La femenil beldad bajo aquel cielo
 Cuyos encantos celebró la rima.

Flores llovidas de la azul esfera
 Son, pues, las hijas de la tierra hermosa
 Donde habeis visto vos la luz primera:

Y fuisteis en la *luvia milagrosa*
 Por vuestras gracias y bondad sincera,
 De esas del cielo la mas noble *Rosa*.

30 de agosto de 1874.

R. J. BUSTAMANTE.

 REVISTA DE LA QUINCENA.

Un célebre escritor de nuestros días ha dicho: las composiciones dramáticas son difíciles bagatelas. Otro tanto puede decirse por las revistas destinadas a dar cuenta y a trazar con sus verdaderos colores las novedades ya serias, ya frívolas que acontecen en el recinto de una quincena.

Es este un género de literatura que debe tener por condiciones la verdad unida a la discrecion, la elocuencia a la sencillez; debe ser amena, lijera y al mismo tiempo fiel e instructiva.

Por esto habiamos renunciado a escribir para la REVISTA DE VALPARAISO reseñas quincenales, tanto más cuanto que éstas tienen

por campo de accion un pueblo como el nuestro, donde la vida se desliza con la lijera exactitud y monotonia de la péndula.

Empero, a falta de acontecimientos locales, tenemos hoi en la rejion de la alta política innovaciones de interes jeneral. El voto acumulativo ha venido a conmovier a esa momia que se ajita bajo el manto de ambiciosos partidos. Quede la satisfaccion de esta alentadora reforma para los que aun no han tenido la ocasion de convenirse de lo que significa la política entre nosotros. Sobre los trece senadores y diputados más que nos trae el voto acumulativo sobre ellos reinará como reina la política de compadrazgo.

Doblemos esta hoja para ocuparnos de asuntos que estén mas en armonia con nuestras inclinaciones. Se habla en el círculo de las letras de dos obras nuevas ya en prensa, las que mui pronto verán la luz: la una tiene por título *Los secretos del confesonario*, y cuyo autor, señor Palma, es ya mui conocido del público por su novela *Los secretos del pueblo*; la otra es un tomo de poesias titulado: *Corona poética a la memoria de Adolfo Valdes*. Entendemos que esta obra se compone de un bello ramillete, en el que se entrelazan con profusion la siempreviva al cipres, la humilde violeta al altanero jazmin; todas flores del ingenio destinadas a honrar la memoria del malogrado poeta, de quien decia un amigo nuestro en una composicion que no ha querido dar a luz:

Al ofrecerle una corona bella
Piden del alma perfumada flor,
Cuando en el mundo se posó su huella
Cáliz de acíbar le brindó el dolor.

Nada os demanda el peregrino vate;
¿Qué de vosotros necesita ya?
Luchar le viste en desigual combate
Con alma helada e indiferente faz.

.....

.....

Si alzara Adolfo de su yerta tumba
Al escuchar vuestra mentida voz,
Dijera: vuelvo a do jamas retumba
El eco odioso de falsia atroz.

.....

.....

Acaba de llegar a nuestras manos otro libro cuyo interes por la materia de que trata es universal. Este libro parece destinado a otra sociedad menos positivista, menos calculadora y ocupada que la actual. *Amar es vivir*, tal es su divisa, y ciertamente el que lea estas bellas páginas impregnadas de ideas nacidas del corazon, de sentimientos sencillos, no podrá menos de simpatizar con el autor y unirse a él para dar gracias a la Providencia, que tuvo compasion de los hijos de Adan, puesto que les dejó para su consuelo el único bien sobre la tierra, la única felicidad de que nos es dado disfrutar y cuya fuente pura no se agota jamas: la felicidad de amarse. El mejor elogio que podemos hacer de esta obra es copiar algunos párrafos.

«El buscar el amor es tan insensato como el huirle! El amor es déspota caprichoso, y a veces reúne estremos que sin él nunca se habrían tocado: lo que es absurdo si se quiere; pero es así, y tendrán ustedes que perdonarle, porque a él debemos todos nuestros mejores sueños, nuestras mas risueñas y dulces horas. Fuego fatuo de diez y seis a veinte años, llama suave y lijera de veinte a veinte y cinco, volcan furioso de veinticinco a treinta, tal es el amor en las diferentes edades. Pocos hombres tienen el dichoso privilejio de saborearle en una misma persona en cada uno de esos periodos sucesivos de la vida de un corazon femenino. Labruyère ha dicho que las mujeres se apasionan de los hombres en razon de los favores que les dispensan, mientras que los hombres se curan de esos mismos favores; pero yo creo que se engañan en ambas cosas: si habla del amor verdadero se engaña gravemente, pues el hombre sobre todo nunca se cura; si habla del amor vulgar, del amor caprichoso e inconstante, se engaña de otro modo, pero mas torpemente, pues nada queda en los corazones del hombre y de la mujer despues de esos caprichos pasajeros... De donde deduzco yo que el amor verdadero se aumenta con la posesion del objeto, mientras que el amor vulgar desaparece... El amor verdadero es la esclavitud absoluta. Las naturalezas vulgares se curan de una pasion con otra mas fuerte que la primera; las naturalezas privilegiadas se curan únicamente por la fuerza de la razon, o no se curan jamas.

Desafío a la mujer mas diestra y disimulada, mas mujer si se quiere, a pasar solo un cuarto de hora con el elegido de su corazon y a conservar el suficiente imperio sobre sí misma para impedir que la expresion de sus ojos y el timbre de su voz le confiesen cien veces por minuto todo el amor que le tiene y todo el placer que experimenta en su compañía.

Esta sensibilidad espontánea, involuntaria que la mujer no logra encubrir jamas por muchos artificios que para ello emplee, prueba la escelencia de la naturaleza femenina tan calumniada y tan sublime.

Es un error creer que un necio pueda ser bueno y saber amar, pues el corazon se sostiene y se guia por la intelijencia. El amor verdadero no dice una palabra; cuando halla espresiones y juramentos, es que ya está lejos del corazon. Un hombre que ama de veras, no es ni majistrado, ni militar, ni abogado, ni aun poeta; digan lo que quieran ha perdido todas sus demas aptitudes: es un hombre que ama.»

.....
Pasamos a referir una anecdota que parece cuento.

Uno de los últimos vapores fondeados en nuestra bahía salió del Callao tan favorecido de pasajeros como suelen andar nuestros carritos urbanos; y tambien, como ellos, en cada puerto fué tomando mas jente a su bordo; de manera que la última familia que se embarcó en el puerto de Coquimbo ya no tuvo ni un sillón que ocupar por camarote. Esta familia se componia de una hermosa señora de cierta edad, una bella jóven de dieziocho a veinte y un jóven de dieziseis. Despues de haber buscado, aunque en vano, un albergue, la familia se paseaba sobre cubierta lamentando su penosa situacion, cuando he aquí que un desconocido se acerca a allas, y les dice con esa desenvoltura del hombre de sociedad.

—Señoritas, segun creo, ustedes no tienen camarote.

—Así es, caballero; el vapor está lleno.

—Pues yo, en compañía de un amigo, ocupamos un departamento demasiado grande para los dos, del que ustedes pueden disponer desde luego.

—¿Cómo, señor, usted y su amigo se molestarán por cedernos sus camarotes? Agradecemos a usted; más nó, no es posible.

El desconocido insistió tanto que la familia tuvo que dejarse conducir e instalar por él mismo en la cámara que la Providencia tan a tiempo les deparaba.

El desconocido, a quien llamaremos Arturo, fué en seguida a buscar a su amigo, y frotándose las manos con alegría, le dijo:

—Ya está hecho.

—Te saliste con tu intento mala cebeza; ¿y cómo vamos a pasar la noche?

—Quién piensa en la noche cuando la aurora aparece bella y

pura; esa niña me ha trastornado; lo confieso. Desde que subió al vapor me fascinó de una manera que me hace honor; francamente, no me creía capaz de estas emociones.

—Siempre el mismo, y cuidado que ya tu cabeza está salpicada de plateadas hebras; pero tú no te das por notificado ni recuerdas lo que Espronceda dice: que.

A las mujeres, los llorosos ojos

Y los cabellos blancos no enamoran.

—Estoi por creer que ustedes los poetas tienen el corazón en el cerebro, dijo Arturo acariciando su larga cabellera. Luego añadió:

Francamente, chico, ¿me encuentras muy viejo?

Su amigo, al oír esto, soltó una homérica carcajada.

Arturo, sin desconcertarse, le volvió la espalda, y dejando a su amigo entregado a aquel acceso de buen humor, bajó a la cámara a ver lo que hacía falta a sus bellas protegidas.

Entre tanto las señoras llenas de gratitud y simpatías por aquel atento caballero, no cesaron de ocuparse de él en el resto de la navegación. A medida que los cuidados de Arturo se multiplicaban, su curiosidad crecía.

—¿Quién será? Parece peruano.

—No hai duda que lo es por su acento...

—¿Si será casado? Es demasiado atento para ser casado.

—Eso no importa.

—Por su edad no parece soltero.

—No digas eso, niña; los hombres como éste están reñidos con el tiempo, no tienen edad.

—Parece hombre rico.

—¿Quién lo duda?

Entre estos y otros comentarios llegaron a Valparaíso.

Arturo, triste y conmovido, se presentó a decirles que el vapor estaba fondeado.

—Ha sabido usted hacer tan agradable nuestro viaje, que no es posible nos separemos así como desconocidos. ¿Viene usted a Valparaíso?

—Nó, señoritas, tengo mi familia en Santiago; pienso partir hoy mismo; ¿y ustedes?

—También para Santiago; y como deseamos manifestarle toda nuestra gratitud, espero nos hará el gusto de aceptar la amistad que le ofrecemos desde luego. Denos su tarjeta y las señas de su casa en Santiago.

—Señoritas, no deseo otra cosa que el poderme honrar con el título de amigos de ustedes. Creo que mi familia vive aun en la calle de la Compañía. Mi nombre es Arturo Ovalle.

Al oír este nombre, las dos mujeres se arrojaron en sus brazos, exclamando:

—Es él; ¡Arturo! ¡querido hermano!

Un rayo no habria dejado a Arturo tan estufacto; mas, volviendo en sí, estrechó contra su corazon a aquellas dos queridas cabezas, diciendo:

—¡Providencia Divina! ¡ellas mis hermanas!

El jóven hermano y el amigo de Arturo vinieron en ese momento a decirles que el bote estaba listo.

¡Cuál no seria su sorpresa al encontrar aquel grupo de tres personas formando un solo cuadro! ¡Cuadro conmovedor, lleno de ternura y felicidad!

Despues hemos sabido que hacia 23 años a que Arturo habia dejado a Chile. En este largo tiempo no solo él aparecia completamente cambiado para los de su familia, sino que muchos de sus hermanos le eran desconocidos.

Pero pasando a otra cosa, debemos convenir en que esta vez el furor por la tragedia ha tomado una fuerte intensidad en el público santiaguino.

Hace mucho tiempo que no se habia visto un público tan ávido de emociones fuertes. Es verdad que esta fiebre dramática es alimentada en gran parte por la moda.

Quien no ha visto a la Ristori en *Medea*, en *Pia de Tolomeo* en *Fedra*, etc., ni es de moda, ni es de tono, ni tiene gusto por el arte, ni es capaz de apreciar en todo su valor las notabilidades que, como aereolistas desprendidos al acaso de otros mundos, caen en el nuestro para deslumbrarnos con las irradiaciones de sus talentos y de sus virtudes.

Terminaremos dando cuenta de una tertulia literaria a la que asistimos no há mucho tiempo. La reunion brillante y numerosa no esperaba la diversion que habia dispuesto el dueño de casa.

Ningun músico asomaba la cabeza por los salones, y únicamente se veía en medio del salon principal, una mesa y un sillón. Mientras los concurrentes se preparaban para pasar una noche mui animada y variada, se presenta el dueño de la casa y en tono grave anuncia a sus tertulios que iban a oír la lectura de una tragedia inédita leída por el autor.

Un movimiento jeneral acojió esta noticia; no sabemos si de gusto o disgusto por parte de los nerviosos que no se atreven a arros- trar el peligro de buena voluntad y con conocimiento de causa.

La lectura duró tres horas y media. A la puñalada final y a la agonía imitativa con que terminan por lo jeneral todas las traje- dias, el dueño de casa dió a sus convidados la señal del aplauso, a fin de despertar a los durmientes. Todos correspondieron al llama- miento, excepto uno que continuó sometido a su profundo sueño.

Al punto se temió que se habia muerto de un esceso de emo- cion; todos se acercaron a él, y un médico que se hallaba presente se disponia a prodigarle ya todos los socorros del arte, si era tiem- po todavía, cuando resucitó el difunto.

—¿Se acabó ya? preguntó con la sencillez de un hombre que no ha recobrado aun el uso cabal de sus facultades.

Y al levantarse dejó caer al suelo un pomito, que el doctor se apresuró a recojer leyendo en su rótulo esta palabra: cloroformo.

—Aquí tenemos el secreto de ese letargo.

—Sí, contestó el durmiente bien despierto ya.

—¿Y qué quiere decir eso?

—La esplicacion es bien sencilla. Las tragedias están mui a la moda, y como yo tenia sospecha de lo que habia de sucedernos esta noche, tomé mis medidas contra las fuertes emociones.

—¿Pero no sabeis que el uso del cloroformo es mui peligroso? preguntó el doctor.

—Mas peligrosa es la tragedia; yo conozco mi temperamento, y sé que no puede soportarla ni representada ni leida. Jamas he vis- to a la Ristori por no ver de paso una tragedia; asi, estoi bien deci- dido a valerme del cloroformo para evitar la mala influencia que ejerce en mi organizacion esta clase de espectáculos.

Comparada con la época presente son curiosas y dan una idea de lo que fueron en otro tiempo el teatro y los artistas españoles, las siguientes reglas dictadas por el consejo de Castilla, de acuerdo con los teólogos, para el orden de los espectáculos teatrales. Sin embar- go, antes y despues de dictarse estas reglas hubo gran libertad en esos teatros, especialmente en la representacion de comedias, aunque hiciesen tanto daño en las costumbres como las de Lope de Vega. Hé aquí estas reglas que pueden considerarse como una transaccion del consejo de Castilla con la opinion y la costumbre, pues aquel queria nada menos que los tales espectáculos se desterraran del reino:

1.^a Que las compañías fuesen seis u ocho, y que se prohibiese las llamadas de la Legua, en que andaba jente perdida de los lugares cortos.

2.^a Que las comedias se redujesen a materias de buen ejemplo, formándose de vidas y muertes ejemplares, de hazañas valerosas, de gobiernos políticos, y que *todo esto fuese sin mezcla de amores*; que para conseguirlo se prohibiese casi todas las que hasta entonces se habian representado, especialmente *los libros de Lope de Vega, que tanto daño habian hecho en las costumbres.*

3.^a Que en ningun lugar del reino se representase comedia sin que llevase licencia del comisario del consejo.

4.^a Que se moderasen los trajes de los comediantes, reformándose los guarda-infantes de las mujeres, el *degollado* de la garganta y espalda y que en las cabezas no sacasen nuevos usos o modas, sino la compostura del pelo que se usase.

5.^a Que ningun hombre ni mujer pudiese sacar mas de un vestido en una comedia, si ya la misma representacion no obligase a que se muden, como de labradores a otros semejantes; ni las mujeres se vistiesen de hombre; y que sacasen las basquiñas hasta los pies.

6.^a Que no se cantasen jácaras, ni sátiras, ni seguidillas, ni otro ningun cantar ni baile antiguo ni moderno, ni nuevamente inventado, que tuviera indecencia, descaro ni accion poco modesta, sino que usasen de la música grave y de los bailes de modestia, danzas de cuenta, y todo con la mesura que en teatro tan público se requería; y que los cantares y bailes que tuviesen alguna representacion no se pudiesen decir ni hacer sin que estuviesen pasados y registrados por el comisario del consejo.

7.^a Que ninguna mujer, aunque fuese muchacha, bailase sola en el teatro, sino en compañía de otras, y si el baile fuese de calidad que se hubiesen de poner cerca hombres y mujeres, fuese con accion y modo mui recatado.

8.^a Que no pudiese bailar ni representar mujer ninguna que no fuese casada, como se habia mandado.

9.^a Que los vestuarios estuviesen sin jente, ni entrasen en ellos mas que los comediantes y sus ayudantes; y que la comedia se empezase a las dos en invierno y a las tres en el verano porque no se saliese tarde.

10. Que asistiese un alcalde a la comedia, en la forma que se acostumbraba, con asistencia tan precisa, que no faltase en ninguna,

aunque se repitiese muchos dias; y que las justicias contuviesen los desórdenes de los representantes, visitando sus casas, rondando sus calles y procurando desterrar de ellos la jente ociosa que las frecuenta, *no con poco escándalo de la corte.*

Por un sujeto que escribia o avisaba a otro de lo que pasaba en esta corte, no solo consta el tiempo fijo en que se intimaron estas leyes, sino que añade algunas nuevas circunstancias. Dice asi:

«En lo que mas ahora se habla en Madrid es en las leyes que se han puesto a comedias y a comediantes.

Han hecho, a instancia de don Antonio Contreras del consejo real de Castilla y cámara, en primer lugar, que no se puedan representar de aquí en adelante de inventiva propia de los que las hacen, sino de historias o vidas de santos; que farsantes ni farsantas no puedan salir al tablado con vestidos de oro ni de telas; que no pueda representar soltera, viuda ni doncella, sino que sean todas casadas; que no se pueda representar comedias nuevas, nunca vistas, sino de ocho en ocho dias; que los señores no puedan visitar comediante ninguna arriba de dos veces; que no se hagan *particulares* en casa de nadie, sino es con licencia firmada del señor presidente de Castilla y de los consejeros, etc.»

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

En el número anterior incertamos un importante artículo que nos envió el señor Mathieu de Fossey, de su obra inédita *Filosofía de la fábula*, el cual se publicó anónimo.

Esperamos que el señor Mathieu de Fossey seguirá favoreciéndonos con su interesante colaboracion.

LA REDACCION.

UNA PERLA ORIENTAL.

(CONTINUACION.)

—Podemos salvarnos! exclamó de repente.

—De qué manera?

—Saliendo de los estados de mi señor; viviremos desconocidos y tranquilos.

Yousouf lanzó un suspiro.

Se acordó de su patria.

¡Cuánto no hubiera dado entonces por encontrarse en medio de su familia que bendijera su union con Zurla!...

Alucinado un instante por estos pensamientos, iba a responder; mas conoció su impotencia y volvió a lanzar un segundo suspiro.

Zurla esperaba respuesta.

—¿No partirías conmigo? Preguntó.

—Es imposible, dijo el jóven, y volvió a quedar sumerjido en sus pensamientos.

Zurla la contemplaba con delirio y buscaba allá en lo mas recóndito de su alma, un medio eficaz para desterrar aquella profunda melancolía que por momentos acometiera a su amante.

.....
Volvamos a los mamelucos comandados por Ben-ber-ley.

XXIV.

FATALIDAD.

Si el destacamento marchado directamente a El-Kef, cerca de cuya ciudad Zurla encontró a su amante, seguramente que Ben-ber-ley hubiera llegado en un corto intervalo de tiempo.

Empero, Yousouf tenia que recojer las contribuciones de varios pueblos situados en diversas direcciones.

Hé aquí la causa por qué era difícil dar con él.

Ben-ber-ley, a un principio, no hallaba qué partido tomar. Por último, despues de haber reflexionado un corto instante, se determinó y echó a andar con su cuadrilla.

Todo fué inútil. Yousouf no habia pasado por allí.

Mudó de rumbo. Lo mismo.

Tan solo un camino le restaba, y lleno de esperanza se dirigió a él.

Los primeros rayos del sol principiaban a volver a calentar la movible arena del desierto algun tanto refrescada por el rocío de la noche, cuando Ben-ber-ley se dejó ver en el desierto. A corta distancia le seguian sus compañeros armados de alfanjes y arcabuces.

La mayor parte se sentian cansados por haber cabalgado durante la noche, a escepcion del mameluco que, ansioso de encontrar a su rival, no se rindiera jamas.

Preciso es decirlo: el mameluco estaba hasta entonces algo desa-

nimado por lo poco que adelantaba en sus pesquisas; pero cuando reflexionaba y veía que faltaba que hacer un camino y que era mas que probable encontrarlo en él, el consuelo volvía a su pecho desfallecido.

—Y si acaso, se objetaba, esa mujer ha dado con el renegado y se lo ha referido todo? Entonces ¡maldito sea! Entonces habrá fugado con ella... ¡y quién sabe a dónde!

Y estos pensamientos, que fueron capaces de trastornar la cabeza mas bien organizada de un muftis (1), llenaban de despecho a Ben-ber-ley que dejaba andar maquinalmente a su caballo.

¿Qué era lo que pretendía Ben-ber-ley?

Reemplazar en dignidad a Yousof.

Y había dos modos de conseguirlo. Empero, hacerlo desaparecer sería el mejor.

Al fugarse Yousof, como lo suponía el mameluco, había de ser lejos, mui lejos y para no volver jamás, y en este caso habría ganado tanto como si hubiera hecho rodar su cabeza por el suelo.

Estas reflexiones que se hacía Ben-ber-ley mientras caminaba, y que tenía de color de rosa, hacían desaparecer todas aquellas que podían entristecerle.

Sin embargo, decía, le buscaré, tanto por si lo encuentro, que nunca estaría de mas, cuanto por cumplir las órdenes de mi amo el bei.— Adelante, hijos del Profeta! les gritaba; y todos a la par echabad a correr dejando tras sí una nube de polvo.

Una hora despues descubrieron el pequeño oasis que servía de morada a los dos amantes.

Los corceles, hambrientos y cubiertos de sudor, al percibir la verde yerba que se alzaba en medio del desierto, principiaron a piafar y a relinchar de vez en cuando.

—Por el Dios de Abraham, exclamó Ben-ber-ley, que esto es encantador. Una palmera rodeada de árboles en este océano de arena!

—Y qué, replicó Hassan, es primera vez que veis?...

—Sí. Ni aun noticias había tenido.

—Otro tanto me sucede a mí, añadió Muley.

—Pues es mui extraordinario.

—Qué?

—Que hasta ahora no hayais sabido que ahí fué el lugar donde habitó por tanto tiempo el santo varon....

(1) Jefe de relijion.

—Ah! exclamaron en coro los mamelucos.

—Allí, compañeros, volvió a hablar Hassan con ademan sentencioso, al lado de esa palmera está colocado el aduar del Hadeid (1) Hamet el Cherif (2).

Todos los de la cuadrilla detuvieron sus caballos y se aplicaron las manos cruzadas sobre el pecho. En seguida avanzaron.

Estaban ya mui cerca cuando sintieron el relincho de un caballo.

—Habeis oido, Hassan? Un caballo ha relinchado, dijo Ben-ber-ley cuyo oido estaba siempre atento.

— En efecto, respondió Hassan, un caballo ha relinchado.

Dos mameluchos se aproximaron sijilosamente al bosquecillo, y despues de atirbar con escrupulosidad percibieron a Yousouf.

—Corred, corred, gritaron; aquí está el renegado!

—Haced fuego, mandó Ben-ber-ley, y las balas silbaron por los oidos del jóven.

—Estamos perdidos, Zurla, exclamó Yousouf.

La jóven cayó exhausta de fuerzas.

Yousouf, sin perder tiempo, la tomó en sus brazos, y apartándola algunos pasos la depositó en un lugar donde no pudiera correr un peligro inminente. En seguida, con el denuedo de un hombre que trata de vencer o morir, esperó, sable en mano, a sus enemigos.

—Cobardes! les gritó, al que primero se atreva a acercarse le envié a los infiernos!

—Fuego! ordenó Ben-ber-ley.

Al instante, diez arcabuces arrojaron otras tantas balas que silbaron en el espacio, y una nube de humo envolvió a Yousouf.

El jóven recibió una bala en un hombro, y semejante a un tigre acosado en su cueva, se arrojó sobre los mamelucos.

“Hiere, mata, por todas partes siembra el terror.”

Los mamelucos quieren huir, mas ven a Yousouf que cae herido por otra bala.

Un grito de alegría se exhaló de sus pechos.

Yousouf, esperando la muerte por momentos, dobló una rodilla y dirijió una plegaria a Dios; pero al concluir, al presentar su cabeza a los verdugos,

—Zurla! pronunciaron involuntariamente sus labios.

Y al mismo tiempo, a su lado, una voz melancólica y dulce,

(1) Santo.

(2) Descendiente del Profeta.

—Yousouf! pronunció igualmente.

El jóven, sobresaltado, esparció la vista en torno de sí, y vió a Zurla que oraba como él.

—Gracias, Dios mio, dijo, y abrazó por la última vez a su amante.

—Yousouf, dijo la jóven, se ha realizado mi sueño!... Tu frente despide sangre!...

Y asi como la blanca azucena inclina su tallo al soplo de un recio viento, la favorita del bey inclinó su cabeza desfallecida.

Yousouf se tocó la frente, y retiró su mano ensangrentada.

—Ah! piérdame yo y sálvese ella! dijo.

XXV.

MALDICION.

Hasta entonces Yousouf, ciego por la cólera, solo trataba de hacer comprar caro su vida; mas despues de caer herido por la bala que le rompió parte de la frente, dirijió una vaga mirada a sus enemigos, y reconoció, entre ellos, a Ben-ber-ley.

Dificil seria pintar el trastorno que sufrió su semblante, desfigurado por la sangre.

—Infame, exclamó, se ha cumplido tu deseo!

Despues, con voz alterada, sonriéndose y como escarneciendo a su mismo infortunio, volvió a hablar.

—Ahora podeis vengaros, Ben-ber-ley!

El mameluco miró sobresaltado al jóven.

—Porque vos, continuó éste, me aborreceis!...

El mameluco, un poco repuesto de su turbacion, le dirijió una mirada de desprecio.

Yousouf se iba debilitando por grados, y creia ver todo lo que le rodeaba tras un velo rojo como el crepúsculo de la tarde.

—Ben-ber-ley, añadió haciendo un penoso esfuerzo, vos me aborreceis y yo ignoro la causa. Sin embargo, me atrevo a pedir os un favor... Creo que lo obtendré, porque no negareis la última súplica de vuestro enemigo que, dentro de poco, bien lo sabeis, va a morir... Ós encargo a este ánjel, dijo dirijiendo las manos a Zurla; salvadla del peligro que la amenaza. Si me lo prometeis, será el único consuelo que llevaré a la tumba... Y vos, Zurla, si despues de mi muerte teneis siquiera una lágrima que derramar en mi memoria, seré feliz... Ben-ber-ley, prometedme que la salvareis.

—No hai misericordia, respondió con ferocidad el mameluco; el crimen debe castigarse, y se castigará!

—Ved aquí mi cuello, replicó desanimado Yousouf, satisfaced vuestro odio, aplacad vuestra sed de sangre.

—Basta, perro cristiano, basta, gritó el moro; yo no mancharé mis manos con tu sangre maldita, porque entonces seré desheredado de las huríes del Paraíso, y porque allá, en Túnez, te espera una muerte mas dulce...

Yousouf hizo un esfuerzo sobre sí mismo; luego despues, dirijiéndose al mameluco, con voz reposada y majestuosa díjole:

—Insensato! Sabed que las últimas palabras de un moribundo son un anatema; pues bien, yo te maldigo, y que mi sangre y la de esta mujer caiga sobre vos; y que los jueces de la muerte (1) te precipiten sin compasion a los abismos del infierno!

Debilitado por la sangre que manaba de sus heridas, apenas pronunció las últimas palabras con voz imperceptible y cayó enteramente desfallecido al lado de Zurla.

—Atadlos a un caballo, mandó Ben-ber-ley!

La órden fué ejecutada en el acto.

Nuestros dos héroes, sin dar la menor muestra de conocimiento, fueron atados y conducidos a Túnez, a donde llegaron al anochecer.

El eunuco Alí, de una manera que no se habia figurado jamas, acababa de captarse la voluntad del bey.

El denunciador, en pago de su indiscrecion, habia sido gratificado a garrotazos.

XXVI.

PADECER DESPUES DE GOZAR.

El bey, a un principio, dió rienda suelta a su cólera; mas despues, apaciguado, reflexionó despacio el peligro en que habia puesto a su favorita si se hubiera dejado arrebatar por el deseo del castigo, y cedió entonces su pecho a un movimiento de piadosa ternura.

Perdonó a Zurla.

Mas ¡ah, que este perdon debia durar bien poco!...

Sin embargo, Yousouf fué puesto en prision mientras se preparaba el aparato en que debia morir empalado.

Castigo el mas horroroso, que hace sufrir hasta treinta horas al desgraciado condenado a él.

(1) Monquiz y Nequiz, son los jueces que, segun los musulmanes, deciden de la suerte de las almas.

Herido y jadeante de cansancio, se arrojó sobre un puñado de paja.

Anonadado por sus padecimientos morales y físicos, permanecía sumergido en una especie de sueño o estupor.

Empero, el escaso alimento que los mudos carceleros le arrojaron y que devoró con ansia, pareció reanimarle.

Levantóse, y con gran trabajo procuró reconocer su prision.

Estaba encerrado en una cueva cavada bajo una superficie pantanosa y hedionda; las raíces de los arbustos acuáticos parecían querer romper la húmeda bóveda.

Algunas gotas de agua que filtraban por varias partes hacían mas incómoda la prision, y el acompasado ruido que al caer formaban, parecía el *tric-trac* del gigantesco péndulo que marcaba su destino.

Sus miembros, fortalecidos por el lijero sustento, recobraron algun tanto su vigor y fuerza, y sus sentidos parecieron volver a su estado normal; empero, a medida que su entendimiento se iba despejando, mas horrorosa le parecía su situación. Recordaba el asesinato del desgraciado porta-pipa, y este negro recuerdo de su conciencia le hacía estremecer.

En seguida se presentaba a su fantasia la encantadora Zurla, radiante de hermosura y rodeada de una atmósfera de voluptuoso amor; y este contraste, que a porfia se renovaba allá en su mente, trastornaba su cabeza.

Quería maldecir a sus enemigos, a su amor, a sus padres, en fin, que le habían lanzado a este mundo de desengaños en donde debía apurar hasta la última gota el cáliz de amargura; pero su lengua permanecía muda, como conteniendo la blasfemia que en su pecho fermentaba.

La reaccion que operó por momentos el escaso alimento, no pudo menos que influir en su imaginacion.

Veía sombras, objetos vagos, transparentes, sin contornos, que se disipaban como el humo o como la niebla al salir el sol; pero estas sombras, estos objetos, despues de fluctuar, iban adquiriendo formas marcadas insensiblemente, hasta que por último apareció a su vista, con formas ideales, toda su pasada grandeza, todo su amor, todas sus esperanzas.

Yousouf soñó con su felicidad.

Ilusiones que halagan al cautivo mientras reposa.

Ilusiones que le espantan cuando despierta...

XXVII.

DELIRIO.

Zurla, libre de la cólera del bey entró a su aposento, lanzó un suspiro y se arrojó en el divan donde horas antes habia pasado momentos tan halagüenos.

Zurla habia amado por la primera vez, y ningun contratiempo seria capaz, no solo de extinguir ese amor, mas ni aun de desmayarle en lo menor.

Ese amor era hoguera que ardia en su pecho, era una hoguera atizada a cada instante, cuyo resplandor iluminaba su alma.

Ella sabia demasiado a lo que se esponia abandonando la casa de su señor; pero amaba ¡ah! y la mujer en la tierra, así como la flor silvestre, está condenada a ver rodar por el suelo una a una sus virjinales hojas, arrebatadas por el huracan.

Zurla era mui jóven; contaba 17 abriles, y su alma, susceptible de la menor impresion, al ver un objeto que le trajera a la memoria algun recuerdo, no podia menos que impresionarse y dirigir su pensamiento a un hombre.

Mas ¡ah! este hombre estaba encerrado en una oscura y fétida cárcel, esperando por momentos la fatal y suprema hora del suplicio.

Ese hombre, que habia subyugado tan ferozmente su voluntad y a quien habia entregado su corazon, herido ahora gravemente quizas, se hallaba recostado en las duras piedras de su prision.

Talvez allá, en medio de su íntimo pesar, él, tan desgraciado, envia alguna plegaria al cielo; su corazon, noble y jeneroso, quizá desea la muerte en cambio de la salvacion del ánjel que adora.

Pensamientos terribles, ideas descabelladas asaltan a su delirante fantasia.

Piensa en Zurla, y es el único bálamo que calma algun tanto su dolor.

Piensa en ella, la ve muerta, con el corazon atravesado por el yatagan empuñado por su desapiadado señor; la ve sonreirse en la agonía, y oye, en su último aliento, pronunciar su nombre.

—Delirio, no es mas que delirio, se dice; ella no ha muerto, nada me anuncia mi corazon. Delirio! ah! Siento fuego aquí en la frente!...

Y talvez en un momento de tranquilidad se alza, saliendo de la penumbra de un ángulo, un esqueleto: el del hombre a quien mató.

Se le aproxima, y la sangre se le hiela; le echa en cara su crueldad, y su voz sin eco le lacera el corazón.

Todo es dolor y miseria; todo padecer y tristeza; no hai felicidad ni alegría para él.

Sin embargo, aun vive porque le mantiene una esperanza, una ilusión; espera ver a Zurla y decirla:

—Soy feliz. Muero por vos!

Espera ver su rostro para formarse, en sus últimos momentos, una idea de la divinidad, para compararla con los ángeles...

Cesa de repente ese momento de felicidad y ensueño supremo, y se dice:

—Delirio! delirio!

Y el suplicio, donde debe exhalar el último aliento se alza entonces a su vista, se alza terrible, amenazador y cubierto de un velo color de sangre...

—Todo se acabó, le grita una voz.

—Delirio! delirio! responde él; yo no creo en la muerte!...

Sus ojos están desencajados, sus mejillas ahuecadas y un temblor nervioso conmueve todos sus miembros.

Pálido, como la muerte que espera por momentos, yace recostado sobre un puñado de paja.

Su frente despide sangre, pesadas cadenas oprimen sus manos y no le permiten hacer el menor movimiento.

En este estado, todo lo que hai de mas querido y sensible se agolpa a su imaginacion: piensa en sus padres que le llorarán muerto, e quien sabe si consolados habrán terminado por olvidarle... Por olvidarle, cuando está al borde de la tumba, cuando no le resta mas que inclinarse para ocupar el angosto lecho del cadáver!...

No! que un padre no puede olvidar jamas a su hijo; quizá de un momento a otro espera volverlo a ver, tenderle los brazos y decirle:

—Hijo mio, cuán feliz soy, te he vuelto a ver!... Si supieras cuánto he padecido por un momento de tu ausencia!

Terribles escenas, que en la adversidad se presentan al traves de un prisma que las alumbra con los colores de la realidad.

(Continuará.)

MANUEL CONCHA.

FILOSOFIA DE LA FÁBULA.

FEBO-APOLO. TESTO.

Este hijo de Jupiter y Latona tiene dos funciones; bajo el nombre de Febo, nos representa el astro del dia; y con el de Apolo, la poesía, la elocuencia y la música.

La Aurora con sus dedos de rosas abre a Febo las puertas doradas del Oriente, y el carro del dios, tirado por cuatro fogosos caballos, se lanza resplandeciente en la carrera que recorre cada dia, precedido de Lucífero, y rodeado de las doce Horas con trajes de colores variados, formando alegres danzas para alejar del dios el fastidio y hacerle mas corto su camino.

Llegando a la morada de la noche, se embarca Febo con su carro, sus caballos y su acompañamiento en una góndola hecha del oro mas puro, y se vuelve al palacio de la Aurora, despues de una travesía mas o ménos larga.

Apénas habia nacido Febo, cuando tomando su arco y sus flechas, presente que habia recibido de Vulcano, traspasó con ellas la serpiente Piton, que trataba de devorarlo a él y a su hermana Diana.

Ya grande, Febo-Apolo tuvo en Coronis un hijo llamado Esculapio. Este jóven, criado por el centauro Quiron, hizo rápidos progresos en el conocimiento de las propiedades de las plantas y en la composicion de los remedios, y pasó por el inventor y el dios de la medicina. Pero habiéndose Pluton quejado con Júpiter de que Esculapio estaba disminuyendo en mucho el número de los muertos y empobreciendo su imperio, el Soberano del Olimpo, para satisfacer a su hermano, lanzó su rayo sobre Esculapio, quedando éste muerto en el acto.

Sintió Febo-Apolo un vivo pesar por la muerte de su hijo, y como no se atreviese a vengarse de Júpiter, mató a los Cíclopes que habian forjado el rayo que habia muerto a Esculapio; mas esta venganza fué mirada como un atentado a la soberania del dios Tonante, y Apolo fué arrojado del cielo.

Desterrado que fué sobre la tierra, Apolo, para ganar su subsistencia, tuvo que hacerse pastor y cuidar de los rebaños de Admeto, rei de Feres en Tesalia. Pero mui pronto supo, por medio de la música y poesía, ocupar agradablemente sus ocios y suavizar las costumbres de los groseros habitantes del campo. Inventó la lira, ajustando cuerdas a una concha de tortuga; sacó de ella acordes melodiosos, y con este acompañamiento cantó las dulzuras de la vida campestre o el martirio de un amante apasionado.

Despues, de una sencilla caña, hizo una flauta tan dulce que los ecos de los alrededores atrajeron a su lado todos los pastores vecinos. Estos pasaban los dias y parte de las noches en recibir sus lecciones o bailar alegremente al son de la música. Tal era la habilidad del dios, y tan agradables los pasatiempos que proporcionaba su arte, que acabó por tener la honra de contar en el número de sus discípulos al mismo rei Admeto, de quien llegó a ser el amigo y consejero.

Se dice tambien que saliendo de sus selvas, al oir los acentos de su voz o la dulce melodía de su canto, los leones y tigres perdian su ferocidad y venian a acariciarle y lamer sus piés. Asi habia el hijo de Latona vuelto a traer la edad de oro para aquella comarca selvática.

Sin embargo, no era completa la felicidad que el desterrado del Olimpo se habia creado sobre la tierra; pues adoraba a Dafné, hija del rio Péneo, quien correspondia al amor de otro pastor, y escuchaba con frialdad las quejas amorosas de Apolo. Con todo, los desdenes de la bella ninfa no retraian a este amante tan solícito, quien siguió persiguiendo a Dafné esperando vencer sus rigores por su constancia y fidelidad: hasta que un dia encontrando a la jóven en un campo florido, y dándole atrevimiento el exceso mismo de su pasion, trató de estrecharla en sus brazos; pero huyó la ninfa, y Apolo corrió tras de ella hasta las riberas del Péneo, donde cansada ella, sin aliento y sintiendo agotarse sus fuerzas, pidió socorro a su padre, y el viejo Rio, oyendo su voz, la trasformó inmediatamente en un laurel; de manera que, cuando Apolo la alcanzó, no abrazó ya sino un tronco insensible. Entonces, tomando una rama de este árbol querido, se hizo con ella una corona, y quiso que el laurel le fuese consagrado en adelante, y viniese a ser la recompensa de los poetas.

ESPLICACIONES DEL TESTO.

Febo-Apolo (1) es hijo de Júpiter porque la aptitud a todas las obras del ingenio procede del *entendimiento*; y reconoce por madre a Latona, es decir el *crepúsculo de la mañana*, porque es al amanecer, después de que ha descansado la mente del poeta, cuando se encuentra su ingenio más despejado y su trabajo más fácil. Por otra parte, es efectivamente del seno del crepúsculo que sale el sol al Oriente.

Los griegos consideraban al sol como el dios de la literatura y de las artes de imaginación, porque la dulce influencia de este astro es la que nos da la aptitud al trabajo, y despierta nuestra imaginación que el frío entorpece.

Tan luego como el sol apunta en el horizonte, traspasa las tinieblas con sus rayos luminosos y ardientes, y disipando las sombras de la noche, las obliga a huir y refugiarse tras las montañas en el fondo de las cañadas y quebradas; y si miramos entonces, a vuelo de pájaro, la superficie de la tierra, vemos que estas sombras siguen las sinuosidades del terreno, figurando sobre su plano iluminado inmensas serpientes negras; lo que sugirió a los sabios del Oriente la idea de representar las tinieblas bajo la forma de un réptil, la serpiente Piton, el enemigo eterno de la luz.

El arco de Febo es el del segmento luminoso que el sol enseña al nacer, y sus flechas son los rayos abrazadores que Febo recibió de Vulcano (el fuego).

Los eclipses de sol y de luna esplican como Piton trataba de devorar a Febo y a su hermana Diana.

Nos pintan la aurora con dedos de rosas, porque estando la mano interpuesta entre nuestros ojos y una viva luz, nos parecen color de rosa los dedos por la transparencia de la sangre.

Lucífero es el nombre que se da al planeta de Venus, cuando éste viene precediendo al sol.

Las doce ninfas, que rodean el carro del sol, son las doce horas, término medio, durante las cuales nos alumbraba este astro: sus vestidos son de diversos colores, porque los objetos se colorean de

(1) Cuando Homero habla del dios de la luz y de la poesía, suele darle el doble nombre de *Phoibos-Apollón*.—*Phoibos* quiere decir brillante y *Apollón*, esterminador. Son dos epítetos del astro que nos alumbraba, y el segundo proviene sin duda de la idea que ningún cuerpo organizado puede existir en la materia ígnea del sol.

tintes diferentes a proporcion que el sol se va adelantando en su carrera; y las alegres danzas con que distraen al dios durante su viaje diario, nos recuerdan la rapidez con que pasan las horas del dia.

Dábase el nombre de *Centauros* (2) y tambien de *Hipocentauros* a los *vaqueros*, que pasando su vida en conducir el ganado de un pasto a otro, estaban siempre a caballo, y parecian así formar cuerpo con su montura; este es el motivo por el cual representaban a los centauros con la mitad del cuerpo de un hombre y la otra de un caballo.

Los vaqueros o centauros de Méjico y de la América del Sud, son como los de Tesalia, unos verdaderos hipocentauros, pues solo se apean de sus caballos para comer y dormir; y no consienten en andar a pié ni siquiera media milla, mientras tanto tengan un caballo a su disposicion.

El centauro Quiron era, pues, un vaquero; y siendo este un asiduo observador de las producciones de la naturaleza, estudió y reconoció el primero las propiedades medicinales de las plantas; dió parte de sus descubrimientos a los hombres que se dedicaban al estudio de las ciencias naturales, herborizó con ellos y formó así el primer médico.

Esculapio (3) es, pues, la personificacion del *arte de la medicina fundado sobre las virtudes de las plantas*. Procede de Febo, porque las plantas medicinales sacan sus propiedades del calor del sol y de Apolo, porque todo arte emana de él.

Pero, ¿qué sentido atribuiremos al castigo demasiado severo impuesto a Ésculapio por el dios de la intelijencia? ¿No seria acaso porque fué víctima Esculapio, esto es el médico, de su amor a la ciencia? ¿que sus esperimentos sobre las propiedades medicinales de las plantas, y la composicion de las bebidas, cuyos efectos estudiaba sobre sí mismo, causaron su muerte por intoxicacion, y que cayó privado de vida, como si lo hubiese tocado el rayo?

Al saber la noticia de la muerte de Esculapio, el poeta (Apolo) deploró el triste destino del sábio médico; pero mostrándose mas bien lijero que sério, ingenioso que profundo, criticó amargamente

(2) La voz *centauro* quiere decir en griego, *picador de toro*; y la de *hipocentauro*, *picador de toros a caballo*. Sus raices son: *hippos*, caballo; *centéó*, yo pico, y *tauros*, toro.

(3) *Asclépios*, nombre griego de Esculapio, deriva de *Asclépias*, planta que sirve de antidoto al veneno de los reptiles.

en satíricos ditirambos la marcha de la ciencia, ridiculizó los esfuerzos de los atletas del progreso, y enónces fué cuando el hombre inteligente y sério desterró de su presencia al temerario rimador; y poniendo límite a las atribuciones de su arte, lo mandó a cantar en el desierto las dulzuras de la vida campestre, las gracias de la naturaleza y los amores de los pastores.

La poesía es un arte divino: el aldeano en su choza, el príncipe en su palacio, encuentran igualmente en ella un encanto para el espíritu y una melodía para el oído.

La música ejerce su poder a la vez sobre los hombres y los animales. Miéntras tanto hace oír su flauta el conductor de un camello o de un elefante, siguen caminando estos animales aunque cansados, y duplican la jornada ordinaria proporcionada a sus fuerzas. Las aves canoras se acercan al músico, escuchan atentas lo que toca y procuran en seguida imitarlo; y la serpiente de cascabel que se ha deslizado en una cabaña de indio donde se baila al son de los instrumentos, indica por su actitud, por los movimientos cadenciados de su cuello, por su olvido del peligro que puede amenazarlo, el delicioso éxtasis que le causan los acordes armoniosos que oye.

Era, pues, cosa natural que los antiguos hiciesen salir las fieras de los bosques al oír los conciertos del inventor de la lira y de la flauta.

El jenio de los griegos, tan fecundo en imágenes vivas y coloreadas, brilla sobremanera en la alegoría de Dafné. Apolo, enamorado de esta ninfa, nos representa un jóven poeta apasionado por la gloria y que trabaja con ardor para alcanzarla. No le retrae el ver sus producciones acojidas friamente por el público, y sepultadas en el olvido despues de leidas; tiene confianza en sí, se siente con fuerza para luchar contra los obstáculos y vencerlos por su aplicacion y constancia.

Llega un dia, en efecto, en que el poeta, pensativo, errante en las verdes márgenes de un arroyo cristalino, inspirándose del murmurio melancólico de sus aguas, del dulce gorjeo de las aves, y embriagado con el perfume de las flores, espresa por la milésima vez en su ritmo favorito el pensamiento que lo domina, la pasión de su alma ardiente; mas, en esta ocasion se supera a sí mismo; su poesía viene sembrada de rasgos sublimes que subyugan al lector; ella ha conquistado a la gloria, pasará a la posteridad, y es bajo la forma de una corona de laurel, como la gloria le sonríe al poeta y se entrega a él para siempre.

Dafné, significa *laurel* en griego. Este árbol crece en los lugares húmedos, a orillas de los riachuelos: hé aquí porque los antiguos le han dado por padre al río Péneo que sale de los montes Pindo y riega el valle de Tempe, afortunada comarca donde florecieron los primeros poetas y músicos de la Grecia.

NOTA.—No pudiéndose publicar todo el artículo en un solo número, ha sido preciso cortar a la vez el Texto y las Explicaciones, para continuarlas en el número siguiente.

MATHIEU DE FOSSEY.

(Continuará.)

EPISODIO HISTÓRICO DEL AÑO 673.

Apenas se conservan hoy algunos restos de la grandeza de Numes, ciudad que en el año 673 ostentaba orgullosa sus gruesas murallas, sus elevadísimas torres y sus góticos edificios.

Allí fué donde el rebelde Paulo se fortaleció cuando quiso ceñir la corona de Wamba, y allí fué también derrotado, anegándose en sangre humana las calles de aquella soberbia ciudad, cuando el 1.º de setiembre rompieron sus ferradas puertas los treinta mil soldados que mandaba Wandemiro.

El sol tocaba a su ocaso, y el ejército del rei había invadido la ciudad. El aspecto de sus calles era horroroso: do quiera que se esparcía la mirada no se veían mas que montones de cadáveres, arroyos de sangre y fragmentos de aceradas armas; do quiera que se aplicaba el oído no se percibía mas que el choque de las espadas, las voces del vencedor y los ayes del vencido, las imprecaciones del soldado y el relincho de los embravecidos corceles, cuyos herrados cascos se embotaban en los cráneos de los heridos y en la sangre que esponjaba la tierra.

Teatro de la mas espantosa matanza, del que salían mezclados los suspiros de muerte y los gritos de venganza, las súplicas de las mujeres con las amenazas de los guerreros, y formando un confuso remolino, los llevaba el viento para despertar con sus lúgubres sonidos a los carnívoros grajos que habían de cebar su pico en los mutilados cuerpos.

Empero, dejemos esta escena y pongamos nuestra atencion en otra de distinto jénero que se representaba en el interior de un palacio gótico. Este fué invadido por una turba de soldados: tras ellos entró la muerte y tras la muerte el silencio.

El capitán Wandemiro se encontraba con ellos, y despues que les dejó entregados al pillaje, se puso a recorrer algunas habitaciones enteramente desiertas; pero hé aquí que al entrar en uno de los mas apartados salones, hirió su vista una figura humana que al verle arrojó un grito de espanto.

—El caballero se detuvo, y vió una mujer cuya estremada belleza no la hubieran concebido los sueños de Miguel Anjel y cuya cándida espresion no hubieran acertado a retratarla los májicos pinceles de Rafael.

Sobre su nevada espalda caian en trenzas de oro sus finos cabellos: mil azuladas venas dejaba ver el trasparente cútis. Sus ojos, de un azul como el cielo, decian toda la tristeza de su alma, y su boca entreabierta y ajitada por un lijero temblor manifestaba el pánico de que estaba poseida.

—¿Qué buscas? dijo con un acento que conmovió todas las fibras del corazon del guerrero. ¿Ignoras que esta es la mansion de la muerte y que no hai en ella otro ser que yo, mísera mujer, que si sacrificas nada aumentará tu ya alcanzada gloria? ¡Huye si aun sientes en el pecho el corazon de tu raza! No manches tu victoria con la sangre de una víctima que con su debilidad te deshonoraria.

—Quien quiera que seas, contestó Wanderino, ¡oh hermosa mujer a quien creó el Eterno para probarnos su omnipotencia, no temas que la espada de mis nobles abuelos se tiña con tu sangre! Pero ¿cómo permaneces aquí espuesta a tantos peligros y no has abandonado la ciudad? ¿Qué es de tus deudos? ¿cómo no te han salvado de los furores de la guerra?

—Pobre mujer, sola en el mundo como la flor que crece en el desierto y muere abrasada por el sol, nací para llorar!

—¿Necesitas un apoyo, quieres una defensa? dijo el caballero levantando su cabeza y paseando por la habitacion su noble mirada? aquí tienes mi brazo; mis armas serán tu escudo.

—¿Y crees, replicó la jóven, que podrá haber salvacion para mí?

—¿Tantos son tus enemigos?

—Es uno solo, el destino, y ese no puedes combatirlo.

—¿El destino! ¿y por qué crees que te ha de ser adverso?

—Porque siempre me ha perseguido cumpliéndose todo lo que en mi niñez me pronosticaron.

Y al concluir estas palabras brotaron de los ojos de aquella mujer dos lágrimas que fueron a precipitarse en su pecho.

—¿Qué es el destino? dijo arrebatado el caballero. Un fantasma forjado por la ilusion. No dejen tus ojos escapar esas bellísimas perlas; dime quien es la causa de que se derramen.

—Es demasiado triste mi historia.

—Yo tambien he padecido, comprenderé tus penas y sabré consolarte.

—Tienes un alma mui jenerosa! escucha, pues.

El infortunio vino al mundo conmigo.

No conocí a mis padres; un rico judío que me tenia a su cuidado es el único ser en quien he podido emplear mis caricias de niña: él me llegó a querer con extremo, me prodigó toda clase de cuidados, pero no quiso revelarme de mi nacimiento otra cosa mas sino que era hija de cristianos, dejándome seguir la relijion de mis padres. Se pasaron los años, y la fama de mi hermosura corrió de boca en boca hasta el punto de ser conocida en toda la comarca, donde me daban el nombre de virjen de Nimes.

Un jóven godo, hermoso y valiente, se prendó de mí, y yo sin saberlo le entregué mi corazon. Me creia dichosa amándole, pero, ¡desgraciada! el feroz Paulo, que ahogaba en silencio la pasion que por mí concibiera, ponía en tanto todos los medios para arrebatarse a Gundemaro su prenda de amor, como habia querido arrebatarse a Wamba su corona.

Una tarde que yo paseaba en mi jardin, ya a la hora en que el sol estaba próximo a ocultarse, sentí un roce extraño en un bosquecillo de adelfas y rosales; vuelvo la vista hácia aquel lado, y de pronto veo destacarse cuatro enmascarados con sendos puñales. Dos de ellos me cojieron en sus brazos, y los otros, dirijiéndose a la dueña que me acompañaba, le atravesaron el corazon con sus traidoras armas. Dí un grito, sentí pasar una nube por mi frente, y ya no ví nada hasta que desperté de aquel sueño, encontrándome aquí. Tres dias hace, y en ellos no ha dejado Paulo de atormentarme para que corresponda a su impuro amor, y talvez lo hubiera conseguido por algun inícuo medio, si hoy la defensa de la ciudad primero, y la salvacion de su vida despues, no le hubiesen forzado a alejarse de aquí.

—¡Cobarde! interrumpió Wandemiro levantando sus puños con

amenazador ademan. ¡Y con tanto amor te abandona al furor de sus vencedores, de cuyos soldados habrias sido el mas asqueroso juguete si la suerte no me hubiese traído aquí!

—¿Y crees que me dejará tranquila? No; en medio de la noche abandonaré el asilo donde se halla refugiado, para venir a perseguirme

—Yo te salvaré de ese monstruo. Cuando el sol vaya desapareciendo te llevaré a mi tienda, que aun está puesta en el campamento, y así te librarás de él y de las tropas del rei, que embriagadas con la victoria te atropellarían indudablemente. Allí pasarás la noche, y ocuparás el lugar de la hermana querida que arrebataron casi de los brazos de mi madre a pocos meses de ver la luz del sol.

—¿Qué grande, qué jeneroso! dijo la hermosa niña llenos de lágrimas sus ojos. Y despues de pasado el peligro me ayudarás a buscar al anciano que me ha servido de padre, y tambien a Gundemaro, que ignoro la suerte que le habrá cabido en la encarnizada lucha de hoi.

—Sí, seré tu defensa y tu guia, seré tu hermano.

Aquellas dos almas llenas de nobleza se comprendieron.

II.

El velo de la noche habia cubierto la ciudad y los campos de Nimes. En algunos sitios se veia el fuego de las hogueras que los soldados habian encendido para templar sus cuerpos. De tiempo en tiempo se oia el ¡alerta! de los centinelas y sus pasos, que ora retumbaban en los pavimentos de la ciudad, ora producian un sonido seco en la muralla o se ahogaban en la tierra. Nunca impone mas el silencio de la noche que cuando es interrumpido por la lluvia o por un sonido que se deja oír en tiempos iguales como el canto de algun ave nocturna o la voz del soldado.

Lo mismo que despues de pasada una borrasca en medio del océano y cuando el mar queda tranquilo que parece segundo cielo, la tripulacion del bajel que se ha salvado se recoje para enviar sus preces al Supremo o para descansar, así aquellos que ocupaban los sitios que vieran este dia tan horrible espectáculo, se habian retirado tranquilamente, ya a murmurar sus oraciones o a dar reposo a sus ajitados espíritus y a sus rendidos cuerpos.

En medio de este silencio y envuelto por la oscuridad se vió salir de la poblacion un jinete que llevaba sobre su caballo una mujer

cubierta de blancas vestiduras. Tranquilo seguía su marcha y parecía absorto contemplando a su compañera.

Ya se habían alejado bastante de las murallas cuando, alargando aquella su cabeza, dijo con tono entrecortado al caballero:

—No oyes? ¡Cielos! creo que suena el galope de un caballo.

El jinete detuvo el suyo y escuchó.

—Cierto, dijo; ¿pero qué temes? ¿Será alguno de los correos que continuamente se despachan al rei.

El ruido se oyó mas distinto, y ya estaba mui próximo a nuestra pareja.

En este instante la luz que proyectaba una hoguera dejó ver a un hombre a caballo. Sobre la cabeza del jinete se distinguía perfectamente un magnífico casco dorado, que ostentaba en su parte superior una corona.

—¡Es él! dijo la jóven al verlo. ¡Conozco su casco! ¡Ya me lo decia el corazon!

—¿Quién? preguntó el caballero.

—¡Paulo! contestó la vírjen con doloroso acento.

—¡Miserable! habrá de pagar mui caro su atrevimiento.

En tanto el perseguidor estaba a pocos pasos.

Wandemiro hizo bajar al suelo a la jóven, se colocó delante de ella y sacando su espada gritó con terrible acento:

—¡Ni un paso mas!

Su adversario aparentó no oír nada, y se arrojó sobre él espada en mano.

Terrible fué el primer choque; pero se conocia que los dos eran diestros lidiadores.

Tras aquel golpe se siguieron otros; de pronto el jinete del casco dorado dejó caer el brazo con que sostenia la espada, luego inclinó la cabeza y rodó a tierra.

—Muerto! dijo con acento desfallecido. Muerto sin haberla salvado!

—¡Detente, Wandemiro! gritó la jóven con desesperacion.

El capitán quedó parado.

—¡Es Gundemaro! prosiguió con desgarrado acento arrojándose sobre el herido.

—¡Oh! pronunció éste. ¡No me amas ya o te llevan por fuerza léjos de mí!

—¡Infeliz! huía para salvarme de Paulo, siento un caballo, veo su casco, creo que es él, grito, y el caballero que me amparaba te da la muerte.

Wandemiro habia dejado su cabalgadura y acercándose al herido!

—Veamos, dijo: el mal talvez sea de poca consideracion y quiera el cielo salvarte.

—Nó, contestó Gundemaro con debilitado acento, ya es tarde.

—¡Y yo te he dado la muerte! dijo la niña anegada en llanto.

—Tú nó, ángel mio, ha sido la fatalidad. Cuando supe por una casualidad tu paradero, fuí a buscarte: unos soldados me dijeron que entrada la noche te habian visto salir de la ciudad llevada por un caballero. Yo habia quedado sin casco en la pelea, y al dejar el palacio de Paulo para correr tras de sí, ví en un apartado rincon el suyo; lo cojo, monto a caballo y parto, y ahora... que... pero... dame... tu... ma... no... adios...

Y dejando caer la cabeza en los brazos de su amada, espiró...

Wandemiro, con los brazos cruzados, parecia mudo: su mirada fija en el cadáver, su respiracion ajitada.

—Flor de mis amores, que tronchó el hado con su guadaña! dijo la inocente vírjen mirando al cielo y tendiendo hácia él sus brazos. ¡Qué será para mí este desdichado mundo sin Gundemaro? Arido desierto donde no hai una flor que ostente la pureza de su corola! ¡Yo te maldigo porque mis lágrimas te regaron y no quiero habitar mas entre tus miserias!

Su frente palideció y estravióse su mirada. Entónces, con un rápido movimiento, sacó el puñal de Gundemaro y quitó la chapa que cubria la parte superior de su empuñadura, aplicándose en seguida ésta a los labios.

—¿Qué haces, desdichada?

—Morir, contestó con febril acento la jóven. Quiero que mi alma vaya a unirse a la suya.

El caballero quedó horrorizado y no acertó a pronunciar una palabra.

—Una cosa me queda que cumplir.

Hace dos años que mi segundo padre me dijo al entregarme un pergamino sellado:

«Como la muerte no mira la edad, quiero que conserves esto, y cuando conozcas que tu última hora ha llegado, rompe el sello y lee. Si una muerte repentina te acomete, en el cielo sabrás lo que aquí dice; pero júrame que antes de ese dia no lo leerás, a no ser que yo muriese.»

Yo lo juré, mi hora llegó y cumplo su mandato.

Sus finos dedos rompieron el sello, y sus ojos se fijaron en los

caractéres que tenia estampados el pergamino; pero no bien hubo recorrido algunos renglones, cuando arrojó un jesto penetrante, y se le escapó de las manos la pulida piel.

Wandemiro la cojió, y leyó lo siguiente:

«Hace catorce años que era pobre; la idea de un rescate me condujo a robarte de tu palacio de Toledo, cuando aun no tenias cuatro meses. Eres hija del caballero Wandemiro, uno de los mas íntimos amigos de Wamba, favorito del rei. El cariño me ha hecho egoista; por eso no te he devuelto a tu familia. Quería que ignorases esto toda tu vida para que no me maldijeses. Ahora que vas a morir o que yo he muerto, perdona lo que hizo mi cariño sin igual. Dios reciba tu alma y absuelva la mia.»

—¡Mi hermana! prorumpió el caballero arrojándose sobre ella.

—¡Su hermana!... el destino... da un... beso... a mi madre... Adios, hermano... mio...

Y su alma se escapó envuelta en un suspiro.

El cuerpo de hierro del capitán cayó mas bien que se arrodilló delante del cadáver, y aquellos ojos que por la mañana despidieron centellas, derramaron copiosas lágrimas sobre el cuerpo exámine de la vírjen.

R. O.

EL SOMBRERO ALTO Y EL VESTIDO BAJO.

Por mas que el epígrafe anuncie una fábula, no tendrán, amables lectores, lo que él indica.

El asunto es mas sério. No haremos hablar ni al sombrero ni al vestido. Por el contrario, hablaremos nosotros de ambos.

Todo acto insignificante en la vida, tiene su gravedad mas o menos grande. El diputado que por primera vez alza su voz en la cámara; el principiante en alzar la copa en las fiestas públicas i privadas; el primer exámen del estudiante jóven, y en fin, todos los actos serios, no tienen tanta importancia ni dan tantos escalofrios como el que proporciona el primer tarro de unto y el primer vestido bajo!

¡Qué contrariedades! Lo bajo y lo alto cambiando de sexo, o en

uno la gravedad y en el otro lo mismo! Siempre el hombre y la mujer en eterna contradiccion!

¿No es cierto, amables lectores, que estos puntos de la vida de la mujer y el hombre, tienen una importancia capital, digna de ser considerada y meditada?

Pero lo mas importante de todo, no es el cambio de figura que trae una prominencia en la cabeza y un arrastre en los piés; nó, i mil veces nó: lo interesante de estos agregados está en los cambios que ejecuta en las ideas, en el modo de vivir de los seres que por desgracia tienen que cumplir con este imprescindible deber de la moda.

¿Qué es de aquellas ideas juveniles, de esa sonrisa graciosa, de ese aire encantador de nuestras bellas chiquillas, una vez que la cola arrastra el polvoroso suelo?

Todo ha desaparecido: unas cuantas varas más de jénero, transforman el carácter, concluyen con una de las mas preciosas gracias de las bellas Evas. Y ellas, ellas tan puras como bellas, lloran, gritan, exhalan tristes y lastimeros ayes por que llegue cuanto antes ese dia fatal! Esos lindos piececitos, conmovedores de corazones, que cautivan con su pequeñez y linda forma, deben ser aplastados, ahogados bajo el ordinario percal, la rica seda o el majestuoso terciopelo.

¿Qué han hecho estos infelices para que el destino se muestre tan severo e intransijente? Nada. Es la costumbre, esa moda que nunca cambia, la que obliga a tener mas discrecion con los piés.

Todavía recuerdo, Mercedes bella, el gozo, la dicha que rebosaba en tu semblante cuando con tanto calor me contabas que ya mañana serías otra, pero otra enteramente distinta, sin esas sonrisas burlo-nas, sin esas muecas encantadoras, sin nada que significara expansion y alegría. Y todo este cambio, obra del momento, no tenia otra causa que al dia siguiente unas cuantas varas más de jénero sepultarian tus lindos piececitos, ocultándolos a la mirada de todos vuestros apasionadas.

Todo fué verdad. La mujer, gracias a la voluntad de la madre y al siempre buen deseo que tienen los tenderos para vender, reemplazó a la dichosa chiquilla, a la espiritual niña, adorno de los salones y joya apreciable del círculo de sus amigos.

¿Por qué tanta mudanza? Hé aquí una interrogacion difícil de contestar. Esplicarse la causa de lo que hacen las mujeres, es algo como pensar en contar las estrellas del cielo. Mientras mas adelante va la investigacion, mas fuera de camino nos encontramos. I las

chiquillas, esas eternas pesadillas de nuestra vida, desde mui temprano principian a jugar a *mujeres*. Llegan del colejio, templo santo donde aprenden a tener galanes para olvidarlos al cuarto hora de salir de él, cuando ya comienzan a ponerse los vestidos bajos de su madre. I qué diversiones no presta ver a una de éstas, derechas como un ministro, jugar a los desaires!

—No me moleste usted; sus disculpas de nada valen; usted es como todos, mucha miel en la boca, pero el corazon seco y depravado.

Este y otros diálogos parecidos son escuchados por un infantil almáico de lindos capullos. I qué risa, qué algazara forman de ese estudio tan perjudicial como jeneral!

Una historia, aunque con recordarlo duela, pondrá de manifiesto mas claro el cambio que opera en la chiquilla la maldita moda de que hablamos.

Emilia era un ángel de catorce abriles; su físico y su moral eran dos perfecciones. Ella me amaba entrañablemente, con uno de esos amores de novela, como amaba Virginia a su adorado Pablo. Un dia, dia tenebroso, al encontrarnos en uno de los paseos públicos, en medio de una sonrisa, hizo caer una cartita. Loco de contento me abalanzo a ella; el náufrago mas desesperado no hubiera tenido tanto gozo como al encontrarme yo con esa prenda de mi amada. Frenético corro a mi casa, enciendo a toda prisa luz, y ¡oh horror! leo lo siguiente:

«Mañana me bajo el vestido, mañana soi otra. Nuestros amores han concluido; mi mamá me aconseja portarme como mujer.

Tuya,

Emilia.»

No creo lo que veo. Leo y vuelvo a leer la carta, pero nada, que ahí siempre está *nuestros amores han concluido*. Medito y vuelvo a meditar, y por mas que llegue al cielo en meditaciones, no puedo encontrar la relacion que pueda haber entre su vestido bajo, su conducta de mujer y mis amores.

Pienso que seria cosa de un dia, talvez hecha bajo el influjo de su madre. Engaño! su inscontancia dura hasta el dia.

Despues de la chiquilla, tócale el turno al mocito hombre. ¿No conoces, querido lector, a Pedro?

Pedro, el Pedrito de ayer, es un mozalvete de diez y seis años, buen muchacho hasta el dia que usó sombrero bajo; pero Dios me

libre de él ahora! Cansado de estudiar sin fruto, sus padres resolvieron sacarlo del colejio. Hijo de un honrado y acaudalado comerciante, pudo colocarse en un almacén. Todos se hacen útiles en un escritorio, y la mayor prueba que esto es una verdad, la tenemos en que mozo muchas veces ocupa un lugar distinguido.

Pedrito, aunque ménos útil que mozo, recibió luego sueldo; vale tanto el influjo! El Pedrito del colejio desapareció; reemplazóle un señor Pedro, de mirada provocativa, ademanes sueltos, olvidadizo de sus compañeros. Si encontraba alguno de sus condiscípulos, aunque estos fueron aquellos distinguidos que el respetó, los miraba de alto a bajo, sin hacer siquiera señal de saludo.

Pronto el colero lo contó como uno de sus entusiastas afiliados, y aunque al principio le costó muchos sustos, muchos temores de boya, hoy día lo lleva majestuosamente, con tanta arrogancia como si valiera más que el mozo del almacén en que está alquilado. El orgullo siempre ha de principiar por la cabeza!

Esto se va haciendo largo, y como temo fastidiar a mis lectores, con lo dicho concluyo, reservándome solamente sacar la moral.

¡Odio profundo al vestido bajo y al sombrero alto, oríjen del orgullo del hombre y de la mujer!

A. VILLAMIL.

A LA LIBERTAD.

EN EL DIEZIOCHO DE SETIEMBRE.

Hermosa libertad: aquí tu templo
 Sobre tumbas los hombres han alzado;
 A la patria mil héroes han legado
 Altos destinos y fecundo ejemplo:
 O'Higgins, San Martín, Freire, Carrera,
 Al fulminar de su glorioso acero
 Abren de libertad la nueva era,
 Y a Chile aplaude el universo entero.

Augusta libertad: a tu influencia
 Las industrias, las artes y la ciencia
 Altivas se levantan
 Y un himno en tu loor los pueblos cantan.

A tu impulso traspasa las montañas,
 Los desiertos y abismos asombrados,
 El fecundo vapor; en las entrañas
 De los pueblos un tiempo abandonados,
 De riqueza y de luz deja simiente.

De libertad al prodijioso ambiente
 El alma se sublima;
 Un Dios en su interior el hombre siente,
 Y llano y fácil lo imposible estima.

Sublime libertad, fecunda llama,
 Emanacion del cielo desprendida,
 Que anima el orbe y con su fé lo inflama:
 Donde floreces tú reina la vida,
 La enerjía, la luz, el movimiento;
 Donde no existes tú no hai ardimiento,
 Son los pueblos esclavos enervados
 Y por sendas de muerte son llevados.

Mientras que Roma la ciudad grandiosa,
 Víctima resignada y silenciosa;
 Hoi jime atada al pié de los altares,
 En los libres hogares
 Que baña el claro Mississippi undoso,
 Un pueblo se alza grande y poderoso,
 Que con ingenio intrépido y fecundo
 Remueve y cambia el porvenir del mundo.

Atras cadenas y mordazas viles,
 Profanacion impía
 Que al hombre impone odiosa tiranía.
 Los pueblos varoniles
 Quieren ¡oh libertad! claros espacios
 Do no haya *tiara*, esclavos ni palacios.

Sagrada libertad: mi humilde ofrenda
 No me atrevo a llevar a tus altares;
 De mi entusiasta amor son débil prenda
 Mis desacordes, tímidos cantares:
 Ante tu sacro altar póstrese el hombre,
 Y cante el vate al pronunciar tu nombre.

Y tú, patria querida,
 Alza a la libertad un himno santo;
 Ella entre escombros, esterminio y llanto
 Se alzó gloriosa para darte vida;
 Tus montañas, tus bosques, tus praderas,
 En acento de amor, grave y profundo,
Libertad, libertad! clamen al mundo.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

DOÑA LEONOR CURICULLOR

O EL

PRIMER MATRIMONIO CRISTIANO ENTRE LOS INCAS

(Leyenda escrita en Paris en 1846 y dedicada a D. Eujenio de Ochoa.)

(CONTINUACION.)

III.

La fratricida guerra, siempre horrible
 El suelo de los Incas ensangrienta
 Despues que Quillco en *Tumi-Bamba* cuenta
 De Huáscar el mensaje:
 Atahualpa al oirlo ya el coraje
 Ha provocado de guerreras jentes,
 Que, a Quito concurriendo,
 Juraron con palabras elocuentes
 No faltar a su rei sinó muriendo.

Auqui-Huanca y Atoc, dos brazos fuertes
 De Huáscar, cien combates han librado:
 En pos del uno el otro, por el hado
 Vencidos en la empresa,
 Sobre el campo de honor hallaron huesa.
 El Inca pierde en el reves el brio
 Y acaso la esperanza
 De alcanzar del imperio el señorío
 Escediendo a su hermano en la pujanza.

En vano de sus *Huacas* el amparo
 Provoca con ayunos de su rito;
 Levanta en vano religioso grito
 Al dios de sus abuelos:
 Burla en todo la suerte sus anhelos,
 Y él sacrifica al fin, en los afanes
 De reportar victoria,
 Sus huestes y sus bravos capitanes,
 Que muerte encuentran donde buscan gloria.

Epica musa con acento grave
 Cantar debe la guerra prolongada
 De los últimos Incas. Mal cortada
 Mi pluma, solo intenta
 De lucha fratricida en la tormenta
 La historia bosquejar de dos amantes,
 Como quien sigue a vuelo
 El curso de dos astros rutilantes
 Que muestra en noche procelosa el cielo.

Cuatro años han cursado; y Curicuñllor
 Aguardando de Quillco está el regreso.
 La anciana Corvaticlla cede al peso
 De los años, y espira.
 Triste en su albergue en soledad se mira
 La prometida esposa, que acabado
 El plazo convenido,
 Constante en su pasion ha desechado
 De la eleccion de Huáscar un marido.

Tenaz el Inca, el sacrificio' duro
 De un enlace le impone, y el reposo
 Turba de la infeliz.—"Si el caro esposo
 (Ella clama entre llanto)
 "Que me juró volver no llega en tanto,
 "A buscarlo yo vuelo. Si él no vive,
 "Tambien la ingrata vida
 "Yo dejaré!"—Y en su penar concibe
 El pensamiento asi de su partida.

Para esa fuga la tan fina amante
 Cortó sin vacilar su cabellera:

Tambien su rostro en alterar se esmera
 Con grotesca pintura,
 Cual aquella que horrible la figura
 (En esas guerras de la casta impia)
 Hizo del combatiente;
 El disfraz de su sexo, en fin, confia
 Al humilde ropaje de un sirviente.

¡Cuánto debió sufrir en aquel trance!
 Dejar esa mansion y su inocencia,
 El lugar do cursó de su existencia
 El cristalino arroyo
 Con desliz tan süave, do el apoyo
 De su madre adoptiva dió a su suerte
 Un rumbo de bonanza;
 Donde nació su amor, do vió la muerte,
 De donde parte en pos de otra esperanza.

Con lento paso por un monte sube
 Antes que surja el sol en el oriente:
 Desde la cumbre su oracion ferviente
 Al padre de natura
 Sollozando levanta; y la amargura
 De aquel postrer adios a su morada,
 Que a la vista aun parece,
 Con el llanto se pinta en su mirada...
 Cobra luego el vigor... y desaparece...

IV.

De Atahualpa, *Quizquiz*, caudillo insigne,
 Con formidable ejército adelanta
 Contra *Maita-Yupanqui*, que ya en planta
 A aquel en campo espera.
 Fué Yanamarca de la accion guerrera
 El sangriento teatro; y todo un dia
 Con furia batallando,
 El monte de cadáveres crecia,
 Del triste Huáscar feneciendo el bando.

Con denuedo sin par *Maita-Yupanqui*
 Disputó a los contrarios la victoria,

Para que el gran Quizquiz de mayor gloria
 Cubriese su renombre
 En la gigante lid con aquel hombre.
 Jefe de la reserva el jóven Quilloco,
 En el supremo instante
 Se arrojó con su hueste sobre el circo,
 Y Quizquiz con su ayuda fué el triunfante.

Quilloco-Yupanqui a quien su amada espera,
 Dió la victoria; mas se siente herido:
 Cayendo entre los muertos confundido
 Al golpe de una flecha,
 La sangre pierde que por honda brecha
 Arroja del costado... Cubre el velo
 De la noche ya el mundo,
 Como ocultando sobre el triste suelo
 Aquella escena de pavor profundo.

De Quilloco en tanto a los vencidos sigue
 La jente toda con rencor sañudo,
 Tal que del jefe ya esperar no pudo
 El trance peligroso.
 El campo en el silencio y el reposo
 De la muerte ha quedado... y solo escucha
 El adalid caído
 De otros heridos en la horrenda lucha
 La débil queja o el postrar jemido.

Miéntas exhala de letal congoja
 Un *ai!* doliente, no distante mira,
 Como un fantasma que en el campo jira,
 Un jóven cuyos ojos
 Buscando van acaso en los despojos
 De aquel campo de muerte cara prenda
 En las sombras perdida,
 O que apartó el destino de la senda,
 Bien dulce a veces, de la humana vida.

Quilloco lo llama con acento mustio...
 Llega y lo mira el jóven, y le arranca
 La flecha al punto, y en seguida estanca
 La sangre del paciente,

A quien lleva despues hasta una fuente
 Donde la herida le lavó prolijo,
 Cuidándolo anheloso
 Cual a un padre cuidar pudiera un hijo
 Ó amante esposa al apenado esposo.

"¿Quién eres, niño de tan noble pecho,
 Que amparándome así me das la vida?
 Si hai quien amante mi existir no olvida,

Acaso te condujo
 Hasta mí de sus votos a el influjo!.....
 Tal dice Quilco; y a su voz responde
 El jóven compasivo:
 "Mirco me llamo; pero ignoro dónde
 Esté en la tierra mi lugar nativo.

"Huérfano, sin hogar, aquí en el valle
 De Juaja peregrino me ví un dia:

No quieras saber mas, pues lloraria

Si volviendo al pasado
 Recordase lo mucho que he llorado!.....

Y, enjugando una lágrima, prosigue:

"Con fraternal esmero
 Yo de tí cuidaré; y así nos ligue
 De hermanos el amor mas verdadero."

Esto dicho, el mancebo va y recoge
 De secas ramas provision, y enciende
 El grato fuego junto al cual estiende

El cuerpo del herido,
 Por el frio nocturno ya transido:
 Y, al mostrarse la luz del nuevo dia,

A distante cabaña
 Los lentos pasos del enfermo guia
 Por senda oculta, para Quilco estraña.

Allí en misterio y soledad procura
 El jóven Mirco, jeneroso, humano,
 Curar la herida del que llama hermano,

Ocultando a la jente
 Que en la comarca mora del paciente
 La calidad y orijen, pues pudiera

En lugar enemigo

Ser al fin descubierta y se espusiera
Del iracundo Huáscar al castigo.

A buscar sobre el campo de batalla
Los restos de sus bravos capitanes
Se detuvo Quizquiz; y dió a sus manes

Los fúnebres honores:

Grandes son su querella y sinsabores
El cadáver de Quilleco no encontrando,

Y del lugar se aleja,

Con su jente el vacío lamentando

Que tal candillo entre sus rangos deja.

Cuasi mortal la herida postró a Quilleco
Bajo el dominio de una fiebre aguda
Que por instantes va poniendo en duda

Su salvacion. Emplea

Mirco mayor cuidado; mas la idea

De la muerte posible del guerrero

Le inspira tal espanto,

Que en medio de aquel cuadro lastimero

Vigor le queda para solo el llanto.

Entre el temor y la esperanza cuenta

Largas horas el jóven de martirio,

Escuchando al paciente en su delirio

Invocar el amparo

De ausente objeto a su memoria caro.

Entónces Mirco se estremece y llora,

Y aproximado al lecho

Siente el fuego febril que así devora

A su amigo infeliz bajo aquel techo.

Tras lentos dias de afliccion constante

Vino el alivio en fin; y a tanta pena,

En el alma de Mirco la serena

Esperanza sucede.

Cambio tan dulce asimilarse puede

Al aspecto de paz y de alegría

Con que tras la tormenta

De noche larga, luminoso el dia
A la vista del mundo se presenta.

Vive el guerrero de Atahualpa; y solo
Su estado exige condicion tranquila
De solaz y reposo: lo vijila
Su jóven compañero
Con gran prudencia y afectuoso esmero,
Alejando sagaz las ocasiones
En que su ser pudiera,
Herido por morales emociones,
Frustrar la curacion tan lisonjera.

V.

Repuesto casi en su vigor, camina
Quillico una tarde con mui lento paso.
Sumerjido ya el sol en el ocaso,
Las sombras se adelantan:
Vueltas al nido, sus afectos cantan
Del valle las palomas, y las flores,
Con voluptuoso aliento,
Regalando a las auras sus olores,
Provocan del amor el sentimiento.

Yace el mundo postrado ante la noche,
De las estrellas el brillante coro
Mira Quillico, y esclama "¡Estrella de oro,
Lumbre del alma mia,
Dónde estás para mí! Deploro el dia
En que un deber fatal, de tu presencia
Hizo que me apartara;
Y hoi, tal vez... con tu amor y tu inocencia,
Otro disfruta posesion tan cara!..."

A tal arranque se estremece Mirco.
En seguida entre lágrimas le cuenta
El guerrero su vida, y la violenta
Pasion que su alma siente
Por Curicuñllor: su ajitada mente
La fiebre al punto renovó en sus venas;
Y el jóven consternado

A la cabaña lo conducé apénas
Temiendo de aquel lance el resultado.

Cursó esa noche para Quillo, triste.
La emoción de la víspera fomenta
El dolor de su herida; y macilenta
Revela sufrimiento
Su faz, que el jóven contemplaba atento:
De súbito le dice: "En este instante
Al Cuzco me encamino,
Para saber de tu llorada amante
Y que ella sepa de tu amor tan fino.

Brilla en Yupanqui la espresion del gozo
Mezclado con las lágrimas; e implora
De su amigo el favor para que en la hora
Parta y le traiga luego
A Curicúllor. Obedece al ruego
El jóven Mirco; mas primero encarga
Lo espere resignado
En aquel sitio si la ausencia es larga,
Dejando al tiempo mejorar su estado.

"Bienes te aguardan, venturoso Quillo,"
Le dice. "Cuida que emoción violenta
No altere tu salud si te presenta
Tu amigo a la que adoras
Esposa amante cuya ausencia lloras."
Y estrechando la diestra del guerrero,
Salió de la cabaña,
Y a breve instante con andar lijero
Trepó y traspuso colosal montaña.

(Continuará.)

VIVIR MURIENDO.

No soi el árbol viejo doblegado
 Por el peso del tiempo que pasó,
 Sino el arbusto de su raiz tronchado
 Por el contrario viento que sopló.

No soi el sol que muere en occidente
 Y que tiene en su ocaso que morir,
 Sino el sol que alumbrando tristemente
 Se eclipsa y se desploma en su cenit!

Si aun vive el hombre, ha muerto ya el poeta
 De la vida en el lúbrico festin;
 Como entre zarzas muere la violeta,
 Como se alza un sepulcro en un jardin!...

¡Morir tan joven!... gritará importuna
 La sociedad en brazos del placer;
 ¡Y no veis el cadáver en la cuna
 De ese niño que acaba de nacer?...

JOAQUIN LEMOINE.

Santiago, agosto 30 de 1874.

A LA SEÑORA ROSARIO ORRECO DE URIBE

(CON OCASION DE SU POESÍA "INSÓMNIO.")

Jamas mi mano comprimió tu mano;
 Nunca he escuchado el eco de tu voz,
 Pero te admiro, ¡misterioso arcano!
 Como a una bella noche de verano
 O como el hombre a Dios!

Tu imájen misteriosa tras el velo
 De mi mente la he visto atravesar,
 Como cruza la sombra sobre el suelo
 De aquella águila audaz que por el cielo
 No se la ve pasar.

Es que ha inflamado poética cantora
 El fuego de mi ardiente juventud,
 El tierno llanto que de tu alma llora
 Y la armoniosa música sonora
 De tu inmortal laud!

Desde entonces tu «Insomnio» no me empeño
 En descifrar, ni tu tenaz dolor;
 Si la mujer vulgar concilia el sueño
 Sobre una roca, tú solo en el seno
 Del ángel del amor!...

JOAQUIN LEMOINE.

Santiago, julio 1874.

DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE DE 1810.

LA SALVA.

¿Qué bronco son retumba en el espacio
 Que de su sueño al pueblo despertó
 Al despuntar sus rayos de topacio
 El bello sol que a Chile iluminó?

Qué es ese son que al par que nos aterra,
 De entusiasmo nos llena el corazón?
 Es de Chile la voz que alzó de guerra
 Cuando al mundo mostró su pabellón!

Es el eco del son que envió sañuda
 De su primer cañón la Libertad,
 Que hoy al sol de setiembre le saluda,
 Sol que nos diera en sombras claridad!

Eco inmortal, trompeta de la historia
 Que en los remotos siglos tronará,
 Por do el grito de guerra y de Victoria
 La gran posteridad comprenderá!

Hoy se tornó la esclava en amazona,
 La librea la cambia en pabellón,

Y al pisotear la hispánica corona,
La voz de Libertad la dió el cañon!

Y por eso se inflaman nuestras venas
Y palpita orgulloso el corazon,
Porque oimos romperse las cadenas
Cuando oimos rujir ese cañon.

Y por eso los viejos veteranos
Rien de gozo, lloran de emocion,
Porque fueron sus pechos y sus manos
Los que dieron impulso a ese cañon.

Y por eso miramos en sus vidas
Las reliquias de eterna adoracion;
Mas nos llenan de envidia sus heridas
Cuando oimos tronar ese cañon.

Y por eso el pueblo entero
Se ajita en gran conmocion,
Porque hoi destrozó su acero
Los grillos del carcelero
Al tronar ese cañon.

Que hoi en el cielo esta idea
Trazó la divina mano:
"Alce Chile, libre sea,"
Y éste arrojó la librea
Y vistió de ciudadano.

Por eso al rayar el dia
Entre el cañon tronador,
Se eleva suave armonia
Que un coro anjélico envia
Al trono del Salvador.

Y todo es agitacion
En tan gloriosa mañana.
Y a la voz de ese cañon
Le responde el torreón
Con repiques de campana.

Y se alarman los cuarteles
Al son de pito y tambores,

Y en los altos chapiteles
Se ajitan los tres colores
Como floridos laureles.

Y crece la conmocion,
Y más el bullicio crece,
Y cuanto mas amanece
Es mayor la agitacion
Que allá en la plaza aparece.

Y al reventar de las fuentes,
Del sol a los resplandores,
Se elevan los surtidores
Formando iris transparentes,
Que ostentan los tres colores,

Y mezclan su dulce son
A los cantos matinales,
Y ajitan el corazon,
El armónico cañon
Y las músicas marciales.

Porque al rayar el sol en este dia
¡Chile nació! pregonó ese cañon,
¡Chile nació! resuena esa armonia
¡Chile nació! repite mi canción.

JACINTO CHACON.

LIJEROS APUNTES BIOGRÁFICOS

DE DON ANDRES MARIA TORRICO,

LEIDOS EN LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS.

«No hai poder en cielo ni sobre la tierra
que pueda impedirme contemplar con res-
peto y con ternura a aquellos que llegan a
la cima de la dignidad del carácter, de la
inteligencia y de la virtud!»

MILTON.

I.

Antes de arrojar a la luz pública una serie de poesías póstumas, cuya coleccion inédita guardamos con cariño, nos proponemos dar algunos antecedentes biográficos del autor, cuyo nombre va en el epígrafe de estas líneas. (1)

No comentaremos sin embargo nuestra tarea sin anticipar a nuestros lectores que no es del caso bosquejar una de esas figuras célebres que han dejado tras de sí una huella luminosa, y cuyos retratos, mil y mil veces reproducidos, son conocidos de todos, no. Nos parecia al contrario que nada tiene de extraño que su nombre sea esta la primera vez que suena fuera de los confines de Bolivia; que él sea tan ignorado, como las bellas y apartadas comarcas de aquel pais. Y ciertamente, el nombre que vivió «lo que vive la rosa; el espacio de una mañana,» de una mañana nublada con el humo de las contiendas civiles, y que murió en la alborada de la vida y de la libertad, mal puede ser mui conocido.

A no ser por esta misma consideracion, unida a la conviccion de que las ya mencionadas producciones póstimas pueden formar parte de la mas adelantada literatura americana, no nos atreveriamos a

(1) Nos resolvimos a escribir esta aunque sumaria biografía, no obstante los lazos de familia y de íntima amistad que nos ligaban con Andres Maria Torrico, porque esta misma circunstancia nos daba la ocasion de conocer su vida y aptitud de comprender su carácter. Habiamos pues vivido con él en un mismo hogar hasta la hora de la última despedida.

entregarlos a la publicidad, pues podemos asegurar que el publicarlas jamas entró en la mente de su autor, y que si las escribió fué tan solo para ceder a esa inclinacion invencible de los hijos favoritos de la armonia: de procurarse un solaz en sus propias inspiraciones.

Da irrecusable testimonio de lo que acabamos de decir, la siguiente dedicatoria que (a guisa de prólogo) escribió sobre el manuscrito orijinal de sus poesias, en la que dirijiéndose a su esposa, dice así:

"A MARIA TERESA."

"Estos pocos versos, con ser tan pocos y tan pobres, tienen una recomendacion que solo puede serlo para tí y para mí; la de contener como si dijeras la biografia de mi corazon. Aun las composiciones imitadas de poetas estranjeros no lo han sido las mas veces sino porque interpretaban bien mis propios sentimientos; merecen pues mis versos que los acojas en la cajita donde guardas todos los objetos tuyos a que está ligado algun recuerdo de cariño; que enamillezcan allí estas hojas, como las humildes flores campesinas que sueles poner a secar en tu libro de oraciones.—Sé tú, anjel mio, el único público de mis versos!"...

Iba a decirte mas; pero aquí vienen como de molde las palabras de un autor cuyos escritos te gustan: *basta de prólogo para tan ruin obra.*"

Terminariamos nosotros, desde luego, con un decir semejante; pero es fuerza dar algunos lijeros antecedentes del escritor que nos ocupa, para que formen los lectores a su respecto, cuando no fuese mas que un lejano concepto.

II.

El señor Andres Maria Torrico nació en Cochabamba el 5 de octubre de 1839, en momentos en que se desenlazaba la confederacion Perú-boliviana y en que su padre, juriconsulto notable que lleva el mismo nombre, descendia del solio del poder en el que desempeñó el alto rol de ministro de Estado al lado del Protector Santa-Cruz.

Poco tiempo despues el niño acompañaba al padre en el camino de la proscripcion como una predestinacion de su infortunio; pudiendo decir lo que el poeta polaco! "Jesus en Nazaret cuando era niño jugaba con la cruz, símbolo de su muerte; madre, enséñale

desde temprano a tu hijo a combatir y a arrostrar las injurias del destino."

III.

Hacia el año de 1856 un adolescente simpático, despierto y laborioso, de semblante animado y apasible, de frente espaciosa, fisonomía acentuada y correcta, continente gallardo y distinguido, se hacia notar en la Universidad de Cochabamba, captándose el aprecio de sus catedráticos y las consideraciones de sus compañeros de aula, entre los que se le concedia notable superioridad; revelando tambien desde entonces la seriedad de su carácter a la par de la madurez anticipada de su intelijencia.

IV.

Por esos mismos tiempos dimitia el poder supremo de la república el jeneral don Isidoro Belzu en favor de su hijo político, el tambien jeneral don Jorje Córdoba, burlando de esa manera el sufragio nacional que favoreció la candidatura presidencial del doctor don José Maria Linares.

A despecho del pais y arrostrando las protestas y las sediciones que la rodeaban, se entronizó en el poder la inofensiva pero licenciosa administracion del jeneral Córdoba.

El señor Linares, ese filósofo austero, que desde playas estranjeras a donde lo habia arrojado la mano de la procrpcion veia defraudada la eleccion presidencial con que sus compatriotas lo distinguieron, dominada su patria por el militarismo que era el cáncer que la devoraba y fijas en él las miradas de un pais entero, penetra casi como un misterio en el corazon de la república, colecta armas y hombres en la ciudad de Oruro y se atrinchera en la de Cochabamba.

Torrico era la flor que crece a la sombra de las paredes del hogar doméstico haciendo sentir, no obstante, el aroma de sus virtudes fuera de él. Cuando apenas parecia un efebo candoroso, se exalta por el éxito feliz de esa cruzada santa, pasa por encima de la desolacion de la familia, se enrola entre la juventud que toma las armas y se bate heroicamente en las barricadas de Cochabamba, que duraron tres dias de un incesante combate que fué coronado por la victora (1857).

Una vez en el poder Linares, que era el ideal político de Torrico, se consagra este al estudio de la profesion de abogado. A poco

mas, y aun no habiendo abandonado en calidad de alumno las clases de derecho, ocupa una cátedra en la facultad de humanidades.

Inspirado por el cariño filial, digamos así, que profesaba a Linares y por su decidida adhesion a la *ilustrada dictadura* de ese reformista audaz, se estrena en la prensa periódica y se asocia con algunos intelijentes condiscípulos y correlijionarios políticos para fundar EL CAZADOR que redacta con empeño, si bien en ese tono destemplado de la pasion política y con la incipiencia propia de los primeros años. Mas no era su objeto hacerse aplaudir, sino justificar la vigorosa centralizacion política del gobierno Linares: centralizacion tan justamente detestada entre nosotros, pero tan indispensable para consolidar los sangrientos ensayos democráticos por los que pasan o han pasado las repúblicas de la América del Sur. Los cuales son lójicos; por que los pueblos como los hombres que los componen, se aleccionan en la tutela de la primera edad y en las luchas sociales que comienzan con ella.

Una antigua y romántica leyenda, dice Mancanlay, cuenta que hubo una de las hechiceras mas bellas de que hablan los poetas, la cual solo entregaba a aquellos que la habian amado bajo el repugnante disfraz de una vieja. Como la hechicera italiana que recuerda el crítico, asi la libertad solo se entrega a los que la han aceptado bajo el disfraz de la demagogia o del imperio transitorio de una autoridad restrictiva. Antes de poseer esa libertad llena de frutos bellos y tranquila paz, es necesario que los pueblos hayan poseido la libertad convulsionaria o la libertad restrinjida.

En el entretanto las conspiraciones políticas minaban sordamente al gobierno de Linares; de Linares que se sentia postrado por las decepciones, por las contrariedades de su corta y tempestuosa administracion y por una enfermedad violenta que lo inclinaba al sepulcro.

La historia de Judas se ha reproducido más de una vez en el mundo. El 14 de enero de 1861, estalla la revolucion en el ejército, y a Linares, enfermo como estaba, se le ve de la noche a la mañana maniatado, alevosamente traicionado por sus propios ministros y tomando triste y silenciosamente el camino de la proscripcion, en medio de la muda e imponente congoja de su partido y sin mas compañía que su propio infortunio.

Los ministros entonces se disputan ávidos la presa del poder, que

la arrebató por fin el jeneral don José Maria de Achá, ministro de guerra de Linares, para iniciar su magnánima pero desacertada administracion.

Torrico asume entonces una actitud acentuada. Fiel a su causa y lleno de la indignacion del patriotismo, provoca, no una guerra de armas, pero sí una tenaz lucha de ideas contra los actos inconstitucionales del jeneral Achá. Redacta *EL INDEPENDIENTE* primero, y colabora en *LA PATRIA* despues, con desembozo y valor. En la redaccion de estos dos periódicos sale mas airoso que en la de *EL CAZADOR*. Habiéndose dedicado a nutrir y disciplinar su intelijencia, adquiere su lenguaje la sobriedad de una pluma bien tajada, sin perder la vivacidad y el aticismo que le caracterizan; tiene su estilo la suelta, sencilla y prolongada espontaneidad del clacisismo, sin incurrir en trivialidad; eleva a veces el tono, pero nunca mas de lo que requieren sus fuerzas, para no quedar como las aves recién desaladas, con violentos impulsos pero sin poder levantar el vuelo.

Comprende sobre todo, que el escritor debe presentar sus producciones al público decentemente revestidas con el ropaje de la palabra; es por eso que pule, lima y contonea el diamante de su pensamiento, ántes de entregarlo al comercio de las ideas.

A pesar de la empleomania endémica que le rodea rechaza los favores y los destinos públicos con que le tienta el poder (1). Abandona las fatigosas tareas del periodista y se consagra con ventaja a las del foro, que tambien deja mas tarde para fundar e inspeccionar el colejio de Ayacucho, en compañía de su antiguo maestro el señor don José Manuel de la Reza, movido esclusivamente por su amor a la juventud y al adelanto de la instruccion pública,

Nada estraño era que ese establecimiento se rodeara de crédito y prestigio, como sucedió, al extremo de despertar los celos del gobierno en favor del Instituto Nacional, teniendo a su cabeza dos hombres tan competentes.

Desde el sillón del catedrático se le ve pasar hasta la tribuna del orador. Cuando en 1862 las lejonas francesas tocaban las puertas de nuestra América para invadir su territorio, recibiendo en represalia de su crimen el martirio de ver sobre las bayonetas mejicanas la cabeza de Maximiliano, ajitaba en nuestro continente la grande

(1) El presidente Achá le hizo ofrecer la secretaria de la Legacion de Bolivia en Chile y el Rectorado de Universidad de Cochabamba.

aun que embrionaria idea de la *Union Americana*. Torrico fué en Bolivia uno de los principales corifeos de esa idea y uno de los que contribuyeron a darle movimiento, fuerza y prestigio.

Despues de diversas y repetidas juntas preparatorias, el 5 de mayo de 1863, los hombres mas conspicuos de Cochabamba, los veteranos de su independencia, sus oradores, políticos y poetas, se reunian en el teatro de aquella ciudad con gran pompa y solemnidad para celebrar la sesion inaugural de la sociedad unionista.

En discursos mas o menos calurosos se agotaron las palabras *republica, libertad, progreso, democracia*, etc. El jóven Torrico levanta mas el tono y se distingue por la elevacion de sus ideas, por la novedad de sus conceptos y por el poder de su elocuencia. Despues de hacer inducciones filosóficas, políticas y relijiosas sobre la intervencion providencial en los destinos de la América y de remontar la idea de la democracia hasta el pié del Sinay, esclama: "No tengamos fé en nuestra independencia y en el porvenir de la democracia, tengamos fé en Dios y en nuestro destino!"

Estas palabras caracterizan a su autor, porque a pesar de que hoi en dia la corriente de la libertad arraza y lleva en su cauce las creencias santas y los principios de fé, y en que a su vez la relijion invade el campo para ella vedado de la política, entablando entre sí una lucha tenaz y haciendo de la conciencia humana un campo de batalla en el que se disputan el imperio de la verdad, Torrico refundia en sí al creyente sincero y sin ostentacion, y al liberal incontrastable y de convicciones firmes. Fusion ecepcional que le daba a su fisonomía moral un rasgo del todo *sui generis*.

Siempre fué elevado y digno el papel que representó en los movimientos científicos, sociales o políticos de Bolivia.

Se inaugura en Cochabamba la asamblea de 1864. Los salones de su casa eran el punto de cita de los diputados que constituian la minoria liberal de la oposicion parlamentaria.

El coronel don Agustin Morales hacia parte de la lejislatura de ese año. Sabido era por demas que debia mezclarse en las filas de la oposicion. Morales tenia sobre sí una sentencia de muerte por un cuestionable delito político. La inmensa mayoría parlamentaria se sirve de esa arma torcida para cerrar las puertas del Congreso al mensajero del pueblo de Sucre. Con este motivo surjen tempestades en el seno de la asamblea, cuyas puertas al fin abren paso al coronel; pero no para concederle el asiento del diputado, sino el banco del reo. Cuando Morales lleno de valor y de la majestad del

soldado pisa los umbrales del Congreso, la mayoría oficial redobla sobre él sus tiros, la barra esclama a una voz: «¡fuera el asesino!» Diputados hubo que pretendieron abandonar sus puestos, reproduciendo, aunque con injusticia, la escena en la cual, presentándose Catilina en el senado romano, se alejaron de él los senadores como quien se aparta del crimen. La escasa minoría lo defiende dentro de la asamblea, y fuera de ella el país abandona con indolencia a esa víctima de las pasiones humanas, inmolada sobre la bandera de un partido político, siendo Torrico el único que le estrecha una mano amiga y el que escribe el discurso que en su propia defensa pronunció Morales en aquel contencioso parlamento i que firmado por este vió la luz pública en un folleto calificado de *notable*.

(Continuará.)

UNA PERLA ORIENTAL.

(CONTINUACION.)

—Adios, Zurla! ya perdí la esperanza de veros. Nada me resta ya, tan solo pedir la bendicion de mis padres y, vuestro perdon... Yo os he hecho sufrir tanto... soi un criminal... Oh! no, no lo soi. Dios os formó y os permitió que os viera, ¿y quién seria capaz de haberos resistido? Os amé y os amo aun, y no podré olvidaros... El amor no es un crimen! Ah, Zurla! bien sabeis que nada en este mundo existia de mas seductor para mí que vos; bien sabeis que vos erais mi gloria, mi relijion y mi infierno, y que por vos he pensado en Dios un momento. La hermosura de vuestro resto, ese atractivo sobrenatural con que pareceis fascinar a cuanto os miran; todo esto me hizo pensar en un ser, en un espíritu desconocido que habiéndoos creado no podia ser sino un Dios, me arrodillé, Zurla, y alzando las manos al cielo exclamé:—Oh Dios, que habeis creado a esa mujer, haced que un rayo de vuestra luz ilumine mi mente para adoraros y comprenderos. Desde entonces pensé en vos, y pensaré eternamente!...

Y Yousouf, jadeante, con sus labios cubiertos de blanquiza espuma, cayó desfallecido haciendo rechinar sus cadenas.

Quizá allá, fuera de esas macizas murallas que le encierran, hai un ángel que vela por su salvacion.

Volvamos a Zurla.

XXVIII.

UN ÁNHEL DE SALVACION.

Es por la tarde.

Llueve recio.

Las calles de Tunez están desiertas; sus habitantes aspiran la pipa, toman sorbetes, y algunos, entre todos, se aprovechan de la ocasion para quebrantar los preceptos impuestos por Mahoma, bebiendo con ansias el vino embriagador.

Un ruido tan solo se oye por todas partes: el zumbido campanudo del agua. Las calles están pantanosas, y de los minaretes de las mezquitas se deslizan torrentes.

Mientras tanto, fuera de Tunez, algunos desgraciados, abandonando sus pobres aduares y animales domésticos, huyen despavoridos al sentir el soplo del viento, del huracan del desierto, y encuentran apenas, en aquella naturaleza árida, un lugar de salvacion; allá, en la segunda Sodoma, se entregan a deleites vergonzosos; todos visitan sus gabinetes privados, porque están obligados a imitar a su amo, y el Bey, con gran pompa y aparato, se ha dirigido al harem.

Sin embargo, hai una mujer que padece y llora cual otra Raquel; su semblante está pálido, sus ojos llenos de lágrimas, y por momentos lanza profundos suspiros.

El aposento donde esta mujer se encuentra está alumbrado por la escasa luz que entra por la ventana, distinguiéndose, al traves de los vidrios, el cielo encapotado al traves de negras y tempestuosas nubes.

Esta mujer era Zurla.

La opaca claridad del dia doraba apenas el borde de los pliegues de su bata de terciopelo, y a primera vista se la hubiera tomado por una de aquellas madonas del jenio de Ticiano.

Libre ya del furor de su señor, pensaba en su amante, que, reducido a la mayor miseria, estaba encerrado en una cárcel.

—En breve saldrá Yousoúf al suplicio! dijo.

Y este pensamiento hizo brotar lágrimas a sus ojos cansados de llorar, y revistió su alma de varonil valor.

—Es necesario verle a toda costa, habló incorporándose y arrojando una mirada al traves de los opacos vidrios de la ventana.

Habia principiado a llover con mas fuerza.

—Continúa lloviendo. Oh! Alá! sin duda habeis enviado la lluvia para retardar algunas horas el suplicio de Yousouf. Mas, es necesario salvarle, y le salvaré!... Pocas horas me restan, sin embargo. Cohecharé a los carceleros, y en cambio del oro que les daré, ellos me entregarán a Yousouf...

Al pronunciar las últimas palabras, se encontró maquinalmente frente a un gran espejo, vió sus facciones pálidas, y aplicó la mano a su corazon como para calmar sus latidos, y exclamó:

—Valor, Zurla, valor!

Tomó su albornoz, se caló la colchada capucha, y lijera como la sombra del ángel bueno, salió de su aposento, atravesó las calles desiertas y cubiertas de agua, y llegó por fin a la cárcel.

.....

EL LECTOR (*admirado*).—Gran Dios! Con qué facilidad ha salido Zurla de palacio.

EL AUTOR.—No os admireis, lector, porque la cosa no merece la pena.

EL LECTOR.—¡Vaya si no merece!

EL AUTOR.—Quizá teneis razon. Pero os voi a recordar un refran que entre moros es mui conocido, y aun entre cristianos... Hélo aquí:—«Dadle con la mano derecha oro, y te permitirá que le saques los ojos con la izquierda el moro.»

LECTOR.—Ya comprendo.

AUTOR.—Mucho me alegro.

LECTOR.—Es decir que a fuerza de oro cohechó a los porteros y estuvo libre?

AUTOR.—Pues es claro. Y si vos, lector, quisiérais, gastando algo, cohechar a un jesuita, os pongo doble contra sencillo a que saldriais con vuestro intento. Y ved que os pongo delante a un jesuita! ¡Os callais? Seguid entonces vuestra lectura, si quereis.

.....

Zurla habló con los carceleros.

—Vosotros teneis, les dijo, un preso que se os ha confiado ayer y que mañana debe morir.

—Sí, respondieron simultáneamente con un movimiento de cabeza, todos los mudos.

—Pues bien, siguió Zurla; yo os daré oro, mucho oro, entendeis? en cambio de ese hombre.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Zurla espiraba hasta sus menores movimientos.

Los carceleros vacilaban.

—Tendreis mucho oro, volvió a hablar la jóven.

Una sonrisa feroz le dió a entender que accedian a su propuesta, y que a una hora señalada le pondrian en libertad.

—A las dos, dijo Zurla.

—A las dos, repitieron con los dedos los carceleros mudos.

Zurla, radiante de alegría, regresó a palacio.

Los mudos contaban el oro que acababan de recibir.

XXIX.

CASTIGO.

El Bey se arrepintió sobrado pronto de haber perdonado a su favorita, y dió orden para que se preparase todo lo necesario para su castigo.

Zurla era criminal, y debia ser castigada.

Ah! que es terrible morir cuando se ha principiado a gozar de las delicias del amor.

Su sentencia fué pronunciada.

El anciano Bey, con semblante adusto y severo, se dirijió al aposento de su favorita seguido de cuatro eunucos, con sus corvos alfanjes desenvainados.

La jóven, consolada algun tanto por haber logrado la libertad de su amante, permanecia echada en un velador con los ojos encarnados y fijos en un papel.

Era el fragmento del diario de Yousouf.

Zurla estaba pálida, semejante a una bella circasiana encerrada en un harem y sometida a la insaciable brutalidad de su señor. Su vestido, de gasa de Stambul, parecia del mismo color que su rostro, y se la hubiera tomado por una estátua modelo, apoyada en una tumba, si no brillaran, en sus ojos negros como la gacela, dos lágrimas próximas a desprenderse, para correr quemando por sus mejillas.

El Bey se presentó a la puerta y mas atras los negros y deformes eunucos estaban haciendo brillar sus aceros.

El anciano arrojó una mirada sobre Zurla, y permaneció de pié, derecho y tieso, empuñando su yatagan semi-oculto en su rica faja de cachemira.

La jóven se sintió desfallecer bajo el terrible peso de aquella mirada; mas en seguida, inclinando su cabeza sobre el pecho, se precipitó a los piés del anciano.

—Perdon, señor! murmuró!

El anciano ni aun hizo el menor movimiento; pero su semblante se desfiguró, y su barba, blanca como la cima del Atlas, parecia temblar.

—Perdon! perdon! volvió a pronunciar Zurla.

Por única respuesta, dirigió el Bey la vista a los eunucos y les mostró con el dedo a Zurla, que aun permanecia postrada a sus piés, con el rostro entre sus manos.

Los eunucos avanzaron y se preparaban a tomarla; empero, Zurla, por un movimiento espontáneo de indignacion, se irguió empuñándose en sus menudos piés, y les dirigió una mirada de aquellas que la mujer noble y hermosa tan solo sabe dirigir.

Los eunucos quedaron inmóviles, sin saber qué hacerse, si obedecer al Bey o a aquella imperiosa mirada.

—¡Qué haceis! dijo el Bey a los eunucos.

Estos se acercaron a la jóven.

—Apartaos! les gritó Zurla.

En ese momento los eunucos hubieran querido mas bien estar seis varas bajo tierra.

—No era preciso, habló Zurla con voz sonora y grave, que hubierais venido acompañado de hombres armados, señor.

El anciano hizo un movimiento de impaciencia.

—Si en vuestra conciencia os he ofendido, castigadme vos; pero jamas permitiré que las manos de esos hombres profanen mi cuerpo. Jamas!

Y el rostro de la jóven se revistió de noble orgullo. Nada en la tierra podia halagarla ya. Le era imposible volver a ver a Yousouf. Por consiguiente, la muerte para ella era la suprema felicidad.

Zurla, con un ademan, indicó un cojin al anciano Bey.

—No pasará de aquí!

Los ojos de Zurla parecieron centellear de indignacion. Abrió la boca para responder, pero su lengua, entorpecida por el despecho, no arrojó sonido alguno.

Pasado un momento, habló con acento ronco como el mujido de la hiena acosada en su cueva.

—Os comprendo, señor!

En seguida, dirigiéndose a los eunucos, ordenó:

—Retiraos!

El Bey parecia temblar de temor o de cólera.

Solo en Zurla era evidente que su alma se habia revestido de un valor varonil.

Esa mujer que, ante la presencia de su amante era la voluntad de Yousouf, ante la presencia de su señor se erguía altanera.

—Estamos solos, señor, escuchadme: no trato de vindicarme. Por el contrario, conozco que soi criminal, porque os he abandonado, a vos a quien no he amado, para seguir al único hombre que he querido y que no podré olvidar... Vos habeis comprado mi cuerpo, pero nó mi voluntad; y cuando ésta ordena, aquel obedece. Ademas, tratabais de venderme.

El anciano hizo un movimiento, y desenvainó su yatagan hasta la mitad.

—Dejadme concluir, señor, dijo Zurla, perfectamente tranquila; todo lo sé, y si acabo de deciros que tratábais de venderme, no he hablado mal, pues sé que ya habiais dispuesto de mí. ¿Y por qué? Por miedo. Por miedo me ibais a entregar a un *cherif* (1) árabe, a un beduino, para obligarlo a ser vuestro aliado y para que os defendiera cuando os vierais amenazado por los franceses que sitian a Arjel y ocupan a Bona y Oran (2). Ya veis que todo lo sé, y prefiero la muerte a pasar por semejante humillacion. No soi ahora, señor, la abyecta esclava de ayer; soi la mujer libre, porque el amor me ha rejenerado!... Sin embargo, conozco que os pertenezco, y estoi pronta a recibir el castigo de vuestras manos, mas nó de las de ningun otro!...

El Bey acabó de desenvainar su puñal, pero éste cayó de su mano.

Zurla ocultó el rostro, anegado en lágrimas vertidas por el solo recuerdo de Yousouf.

Habia hecho un poderosísimo esfuerzo para hablar de semejante manera ante su airado señor, y exhausta de fuerzas, cayó sin conocimiento.

El Bey arrojó sobre su favorita una mirada sombría como la nube que oculta el rayo, y desapareció.

(1) Ben-E-Issa.

(2) El ejército frances al mando del jeneral Bourmont.

(Continuará.)

MANUEL CONCHA.

FILOSOFIA DE LA FABULA.

FEBO-APOLO.

CONTINUACION DEL TESTO.

Hizo Apolo un viaje a Frijia, donde fué recibido en la corte de Midas, cuyos Estados estaban regados por el Pactolo. Este rei tenia a Pan y Baco por amigos íntimos, y pidió un dia al segundo el don de trasformar en oro todo cuanto tocase, el que le fué concedido al instante; mas el imprudente Midas iba a pagar con la vida su codicia, cuando Pan lo bañó en el Pactolo. El rio lo despojó de esta propiedad que le hubiera sido tan funesta, y la conservó para sí mismo; de modo que, desde aquella fecha, sus aguas rodaron pepitas de oro mezcladas con la arena de su cauce.

Jactábase Pan de poseer una voz hermosa y una habilidad especial como flautista, y tuvo la osadía de desafiar al mismo Apolo, tomando a Midas por juez. Despues de oir a los dos oponentes, este rei ignorante y parcial hacía su amigo, formó un juicio tan ridículo del mérito comparado de ellos, que dió la preferencia a Pan, y Apolo, para castigarle de su grosera aberracion, le hizo crecer orejas de burro.

Cuidaba Midas lo mejor que podia de ocultar sus orejas debajo de un birrete que nunca se quitaba en público. Con todo, habia un hombre a quien era indispensable que descubriese la enormidad de su desgracia; este era su barbero, que forzosamente vino a ser el depositario de su secreto despues de haber jurado que no lo revelaria a nadie.

Sin embargo, este hombre, hablador como son los de su oficio, resistia difícilmente al deseo de repetir lo que acababa de saber; y temiendo pagar demasiado caro toda violacion de su juramento, se iba a los lugares solitarios donde pensaba no tener nada que recelar de su debilidad; pero cierto dia, no pudiendo contener su lengua, cavó un agujero en la tierra, donde metiendo en seguida la cabeza, dijo en voz baja: — «Midas tiene orejas de burro.»

Mas un año despues, unas cañas que habian crecido en el mismo

lugar murmuraban, cuando estaban ajitadas por el viento:—"Midas tiene orejas de burro."

Fué en este mismo viaje de Frijia cuando tuvo lugar el encuentro de Apolo con Marsias. Este sátiro unia a mucho talento natural una grande instruccion, y su jéuio creador brilló sobre todo en la invencion de la flauta larga, en la que supo reunir todas las notas que se encontraban antes repartidas entre los diversos tubos de la flauta primitiva o zampoña. El fué tambien quien compuso los primeros himnos que se cantaron en honor de los dioses.

Tenia Marsias una particular adhesion a Cibele, lo que lo indujo a acompañar a esta divinidad en sus peregrinaciones, i asi es como se verificó su encuentro con Apolo en Nisa, ciudad de Asia. Allí, alentado por la conciencia de su valimento como poeta y músico, y orgulloso de sus nuevos descubrimientos, no vaciló en hacer al dios la proposicion de un certámen de armonía, que aceptó Apolo con la condicion de que quedase el vencido a discrecion del vencedor, y los nisienses fueron tomados por jueces árbitros de este desafio.

Esta vez no fué sin grandes dificultades y peligros que Apolo logró salir airoso de la prueba: largo fué el combate, y la victoria por mucho tiempo dudosa. Furioso estaba Apolo por encontrar en su adversario tan tenaz resistencia, y para vengarse de él, cuando lo tuvo a merced suya, lo mandó atar a un árbol y lo desolló vivo.

Empero, despues que el tiempo hubo calmado su resentimiento, se arrepintió el dios de su barbarie hácia Marsias, y rompiendo las cuerdas de su lira, depuso la concha con sus flautas en un antro del dios Baco, a quien consagró sus instrumentos.

Por todas partes a donde Apolo dirijia sus pasos, iban tras de él los Juegos, las Risas y las Gracias: a su presencia se animaba el desierto, y tomaba un aspecto risueño la naturaleza mas agreste. Eran los encantos de la armonía los que producian estos prodijios.

Pero Apolo hubo de abandonar pronto la tierra, pues los demas dioses, envidiosos de su felicidad en ella, lo volvieron a llamar al Olimpo.

Febo tuvo de Climena un hijo llamado Faeton. Este era un jóven vano y presuntuoso, cuyo carácter soberbio le atrajo una disputa con Epafo, quien le dijo que no era hijo del Sol como se vanagloriaba de serlo. Faeton se quejó de tal insolencia con su madre; y ella lo mandó a Febo para que de él supiese la verdad de su nacimiento.

Llegado que fué al palacio del Sol, Faeton suplicó encarecida-

mente a su padre le concediese un favor, sin especificarlo, y Febo le juró por la Estijia que no le negaria nada de lo que le pidiese. Entonces el temerario jóven le pidió el permiso de conducir su carro y alumbrar el mundo durante un dia. Al oír esto, Febo trató de disuadir a su hijo de una empresa tan peligrosa; pero fué en vano, y estando, como lo estaba, ligado por su juramento, cedió a las instancias del imprudente.

Sube pues Faeton en el carro del Sol; pero no bien habia tomado las riendas, cuando, desconociendo la mano que los guia, los caballos no obedecen al freno, y se apartan de su camino. Desde luego, elevándose a grandes alturas, se ve el cielo amenazado de un incendio; o bajando mucho mas de lo acostumbrado, se quemán las montañas y se secan los rios. La tierra abrasada y desecada hasta las entrañas, eleva entonces sus quejas a Júpiter; y el soberano de los dioses, con el fin de remediar pronto tal desórden, lanza su rayo sobre el hijo de Febo, y lo precipita en el Eridano.

Nos presentan a Febo con las facciones de un hermoso jóven sin barba. Algunas veces lleva un carcaj en los hombros y un arco en la mano; otras, una flauta; otras, en fin, forma danzas con las nueve Musas en la cima del Helicon, del Parnaso, del Pierio, o tambien en las floridas riberas del Hipocrene y del Permeso.

La cigarra, el cisne, el gallo, eran los animales que se le consagraban; y entre las plantas, el olivo, la palma, el laurel, el mirto, el enebro y el jirasol.

Llegados a la adolescencia solian los jóvenes depositar sus cabelleras sobre el altar de Apolo.

ESPLICACIONES DEL TESTO.

Pan (1) es el dios *de la naturaleza inculta*, la personificación de la *ignorancia* y de la *tosquedad*. Baco es el nombre mitológico del *vino*: así es que la intimidad de Midas con Pan y Baco, nos representa a aquel rei como un hombre ignorante y dado a la embriaguez.

La idea fija que cambiaba en oro cuanto tocaba, fué producida en él por el delirio de la embriaguez; y el baño que le hicieron tomar en las aguas frescas del Pactolo, disipó los humos del vino, y le volvió la razon.

La arena y las aguas del Pactolo contenian antiguamente pepi-

(1) *Pan*, en griego significa *todo*, esto es, *toda la naturaleza*.

tas de oro; y la fábula de Midas sirvió para dar a esta particularidad un oríjen mitológico.

En cuanto al castigo que Apolo impuso a Midas, por haber preferido la musa vulgar de Pan a sus cantares divinos, nada podria imaginarse de mas apropiado al caso; pues era por falta de oido y gusto literario que Midas habia incurrido en tan craso error; y como el burro, siempre rebelde a las lecciones que se le dan, muere sin haber aprendido nada, llegando a ser el emblema de la ignorancia, le cuadraron perfectamente a Midas las peludas orejas de este animal.

La indiscrecion del barbero de Midas nos enseña que un secreto una vez revelado aunque sea a una sola persona, corre gran peligro de no ser ya un secreto; pues no solo el depositario de una confianza puede romper el silencio sobre lo que ha prometido callar, sino que por una palabra dicha imprudentemente, sin reflexion, puede descubrirlo todo. Y asi como contaban los antiguos que unas cañas del campo publicaron el secreto confiado al barbero, y la vergüenza de Midas, recordaremos tambien a aquellos que comunican demasiado fácilmente a otro un secreto importante, este dicho comun entre nosotros:—"Las paredes tienen oidos, etc."

Mas, si encontramos bien apropiado el castigo impuesto a Midas por Apolo, nos asombra ver que este dios haya tratado con injusticia y barbarie a un artista cual Marsias, que no merecia sino elogios. ¿Acusaríase acaso a Marsias de presuntuoso por haberse atrevido a desafiar al dios de la perfeccion en el arte? Pero no hai temeridad en suponerse igual o aun superior a otro en una ciencia, en un arte, que se ha estudiado a fondo; pues la emulacion, que nos inspira el deseo de elevarnos al primer rango, es un sentimiento noble; es el móvil de las bellas acciones y de los profundos estudios, que producen los descubrimientos mas preciosos a la humanidad.

Y luego, aun cuando Marsias hubiese mostrado sobrado atrevimiento por haber desafiado a Apolo, la pena que se le infligió no era proporcionada a la falta.

Apolo fué pues injusto en esta ocasion: no castigó en Marsias otro crimen sino el de poseer un talento casi igual al suyo, es decir el de haberse aproximado a la perfeccion. Habia sufrido el amor propio del dios por las dificultades del triunfo, y es esta mala pasion que lo incitó a sacar de su adversario una venganza terrible.

Pero es preciso recordar que Apolo no es la *Sabiduría*: (2) es un

(2) La diosa de la sabiduría es *Minerva*.

poeta, un literato, un músico; y los mas sublimes jenios no son exentos de malas pasiones, y vienen a ser injustos y frecuentemente implacables en su venganza contra aquellos que les hayan hecho frente con algun lucimiento. En todas las épocas se han visto los escritores, los artistas, desollarse entre sí en panfletos llenos de hiel, en mordaces sátiras. Un hijo no es enemigo del asesino de su padre en grado mayor, que Voltaire lo era de Freron, hombre respetable y escritor distinguido, que habia combatido con buenos argumentos algunos de sus escritos.

Con todo, el corazon de Apolo era mas accesible a los buenos sentimientos que el de Voltaire; pues el dios se arrepintió en breve de su conducta inícuca hácia Marsias; al paso que el satírico escritor del siglo XIX torturó a Freron mientras éste vivió.

En su desesperacion, Apolo rompió las cuerdas de su lira, y la depositó con sus flautas en un antro de Baco: es decir que recurrió al vino para calmar sus remordimientos, y se fué a una taberna donde no se acordó ya de su arte, ni de su lira, ni de sus flautas. Consagró estos instrumentos al pupilo de Sileno, para indicar que los músicos son jeneralmente afectos al jugo de la parra.

Marsias era un sátiro, es decir, un *habitante del campo*; pues es a la vista del espectáculo grandioso de la naturaleza como se formaron los primeros poetas, músicos y sábios. Era adicto a Cibeles (las ciudades), esto es, que preferia la sociedad de la jente pulida de los grandes centros de poblacion, a la de los palurdos de la aldea, y que iba de una ciudad a otra para dar a conocer su talento, anhelando recibir los aplausos de las personas instruidas y las recompensas a que es acreedor el mérito.

Sin embargo, la poesía no podia quedar desterrada para siempre de la compañía de los hombres instruidos y del palacio de los reyes, y Apolo debió volver triunfante al Olimpo despues de haber dado a conocer a los pastores los encantos de la armonía.

Por lo que hace a Faeton, aquel hijo del sol que quiso alumbrar el mundo y fué tan severamente castigado por su temeridad, ¿no seria acaso un cometa el que los mitólogos trataron de representar en esta ficcion? Sabemos que los físicos de la antigüedad estaban persuadidos de que los astros eran unas aglomeraciones de gases inflamados que la tierra exhalaba, y que iban a fijarse en las rejiones superiores del cielo. Pues bien, los pantanos (Climena, madre de Faeton) (3) de Ejipto, adonde Epafo, es decir el *becerro* hijo

(3) Climena (*Clymenè* en griego) significa *inundacion*, y en efecto, provienen los

de la vaca Yo, iba a podar con su lengua color de rosa las hojas de loto y las demas ninfeaceas, despiden en gran cantidad el carburo de hidrójeno, que se enciende con la chispa eléctrica; era pues un manantial de principios ígneos desarrollados bajo la influencia del calor del sol, y los cometas no tenian otro orijen segun la opinion de Aristóteles (4).

Y como estos astros errantes atraviesan algunas veces la órbita de la tierra; y luego se apartan de ella, desapareciendo en las profundidades del firmamento, dijeron que el carro de la luz, conducido por Faeton (5), ora se apartaba de la tierra a distancias infinitas, ora se aproximaba a ella hasta quemarla y secar sus rios; pues era admitido como una verdad en aquellos tiempos (y este error existe aun en el vulgo) que la aparicion de un cometa anuncia un año de sequedad.

La caída de Faeton, es decir de la *estrella brillante* en el Eridano (6), se esplica por la de algun bólido (7) que se hubiera confundido con un cometa.

Y si advertimos que el nombre de este rio deriva del verbo griego *eridainó, disputar sobre una cuestion dudosa*, comprendemos desde luego que los fisicos quisieron hacer alusion, con esta denominacion, a la incertidumbre en que estaban del lugar preciso adonde van a caer los meteoros que surcan constantemente los espacios etereos.

Febo-Apolo lleva un carcaj con flechas y un arco cuando personifica al sol; tiene una lira o una flauta cuando figura la música, y un rollo de papel cuando significa la literatura. La estatua antigua de Febo-Apolo, conocida con el nombre de Apolo del Belveder, lleva a la vez un carcaj en los hombros y un rollo de papel en la mano para personificar su doble divinidad.

Nos pintan al dios del dia cual un jóven hermoso y sin barba. Esto quiere decir que el disco del sol conserva siempre a la vista la misma cara brillante, lisa y sin mancha que tiene al nacer. Y es

pantanos de Ejipto de las inundaciones periódicas del Nilo. La raiz de *Clymené* es *clymi*, una de las formas del verbo *clyzó, inundar*.

(4) Los filósofos de la escuela de Pitágoras consideraban los cometas como otros tantos planetas de largos períodos; pero Aristóteles era de una opinion diferente: pensaba que los cometas no eran mas que meteoros pasajeros que se disipaban en nuestra atmósfera.

(5) *Faeton* significa *estrella brillante*: su raiz es *'phaetó*, yo brillo.

(6) Dábase tambien antiguamente el nombre de *Eridano* al Pó, rio de Italia.

(7) Un *bólido* es el nombre que se da a un meteoro brillantísimo que tiene la forma de una bola de fuego.

por una razon análoga que pusieron entre sus atributos el olivo, la palma, el laurel, el mirto, el enebro, que conservan en todas las estaciones el mismo follaje con que los ha cubierto la naturaleza al brotar de la tierra.

El jirasol, fiel cortesano de Febo, llega a ser en su madurez una imájen de un eclipse anular de sol, pues presenta entónces un disco negro rodeado de hojas amarillas, figurando los rayos dorados que circundan la parte eclipsada. Luego, debiase colocar el jirasol entre las plantas consagradas a Febo.

La cigarra, alegre cantora de nuestros campos, y el cisne, de voz suave y melancólica, vienen a ser, en el reino animal, atributos naturales del dios de la Música.

El gallo es para el sabio el reloj matutino que lo despierta y lo llama a sus trabajos intelectuales: por este motivo viene puesto tambien entre los atributos del númen de los eruditos.

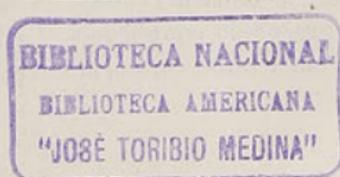
Mézclase Apolo al coro de las nueve Musas sobre el Parnaso y el Helicon, para recordarnos que las reglas del arte y el buen gusto de que él es el símbolo, deben presidir a las composiciones literarias de estas hijas del Entendimiento y de la Memoria.

En fin, ¿con qué objeto iban los jóvenes a depositar su cabellera en el templo de Apolo?—Evidentemente es porque la edad en que se le cortaba al adolescente esta cabellera, que desde la primera infancia caía en bucles sobre sus hombros, es tambien la en que va a entrar en la vida intelectual, vida nueva para él. Es el tiempo en que da principio a la aplicacion de sus estudios elementales, en que su imaginacion despierta y su gusto se forma, iniciándole poco a poco en las bellezas del arte, para que él tambien venga a ser algun dia un poeta, un literato o un artista.

Al consagrar a Apolo estos despojos de su niñez, a la edad de catorce años, el adolescente rompía con lo pasado, con los juegos sin fin de la infancia, y se comprometía a llevar una vida laboriosa ante el altar sagrado del dios de quien esperaba ayuda y proteccion en la carrera que se preparaba a recorrer.

MATHIEU DE FOSSEY.

(Continuará.)



LIJEROS APUNTES BIOGRÁFICOS

DE DON ANDRES MARIA TORRICO,

LEIDOS EN LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS.

(Conclusion.)

VI.

Siempre la misma escena! mientras la tempestad se conjura por un lado reaparece por otro!

Al mismo tiempo que la oposicion encabezada por don Adolfo Ballivian atacaba al gobierno de Achá leal y honradamente, aunque no sin incurrir en graves y trascendentales errores, en la madrugada del 28 de diciembre de 1864 la poblacion de Cochabamba despierta al estrépito de un motin militar.

—¿Quién lo encabeza? ¿Ballivian? No; Ballivian es incapaz de infrinjr el órden legal, de desgarrar con su espada la constitucion de su patria. Es Melgarejo que, sin ser caudillo de partido ninguno, subleva una parte del ejército, sitia y asalta a balazos la casa de gobierno, arroja de ella al presidente de la república, lo confina a los ¡mortíferos y malsanos desiertos del Beni y entroniza en el poder la mas inmundada de las tiranias.

Hé aquí la noble franqueza con que hace Torrico el comentario de ese golpe de armas que derrocó al gobierno de Achá y en él que veia envuelto el porvenir de su patria, y el comentario de la oposicion que combatió a ese mismo gobierno y de la que él hacia parte:

«No tuvimos abnegacion para sacrificar nuestras propias pasiones, no tuvimos franqueza para entendernos. El nudo que pudo desatar el patriotismo de todos, quisimos cortarlo maquinando cada uno por su lado. Empezamos a acumular elementos de combustion, y quedó admitido que estraviando el camino real de la lei sembrado de peligros, se tomaria el atajo de las revoluciones o del golpe de estado interceptado por abismos. La Providencia nos dejó obrar, disponiendo entre tanto en sus arcanos, mas secretos que los

conciliábulos de los hombres, un desenlace que, evitándonos la vergüenza de consumir nuestros errores, no hiciese espiar cruelmente la premeditacion de ellos.

«A qué recordar todo esto? Oímos que se nos interrumpe. No es la hora de recriminaciones que hieren y dividen, sino de olvido y de fraternidad para la salvacion comun! Teneis razon, señores; no es la hora de acusar a nadie, pero sí *de confesar todos en alta voz nuestras faltas*. Importa conocerlo, y importa aun mas confesarlo.»

Y si a pesar de todo eso hizo Torrico una persistente oposicion al gobierno del jeneral Achá, fué porque, como él mismo decia: «Todos conveniamos en que estábamos bien, salvo la aspiracion natural a estar mejor. Y si luchábamos es porque la libertad es la lucha, es el movimiento. La sociedad como el mar nunca están en perfecto equilibrio: ni éste seria sublime sin el vaiven incesante de sus olas, ni aquella seria grande sin la agitacion que le comunica el aliento de la libertad. Solo las personas de temperamento bilioso se *marean* en el océano, solo las almas pequeñas tienen *miedo* al pueblo desembarazado de trabas injustas.»

Melgarejo, entre tanto, declara guerra al pueblo, es decir la guerra del oscurantismo contra la civilizacion. Proscribe la virtud, insulta la desgracia, convierte el palacio en serrallo, deprime el talento y encubre las incompetencias entre los aparatos del poder. La cadena de revoluciones se inicia con la del 11 de junio de 1868, que estalla en Cochabamba y en la que Torrico es vencido. Los elementos de esa derrota se rehacen mas tarde para estallar por fin en el asalto victorioso del palacio de aquella ciudad (agosto 3 de 1868) en el que estaba atrincherada la guarnicion oficial. Entonces obtiene Torrico su primera victoria contra el *Decembrismo* (1) y afirma con ella la reputacion de su valor.

Ahogado por el poder este triunfo parcial del pueblo, no tardó en surjir en la batalladora Cochabamba una nueva rebelion, que por el rumbo nuevo que tomó la corriente de los sucesos políticos se encaminó y fijó en Potosí. Torrico, alma impetuosa, con el ímpetu de las pasiones perezosas, acude presuroso a la demanda, haciendo parte principal de un ejército de voluntarios distinguidos y de jóvenes selectos.

Despues de una campaña fatigosa y prolongada llegó la hora de prueba (5 de diciembre de 1868).

(1) Nombre de la dictadura de Melgarejo, en alusion al mes de diciembre en que surjió.

Sobre las crestas del cerro de la Canteria se desplegaba pausadamente el pueblo armado, frente por frente de los secuaces del tirano. Ambos ejércitos se contemplaron largo rato en evoluciones preliminares. El sol se ponía como para ocultar sus miradas y privar de su luz a tan negra escena. Unas gotas de agua humedecieron el campamento, como si aun el cielo deplorase con lágrimas la catástrofe.

El pueblo de Potosí, espectador mudo de la lucha, lo contemplaba todo desde los techos y las azoteas de la ciudad, lleno de pavor, de impaciencia i de angustia. Un momento despues rompióse el fuego de ambas partes. Comenzó el fragor de la lucha; i corrian mezcladas en un mismo arroyo la sangre preciosa de los campeones del derecho y la sangre impura de los mercenarios del poder. Caian en tierra los combatientes a la sombra de la sagrada bandera de libertad, y contentos, como el que cumple un deber, como los heroes de las antiguas leyendas escandinavas, que *caen, sonrien i mueren*.

Las huestes aguerridas y vencedoras del tirano, arrollaban las nobles filas del pueblo ya vencido. Lejanos espectadores de la demanda daban gritos que desgarraban sus entrañas y que se confundian con el estampido de los últimos cañonazos. Los ojos de los vencidos, que momentos antes habian brillado con la *ilusion de la victoria*, miraron al cielo y brillaron con la alegría de la *celestial esperanza*; sus labios, que en el fragor de la lucha dieron *vivas* a la lei i a la libertad, murmuraron una humilde *oracion*...

Pero antes de que las nubes de ese horizonte se disipen busquemos a Torrico como al náufrago perdido y envuelto por la tormenta. ¿Qué es de esa alma noble? qué es de esa figura simpática?

No queriendo abandonar ni en la hora de la derrota el puesto del soldado que se imponia sin serlo, a pesar de las instancias de sus amigos, a quienes contestaba: *he venido a morir*, fué prisionero estando moribundo y teñido de sangre de las heridas que recibió.

Don Manuel Argandoña y otros amigos suyos quisieron recojerlo del campo de batalla para prodigarle los ausilios de la medicina y los consuelos de la amistad, esa noble fraternidad del alma, esa medicina saludable de las heridas del corazon. Pero era punto menos que imposible, porque Melgarejo recorría el campo como el jenio de la devastacion, sediento de sangre y asesinando a sus ilustres prisioneros.

Pero ni tan crueles contratiempos pudieron desmayar su fé en el porvenir y en el éxito de los sacrificios del pueblo. Si tenia los bríos del guerrero, poseia tambien el estoicismo del filósofo. Ha-

blando de otro joven amigo suyo, víctima de esa misma campaña, decía así:

«Sembrador de buena voluntad en el campo de la civilización, el hombre de fé arroja la simiente y la riega con su sangre si es preciso, sin curarse de la mano que recojerá el fruto, i no quiere saber más. ¿Son estériles por ventura los sacrificios que está haciendo la heroica Polonia por su independencia desde el siglo pasado? En nada habrán influido éstos para el destino final? Quién ha dicho que solo son útiles aquellos sacrificios que son seguidos inmediatamente por el éxito? Quién sabe lo que brotará dentro de un siglo de una gota de sangre vertida hoy!... Nada se pierde en la nación y enlace de los acontecimientos, así como nada es inútil en el orden de la naturaleza: el soldado humilde y oscuro que *muere vencido* defendiendo la causa del bien, no muere en vano, i si los hombres le olvidan tan luego como la tierra cubre sus despojos, Dios le toma en cuenta su sacrificio; la flor que vive un día i a la tarde se marchita, ha servido a la armonía de la creación, i mientras la luz del sol ha brillado sobre ella, no ha estado desapercibido para la mirada de Dios!»

Galindos, el quejumbroso poeta, cortes caballero, el simpático orador, Moyano, Vila y otros, fueron víctimas en las que no se respetó ni las inmunidades del prisionero de guerra. Torrico pudo huir de pronto de las miradas del tirano; mas éste no tardó en dar orden de que a pesar del mal estado en que se encontraba lo encerraran en una prision, a donde fué el paciente arrastrando sus espléndidas cadenas. Allí salvó con feliz casualidad de sus mortales heridas, de la crisis de una fiebre consecuencia de ellas, y de las constantes amenazas y deseos del déspota de hacerlo ultimar en el patíbulo.

El mismo ya mencionado señor Argandoña, minero afortunado, pudo conseguir su salvamento, ofreciendo para ello cuantiosas sumas de dinero.

Pero en medio de tantas torturas del alma, que emanaban mas bien del amargado recuerdo de su familia que de su triste situación, cuánto no debió consolar al paciente la santidad de sus intenciones la celsitud en su conciencia!

Las convulsiones políticas continuaban incesantemente. Torrico acaba de llegar a Cochabamba destruido y estenuado por su larga, penosa y sangrienta peregrinación; acaba de echarse en brazos de las afecciones domésticas despues de una dolorosa ausencia, cuando se arranca de ellos para fundar la BANDERA BLANCA periódico de actualidad, que no tardó en convertirse en bandera de guerra. Al

mismo tiempo veia hundirse su fortuna desatendida por la política y arruida por el mal éxito de sus negocios comerciales y mineros; pero sin que ni este golpe más desfalleciera un espíritu. Con cuanta sinceridad decia: el infortunio es la predestinacion de la grandeza. Sangre de nuestras venas o sudor de nuestra frente, todo sirve para fecundar la tierra: si este produce los frutos naturales, aquella produce frutos de libertad y de civilizacion.

Dejarse arredar por el mal que momentaneamente triunfa o intimida con el crimen, es perder completamente el sentido moral. Solo el bien que conquistamos tenemos el derecho de llamarlo nuestro, así como el fruto de nuestro trabajo es lo único que lejitimamente nos pertenece. Dios ha colmado con sus dones a la humanidad, pero no los ha puesto al alcance de la mano, sino al alcance de sus esfuerzos, para que antes de disfrutarlos sepa merecerlos. Sustraerse a la lei del trabajo que asegura la vida, es una vergüenza; sustraerse a la lucha que es la condicion del progreso, es un oprobio."

Ocurre a la sazon un nuevo combate (diciembre 25 de 1869) que lo menciona de la siguiente manera un distinguido y jóven literato en la necrologia de Torrico escrita por aquel: (1)

"La infausta jornada de Tarata en que el pueblo fué a hacerse diezmar casi desarmado, asaltando fortificaciones erizadas de rifles y cañones, le vió tambien entre los que iban a morir y no a matar. Si el último combate de la libertad hubiese tenido lugar a los piés del Tunari, quizá la suerte le hubiese deparado la muerte gloriosa del soldado del pueblo, i Bolivia hubiera contado un mártir más entre sus mártires."

Con tan abnegada conducta, Torrico no hacia sino corresponder al heroismo de sus antepasados. Su abuela materna doña Teresa B. de Lemoine, fué heroína y mártir de la Independencia de Bolivia. Pocos son los recuerdos que de ella ha recojido la prensa o la historia, pero son muchos los que acaricia la memoria del pueblo y de la familia.

El político dió entonces lugar al literato, aprovechando de cortos momentos de paz que pudieran llamarse mas bien intervalos de la guerra, en medio de las labores del campo y de la poesia práctica de la vida doméstica. Escribió un drama histórico, en verso, titulado: "Vasco Nuñez de Balboa," que no alcanzó a concluir, y la mayor parte de sus poesias, que son ciertamente aromáticas flores, en las que resaltan rasgos de *verdadera inspiracion*.

(1) Luis Frias.

Los versos, que son las alas del corazon y el vuelo de los sentimientos, están o deben estar en armonia con estos. Por eso habia, no solo en la fisonomia y el alma del vate boliviano un tinte de melancolia, sino tambien en sus poesias, que indican algo como el presentimiento de su fin prematuro, pues aun llega a decirlo en varias de ellas, que a mi entender se insinuan con una doble índole: la de la ternura sin plañidera, y la del misticismo sin afectacion.

Pero hé aquí que un nuevo acontecimiento viene a turbar el reposo de su alma y a sacarlo de su retiro campestre. El jeneral don José Maria de Achá regresa del confinamiento a que lo condenó Melgarejo, y muere a consecuencia de él. (1869)

El dia en que el cadáver del ex-presidente de Bolivia era conducido a su última morada, el señor don Lucas Mendoza de la Tapia y Torrico eran los únicos que osaban levantar la voz, mientras todos hablaban bajo, como se hablaba en las catacumbas en tiempo de Neron. Y es de advertir que Achá era la víctima de Melgarejo; que no se podia mencionar a la víctima sin aludir al verdugo; que este buscaba pretextos frívolos para levantar cadalsos, y que si Tapia fué amigo y ministro de Achá, Torrico habia sido el tenaz adversario político de su gobierno.

No podemos resistir a la tentacion de transcribir algunos fragmentos del discurso fúnebre que pronunció con tal motivo. Hélos aquí:

«Permitidme, señores, deteneros un momento en torno del ataúd del *ilustre proscrito*. No temo que la espresion de mi respeto por su nombre, de mi dolor por la catástrofe que hoi llora mi pais, vaya a herir ningun jénero de susceptibilidades! No habla, señores, el amigo político del jeneral Achá; habla el hombre ajitado por una grande emocion que no ha tenido fuerzas de contener en el alma.

«Ya llegará el fallo de la historia para la vida histórica que acaba de estinguirse; pero lo que desde ahora se puede asegurares que al ocupar con su nombre las pájinas de ese libro severo, no quedará confundido en ellas entre esa multitud de nombres que solo se recuerdan en la necesidad de llenar un vacio en la sucesion de los acontecimientos, pero sin poder llenar con ellos el vacio que dejaron en la sucesion de las ideas y de los hechos que constituyen el progreso humano. Porque hai un vulgo en la historia, como lo hai en la sociedad: la memoria el ex-presidente de Bolivia, lejos está de pertenecer a él.

«La posteridad podrá acusar al jeneral Achá de no haber acertado siempre; pero no le acusará ciertamente *de haber atajado la co-*

rriente del progreso, o por falta de intenciones políticas o por sistema, ni de haberla desviado de álveo providencial.

.....
 «Ya veis, señores, que sobran merecimientos para hacer acreedora de una corona de honor la memoria del jeneral Achá.

«Esa corona se la ha discernido ya el pueblo; la inmensa muchedumbre que rodea esta caja fúnebre lo atestigua. Aquí estamos los que fueron sus amigos políticos y los que no militamos en las mismas filas que él encabezó, confundidos en un mismo duelo, heridos de igual estupor. Esto es mui natural; el haber combatido en campo franco, con armas lícitas y con lealtad, no es una razon para dejar de apreciar y respetar al adversario, por mui porfiada que haya sido la lucha, ya que la lucha es la condicion de la vida y de la conquista del bien. Cuando Washington murió, la escuadra inglesa, al recibir la noticia, bajó las banderas a la mitad de los mástiles en señal de duelo. Yo no comparo con Washington al ilustre *proscrito*; jamas quisiera verme fanatizado ni aun con el dolor: lo que digo es que los movimientos espontáneos del alma, en ocasiones dadas, son los mismos en cualquier escala que sea. Aquí estamos, repito, honrando en la muerte al jeneral Achá, en suficiente número, con suficiente espontaneidad, con suficiente afluencia del pueblo, a quien rara vez engañan sus instintos, para que se vea que mereció esta honra. Cuando las flores con que se adorna una tumba son regadas con lágrimas, eso significa que las flores están en su lugar.»

.....
 Acabadas las luchas con los hombres, le tocó todavía al jeneral Achá sobrellevar la lucha con la naturaleza; todos sabeis los detalles de esa audaz peregrinacion por el desierto, de la que salió triunfante la fortaleza de su alma, pero en la que sucumbieron sus fuerzas físicas: ha mostrado en ella el arrojo que hizo la gloria de los primeros explotadores de las selvas americanas. Despues han venido las angustias de una prolongada agonía, soportada con entereza, y en la que el vigor de su alma ha dado toda su medida.

Uno de los primeros actos de Ciceron que le conquistaron la simpatía del pueblo romano, fué el haber defendido a uno de los *proscritos* de Sila, que nadie se atrevia a defender. No busco la analogía de las personas, sino la identidad de los hechos.

Por lo que llevamos espuesto se verá que Torrico desempeña ya un papel importante en la vida política de su pais, pero que no ha escalado, sin embargo, las alturas del poder. Eso se esplica: si para subir contaba por un lado con ventajas incuestionables, por otro le

perjudicaban su edad, la intransijencia de su carácter, que lo enrollaba siempre en las filas de la oposicion, y su injénita modestia, gastada con prodigalidad en medio de políticos palaciegos que surjen a fuerza de presentarse a los mandatarios restregando las manos, sonriendo, haciendo venias y jenuflexiones, como se presenta a su *Grand Duchesse el príncipe Paul* de la opereta francesa.

VII.

Estaba Bolivia en pleno reinado de Melgarejo. Pero los tiranos, cuando mas encumbrados se encuentran, es cuando están mas próximos a su caída.

Despues de seis años de opresion que se dibujan con caracteres de sangre, el pueblo, encabezado por el coronel don Agustín Morales, desploma la causa del *Decembrismo* en la jornada de la Paz, el 15 de enero de 1871.

En medio de la embriaguez del triunfo y por una de esas incalificables aberraciones de todo pais anarquizado u oprimido, el pueblo se adhiere tan fanatizado al carro del vencedor, que parece deificarlo y llega hasta a declarar en actos populares que le confiere atribuciones ámplias, es decir, *dictadura discrecional*.

¿Torrico se inclinará ante el poder del hombre a quien habia estendido una mano amiga cuando fué espulsado de la asamblea de 1864? ¿Confundirá sus ideas políticas con el vértigo del entusiasmo de la multitud? Nó; lejos de ello; se sobrepone a las dolencias de la enfermedad que se aqueja, i llega a hacerse esclusivo, espresándose con la indignacion del patriotismo exaltado con las bajezas de la opinion i apostrofando de esta manera a su propio partido. Óigámosle

«Pero entonces (continuando) qué es de *esas leyes* ahora que el pueblo está victorioso de la tirania que las suprimió? ¿Hemos renunciado a ellas en la victoria, los que ni un instante dejamos de invocarlas en la pelea? Despues de tanta sangre y tan jenerosa como la que se ha derramado en defensa de la constitucion; despues de que yacen en el sepulcro tantos patriotas cuyo corazon rompieron las balas del tirano, y que murieron contentos porque creian morir por la constitucion; despues de la que hemos vertido aun los que hemos sobrevivido a la lucha, dónde está la constitucion?»

Esas palabras, pronunciadas y reproducidas a los cuatro vientos y en la falsa situacion política a que hemos hecho referencia, dan por sí solas la medida de la entereza y de la honradez del carácter de un hombre. Torrico, en consecuencia, con tan noble proceder se

hizo el hijo predilecto del pueblo y su candidato favorito para representarlo en la asamblea que convocó para el año de 1872 el presidente Morales.

A fin de dar un órgano a sus ideas y propósitos, funda "El Estandarte," y ciertamente que levanta bien alto ese estandarte de la justicia y de la verdad, a cuyo torno se agrupan algunos jóvenes tan patriotas como ilustrados. (1)

Pero hé aquí que el 1.º de marzo de 1871, el rayo de la muerte cae sobre su frente joven, dejando en su poder un vacío irremplazable y melancólico. "El Estandarte," que comenzaba a flamear bajo el cielo sereno de la libertad, se plega sobre su sepulcro, hace su duelo en el último número y muere tras él.

Así acabaron los días de esa existencia corta y tempestuosa, sin que ninguno de ellos fuera dedicado a sí mismo, pues todos los consagró a la patria, desde el primero hasta el último; y por cierto que uno solo de ellos le habria labrado mas merecimiento *que a otros una vida entera de egoismo.*

Esa consagracion a la patria no quiere decir, sin embargo, que el político absorbiera al hombre doméstico, pues tributaba un verdadero culto a las afecciones del hogar, i en especial a las canas de su anciano padre. El nombre de su esposa está escrito en casi todas las páginas de sus poesias y en todas las de la historia de su corazón: su amor a ella, como el amor de toda alma grande y sensible, es una leyenda interesante y apasionada, que comienza en los primeros años de su adolescencia y se desenlaza en la tumba. Los frutos carísimos y perdidos de ese amor melancolizaron su alma: y hablando de ellos en el sublime delirio de su agonía decia el moribundo volviendo el rostro hácia la esposa: *prepara el alojamiento para nuestros hijos, que ya han venido a llevarme.* Sí, esos mismos hijos, muertos en edad temprana, parecia que no contentos con reclamarlo desde el cielo, bajaron hasta el enlutado lecho del padre, como un grupo de ánjeles invisibles a las miradas humanas, para llevar su alma al seno del Creador.

VIII.

En vista de lo que llevamos dicho, ¿podrá llamarse Torrico una reputacion boliviana?

Sin responder directamente a esa pregunta nos bastará recordar que el periodista puso siempre su pluma al servicio del progreso

(1) Merecen entre ellos especial mension don N. Aguirre y don Luis Frias.

liberal de su país, al servicio de los partidos militantes que combaten a los gobiernos desde el terreno de la lei, armándose del derecho o de la espada, y nó de los partidos que medran a costa del naufragio de la justicia y de la autonomia popular. Nos bastará recordar, repito, que el periodista de oposicion en Bolivia lo es a veces a riesgo de la vida, y que sus escritos no suscitan solamente los aplausos o los vituperios de la opinion, como sucede en países constituidos, en Chile por ejemplo, sino que en esos escritos, fruto de las vijilias del publicista y del literato, está a veces envuelta su sentencia de muerte o de proscripcion, que se encarga de ejecutarla la anarquia o el despotismo. Y en verdad; si del Capitolio a la roca Tarpeya no hai mas que un paso, del bufete del periodista al cadalso del reo político no hai ni uno solo en países como Bolivia, que tienen un suelo movedizo i convulsionario. Muchos casos podriamos citar en ausilio de este aserto.

Por otra parte, si es fuerza confesar que la rejeneracion política de Bolivia, de que da testimonio el sufragio popular que ha reemplazado a las asonadas de cuartel, como medio de elevacion de sus majistrados supremos, se debe *esclusivamente* a los que en estos últimos tiempos se sacrificaron por la libertad, y entre los que se cuenta Torrico en primera línea, fuerza es tambien que los que amamos la libertad nos acordemos de ellos, ya que ellos se olvidaron de sí mismos para no acordarse mas que de los peligros de la querida patria, ya que su vida y su muerte es la epopeya de su época, ya que su historia es la historia de su tiempo. Cuando la posteridad conozca esa historia en lo que tiene de bueno, de grande i de bello, conocerá ese tiempo, i verá que no ha sido estéril; que los frutos ópimos que ella cojerá y que, a Dios gracias, ya comienzan a saborearse en Bolivia, se han regado con sangre, con trabajo y con lágrimas; con sangre de mártires, y con lágrimas de viudas, de madres y de huérfanos desolados y desamparados; *In servitute dolor!*...

Ahora bien; por lo que respecta al poeta, Torrico era verdadero poeta, pero *sin la pretension de serlo*. Hé ahí por qué los frutos de su inspiracion, sabrosos como los frutos de los árboles, resplandecientes como las estrellas del cielo, y pintorescos como los bosques de la fértil zona boliviana, permanecen inéditos hasta despues de su muerte. Hé ahí por qué, de la misma manera que el suelo que le vió nacer, está rodeada de desiertos su memoria y oscurecida entre las montañas de su apartada patria por una bruma densa, sobre la que hemos querido refractar este pálido rayo de luz.

Pero aun prescindiendo del indisputable mérito de sus composi-

ciones poéticas, bastará para que ellas se tornen en laureles que proyecten su sombra sobre la tumba del malogrado bardo, el que no hubiera escollado el positivismo de este *siglo de bronce*; el que no se hubieran ahogado en la atmósfera inflamable de Bolivia, y el que su autor hubiera apenas podido aprovechar de cortos intervalos de reposo para pulsar su lira, en vez de arrojarla lejos de sí, exclamando con el poeta francés:

«¡Honte a ce qui peu chanter pendant que Romme brule!»

«¡Vergüenza a quien pueda cantar mientras se quema Roma!»

JOAQUIN LEMOINE.

VOLTAIRE.

(1823.)

(TRADUCCION DE VICTOR HUGO.)

I.

FRANCISCO MARIA AROUET, tan célebre bajo el nombre de *Voltaire*, nació en Chatenay, el 20 de febrero de 1694, de una familia de la aristocracia. Se educó en el colejio de los jesuitas, donde uno de sus directores, el padre Lefay, le predijo, segun se asegura, que seria en Francia el corifeo del deismo.

Apénas salió del colejio, Voltaire, cuyo talento se desarrollaba con toda la fuerza y la sencillez de la juventud, encontró por un lado, en su padre, un inflexible despreciador, y por el otro, en su padrino, el abate de Châteauneuf, un perversidor obsequioso. El padre condenaba todo estudio literario sin saber por qué, y por consiguiente con una pertinacia invencible. El padrino, que animaba al contrario los ensayos de Voltaire, era mui amante de la poesía, y sobre todo de aquellos versos cuyo mérito realzaba cierto olor de licencia y de impiedad. El uno queria encerrar al poeta en un estudio de procurador; el otro perdía al jóven en todos los salones. M. Arouet prohibia toda lectura a su hijo; Ninon de Lenclos legaba una biblioteca al jóven discípulo de su amigo Châteauneuf.

Asi, el jénio de Voltaire sufrió desde su nacimiento la desgracia de dos acciones contrarias e igualmente funestas, una que se dirijia a sofocar violentamente ese fuego sagrado que no se puede apagar,

otra que lo alimentaba inconsideradamente, a despecho de cuanto hai de noble o de respetable en el órden intelectual y en el órden social. Estos dos impulsos opuestos, comunicados a la vez al primer vuelo de esta imaginacion poderosa, son quizás los que han perdido para siempre su direccion. A lo ménos, se les puede atribuir los primeros estravíos del talento de Voltaire, atormentado asi por el freno y la espuela al mismo tiempo.

Así, desde el principio de su carrera, se le atribuyeron versos bastante malvados e impertinentes, que lo hicieron poner en la Bastilla, castigo riguroso para malas rimas. Entonces fué cuando Voltaire, a la edad de 22 años, bosquejó su descolorido poema *La Ligne*, despues *La Henriade*, y terminó su notable drama *Edipe*. Despues de algunos meses de Bastilla, fué sacado por el rejente de Orleans, de quien recibió una pension; Voltaire le dió las gracias por querer encargarse de su mantencion, rogándole al mismo tiempo que no se encargara de su domicilio.

Edipe fué representado con buen éxito en 1718. Lamotte, el oráculo de esta época, se dignó consagrar a este triunfo algunas palabras sacramentales y la fama de Voltaire principió. En el dia, Lamotte quizás no es inmortal sino por haber sido nombrado en los escritos de Voltaire.

La tragedia *Artemire* siguió a *Edipe*. Voltaire hizo un viaje a Bruselas para ver a J. B. Rousseau, a quien tan singularmente se ha apellidado el Grande. Los dos poetas se estimaban antes de conocerse: se separaron enemigos. Se ha dicho que se envidiaban uno a otro, lo que evidentemente no seria una señal de superioridad.

Artemire, corregida y puesta de nuevo en escena en 1724, bajo el nombre de *Mariannil*, tuvo mui buen éxito, sin ser mejor. Hacia la misma época apareció *La Ligue* o *La Henriade*, y la Francia no tuvo un poema épico. Voltaire puso en su poema a Mornay en vez de Sully, porque tenia quejas contra el descendiente de este gran ministro. Esta venganza poco filosófica es, sin embargo, excusable, porque Voltaire, insultado cobardemente delante del palacio de Sully por no sé qué caballero de Rohan y abandonado por la autoridad judicial, no pudo vengarse de otro modo.

Justamente indignado por el silencio de las leyes hacia su despreciable agresor, Voltaire, ya célebre, se retiró a Inglaterra, donde estudió a los sofistas. Sin embargo, no perdió sus ratos de ocio; compuso dos nuevas tragedias, *Brutus* y *César* de las cuales Corneille habria aprobado varias escenas.

Vuelto a Francia, publicó sucesivamente *Eryphile*, que fracasó,

y *Zaïre*, obra maestra concebida y terminada en 18 días, y a la cual solo falta el colorido del lugar y cierta severidad de estilo. *Zaïre* tuvo un éxito prodijioso y merecido. La tragedia *Adélaïde Duglessin* (después *Le Duc de Foi*), sucedió a *Zaïre*, pero estuvo lejos de obtener el mismo éxito. Algunas publicaciones poco importantes, *le Temple du Goût*, *Les Lettres sur Les Anglais*, etc., atormentaron durante algunos años la vida de Voltaire.

Sin embargo, su nombre llenaba ya la Europa. Retirado a Cirsey, a casa de la marquesa de Chatelet, mujer que, según la expresión de Voltaire, era apta para todas las ciencias, escepto para la de la vida, debilitaba su bella imaginación con el álgebra y la geometría. Escribía *Alzire*, *Mahomet*, su espiritual *Histoire de Charles XII*, reunía los materiales del *Siècle de Louis XIV*, preparaba el *Essai sur les mœurs des nations* y enviaba madrigales a Federico, príncipe de Prusia. Con *Méropé*, compuesta también en Cirsey, la reputación literaria de Voltaire llegó a su colmo. Entonces creyó poderse presentar para reemplazar al cardenal Fleury en la academia francesa, pero no fué admitido. Aun no tenía sino jénio. Sin embargo, algún tiempo después se puso a alabar a la Pompadour, y lo hizo con una complacencia tan pertinaz, que obtuvo al mismo tiempo el sillón académico, el cargo de gentil hombre de la cámara y el puesto de historiador de la Francia.

Pero este favor duró poco, y Voltaire se retiró alternativamente a Luneville, donde el buen Estanislao, rei de Polonia y duque de Lorena, a Sceaux, a casa de madame del Maine, donde escribió *Sémiramis*, *Oreste* y *Rome sauvée*; y por último, a Berlin, al palacio de Federico, ya rei de Prusia. Pasó algunos años en esta última retirada con el título de chambelan, con la cruz del mérito de Prusia o una pensión. Era admitido a las cenas reales con Mauvertuis, d'Argens y Lamettrie, ateo del rei, de este rei que, como dice Voltaire mismo, vivía sin corte, sin consejo y sin culto. No era ésta, por cierto, la amistad sublime de Aristóteles y Alejandro, de Terencio y Escipion. Algunos años de contacto bastaron para gastar lo que tenían de comun el alma del déspota filósofo o la del retórico poeta. Voltaire quiso huir de Berlin, Federico lo echó.

Arrojado de Prusia, rechazado de Francia, Voltaire pasó dos años en Alemania, donde publicó sus *Annales de l'Empire*, extractados por complacencia para la duquesa de Saxe-Gotha; después fijó su residencia en las puertas de Génova, con Mme. Denis, su sobrina.

L'Orphélin de la Chine, tragedia en que aun brilla con todo su talento, fué el primer fruto de su retirada, donde habría vivido en

paz, si codiciosos libreros no hubieran publicado su odioso *Pucelle*. Fué en esta época y en sus diversas residencias de Délices, Fournay y Ferney, cuando compuso su poema *Le tremblement de terre de Lisbonne*, la tragedia *Toncred*, algunas narraciones y diferentes opúsculos. Entonces fué cuando defendió con una jenerosidad mezclada de bastante ostentacion, a Salas, Sirven, La Barre, Montbailli y Lally, deplorables víctimas de los engaños judiciales. Fué entonces cuando se enemistó con Rousseau, se unió con Catalina de Rusia, para quien escribió la historia de su abuelo Pedro I, y se reconcilió con Federico. Desde entonces tambien data su cooperacion a la *Enciclopedia*, obra en que los hombres que habian querido demostrar sus fuerzas no demostraron sino su debilidad, monumento monstruoso, cuya espantosa pendiente es el *Moniteur* de nuestra revolucion.

Agobiado por los años, Voltaire quiso volver a visitar a Paris. Volvió a esa Babilonia que simpatizaba con su jenio. Saludado con aclamaciones universales, el desgraciado anciano pudo ver, antes de morir, cuán avanzada estaba su obra. Pudo gozar o espantarse de su gloria. Mas ya no le quedaba bastante fuerza vital para soportar las emociones de este viaje; y Paris lo vió espirar el 30 de mayo de 1778. Los espíritus fuertes pretendieron que habia llevado su incredulidad hasta la tumba. Pero nosotros no le perseguiremos hasta allá.

II.

Hemos referido la vida privada de Voltaire; vamos a tratar ahora de bosquejar su existencia pública y literaria.

Nombrar a Voltaire es caracterizar todo el siglo XVIII; es fijar de un solo rasgo la doble fisonomia histórica y literaria de esta época, que no fué, aunque se diga lo contrario, sino una época de transicion, para la sociedad como para la poesia. El siglo XVIII, cuyo personaje principal y en cierto modo típico es Voltaire, aparecerá siempre en la historia como sofocado entre el siglo precedente y el que le sigue.

Hai dos seres en Voltaire. Su vida tuvo dos influencias. Sus escritos tuvieron dos resultados. Arrojemos una mirada sobre esta doble accion, una de las cuales dominó a las letras y la otra se manifestó en los acontecimientos. Estudiaremos separadamente cada una de estas dos faces del jenio de Voltaire. Es necesario no olvidar, sin embargo, que su doble poder fué íntimamente coordinado, y que los efectos de este poder, mas bien mezclados que unidos,

han tenido siempre algo de simultáneo y de comun. Si en este estudio dividimos su exámen, es porque estaria sobre nuestras fuerzas abrazar con una sola mirada este conjunto tan difícil de abarcar, imitando en esto el artificio de los artistas orientales, que, en la impotencia de trazar una figura de frente, llegan, sin embargo, a representarla por completo encerrando los dos perfiles en un mismo cuadro.

En literatura, Voltaire ha dejado uno de esos monumentos cuyo aspecto mas bien asombra por su estension que impone por su grandeza. El edificio que ha construido no tiene nada de augusto. No es el palacio de los reyes ni el hospicio del pobre. Es un bazar elegante y vasto, irregular y cómodo, que ostenta en el lodo innumerables riquezas; que da a todas las pasiones, a todos los intereses, a todas las vanidades, lo que les conviene; deslumbrador y repugnante, poblado de vagabundos, de comerciantes y ociosos, poco frecuentado por el sacerdote y el indijento. Allá, ostentosas galerias inundadas incesantemente por una muchedumbre maravillada; acá, cavernas secretas donde nadie se vanagloria de haber penetrado. Encontrareis bajo estas arcadas suntuosas mil obras maestras de gusto y de arte, que deslumbran con el brillo del oro y los diamantes; pero no busqueis en ellas la estátua de bronce de formas antiguas y severas. Allí encontrareis adornos para vuestros salones y para vuestros aposentos; pero no busqueis los ornamentos que convienen al santuario. Y desgraciado del débil que no tiene sino una alma y la espone a las seducciones de este magnífico recinto! Templo monstruoso donde hai testimonios para todo lo que no es verdad, un culto para todo lo que no es Dios!

Ciertamente, si queremos hablar de un monumento de este jénero con admiracion, no se nos exigirá que hablemos con respeto.

Nos lamentaríamos de una ciudad en que la muchedumbre estuviese en el bazar y la soledad en la iglesia; nos lamentaríamos de una literatura que abandonase el sendero de Corneille y de Bossuet, para correr por el camino de Voltaire.

Lejos de nosotros, sin embargo, el pensamiento de negar el jenio de este hombre extraordinario. Es por lo mismo que, en nuestra conviccion, este jenio ha sido uno de los mas bellos que jamas se haya dado a escritor alguno, y que deploramos mas amargamente su frívolo y funesto empleo. Sentimos, por él como por las letras, que haya dirijido contra el cielo este poder intelectual que habia recibido del cielo.

Nos lamentamos de este bello jenio que no ha comprendido su sublime mision; de este ingrato que ha profanado la castidad de la musa y la santidad de la patria; de este tráfuga que no ha recordado que la trípode del poeta tiene su lugar cerca del altar. Y (lo que es de una profunda e inevitable verdad) su falta misma encerraba su castigo. Su gloria es mucho menos grande que lo que deberia serlo, porque ha tentado todas las glorias, aun la de Eros-trato. Ha talado todos los campos, y no se puede decir que haya cultivado uno solo. Y porque tuvo la culpable ambicion de sembrar igualmente los jérmenes alimenticios y los venenosos, son éstos, para eterna vergüenza suya, los venenos que mas han fructificado. *La Henriade*, como composicion literaria, es aun bien inferior a la *Pucelle*, (lo que no quiere decir ciertamente que esta obra culpable sea superior, aun en su jénero escandaloso). Sus sátiras, marcadas a menudo con un estigma infernal, quedan mui encima de sus comedias, mas inocentes. Se prefiere sus poesias lijeras, es las cuales brilla un descarado cinismo, a sus poesias líricas, en las cuales hai a menudo versos relijiosos y graves (1). Sus cuentos, en fin, tan funestos por su incredulidad y su escepticismo, valen más que sus historias, en las cuales se siente el mismo defecto, aunque en menor grado, y en las que la ausencia perpétua de dignidad está en contradiccion con el jénero mismo de sus obras. En cuanto a sus tragedias, en las que realmente demuestra ser poeta, en las que a menudo encuentra el rasgo del carácter, la palabra del corazon, no se puede dejar de convenir, a pesar de que tienen tantas escenas admirables, en que ha quedado bastante lejos de Racine y sobre todo del viejo Corneille. Y aquí nuestra opinion es tanto menos sospechosa, cuanto que un exámen profundo de las obras dramáticas de Voltaire nos ha convencido de su alta superioridad en el teatro. No dudamos que si Voltaire, en lugar de dispersar las fuerzas colosales de su pensamiento en veinte puntos diferentes, las hubiere reunido y dirigido hácia un solo punto: el teatro, habria sobrepasado a Racine y quizas igualado a Corneille. Pero consumió el jenio su espíritu. Asi es que fué prodijiosamente espiritual. Asi

(1) El conde de Maistre, en su severo y notable retrato de Voltaire, observa que es nulo en la oda, y atribuye con razon esta nulidad a la falta de entusiasmo. En efecto, Voltaire, que no se entregaba a la poesia lirica sino con antipatia y solo para justificar sus pretensiones a la universalidad, era ajeno a toda profunda exaltacion; no conocia mas emocion verdadera que la de la cólera, y aun esta cólera no llegaba a la indignacion, a esta santa indignacion que hace poeta, como dice Juvenal, *facit indignatio versum*.

tambien el sello de su jenio ha sido trazado mas bien en el vasto conjunto de sus obras que en cada una de ellas en particular. Incesantemente preocupado de su siglo, descuidaba demasiado a la posteridad, esta imájen austera que debe dominar todas las meditaciones del poeta. Luchando por capricho y por frivolidad con sus frívolos y caprichosos contemporáneos, queria agradarles y burlarse de ellos. Su musa, que habria sido tan bella con su propia belleza, tomó a menudo sus prestijios a las inspiraciones del pensamiento y a los artificios de la coqueteria, y nos tienta continuamente a dirigirle este consejo de un amante celoso:

*Epargne toi ce soin,
L'art n'est pas fait pour toi, tu n'en as pas besoin.*

Voltaire parecia ignorar que hai mucha gracia en la fuerza y que lo que hai de mas sublime en las obras del espíritu humano es quizas tambien lo que hai de mas natural y sencillo, pues la imaginacion sabe revelar su oríjen celestial sin recurrir a artificios estraños. No tiene sino que caminar para mostrarse diosa. *Et vera incessu patuit dea.*

Si fuese posible resumir la idea múltiple que presenta la existencia literaria de Voltaire, no podriamos clasificarla sino entre esos prodijios que los latinos llaman *monstra*. Voltaire, en efecto, es un fenómeno quizas único, que no podia nacer sino en Francia en el siglo XVIII. Hai esta diferencia entre su literatura y la del gran siglo: que Corneille, Molière y Pascal pertenecen más a la sociedad, Voltaire a la civilizacion. Se siente, al leerlo, que es el escritor de una época encivada e insípida. Tiene diversion y nada de gracia, prestijio y nada de encanto, brillo y nada de majestad. Sabe alabar y no sabe consolar. Fascina, no persuade. Escepto en la tragedia, que le es propia, su talento carece de ternura y de franqueza. Se siente que todo esto es el resultado de una organizacion y no el efecto de una inspiracion; y cuando un médico ateo viene a deciros que todo Voltaire estaba en sus tendones y en sus nervios, os hace temblar la idea de que pueda tener razon. Por lo demas, como otro ambicioso mas moderno que soñaba la supremacia política, es inútil que Voltaire haya ensayado la supremacia literaria. La monarquía absoluta no conviene al hombre. Si Voltaire hubiese comprendido la verdadera grandeza, habria colocado su gloria en la unidad mas bien que en la universalidad. La fuerza no se revela por una mutacion perpétua, por metamórfosis infinitas, sino por una majestuosa inmovilidad. La fuerza no es Proteo, es Júpiter.

III.

Aquí principia la segunda parte de nuestro trabajo; será mas corta, porque, gracias la revolucion francesa, los resultados prácticos de la filosofía de Voltaire son desgraciadamente de una espantosa notoriedad. Seria, sin embargo, soberanamente injusto atribuir solo a los escritos del patriarca de Ferney esta fatal revolucion. Es necesario ver primero todo el efecto de una descomposicion social principiada mucho antes. Voltaire y la época en que vivió deben acusarse y escusarse recíprocamente. Demasiado fuerte para obedecer a su siglo, Voltaire era tambien demasiado débil para dominarlo. De esta igualdad de influencia resultaba entre él y su siglo una perpetua reaccion, un mútuo cambio de impiedades y de locuras, un continuo flujo y reflujo de novedades que arrastraba siempre en sus oscilaciones algun viejopilar del edificio social. Es necesario representarse la faz política del siglo XVIII, los escándalos de la rejencia, las torpezas de Luis XV, la violencia en el ministerio, la violencia en el parlamento, la fuerza en ninguna parte; la corrupcion moral que descendia por grados de la cabeza al corazon, de los grandes del pueblo, los prelados de palacio, los abates de *toilette*; la antigua monarquía, la antigua sociedad, que vacilaban sobre su base comun y no resistian a los ataques de los innovadores sino por la májia del hermoso nombre de Borbon (1). Es necesario figurarse a Voltaire arrojado sobre esta sociedad en disolucion como una serpiente en un pantano, para asombrarse mas aun de ver la accion contagiosa de su pensamiento, apresurar el fin de este órden político que Montaigne y Rabelais habian atacado inútilmente en su juventud y en su vigor. No es él quien hizo que la enfermedad fuese mortal, pero fue él quien desarrolló su jérmen, fue él quien exasperó sus accesos. Era necesario todo el veneno de Voltaire para poner este fango en ebullicion; tambien debe imputarse a este desgraciado una gran parte de las cosas monstruosas de la revolucion. En cuanto a ésta revolucion en sí misma, debió ser inaudita. La Providencia quiso colocarla entre el mas formidable de los sofistas y el mas temible de los déspotas.

(1) Era necesario que la desmoralizacion universal hubiese echado raices bien profundas, para que el cielo hubiese enviado inútilmente hácia el fin de este siglo de Luis XVI, este venerable mártir, que elevó su virtud hasta la santidad.

En su aurora, Voltaire aparece en una saturnal fúnebre (1), en su decadencia, Bonaparte se levanta en medio de una matanza (2).

BUG-JARGAL.

Valparaiso, febrero de 1874.

DOÑA LEONOR CURICUILOR

O EL

PRIMER MATRIMONIO CRISTIANO ENTRE LOS INCAS.

(Leyenda escrita en Paris en 1846 y dedicada a D. Eujenio de Ochoa.)

(Conclusion.)

VI.

¿Qué mortal en la vida no ha tenido
 Algun instante de placer cumplido,
 Bastante él solo a compensar las penas
 Herencia o lote de la especie humana?
 Quién no logró surcar ondas serenas
 En pos de dias de afliccion tirana,
 Y en un solo minuto de ventura
 No olvidó largas horas de amargura?

Tal se promete Quilco, y esperando
 El momento feliz, va recobrando
 Su varonil vigor y lozanía.
 Seis lunas entretanto ya han corrido
 Desde que en lucha de glorioso dia
 Fué en Yanamarca mortalmente herido:
 Y en tal período a declinar empieza
 Del sol del Inca la imperial grandeza.

(1) Traslacion de los restos de Voltaire al Panteon.

(2) Metrallada de Saint-Rock.

Ya Quizquiz, Rumiñahui y Chalcochima
Al triunfo de Atahualpa dieron cima
De Chontapaxa en el campal combate,
Do el Inca Huáscar, derrotado y preso,
Ante su hermano con dolor se abate.
Mas de tal gloria en el brillante esceso
Su poder Atahualpa vió burlado,
Que así en su contra lo dispuso el hado.

Del cielo a los designios convenia
Sin duda que agobiase la anarquía
A esos jentiles, al dorar los Andes
La lumbrera del Gólgota sagrada;
Y en vírjen suelo con destinos grandes,
Tras fácil triunfo la final cruzada
El evento sellase, tan fecundo,
De la cristiana redencion del mundo.

De Francisco Pizarro la conquista
Se consumó por fin con la entrevista
Que el incauto Atahualpa le concede.
Codicioso el sagaz aventurero,
Logra que el Inca entre sus manos quede
Por nefanda traicion cual prisionero,
Miéntras su libertad, que es un tesoro,
Rescatar pueda con un monte de oro.

De Atahualpa los súbditos en tanto,
Pasada la impresion del grave espanto
Que causó en ellos la española jente,
Prepáranse a un ataque de sorpresa,
Y en puntos varios con afan creciente
El plan combinan para tal empresa;
Mas, sabedor Pizarro del intento,
Matando al Inca, la frustró al momento

En el valle de Jauja, Chalcochima
A los del bando derrotado intima
Volar a Cajarma do cautivo
Yace Atahualpa. Pero llega al punto
Hernando Soto, y en mandato altivo

Impone de esos hombres al conjunto
 Que desoigan la voz del inhumano.
 Que mató a Huáscar con su propia mano.

Un grito de venganza los infieles
 Lanzan oyendo a Soto; y mui crüeles
 Matan a Chalcochima... Pronto acaba
 Tal *tole tole*, que entre gran jentío
 Parado un jóven con pavor miraba.
 Tendió la noche su capuz sombrío;
 Y el jóven peregrino ya acelera
 Su andar al rumbo donde Quillco espera.

VII.

Quillco impaciente la tardanza llora
 De su fiel mensajero, de hora en hora
 Dilatando la vista hácia el camino.
 En su angustiado pensamiento aduna
 De dos prendas ausentes el destino;
 Y en largas noches, al mirar la luna
 Cruzando el éter solitaria y lenta,
 Su propia larga soledad lamenta.

En una de ellas a la puerta se halla
 De su chóza. La tierra en torno calla
 Soñolienta entre sombras. Tras de un monte
 Levántase la luna, difundiendo
 Vaporosa su luz al horizonte.
 El viento, a pausas o al pasar jimiendo
 Los ecos trae de un andar lejano...
 Y era que alguno transitaba el llano.

Está Mirco por fin en la cabaña.
 Cuando allí Quillco la presencia estraña
 De su esperada Curicuíllor... jime.
 Al punto el jóven consolar procura
 Al mustio amante y con calor le esprime
 A nombre de su amada, siempre pura,
 Cuánto será el fervor de su alegría
 Viéndolo al cabo en el siguiente día.

«En Jauja, amigo, tu consorte queda,
 Añade Mirco, «sin que nada pueda
 Estorbar vuestra union, por tu fortuna.
 Vamos, pues, luego mientras darnos quiere
 En nuestra marcha su fulgor la luna...»
 Apenas tal propuesta aquel profiere,
 El tierno amante presuroso toma
 Camino al rumbo do su *estrella* asoma.

Durante el viaje refirió a su amigo
 Mirco los hechos de que fué testigo,
 De Huáscar la prision y triste muerte,
 De Atahualpa reinante el cautiverio,
 Y cómo por el fallo de la suerte
 Feneció de los Incas el imperio,
 Pasando ya éste por querer divino
 A estraña jente que de oriente vino,

Habla del gran poder y la destreza,
 Del aspecto de gracia y de nobleza
 De aquellos hombres que del sol bajando
 Son los curacas que Dios mismo envia
 Para que tomen del imperio el mando
 Y al pueblo enseñen relijion mas pia,
 Ya que entre hermanos la culpable guerra
 Inunda en sangre su nativa tierra.

Quilco el guerrero consternado escucha,
 Y entre su afecto y su deber ya lucha,
 Juzgando de Atahualpa en la caida
 Muerto su porvenir, y sin objeto
 A Curicúllor consagrar su vida:
 «De mi estirpe y mi nombre ya el respeto
 Me obliga (esclama con solemne tono)
 A morir de los Incas junto al trono!»

«Que la prudencia tu officcion mitigue;
 (Replica Mirco) y el consejo sigue
 Que darte a nombre de tu esposa debo.
 El imperio de *Manco* se desploma:
 Resígnate al destino; y pues te llevo
 A encontrar a tu amada, de ella toma

La lei de tu conducta si aun la quieres
Y su ventura a su dolor prefieres...»

VIII.

Quillco y Mirco callaron.—Las estrellas
Del suelo apartan sus miradas bellas.
Alborea ya el día, cuya frente
Blanca y ceñida de púrpureas rosas,
Se ostenta en el azul resplandeciente.
Las aves en los campos, bulliciosas
Festejan con sus trinos la venida
Del sol que vuelve derramando vida.

Los viajeros tambien al mismo instante
Al lugar se aproximan do a su amante
A buscar iba Quillco: lo detiene
A mui corta distancia del poblado
Su compañero, que en el rostro tiene
La elocuente señal de haber llorado...
Y mirando al guerrero con ternura
«¿Quieres labrar, le dice, *mi ventura?*»

Del singular acento, sorprendido,
Con que el noble mancebo le ha exprimido
Esa pregunta, Quillco se estremece:
Mira a Mirco que llora entre sus manos...
De súbito en su imájen le parece,
Cuál de un sueño feliz en los arcanos,
Descubrir de su amada las facciones...
Y hablar quiere... y le faltan espresiones.

«¡Sí, Curicuñllor soi!» la fina amante
Dícele al cabo. «Yo en tu busca, errante
Salí de mi morada; y de la suerte
Recibí por mi dicha el dulce encargo
De salvar al gran Quillco de la muerte.
La lei me impuse por un tiempo largo
Del disfraz ante tí, pues convenia
Guardar tu alivio y la pureza mia.»

«Ahora, si aun quieres que tu esposa sea,
Connigo acoje la virtuosa idea
De enlazar ante Dios nuestro destino;

Ante el Dios verdadero, cuyo encanto,
 Cuyas bondades y poder divino
 Mostrarnos debe sacerdote santo
 Que del cielo ha venido entre las jentes,
 De blancos rostros y elevadas frentes...»

Quilco la escucha, y conducir se deja
 Mudo, arrobado... La gentil pareja
 Ante Hernando de Soto presentada
 Por medio del intérprete, su historia
 Cuenta en pública audiencia; y terminada,
 Aquel hidalgo de bondad notoria (1)
 Pide a Valverde administrar ahí mismo
 A tan nobles conversos el bautismo.

Por vocacion ferviente ya cristiana
 Llegando a verse la princesa indiana,
 De *Leonor Curicuillor* tomó el nombre:
 Don *Hernando Yupanqui* fué llamado
 Quilco su esposo, que al valor del hombre
 Unió otras dotes para ser amado
 Por la que envuelta en virjinal decoro
 Fué celebrado por «*Estrella de oro.*»

Su sin par hermosura y sus amores
 De la tierra del Sol los trovadores
 Cantaron en su tiempo. La primera
 Nupcial alianza—que en el culto santo
 De la iglesia de Dios se bendijera
 Entre los Incas—vinculó entre tanto
 El rimador cristiano, en su memoria,
 De Curicuillor a la dulce historia.

RICARDO J. BUSTAMANTE.

Paris, 1846.

(1) Establecen las tradiciones mas fidedignas que Hernando de Soto, hidalgo natural de Villanueva de Barcarota en España, fué mui humano a la par de valiente y jeneroso, distinguiéndose por ello entre los compañeros de Francisco Pizarro, con quien se disgustó por el asesinato de Atahualpa, consumado en su ausencia momentánea del campamento. Créese tambien que, viuda al corto tiempo de su matrimonio con don Hernando Yupanqui, la bella doña Leonor Curicuillor tuvo descendencia del *Adelantado don Hernando de Soto*, la que se perpetuó durante aquellos primeros tiempos en la ciudad del Cuzco.

DESALIENTO.

Ya la fé en la amistad y en el amor
 Que embriagó el alma en la primera edad,
 Pasó cual el perfume de la flor,
 Dejándome silencio y soledad.

Hoy ya ese mundo que a mis piés se ajita
 Contemplo triste y con serena calma;
 Veo los goces que a gustar me invita,
 Sin que por ellos se conmueva el alma.

¡Ese sueño de amor y de ventura,...
 Ese anhelo de gloria y porvenir,
 Llévosele al nacer la desventura,
 Y en la tumba de mi alma fué a morir!!!...

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

LONTANANZAS.

(PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA REJINA URIBE.)

Cruzando leda de la vida el valle
 Te muestran su inconstancia
 Las mariposas:
 Como onda clara
 Tus horas se deslizan
 Entre ilusiones caminando *rápidas*.
 Siendo tan casta cual las nuevas flores
 Que riega Dios al alba
 Con perlas puras,
 La suerte infausta
 No empañe tu pureza
 Con el rocío de sus turbias *lágrimas*.

Sobre el gran río de los años, todo
 Por lei constante pasa
 De alegre a triste;
 Y mústia el alma
 Mui luego a llorar viene
 La muerte, ¡oh! niña, de sus horas *cándidas*.

Miéntras el mundo, y en tu edad risueña
 Sus rosas te regala,
 Cosecha rosas;
 Y al cosecharlas
 Advierte que bien pronto
 Su aroma pierden y se tornan *pálidas*.

Tal es el cuadro de la frágil vida:
 Si hai algo que no cambia,
 Son los celajes
 De esa esperanza
 Que tras la vida un cielo
 Nos brinda rico de fruiciones *májicas*.

Oh! de esta vida los encantos goza,
 Triscando tan lozana
 Por sus praderas.
 En lontananza
 En tanto siempre, oh! niña,
 Busquen tus sueños las visiones *plácidas*.

Presiente el alma su inmortal destino,
 Paloma desterrada
 Que en las alturas
 Tiene su patria;
 Por eso le sonrien
 Los horizontes do se cierne el *águila*.

Por eso place el infinito etéreo
 Del hombre a las miradas,
 Cual si su mente
 Siempre soñara
 Un *mas allá* de lumbre
 Del viaje humano tras las sendas *ásperas*.

Cuando me oprime la estrechez terrena,
 Mi pecho se dilata

Ante el misterio
De las distancias
Que esconden nuevos rumbos
Sobre la esfera de las nubes *diáfanas*.

Es lo presente transitorio, vano.
Pensemos en mañana,
Que allí nos lleva
Sobre sus alas
El tiempo para abrirnos
Del libro eterno las celestes *páginas*.

RICARDO BUSTAMANTE.

UNA PERLA ORIENTAL.

(CONTINUACION.)

Aun no habían trascurrido cuatro minutos, cuando los eunucos entraron al aposento. Nada les impidió apoderarse de Zurla, pues estaba desmayada. La condujeron al patio del palacio, cuyas galerías estaban cubiertas de cortesanos, y allí, en presencia de su señor, la *perla del Oriente* fué encerrada en un saco de cuero y arrojada al mar.

.....
En ese día, un morabta (1) en la Mezquita murmuraba las siguientes palabras:

—Hombre desheredado del Palacio, el remordimiento te perseguirá por todas partes; tendrás a la vista el cadáver de tu esclava, y una voz te gritará sin cesar:—“Vé aquí tu obra!” Esta voz no te dará reposo, y si llegas a conseguirlo por un instante, será para que horribles pesadillas, crueles ensueños te atormenten... Siempre un cadáver estará presente, y siempre la misma voz te repeti-

(1) Nombre que dan los mahometanos a los sectarios de un descendiente de Ali, que suponen ser yerno de Mahoma. Estos se dedican jeneralmente a una vida contemplativa, y son reputados sabios. Son sacerdotes que entienden solo en el ministerio de sus mezquitas.

rá:—«Vé aquí tu obra!» Cada uno de sus ecos te destrozará el corazón y te torturará el alma!...

Desgraciada esclava! repetia despues de una pausa; tu señor, que te dió muerte, se rie envaneido de su castigo... Se engaña, esclava: porque el borrascoso mar ha calmado su furor, porque ahora posee un tesoro que no conoció tu amo, y que, ciego, le ha arrojado. El océano ha dividido sus aguas, esclava, y te ha conducido a la mansion de bienaventuranza eterna. Allí, hurí celestial, rodeada de divinos destellos, eres feliz!

Los carceleros, fieles a las promesas hechas a Zurla, e ignorantes de su muerte, a las dos de la mañana, como habian convenido, corrieron al calabozo de Yousouf, y quitándole las prisiones, lo pusieron en libertad.

El jóven quiso interrogarles, mas ellos no pudieron responderle, y solamente con un ademan le dieron a entender que debia alejarse lo mas pronto.

—Zurla! Zurla! esclamó Yousouf; mujer incomparable; sin embargo de que os encontrais en tan aciaga situacion, habeis hecho un último esfuerzo para salvarme!... Zurla, Zurla!... Vos sois mi cielo y mi Dios!...

Habia un mundo de gratitud en las últimas palabras pronunciadas por Yousouf.

En seguida echó a caminar.

XXX.

SALVACION.

Yousouf avanzó algunos pasos; pero, desfallecido por la sangre que derramaban sus heridas y por el intenso frio que sintiera, cayó anonadado en las baldosas de la calle.

¡Cuán tristes reflexiones le asaltaron en esos crueles instantes!...

Dos dias antes habíase visto uno de los hombres mas distinguidos de Túnez, y entonces se encontraba solo y abandonado de todo el mundo.

¡Quién se habia de atrever a dar asilo a un hombre condenado por el Bey?

Todos le cerrarian las puertas y le arrojarian lejos de sí como a un animal ponzoñoso.

¿Qué hacer en semejante circunstancia? Evitar la afrenta del suplicio en cambio de otra muerte peor!...

A atormentado Yousouf por estas tristes reflexiones, se revolcaba desesperado en las piedras húmedas de la calle, y creía ver por momentos a los mamelucos que le buscaban.

—Bastante criminal debo haber sido, se decía, para padecer así... Por todas partes me rodea una espantosa muerte! Ah! cómo me atormentan estas heridas!...

Difícil sería juzgar el abatimiento en que su infortunio le sumergió al verse en la situación más terrible que puede presentar la imaginación! Yousouf sufría amargos sinsabores: él estaba libre, y Zurla sufría bajo la férula de un bárbaro celoso.

—Pero nó, pensaba; ¡ella estará libre; su señor la habrá perdonado!... Qué no puede una mujer hermosa cuando implora! Habráse arrodillado llorosa a los pies del Bei, y éste, enternecido, la habrá estrechado entre sus brazos, la habrá besado en la frente, y la habrá dicho: te perdono...

Procurando aliviar algún tanto su situación, no conseguía más que aumentar su dolor. Recordando su pasada felicidad, no hacía otra cosa que renovar incurables heridas y aumentar el sentimiento de su actual estado.

Yousouf había removido la llaga, y el dolor le vencía; quiso ponerle fin atravesándose con su yatagan, pero estaba desarmado!...

—Todo se me niega! exclamó.

En seguida, después de una pausa, volvió a hablar.

—Si aun me amais, Zurla; si no os habeis arrepentido de vuestro loco desvario para con el hombre que os ha hecho tan desgraciada, no deploreis mi situación... Oh! si yo me encontrara a vuestro lado si me fuera posible volveros a ver, desafiaría al mundo entero, y los atroces dolores que me aquejan se tornarían en placeres y delicias... Veros! estar a vuestro lado! Quimera, ilusión halagüeña que endulza el cáliz de amargura que el destino me hace saborear lentamente! El abismo del sepulcro solo me espera. Espantosa realidad!

Yousouf, que a un principio no podía mover sus miembros, a medida que hablaba íbase irguiendo. Por manera que cuando concluyó se encontró de pie.

El recuerdo solamente de la mujer que amaba, operó una reacción completa en él. Empero, en seguida sus piernas no pudieron sostenerle y cayó postrado por la laxitud en las duras piedras de la calle.

No era el dolor físico el que atormentaba a Yousouf: era una llaga incurable que se habia abierto en su alma.

Si hubiera un cielo para los enamorados, ese cielo seria el mejor.

Sus miembros arrecidos le proporcionaron algun descanso, pues pasó esa noche en un completo adormecimiento.

Un caritativo morabito, que alcanzó a pasar mui de mañana por allí, viéndole en un estado tan deplorable le cargó sobre sus espaldas y le condujo a su mezquita, que era un asilo inviolable.

Yousouf permaneció algunos dias preso de una fuerte calentura.

XXXI.

COMENTARIO.

Despues de semejante acontecimiento, todo Tunez hacia sus comentarios, segun los sentimientos o simpatias que experimentaba cada cual respecto de los héroes.

Las jóvenes tunecinas opinaban que Zurla y Yousouf habian conseguido burlar la vijilancia de sus guardianes y se habian salvado. Y muchas de éstas emitian sus juicios acompañados de sendos suspiros y de alguna lágrima furtiva.

Las matronas estaban contestes en que ambos habian recibido el merecido castigo, y entre éstas, muchas interrumpieron sus oraciones y profanaron sus abluciones al pensar que hubieran sido perdonados.

Habia otras que aseguraban por el *Ramudan* (1) que Yousouf se habia fugado de la cárcel.

Sea como fuere, un solo hombre lo comprendió todo, y ese fué el Bey; por consiguiente, mandó dar muerte a los mudos.

Dos dias despues, Ben-ber-ley fué nombrado tesorero o *Kislar-agá*.

Ben-ber-ley estaba vengado y habia obtenido lo que tan ardientemente deseaba.

XXXII.

EL MORABITO.

El atrio de la mezquita principal está llena de jente.

Las jóvenes, cubiertas con espesos velos, esperaban al moravito Mahomed, y algunos jóvenes, sin esperar a nadie, y se pasean

(1) Cuaresma de los turcos, cuya duracion es de una luna a otra.

lanzando miradas escudriñadoras, como intentando penetrar los oscuros velos.

La brisa de la tarde movia apenas las cachemiras de los chales y las garzotas de los turbantes; el sol, próximo a ocultarse, doraba con color de fuego la copa de los árboles y las medias lunas de las encumbradas torres de la antigua Cartago.

Hemos dicho que la jente reunida esperaba al morabito Mahomed; pero éste estaba demasiado ocupado para despachar pronto a los creyentes.

Por la mañana habia llegado con un hombre herido y en el estado mas lamentable; y sentado entonces al lado de su lecho, se ocupaba en calmar el desasociado de Yousof.

Triste y macilento se encontraba éste tendido en una mala cama, al rededor de la cual permanecian sentados dos hombres.

Uno de ellos era delgado, alto y nervudo, sus bigotes rojos, juntamente con unas patillas del mismo color, contrastaban, de un modo mui singular, con la palidez de su semblante; sus ojos claros, vivos y penetrantes, parecian tener la propiedad de sondear los mas reconditos pensamientos, Era Mahomed; el otro, el sacristan de la mezquita.

Mahomet de vez en cuando movia acompasadamente la cabeza, funesta señal con que daba a entender que el enfermo no viviria o que a lo menos dudaba de ello.

El sacristan bajaba entonces los ojos con rostro compunjado.

—Morirá? preguntó despues de un momento.

—No hai esperanzas, replicó Mahomet, —está en un estado sumamente alarmante.

—¡Infeliz!

El morabito, despues de haberse pasado un dedo por el lagrimal, y despues de haber pasado seis cuentas del rosario, habló:

—Desgracia sin igual! No darais crédito a mis palabras, Abú, si os refiriera la vida de este infortunado jóven. ¡Cuánto tiene el hombre que sufrir en tan poco espacio de tiempo cual es el de la vida humana! añadió en estilo sentencioso.

—No os comprendo.

—El que teneis presente, es el Kislár-agá del Bey, uno de los mas poderosos de palacio!

—Es posible! exclamó con asombro Abú

—No os lo decia?—habló el morabito pasando la manga de su dalmática por los ojos—sin embargo, hai otra persona mas digna de compasion.

—Cuál?

—Zurla, la hermosa favorita del Bey.

A este tiempo, Yousouf principió a abrir sus pesados párpados y hacer esfuerzos para hablar; pero, como estaba débil en sumo grado, parecia que sus esfuerzos eran inútiles.

Mahomet le observó atentamente por un corto intervalo. En seguida gritó:

—Ya está fuera de peligro!

—¿No os equivocais?

—Ya lo veis.

Y Mahomet tendió la mano hácia Yousouf.

Este se habia incorporado, y estendia los brazos como en ademán de alcanzar algun objeto.

—Gracias, poderoso Alá, murmuró Abú.

—Dónde estoi?—Zurla! Zurla! articuló por fin Yousouf, con voz débil y cortada.

—Silencio, por tu salud, jóven.

—Y Zurla....

—No sé de quien me hablais.

—Ah! tambien vos... Sí, todos... y quién no la ha conocido!...

—Yo!

El dolor y la desesperacion se marcaron en el rostro desfigurado de Yousouf, y murmuró con acento de desesperacion comprimida:

—Dios de piedad, ten compasion de mí!

Y al concluir se incorporó, mirando a Mahomed severamente.

—Con que es verdad que no la habeis conocido? Que no sabeis nada de ella? preguntó.

—Jóven, replicó con gravedad trajicómica el morabita, no me preguntes nada, porque os encontrais débil y la menor emocion os puede sepultar eternamente.

Yousouf comprimió el rostro con toda la fuerza de sus manos, y permaneció así por algunos momentos; despues, irguiendo la cabeza, mostró una lágrima que corria lentamente por su mejilla, y exclamó:

—Si no me quereis hablar de ese ánjel, os prohibo que pronuncieis su nombre... No sabeis lo que padezco aquí, aquí dentro, en el corazon! Yo amaba a ese anjel, como las flores aman al sol, como las huríes deben amar a los elejidos del Profeta. Nada me ha detenido cuando se ha tratado de ella. Yo he muerto a un hombre y me he complacido en verlo luchar cen la agonía, en seguida lo he mutilado; pero ese hombre era criminal; se habia atrevido a profa-

nar a la mujer que amaba... Oh! mi amor era una locura, un frenesí... Yo, que hubiera hecho frente al torbellino del desierto, me habria dejado matar miserablemente si ella lo hubiera ordenado, porque su voluntad era la mia, porque su pensamiento era el mio. El amor nos habia identificado. Para mí, su voz era tan dulce como la de los coros de vírgenes del Profeta, y su aliento era tan grato como los perfumes que se queman en el altar. Empero, mi amor debió ser mui criminal. Oh! tenedme compasion. Si alguna vez hebeis amado, quizá comprendereis algo de mi dolor. Por piedad, conducidme al lugar donde ella está... Que por la última vez abrace su cadáver y selle, con un último beso de amor, sus descoloridos labios... Así moriré feliz!... Morir! Oh nó! Yo no quiero morir, porque Ben-berley quedará impune. Quiero vengarme, y despues que el infierno cargue con mi alma!

Yousouf, enteramente desfallecido, no resistió por mas tiempo y cayó en brazos de Mahomet.

Abú, en silencio, dejó rodar una lágrima.

Yousouf permaneció algunos minutos como sumerjido en un profundo sueño. En seguida, ajitándose débilmente, pronunció:

—Soñaba un sueño mui dulce que me mostraba, al traves de un trasparente velo, el panorama de mi pasada felicidad... Ha sido una ilusion, una fantasía forjada por la debilidad de mis sentidos... Oh! yo quiero morir, morir... ¡mi yatagan!

Y jadeante, como un ciervo perseguido, se revolcaba desasosegado en la cama.

—Y por qué quereis morir? preguntó con voz tranquila Mahomet.

—Oh! yo quiero morir!... Visiones terribles se cruzan ante mis ojos... Me persiguen, me confunden, me atosigan... Siento el corazon oprimido por un peso enorme... Mi frente está ardiente como la de un réprobo. Una vision... ¡Dios eterno! Es él, Ben-berley! se sonrie burlescamente... Zurla está allá. No puedo acercarme a ella, porque un profundo abismo, abierto bajo mis piés, me separa... Oh! yo quiero morir!

Yousouf cerró los ojos, y cayó desplomado, sin hacer el menor movimiento.

MANUEL CONCHA.

(Continuará.)

LA FAMILIA DEL ARTESANO.

I.

Hace dos siglos la familia de un artesano, viniendo de Montdidier y costeando el riachuelo de Varse, entró en la bonita llanura de Chaciny, y llegó bien pronto a las primeras casas de Noyon.

Si queremos hacer un curso de historia o de geografía sobre el nombre de un pueblo tan solo, ninguno se presentaría mejor que el de Noyon, estad seguros de ello. No os hablaremos ni del obispo de Vermandois, que en 511 vino a refugiarse a esta fortaleza, entonces considerable, estableciendo en ella la silla obispal de Vermandois; ni del emperador Cárlo Magno cuya capital fué durante algunos años, y que se hizo coronar en ella en 768; no recordaremos a Hugo Capeto que fué elegido rei en 987, ni a los normandos que la saquearon en el siglo IX, ni a los que la tomaron en 1593, ni a Enrique IV que los echó de ella al año siguiente.

El jefe de la familia de que hablamos tenia intencion de ir mas lejos; pero habiéndole gustado esta ciudad, buscó una modesta habitacion e instaló en ella su mujer, hijos y herramientas.

El artesano era un honrado carpintero que no carecia ni de inteligencia ni de laboriosidad, y que hubiera podido prosperar, pero la envidia de los demas carpinteros de Noyon no tardó en hacerle daño, y enajenarle mui pronto las simpatias de los habitantes de Noyon.

Era, decian, una sanguiuela, un hambriento que venia a quitar el pan a los obreros establecidos y conocidos hace mucho tiempo en la ciudad, a arruinar padres de familia.

Estos discursos corrian de boca en boca, sin que se le ocurriese a nadie que el recién venido tenia tambien una familia a quien se le habia de cuidar. Tal es la propiedad del egoismo, que a sus ojos son un crimen las virtudes de los demas.

Fácil será comprender que rechazado por todas partes Galland (este era el nombre del obrero) no le era fácil, aunque ayudado por su laboriosa mujer, satisfacer las primeras necesidades de su familia.

Mui pronto tuvo el sétimo hijo, que fué bien recibido por el pobre, cuya ternura aumentaba en vez de extinguir el infortunio; solo una cosa le entristecía en este nacimiento: el no tener padrino para el recién nacido: habia procurado encontrarle entre sus vecinos, pero al primero que pidió este favor se mostró mui poco dispuesto a complacerle; pasó a casa de su segundo, que le rechazó brutalmente, y no se atrevió a dirigirse a un tercero.

El niño no parecia mui robusto, y podia morir sin haber recibido el bautismo; y esta idea atormentaba al padre en sumo grado, cuando de repente coje al niño envuelto en unos pedazos de ropa de que su madre habia hecho una mantilla, y acompañado de su hija mayor, que acababa de cumplir siete años, entró en la iglesia y se detuvo delante de la pila bautismal.

El pertiguero hizo venir a un canónigo anciano que habia allí a la sazón, y desnuda la cabeza del niño, empezó la ceremonia.

—Pero ¿y el padrino? dijo el sacerdote, ¿sois vos?

—Nó, respondió Galland, tengo bastante con cumplir mis deberes de padre: quiera Dios que tenga tiempo de educar a mis hijos.

—Pero, hijo mio, sin embargo, hace falta un padrino, replicó el canónigo con bondad.

—Soy tan desgraciado, padre mio, que todos mis vecinos han rehusado tener en la pila a esta pobre criatura.

—Peor para ellos; jamas se debe rehusar ayudar a hacer un cristiano.

—Entonces se me ocurrió venir aquí, y que Dios que es la suma bondad, me proporcionará en su casa un padrino para mi hijo.

Entonces, continuemos:

—Dios mio, murmuraba el pobre artesano, no permitais que quede en blanco en el acta de bautismo el nombre del padrino: ¿esto seria mui triste!

—¿El nombre de la madrina? preguntó el canónigo, estendiendo el acta despues de concluida la ceremonia.

—Maria Galland, su hermana, padre mio.

—¿No sabeis firmar, hija mia?

—¡Oh! sí, señor; papá nos enseña todas las tardes a escribir.

Era, en efecto, uno de los deseos mas vivos de Galland instruir a sus hijos mas de lo que se acostumbraba en una época en que la educacion de las últimas clases de la sociedad estaba completamente descuidada.

—¡Ah! mui bien, Maria, mui bien; entonces firmad.

—No pregunto si el padre sabe escribir: firmad tambien.

Galland se aproxima para poner su nombre en el registro de la Iglesia, y recorre las líneas recientemente trazadas por el canónigo temblando encontrar en vez del nombre de padrino, el claro que tanto le atormentaba.

La vista se le nubló: no habia ningun claro; el pobre hombre volvía a mirar; se le figuraba no ver bien. Apoya la mano, y se pone a leer con la lengua y los dedos estas palabras: *padrino Antonio Reynaud, canónigo de la iglesia catedral de Noyon, prebendado, etc.*

—Maria, esclama al fin ébrio de gozo, ves cómo te habia dicho bien que encontraríamos padrino en la casa de Dios? Tu hermano ya lo tiene.

—Pero papá, ¿quién es, pues, ese caballero?

—¡Ah Dios mio! ¡Y yo que me olvidaba preguntarlo!

—¿Quién es este buen padrino? ¿de dónde ha venido?

—Soi yo, dice el viejo sacerdote; Dios no olvida a los que confian en él.

Una hora despues, el niño que habia recibido el nombre de Antonio estaba en los brazos de su madre, que daba gracias a Dios por no haber abandonado a su hijo al entrar en este mundo.

Pasaron cuatro años, durante los cuales Galland hizo esfuerzos sobrehumanos; pero la obra era mui poca, y para aumentarla era preciso trabajar mas barato, y para ¡ganar lo suficiente apurar sus fuerzas.

Una tarde de otoño, a pesar de un viento frio y una lluvia glacial, el desgraciado quiso acabar una valla que habia empezado alrededor del patio del colejio de Noyon. El sudor corria por su cuerpo, al paso que el agua empapaba sus vestidos.

Volvió a su casa con diez escudos: pero un frio mortal habia penetrado su cuerpo; temblaba, y tenia un frio de calentura. Al fin se declaró una afeccion al pecho que destruyó con tanta rapidez su cuerpo debilitado, que dos dias despues Galland pidió abrazos a sus hijos. Estaba abrazando al último, al pequeño Antonio, cuando sonó la oracion.

Quiso hacer la señal de la cruz; pero su brazo sin fuerza no pudo llegar a su frente, volvió a caer, y a la primera palabra de súplica que hacia esfuerzos en recitar, espiró.

La desesperacion reinaba en la pobre casa; los hijos llamaban a grandes gritos a su padre, la mujer a su marido; y cuando al olvidar por un momento su desgracia pensaba que le quedaban para ocho personas diez escudos escasos, se aumentaba su dolor presente con su triste porvenir.

La muerte del artesano no afectó a nadie en Noyon. Un compañero le envió un féretro; pero acompañó su buena obra con estas palabras crueles: "Era el único regalo que deseaba hacerle." ¡Tanto puede la envidia en el corazón humano!

El cuerpo fué llevado a la Iglesia por el enterrador y su ayudante, y en seguida fué llevado al cementerio.

La pobre viuda acompañó a su marido. Y cuando, después de puesta de rodillas sobre la tierra mojada con las lágrimas de toda su familia, hubo rezado sobre la tumba de su marido, volvió con sus siete hijos, a quienes dirigía de cuando en cuando profundas miradas como las que la madre de los Macabeos debió dirigir a sus hijos cuando ella misma los condujo al suplicio.

II.

EL PEQUEÑO PRODIJO.

Es necesario ser rico para tener tiempo de llorar: el pobre debe ahogar su dolor.

Al volver a su casa la viuda pensó en sus hijos, enjugó sus lágrimas que hubieran oscurecido su vista, tomó la rueca y el huso y trabajaba día y noche. Nadie ignoraba el valor de esta mujer, y todos estaban admirados de verla soportar su desgracia y luchar contra la miseria sin quejarse a sus vecinos y sin implorar su piedad.

Esta conducta tuvo muy pronto recompensa: algunas personas compasivas se llevaron sus hijos mayores, encargándose de su educación; solo le quedaron los tres más jóvenes, pero sin embargo aun no podía felicitarse de su suerte.

Su obra, imposible de cumplir, exigía en este momento una perseverancia que solo la podía dar el amor maternal.

Sin embargo, su pequeño Antonio iba creciendo, y el buen canónigo que tan impensadamente había sido su padrino, daba a su madre saludables consejos; y cuando los pobres no le habían hecho vaciar la bolsa, les suministraba algunos recursos.

El niño llegó a ser vivo y despierto; estaba dotado de una inteligencia fácil en comprenderlo todo: el triste cuadro que tenía a su vista le hacía reflexionar, y sus razonamientos infantiles eran la alegría de su madre cuando tenía un instante para escucharle.

El viejo sacerdote, pasmado de esta disposición, tomó a su cargo su instrucción, y empezó a darle las primeras nociones del francés; pero la buena voluntad del discípulo escendió al cielo del maestro, y

sus progresos fueron tan rápidos que el canónigo se vió mui pronto obligado a ensanchar los límites de su enseñanza.

Admirado de la intelijencia de su ahijado, el buen canónigo Reynaud habló de él en tan buen sentido a su amigo, que el principal del colejio, cuya curiosidad habia escitado, quiso conocer al muchacho y le mandó llamar. No quedó ménos sorprendido que el padrino del aplomo del jóven, de su facilidad en esplicarse y de la lucidez de su lójica.

A la mañana siguiente la madre de Antonio recibió una noticia que la llenó de alegría: era el primer placer que habia sentido desde la muerte de su marido. El canónigo Reynaud y su amigo se encargaban de hacer educar en el colejio a su hijo menor; y por su parte no debia ni aun pensar en el equipaje que debia llevar cada uno a su entrada al colejio.

Dos gruesas lágrimas corrian por las demacradas mejillas de la pobre mujer como única prueba de su reconocimiento: la emocion la habia embargado la voz.

Cuando estuvieron solos la viuda y el huérfano, dirijieron al cielo fervientes votos por la salud de sus bienhechores.

El hijo formaba una porcion de proyectos: ya se veia grande, instruido y colocando a su madre al abrigo de la miseria; y la madre se sonreia con efusion de estos buenos designios, y muchas veces acercándose a su Antonio, le miraba, abrazaba su cabeza y alisaba su larga cabellera; pero arrepintiéndose en seguida de este momento de inaccion volvía a poner en movimiento la rueca y el huso.

Aunque no hablaba, ¡cuántas cosas deseaba, sin embargo, su ternura maternal! "Tengo un hijo que llegará a ser un sabio, un canónigo, quiero que vaya a estudiar a un colejio en donde está el hijo del rejidor, adonde vienen los hijos de todos los señores de los alrededores."

Sin embargo, esta alegría se moderó muchísimo el dia en que su hijo Antonio vestía su traje de colejio, y el canónigo que le habia ido a buscar le arrancó de los brazos maternos; tuvo necesidad para dulcificar su disgusto de repetirse mil veces que su hijo estaba en una buena casa en donde le educarian e instruirian bien; necesitaba de estos buenos pensamientos, de esta consoladora esperanza para poder, acostumbrarse a no oír mas que una vez al mes a su hijo querido, que aun los dias de salida estaba siempre con el buen canónigo, que estaba encantado de enseñar a sus amigos su pequeño prodijio; porque Antonio no se mostraba en el colejio

educando ménos distinguido, aun cuando ántes no habia sido tan notable.

Él sin embargo no era dichoso: primero porque estaba separado de su madre, y porque habia sido mal recibido por sus nuevos camaradas.

Un hijo del pueblo introducirse así en medio de una sociedad de jóvenes pensionistas, mui orgullosos de su nacimiento, todos de ilustres familias, que el menos noble debia ser un dia al ménos caballero, era en esta época un atrevimiento grande.

Así, todos lo miraban por encima del hombro.

—¿Quién es pues este villano? preguntaba con énfasis un cadete de Picardia.

—¡Pero es un mendigo! respondia un jóven marques.

—Un cualquiera, añadía un vizconde.

—Que usurpa nuestro traje.

—Que se nos iguala con insolencia.

Y los mas adelantados que habian traducido ya a Fedro le aplicaban con aplauso de sus camaradas la fábula Graculus et Pavo (el grajo y el pavo) de que Lafontaine algunos años despues hizo el grajo vestido de plumas de pavo; pero bien pronto los burlones se convencieron de que el nuevo colejial no necesitaba vestirse con plumas ajenas, y que su talento era mucho mas brillante que el de ellos. Entonces el desprecio y el desden se convirtieron en una envidia profunda que debia mas tarde hacer pagar cruelmente a Galland el precio de sus instrucciones. Antonio, que hasta entónces se hallaba rodeado de orgullosos, no veía a su lado nada mas que enemigos.

Su único placer era pasearse durante las horas de recreo a lo largo y ancho del patio, pensando en su madre o leyendo algun libro que le habia prestado su amigo el canónigo: y si por casualidad se dejaba cautivar por su lectura venia a tropezar en la verja que habia causado la muerte al pobre carpintero, y echaba a llorar recordando el momento en que habia visto espirar a su padre casi en el acto de abrazarle.

Valiente como su madre, jamas habia suplicado a sus compañeros; nunca habia doblado la frente ante una injusta reprobacion; pero es preciso confesar que encontraba un consuelo en la amistad del jefe del colejio.

Cinco años habian pasado. Antonio, que en cada uno habia ganado los primeros premios, contaba aun con un nuevo triunfo, cuando perdió a uno de sus protectores, al buen canónigo Reynaud.

Este golpe imprevisto le fué tanto mas sensible por haber sabido que aquel excelente sujeto habia carecido de lo necesario por pagar la mitad de su pension del colejio. El jóven laureado fué a colocar sobre la tumba de su bienhechor la mas bella de sus coronas, y sus lágrimas demostraron, durante mucho tiempo, sus recuerdos desinteresados, por cierto puesto que el digno amigo del canónigo, el principal del colejio, habia declarado que en obsequio de la desgracia del jóven Galland el colejio tomaba solo a su cargo la responsabilidad que ántes tenia en union del carónigo Reynaud.

(Continuará.)

EL PEJE CHICO.

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIREI DON FRANCISCO DE TOLEDO.

I.

Por los años de 1575 existió en Trujillo, ciudad amurallada que fundó Francisco Pizarro, un indio conocido entre los conquistadores con el nombre de don Antonio Chayhuac y entre los naturales como el heredero de *Chimu-Chumamanchu*, último gran cacique de Mansiche.

El inca *Pachacutec*, llamado el *reformador*, que gobernó el imperio mas de cincuenta años, se distinguió no solo como lejislador sino como guerrero.

En 1378, imposibilitado por la carga de los años para las fatigas de una campaña, encomendó al príncipe heredero *Yupanqui* que con treinta mil soldados continuase la conquista de la costa. Sabido es que *Ccapac*, hermano del inca, habia realizado la de los valles del Rimac, Chancay, Huaraz, Conchucos, Huamachuco, Cajamarca, Ica, Nasca, Lunahuaná, Yauyos y Huarochirí. La empresa que iba a acometer *Yupanqui* era reducir a la obediencia del soberano del Cuzco al curaca del *Gran Chimu*, reyezuelo poderoso e indómito, cuya jurisdiccion se estendia desde las márgenes del Santa hasta los ricos valles de Virú y Chicama.

La guerra fué larga y desastrosa. *Yupanqui* pidió a su padre un refuerzo de veinte mil cuzqueños, que, unidos a las tropas que en-

viaron los caciques de los pueblos conquistados por *Ccapac*, alcanzaron al fin en 1384 que el soberano del *Gran Chimu* aceptase la honrosa capitulación que constantemente le habia propuesto su jeneroso y bravo adversario. Hablando de esta guerra, dice Garcilaso que fué la mas sangrienta que los incas habian tenido hasta entonces.

Basta de digresion, y volvamos al cacique de Mansiche.

Don Antonio, cuyo padre habia aceptado con entusiasmo el nuevo culto, se entregó tambien fervorosamente a las prácticas devotas. El cacique, lejos de vivir con el fausto de sus antepasados, hacia ostentacion de pobreza y trabajaba personalmente en el cultivo de unas pocas fanegadas de terreno.

Por entónces, y ejerciendo el oficio de buhonero, hacia un jóven español frecuentes viajes de Lima a Trujillo. Garci Gutierrez de Toledo, que tal era su nombre, era huésped obligado del cacique, a quien siempre obsequiaba con lo mejor de su pacotilla. El trato enjendra cariño, y el indio llegó a espermentarlo mui cordial por el buhonero español, Garci Gutierrez, que alcanzó a ser padrino de dos de los hijos del cacique.

Mal perjeñado venia todas las tardes el vendedor de baratijas a casa de su compadre. El español era ambicioso y su comercio no prometia sacarlo nunca de pobre. Don Antonio le aconsejaba perseverancia y resignacion, pero su consejo era sermon perdido. Garci Gutierrez deseaba monedas y nó palabras.

Una noche platicaban los dos compadres, al rayo de la luna, en la puerta de la choza del cacique. El español estaba de humor endiablado y maldecia de su fortuna. De pronto lo interrumpió don Antonio, diciéndole:

—Pues bien, compadre; ya que fundas tu felicidad en el oro, voi a hacerte el hombre mas rico del Perú. Pero júrame no enorgullecerte con tu cambio de fortuna, ejercer la caridad con los pobres y aplicar la cuarta parte del tesoro con que voi a brindarte, al culto de Dios y de su Santa Madre.

Garci Gutierrez pensó en el primer momento que su compadre el cacique se burlaba; pero la codicia se sobrepuso en su ánimo a todo recelo, y juró por Cristo Señor Nuestro y por la porcion que le estuviera reservada en el Paraiso, llenar las condiciones que don Antonio le imponia.

El viajero que por el lado del mar se dirija hoi a Trujillo, verá a dos millas de distancia de la ciudad las ruinas de una gran poblacion de la época de los incas.

Esas ruinas fueron la capital del *Gran Chimu*.

Don Antonio condujo al español a una *huaca* escondida en el laberinto de las ruinas, y despues de separar grandes piedras que obstruian la entrada encendió un hachon, penetrando los compadres en un espacio donde se veian hacinados ídolos y objetos de oro macizo.

Garci Gutierrez estuvo a punto de enloquecer. Iba de un sitio a otro, reia, lloraba y abrazaba al indio.

En el centro de la sala, y sobre un andamio de plata, habia una figura que representaba un pez. El cuerpo era de oro y los ojos los formaban dos esmeraldas preciosísimas. El español quedó estático contemplando el ídolo.

—Pues todo es tuyo, le dijo don Antonio. Hoi te obsequio la huaca del *Peje chico*. Sé feliz, y si cumples tu juramento, algun dia te llevaré a la huaca del *Peje grande*.

Quien lea el libro impreso en Madrid en 1763, titulado:—*Relacion descriptiva que de la ciudad de Trujillo hace don Miguel Feijóo de Sosa, correjidor que fué de dicha ciudad*, encontrará las siguientes líneas que comprueban la fabulosa importancia del tesoro obsequiado al buhonero español por el cacique de Mansiche.

«Consta en los libros de las Cajas Reales de Trujillo que el año de 1576, Garcí Gutierrez de Toledo, hijo de Alonso Gutierrez Neto dió a Su Majestad de quintos por estraccion del *Peje pequeño* de la huaca del Gran Chimu, cincuenta y ocho mil quinientos veintisiete castellanos de oro. Consta igualmente que algunos años despues dió tambien por quinto el mismo Garcí Gutierrez, en diferentes figuras de peces y animales que estrajo de la misma huaca, veintisiete mil y veinte castellanos de oro.»

Pero, ántes de que veamos cómo cumplió el español su juramento, no nos parece fuera de propósito que echemos, lector, una mano de historia.

II.

El escelentísimo señor don Francisco de Toledo, hijo segundo del conde de Oropesa, mayordomo de su majestad don Felipe II y quinto virei del Perú, tuvo indudablemente dotes de gran político, y a él debió en mucho España el afianzamiento de su dominio en los pueblos conquistados por Pizarro y Almagro. Despues de una visita por el vireinato, en la que gastó cerca de cinco años, se contrajo a lejislar con pleno conocimiento de las necesidades públicas y del carácter de sus súbditos. Las famosas ordenanzas del virei

Toledo son hoy mismo apreciadas como un monumento de buen gobierno. A la sombra de ellas, los hasta entónces oprimidos indios empezaron a disfrutar de algunas franquicias, y el virrey se hizo para ellos mas querido que los *indiófilos* de nuestros asendereados tiempos de república constitucional.

La paz se consolidó bajo el paternal gobierno de Toledo. Las letras y la ciencia empezaron a brillar, fundándose la real y pontificia universidad de san Márcos, cuyo primer rector fué el médico Meneses. Desgraciadamente, con la erección de este santuario de la inteligencia coincide el establecimiento de la Inquisición en el Perú.

En esa época del coloniaje fué cuando un indio de Izcuchaca descubrió el poderoso mineral de cinabrio en Huancavelica, fundando Toledo esta ciudad bajo el nombre de Villarica de Oropesa.

Después de trece años dos meses de gobierno, don Francisco, agobiado por los achaques inherentes a setenta y cinco diciembres, se decidió a regresar a España. Los cuatro vireyes que lo antecedieron habian encontrado un fin mas o ménos triste en América. Blasco Núñez de Vela y don Diego de Acevedo y Zúñiga, conde de Nieva, perecieron de un modo trágico; el marques de Cañete murió loco, y don Antonio de Mendoza falleció, casi súbitamente, a los pocos meses de mando. El quinto virrey ambicionaba morir en la tierra donde nació.

Llegado a España, fué víctima de la calumnia y de la envidia. Se le confiscó la fortuna que llevaba y que escedia de medio millon de pesos. Y, para colmo de agravio, el ingrato Felipe II, reconviniéndolo por la ejecución del inca Tupac-Amaru, que tuvo lugar en los primeros años del gobierno de Toledo, le dijo:—Idos a vuestra casa, don Francisco, que yo no os envié al Perú para matar reyes, sino para servir reyes.

Don Francisco de Toledo, a quien la historia llama el Solon peruano, no sobrevivió mucho tiempo al desaire del monarca.

Volvamos a Garcí Gutierrez.

III.

Desde que Garcí Gutierrez se vió rico renegó de su oríjen plebeyo. ¡Debilidad humana!

Como hemos dicho, el virrey don Francisco de Toledo gastó cinco años en recorrer el país y regresó a Lima en 1575, precisamente cuando acababa el buhonero español de exhibirse como dueño de un tesoro.

El virei, segun pública fama, era estremadamente avaro, vicio que deslustra ante la historia sus grandes cualidades como hombre de estado. Garci Gutierrez fué a visitarlo y le obsequió por valor de cien mil pesos en curiosidades de oro.

—No mire vuecelencia en mi agasajo, le dijo, mas que el cariño del deudo. Toledo es vucencia y yo soi Garci Gutierrez de Toledo.

—Que sea por muchos años, pariente, le contestó don Francisco con amabilidad.

Garci Gutierrez estaba satisfecho, pues el virei lo habia reconocido en público por su deudo. En cuanto a su escelencia, pensaba que bien se podia reconocer por más que pariente a quien en vez de pedir se mostraba tan largamente dadivoso. Lluevan primos como éste, se dijo, que yo no he de demandarles su árbol jenealójico.

Corrian los años, y Garci Gutierrez, que se llenaba la boca hablando de su primo el virei y que se trataba a cuerpo de príncipe, veia rápidamente desaparecer su fortuna en banquetes espléndidos y en regalos a sus amigos de la nobleza. En cuanto a hacer obras de caridad y dar limosnas para el culto divino, como lo habia jurado, no hai para qué empeñarse en probar que así pensó en ello como en inventar la brújula.

Llegó a la postre un dia en que se vió *per istam*, y entónces se acordó de su compadre el cacique de Mansiche. Emprendió viaje a Trujillo, y avistándose con don Antonio, le dijo:

—Compadre Antonio, estoi arruinado.

—No me estraña la nueva, compadre Garci Gutierrez. Lo barrunté desde que al cabo de tantos años es ahora cuando se le ha venido a las mientes el santo de mi nombre. ¿Y en qué puedo servirlo, señor compadre?

—Dándome la huaca del *Peje grande*.

—No estoi loco todavia y no hablemos más de ello. Mi secreto irá conmigo a la tumba.

Garci Gutierrez suplicó, lloró y apeló a todo recurso; pero sus esfuerzos se estrellaron ante la estoica tenacidad del indio. Despues de tres meses de lucha, el ex-buhonero perdió la esperanza de ablandar las entrañas de roca del compadre, y volvió a Lima confiado en la largueza de su primo el virei. Pero la fortuna volvia la espalda a Garci Gutierrez. Hacia una semana que su escelencia habia partido para España.

Nuestro hombre no conocia el mundo. Ignoraba que en los dias

de prosperidad abundan los amigos y que en las horas de la desgracia desaparecen. Al verlo pobre, sus antiguos compañeros de festines le huían miserablemente, y como Garcí Gutierrez había renegado de su oríjen, se encontró tambien justamente despreciado por los plebeyos.

Hastiado por las decepciones, enfermo del alma y del cuerpo, viejo ya y sin fuerzas para el trabajo, Garcí Gutierrez obtuvo por caridad una celda y un pan en el convento de los buenos padres franciscanos.

IV.

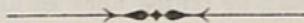
Los historiadores están uniformes en que Atahualpa ofreció a Pizarro pagarle en oro su rescate. Al efecto, el Inca envió emisarios por todo el imperio, y ya existía depositada en Cajamarca gran parte del rescate, cuando Pizarro se decidió a manchar su gloria dando muerte al soberano.

Tan luego como tuvieron noticia de este crimen, muchos de los emisarios que se hallaban en camino para Cajamarca resolvieron enterrar los tesoros de que eran conductores.

Tal fué el oríjen de las huacas del Peje grande y del Peje chico.

En la primera se han emprendido, aun en nuestros días, sérios trabajos para arrancarla el secreto del cacique de Mansiche; pero siempre ha quedado burlada la codicia de los hombres. Y como si la Providencia tuviera empeño en azuzarla, acontece que de vez en cuando, entre las ruinas de Chimú, se descubre algun objeto de oro.

RICARDO PALMA.



VIDA DE LA NATURALEZA.

TRADUCCION DE GUYOT, POR LA SEÑORITA REJINA URIBE.



La naturaleza, que es representada como una cosa muerta, y que contrasta, segun la creencia jeneral, con la naturaleza viviente, porque no tiene la misma vida del animal o de la planta, ¿está entónces enteramente privada de la vida? Si no la tiene, vemos que hai en ella al ménos la apariencia de la vida. ¿No se está viendo su vitalidad en el agua que corre y susurra en la superficie de los

continentes, o que se lanza al fondo de los mares? en los vientos que cruzan con terrible rapidez y ora purifican la atmósfera, ora la cubren de ruinas? No se ve en la naturaleza una cierta simpatía y antipatía manifestadas en esa misteriosa afinidad entre las moléculas de la materia que la química investiga? ¿No tiene el poder de atraer los cuerpos unos hácia otros, y el de gobernar el movimiento de las estrellas esparcidas en la inmensidad del espacio y mantenerlas en una admirable armonía? ¿No vemos, y siempre con una sorpresa íntima, a una aguja magnetizada moverse al aproximársele un pedazo de hierro, y precipitar su movimiento bajo la ardiente influencia de la aurora boreal? Colocad un cuerpo material al lado de cualquier otro: ¿no entran inmediatamente en relaciones de recíproca atracción molecular, de electricidad y magnetismo? Perturbado el equilibrio en un punto, se produce la misma perturbación en otro, y el movimiento se propaga hasta lo infinito.

¿Y qué sería si nos eleváramos a la contemplación del conjunto de todos los fenómenos de esta especie, que se ostentan en una gran comarca, en un continente entero?

Lo mismo sucede en la naturaleza inorgánica: todo en ella es movimiento, todo está cambiando y en una continua transformación. Indudablemente esa no es la vida de los seres organizados, la vida del animal; pero este conjunto de fenómenos, ¿no es también una vida? Si: "tomando la vida en su más simple expresión la definimos un cambio mútuo de relaciones," no podemos negar este nombre a esas acciones y reacciones llenas de vida, a ese juego perpetuo de las fuerzas de la materia de que somos espectadores todos los días. Es en verdad una vida, pero evidentemente en un orden muy inferior de cosas. Es vida: proclamando así con gran fuerza esas mil voces de la naturaleza que se hacen oír en torno nuestro, y que de tantas maneras se revelan en esa incesante y prodijiosa actividad de la naturaleza.

Esta vida jeneral, esta vida física y química, pertenece a toda materia: es la base de la existencia de todos los mundos que pueblan el espacio, nó como la *causa*, pero sí como la *condición*. Está en la planta, está en el animal, solo que aquí está al servicio de un principio de unidad, que una fuerza misteriosa, atrayéndolo todo a un centro, y modificando, gobernando, y organizándolo todo, hace servir en beneficio del ser.

LOS MUERTOS.

(IMITACION DE LAMENNAIS).

Beati qui moriuntur in Domino.

APOCALIPSIS.

I.

La corriente del tiempo han descendido:

Por el valle de lágrimas pasaron;

Y de la tierra el eco ha repetido

Sus voces, que por siempre ya callaron

Con el postrer lamento del dolor...

*¿Dó estan? A dónde fueron?...**¡Felices los mortales que murieron**En gracia del Señor!*

A su paso entre flores o entre abrojos

Mil fantasmas se alzaron; y del mundo

La pompa y vanidad vieron sus ojos.

Poco despues ¿qué vieron? Un profundo

Lóbrego abismo, de eternal pavor...

*¿Dó están? A dónde fueron?...**¡Felices los mortales que murieron**En gracia del Señor!*

Semejante a una luz de las alturas

Apareció una cruz en lontananza:

La humanidad jimiendo en amarguras,

Como el iris la vió de su esperanza.

No el signo en tanto del celeste amor

*En ella todos vieron...**¡Felices los mortales que murieron**En gracia del Señor!*

II.

Y hubo quienes dijesen contristados:

"¿Dó nos lleva esta rápida corriente?

¿De esta vida fugaz tras los nublados

Hai algo más? Quién sabe!...» De repente
 Cuando ellos en la duda se engolfaron,
 Las playas de la vida se ocultaron
 Entre denso vapor...
 ¿Dó estan? A dónde fueron?
¡Felices los mortales que murieron
En gracia del Señor!

Otros tambien con gran recojimiento
 Misteriosas palabras escucharon,
 Y en el ocaso fijo el pensamiento,
 Una aurora lejana columbraron:
 Lleno de paz, de encanto, de armonía
 Distante vieron anunciarse un dia
 De infinito esplendor...
 ¿Dó están? A dónde fueron?
¡Felices los mortales que murieron
En gracia del Señor!

III.

Bajaron en tropel mozos y ancianos
 Del insondable abismo a las tinieblas,
 Cual bajeles que empuja en los océanos
 El huracan y arroja entre las nieblas.
 Las arenas de mares y desiertos
 Si fueran numerables, de los muertos
 Mayor fuera el guarismo aterrador...
 ¿Dó estan? A dónde fueron?
¡Felices los mortales que murieron
En gracia del Señor!

Y de ellos, ai! se cuenta que tenian
 Opresso el corazon por la tristeza;
 Que miraban al cielo y que jemian
 Cansados de marchar por la aspereza
 Del mundano carril, a donde llanto
 Bebe, y no mas, el alma en su quebranto,
 Do su pan cotidiano es el dolor...
 ¿Dó estan? A dónde fueron?
¡Felices los mortales que murieron
En gracia del Señor!

IV.

Del ignoto lugar, do su corriente
 Detiene de la vida el rauda rio,
 Llegan constantemente
 Dos voces a espaciarse en el vacío:
 «Del fondo de una sima,
 Señor! os he clamado
 (Dice jimiendo la una
 Con ayes de pavor)
 Mirad: mi faz enlutan
 Las manchas del pecado;
 Prestad a mis lamentos
 Grande piedad, Señor!...
 Mas, ah! que si escrutaseis
 Mi iniquidad maldita,
 Soportar no pudiera
 Yo vuestra vista, oh! Dios!...
 Señor! misericordia!!
 Su redencion bendita
 El alma en tal congoja
 Puede aguardar de Vos!...»

.....
 La otra voz dice: «*Hossana!*
 Señor de las Alturas;
 Tu escelso mombre adoran
 De hinojos las criaturas
 Y piden en sus cánticos de vida eterna el pan.
 Oh! santo, santo, santo
 Señor de los ejércitos,
 Alaban y bendicen
 Los vivos y los muertos
 Tu gloria, de que llenos, cielos y tierra están!»

V.

Y *nosotros?*... Iremos confundidos
 Pronto tambien a la morada umbría
 De do parten tan tetricos jemidos,
 O esos cantos de anjélica armonía.
 ¿Es la muerte una noche sin mañana?

Dónde estaremos pues!... Hondo misterio
 Que el pensamiento llena de terror!...
 Oh! por siempre feliz el alma humana
 Que sale del terrestre cautiverio
 En gracia del Señor...

RICARDO BUSTAMANTE.

Valparaiso, 1.º de noviembre de 1849.

FILOSOFIA DE LA FABULA.

AQUILES.

Es de sorprenderse que a nadie se le haya ocurrido hasta ahora que el héroe de la Iliada fuese la personificación de *la lanza*, sin embargo de que todos los datos de la Fábula concurren a probar esta verdad.

Al cantar la cólera de Aquiles, Homero pintó a su héroe segun el capricho de su imaginacion; pero le conservó los principales caracteres de su oríjen mitológico.

Mas, antes de ocuparnos de Aquiles, preciso es hablar de Tétis y Péleo, autores de su existencia, y explicar las numerosas ficciones que envuelven la significacion verdadera de estos dos mitos.

TESTO.

La mas bella de las nereidas era Tétis. Júpiter y Neptuno quisieron tenerla por esposa; pero, como supiesen que habia de nacer de ella un hijo que seria mas grande que su padre, cesaron sus persecuciones y cedieron la ninfa a Péleo, príncipe de Tesalia.

Poco satisfecha estaba Tétis de tener por esposo un mortal, despues de haberse visto cortejada por dos grandes dioses, y trató de sustraerse a las atenciones de Péleo revistiendo diferentes formas para engañarlo. Pero valiéndose este príncipe de los consejos de Quiron, ató a Tétis con fuertes vínculos, y la obligó así a recibirlo por esposo.

Los bodas se celebraron sobre el monte Pelion con la mayor pompa: todos los dioses y las diosas fueron convidados, ménos la Discordia, quien se vengó de tal ofensa arrojando sobre la mesa del banquete una manzana con este lema:— " A la mas hermosa. "

Tétis tuvo de Péleo varios hijos, cuya muerte ocasionó por haberlos echado al fuego con el fin de probar si eran mortales; y sin duda le hubiera cabido a Aquiles la misma suerte, si Péleo no lo hubiese salvado en el momento en que su madre lo sometia a la misma prueba.

Empero, tratando Tétis de hacer invulnerable a su hijo, inmerjió a Aquiles en la Estijia; y como el agua de esta laguna infecta no alcanzase a tocar el talon por donde la madre tenia al niño, quedó esta parte vulnerable, y es por donde habia de perecer Aquiles algun dia. Despues con el objeto de hacerlo valiente y esforzado, lo alimentaron con sesos de leones, tigres, lobos y demas animales feroces.

Supo Tétis por el oráculo que su hijo encontraria la muerte delante de las murallas de Troya, y no quiso permitir que los reyes de la Grecia lo llevaran en la expedicion contra Priamo, sino que se apresuró a hacerlo pasar secretamente a la isla de Esciros, donde vestido con traje de mujer y bajo el nombre de Pirrha, fué recibido entre las doncellas de Licómedes.

A favor de este disfraz, Aquiles sedujo a Deidamia, hija del rei, y tuvo en ella un hijo que fué llamado Pirrho y tambien Neoptolemo.

Entre tanto, la guerra se prolongaba y los griegos experimentaban cada dia mas la necesidad de ser auxiliados por Aquiles, cuando sospechando Ulises en qué lugar estaba oculto el noble hijo de Péleo, se dió a la vela para Esciros acompañado de Mercurio, quien se encargó de ofrecer a las damas de la corte las joyas con que realzan sus atractivos naturales, y puso entre ellas una pequeña espada, con el fin de fijar la atencion del jóven. En efecto: apenas Mercurio habia sacado a la vista las cosas preciosas que traia, cuando el héroe se apoderó del espadin, cuyas cualidades admiraba despreciando los vanos adornos del sexo femenino.

Habiéndose asi dado a conocer Aquiles al rei de Itaca, tuvo que partir con él para el sitio de Troya, donde bajo la armadura impenetrable que recibió de Vulcano, se hizo distinguir en primer lugar entre los mas bizarros guerreros del ejército: dió muerte a Héctor, el mas valiente de los hijos de Priamo; pero herido mas tarde en el talon por una flecha disparada por París, sucumbió a la gravedad del mal, como el oráculo lo habia predicho.

ESPLICACIONES DEL TESTO.

Levantemos una punta del velo que hace tanto tiempo encubre las ficciones de Tétis (1), Péleo y Aquiles, y veremos que la bella nereida que fué objeto de los homenajes de Júpiter y Neptuno, simboliza *la pesca*.

Tétis, nacida en las aguas cristalinas del anciano Néreo, divinidad marina, no puede representar otra cosa sino alguna propiedad de las aguas, o algun ser que exista en ellas; y así como Galea, otra nereida, personifica *la calma de las aguas*, Glauce *su color azulejo*, Nemertes *su espejo fiel*, Neso *la isla* que eleva su cabeza encima de las olas, Doto *la que da* las perlas, los corales, las conchas, etc., Tétis será entónces la nereida, objeto de la codicia del pescador, como lo indican la etimolojia de su nombre (2) y las particularidades de su historia.

Esto supuesto, dirémos que en el principio el hombre intelijente (Júpiter) y el marino (Neptuno) son los que se dedicaron a la pesca; pero acabaron por abandonar este ejercicio al hombre del pueblo, quien con la ayuda de una pica de madera perseguia afanoso una presa que mui fácilmente se le escapaba. Mas, luego que se le sujirió a éste la idea de armar la pica con un gancho de fierro, el buen éxito de la pesca de los grandes peces fué asegurado en adelante, pues era el harpon el que se acababa de inventar.

En cuanto a la pesca de los peces menores, no era posible hacerla con el harpon; pero se introdujo el uso de la red, cuyos excelentes efectos coronaron los esfuerzos y la constancia del pescador, y es así como Péleo enlazó y ató a Tétis para triunfar de ella.

Los pescadores de la Dórida acostumbraban ir a cortar en el mon-

(1) Dos divinidades llevan el nombre de Tétis; la una representa *la evaporacion de las aguas del mar*, y la otra *la pesca*; pero la ortografía griega de sus nombres no es la misma; se escribe con *thys* al fin el de la primera (Téthys), y con *th* al principio el de la segunda (Thétis).

(2) La raíz de Tétis es *thés*, esto es *el hombre del pueblo que recibe un salario por su trabajo*, o sea *el gañan*; y el jenitivo de *thés* que es *thétos*, o su dativo, *théti*, de que derivamos directamente el nombre de Tétis (Thétis), significan, pues, *del gañan o para el gañan*, es decir, de un modo abreviado, que Tétis es la *ninfa del gañan o del pescador que saca un lucro de la pesca*. Y esta forma masculina dada al nombre de una ninfa, se esplica por cuanto la voz *pesca* trae a la mente en primer lugar al pescador que la hace, y que no era posible designar claramente a esta nereida sin acudir al pescador que fuera de las aguas tiene sin embargo accion sobre el pez que ellas encierran.

te Pelion la madera de sus harpones y la que destinaban para la construccion de sus barcas. Su viaje a la selva era la ocasion de una fiesta en que los festines campestres, los juegos, las risas, los cantos, la música instrumental y la danza, acompañaban los trabajos del leñador, del carpintero y del herrero. Asi, todos los dioses y las diosas del Olimpo hacian parte de esta alegre reunion, y solo se escluia de ella a la Discordia; pero esta maléfica divinidad, demasiado poco escrupulosa, se sentaba a veces a la mesa sin ser invitada.

Péleo nos representa *al hombre que iba a cortar en el Pelion la madera de las picas que usaba para la pesca*, pues era el pescador quien hacia con los retoños de los árboles del monte esas picas, que metia en seguida al fuego para probarlas y endurecerlas. Pero luego que el sabio Quiron hubo dado el consejo de poner al remate de una pica un hierro con o sin gancho, la pica vinó a ser un harpon, y la lanza fué inventada.

Estas armas terribles fueron entónces adoptadas para la pesca, la caza y la guerra. No podia perecer la lanza sino por su asta, es decir por el pié o el talon del arma, pues el hierro habia adquirido con el temple una gran dureza y una fuerza de resistencia mucho mayor que la del palo.

Tal fué el nacimiento de Aquiles o *la invencion de la lanza*. Péleo era su padre, pues la pica primitiva y el asta de la lanza herrada habian sido hechas por él. Tétis era su madre, pues la diosa de la pesca habia sido la primera causa de la invencion del harpon y de la lanza. El herrero, al fabricar la armadura de Aquiles, esto es, el hierro de la lanza, habia inmerjidó en el depósito de agua sucia (la Estijia) que siempre está al lado de la fragua, el hierro hecho ascua en en el fuego (Vulcano) con el fin de templarlo, es decir, hacerlo mas duro e impenetrable. De esta manera el palo del harpon o de la lanza, por donde se empuña el arma, fué el único que quedó débil comparativamente, y por allí habia de perecer tarde o temprano. (1)

(1) Homero nos informa de qué palo era hecha la lanza de Aquiles, designándola con el nombre de *pélías médiè* es decir el arma *de Peleo hecha de fresno*, subentendiendo *el arma*.

Ademas de que el palo de la lanza es por su naturaleza ménos pesado que su remate de hierro, el de fresno, aunque mui consistente, es mas lijero y flexible que otras maderas duras de los montes de Europa, tales como el roble y el haya. Asi, el sobrenombre *podarkès* (de piés lijeros), que el gran poeta suele dar a su héroe, es mui bien apropiado a las lanzas en jeneral, y a las de fresno en particular.

Y, si se le atribuyó a Tétis el acto de pasar las picas por las llamas, y el de inmerjir a Aquiles en las aguas de la Estijia, es porque era siempre el jénio de la pesca el que presidia a todas estas operaciones, siendo a la vez causa y objeto de ellas.

El hijo de Péleo no tuvo necesidad en su infancia del alimento que corresponde a la primera edad, circunstancia que le hizo dar el nombre de Aquiles, *el que no ha mamado* (2); lo nutrieron con sesos de leones, tigres, lobos, etc., es decir que, luego que la lanza herrada fué descubierta, se hizo uso de ella para cazar las fieras, cuyo cráneo, por duro que fuese, no pudo resistir a un empuje violento de su punta acerada, que penetrando en los sesos, se cebó en ellos.

En su adolescencia, Aquiles fué enviado por su madre a la corte de Licómedes (3), rei de Esciros: es decir, que fué empleado en la caza de las fieras de esta isla, donde *el lobo* (Licómedes) era *soberano*. Allí apareció bajo la forma de una simple pica endurecida al fuego, lo que esplica por qué tomó el nombre de Pirrha (4), *la roja*, color que el primer alcance de las llamas le habian comunicado cuando Péleo sacó de ellas a su hijo.

Aquiles se encontró entónces entre las doncellas de la corte, es decir, entre las *flechas* y las *picas* recién cortadas en el monte y vírgenes aun. Pero cuando las artes fabriles hubieron producido artificios mas eficaces para el guerrero y el cazador, el mercader (Mercurio) los fué llevando a todas partes; y mientras que el trasparente sílice, los cuarzos micáceos, los huesos de pescado, servian todavia de puntas para flechas, se armó la lanza con un hierro puntiagudo de dos filos, o sea una pequeña espada, y es asi como Aquiles reveló su virilidad dominadora, que hizo pronosticar sus gloriosas hazañas en el sitio de Troya.

Deidamia (5), hija de Licómedes, o *la miedosa*, cuyo terror nace de la presencia de un lobo amenazador, se entregó al héroe que pudo defenderla; y de esa union nació Pirrho (*pyrrhos*, rojo, *rojizo*) o la invencion del *venablo pasado por el fuego*, que se arrojaba a

(2) El nombre de *Aquiles* (*Achilleus*) tiene por raices la *a* privativa, que quiere decir *sin*, y *chilos*, el alimento ordinario; esto es la *leche* o la *papilla* de los niños.

(3) *Licómedes* deriva de *lycos*, lobo, y *medón*, soberano.

(4) La raíz de *Pirrha* (*Pyrrha*, *la roja*), es *pi*, fuego y *heó*, fortificar.

(5) El nombre de *Deidamia* viene del adjetivo *deidémón* miedosa.

Nota. — En el artículo de *Febó-Apolo*, publicado en el núm. 21 de esta REVISTA, léase, en el 2.º párrafo de la página 325, *siglo XVIII* en vez de *siglo XIX*.

veces con la mano, y que, siendo mas lijero que la lanza, pudo servir para la mujer cazadora de arma ofensiva contra los animales de montería, y defensiva contra las fieras, cuando le hubieron puesto un hierro acerado.

Pirrho era tambien llamado *Neoptolemo*, porque el uso del venablo con punta de hierro inauguró una era nueva en el modo de combatir, lo que indican las raices de este segundo nombre, que son: *néos*, nuevo, y *ptolémos*.

MATHIEU DE FOSSEY.

EL MOVIMIENTO PERPETUO.

(Historia maravillosa).

Todos los que hayan visitado la ciudad de Rotterdam, no pueden ménos de acordarse de una casa que habrán visto, situada en medio del barrio que atraviesa el canal que conduce a la Haya y Leida, cuya casa le habrán enseñado cómo la morada de uno de los obreros mas hábiles que ha producido la Holanda. La industria de este obrero consistia en fabricar instrumentos de cirujia, escediendo a otro alguno en conocimientos de mecánica. Nadie mejor que él sabia reparar las injurias de la edad o las diformidades de la naturaleza: si alguno tenia las espaldas desiguales, su habilidad las nivelaba al instante; pero la reputacion de que maese Tumingvort gozaba en toda la Holanda, provenia particularmente del arte maravilloso con que fabricaba piernas de Madera o de corcho, y ciertamente los miembros artificiales salian de su mano con tal gracia, finura y delicadeza, que viéndolos casi daba gana de preferirlos a un pié lleno de callos y durezas o a una pierna atormentada por la gota.

Una mañana que maese Tumingvort acababa de terminar un par de pantorrillas para una bailarina, vió entrar en su taller a un criado que le suplicó fuese al instante a casa de su amo, M. de Wodenblock, uno de los banqueros mas opulentos de Rotterdam. Tumingvort se puso al momento la mejor de sus pelucas, se coló el sombrero tricornio, cojió su caña y se dirijió a casa del negociante.

M. de Wodenblock habia adquirido su fortuna por sí mismo, y como nada en el mundo apreciaba tanto como su robusta persona,

no se avenia a partir con nadie el fruto de sus largos trabajos. Algunos dias antes de la visita de maese Tumingvort, uno de sus sobrinos habia llevado el atrevimiento y la insolencia hasta el extremo de pedirle algun socorro; rara vez M. de Wodenblock trataba con ceremonia a los parientes a quienes no habia favorecido la fortuna; asi es que echó al sobrino a la calle con bastante dureza. Desgraciadamente para él, al quererle dar un puntapié para obligarle a bajar con mas viveza los peldaños de la escalera, perdió terreno y rodó hasta el mismo portal.

Aturdido con la caida se creyó muerto en el primer momento; pero vuelto en sí, halló que el destrozo estaba limitado a la fractura de la pierna derecha y tres de sus mejores dientes.

Su primera idea fué perseguir al sobrino ante los tribunales, como culpable de una tentativa de asesinato premeditado contra su persona; pero como era naturalmente caritativo y bondadoso, se contentó con hacerlo encarcelar por deudas.

Gracias al celo de un buen dentista, los tres dientes usados y carcomidos que M. de Wodenblock se habia roto al caer, fueron reemplazados por otros tres sanos y blancos, y en cuanto a la pierna rota, se confió su curacion al mas hábil cirujano, el cual despues de examinada la fractura juzgó la amputacion indispensable. Desde la edad de catorce meses, M. de Wodenblock habia contraido la costumbre de andar siempre que se le antojaba; ademas el movimiento de una silla de manos le producia el mismo efecto que un emético, y teniendo en cuenta sin duda que la voluntad de la Providencia es que los hombres anden, como se infiere del hecho de haberles dado piernas, se determinó en fin a enviar a buscar a maese Tumingvort para encargarle una pierna artificial en reemplazo de la que tuvo desde que nació perdida por tan fatal accidente.

El artista entró modestamente en la habitacion de M. de Wodenblock que se hallaba en la cama con la pierna izquierda estendida completamente, y disimulando la falta de la derecha una magnífica colcha que la cubria.

—Tumingvort, le dijo, sin duda habreis oido hablar de mi accidente que tiene consternada a toda la poblacion... Mas dejando esto aparte, lo que yo exijo de vos es que me fabriqueis una pierna tan buena como os sea posible.

Tumingvort se inclinó profundamente.

—El precio no importa nada, siempre que esta pierna esceda en perfeccion a cuantas habeis hecho hasta ahora.

Yo quiero una pierna de corcho, ligera y elástica, cuyos resortes nada tengan que envidiar a los mejores relojes de Jinebra: como no entiendo nada de vuestro arte, no puedo esplicarme de una manera mas exacta, pero lo que deseo es una pierna tan buena al ménos como la que he perdido; poned manos a la obra y en estando concluida mi cajero os entregará la suma que le pidais.

Tumingvort se inclinó de nuevo, asegurando a M. de Wodenblock que su deseo de agradarle le obligaba mas que todas las promesas del mundo, y se despidió ofreciéndole para dentro de seis dias una pierna que dejase atras a las mas perfectas y mas ágiles con que la naturaleza hubiere dotado jamas a ser viviente.

De parte de maese Tumingvort, este compromiso no era una vana jactancia, porque a la habilidad material que exijia su arte, el mecánico holandés reunia un alto y profundo conocimiento de las leyes de la estética y de la dinámica. Desde mucho tiempo trabajaba por descubrir un secreto que habia sido ya objeto de esquisitas pesquisas de los mas poderosos jenios; este secreto creia haberlo descubierto la mañana del mismo dia en que fué llamado por M. de Wodenblock. Asi como todos los que se han ocupado en la fabricacion de piernas artificiales, no ignoraba que para lograr su perfeccion, la mayor dificultad que habia que vencer era la de hacer entrar en la composicion de una pierna de palo o de corcho, resortes representando las articulaciones naturales que pudiesen reemplazar convenientemente un admirable mecanismo de la rodilla y del tobillo y obedecer a la voluntad. Tumingvort imaginaba haber hallado los medios de vencer esta dificultad, y resolvió aplicar su maravilloso descubrimiento a la pierna destinada a M. de Wodenblock.

En la noche del sexto dia, Tumingvort se presentó en casa del negociante que le aguardaba con impaciencia, llevando debajo del brazo la pierna perfectamente liada y empaquetada. En el momento de desenvolverla, una sonrisa de orgullo se dejó ver en el rostro del artista que ocupó una porcion de horas en esplicar a M. de Wodenblock las mejoras que habia introducido en el mecanismo, interior; el negociante encontrado invitó al artífice a que pasase en su compañía el resto de la noche, a lo que accedió Tumingvort con tanto mas gusto cuanto que deseaba asistir a la mañana siguiente al ensayo que iba a hacerse de la pierna maravillosa, y asegurarse por sí de la manera como ésta llenaba sus importantes funciones.

En efecto, al otro día, concluidas las disposiciones preliminares, M. de Wodenblock salió de su casa y echó a andar por la calle admirado de sí mismo y dando mil y mil gracias al obrero que le había fabricado tan perfecta pierna; no era ménos la admiración de todos los que lo veían al observar la marcha regular del negociante y la manera como los resortes artificiales de su pierna reemplazaban a los músculos y los nervios naturales. Nadie podía creerlo aun despues de estarlo viendo, y sin el ruido que hacían las ruedas de la máquina el mismo M. de Wodenblock hubiera olvidado que su persona física no estaba tan completa como el día en que tuvo la desgraciada ocurrencia de despedir con el pié al bueno del sobrino.

En el arrebató de su alegría, continuó marchando hasta la casa de ayuntamiento; allí vió al pié de la escalera a uno de sus amigos, M. de Vanontern, y aceleró el paso para saludarlo; los dos aunque distantes aun el uno del otro, se alargaban y amistosamente la mano; pero no fué poca la sorpresa de Vanontern al ver pasar al negociante aceleradamente y sin detenerse para preguntarle por la salud. Como hasta entónces el impulso que la pierna recibía de los resortes le habían guiado por el mismo camino que M. de Wodenblock quería seguir, éste no había podido notar que estaba dominado por una fuerza mecánica mas poderosa que la suya; pero cuando quiso mandar, esta fuerza la encontró rebelde. Bien hubiera querido detenerse para hablar con M. Vanontern, pero como la maldita pierna no suspendió su marcha, se vió obligado a seguirla. En vano intentaba pararse agarrándose a las balaustradas, a las paredes y a las rejas de las casas: la pierna le tiraba con tal violencia que por no dislocarse los brazos el infortunado Wodenblock se veía obligado a dejarse conducir.

Despues de haber recorrido como un loco todas las calles de Rotterdam, llegó a la orilla del canal de Leida y en cuanto vió la casa del mecánico empezó a gritar con todas sus fuerzas. Tumingvort se asomó a la ventana lleno de espanto:

—¡Miserable! gritó el negociante, ¡baja aquí al momento!...

Tú me has engañado; esta pierna no puede detenerse un momento. Desde que he salido de mi casa no ha cesado de arrastrarme contra mi voluntad, y Dios sabe dónde me va a conducir. Baja pronto y líbrame de este suplicio; sí tardas estaré ya mui léjos y no me podrás alcanzar.

Tumingvort bajó precipitadamente pálido y fuera de sí, porque estaba mui léjos de haber previsto el efecto del mecanismo de la

pierna. Sin perder un minuto corrió detras de M. de Wodenblock con objeto de arrancarle de la cruel situacion en que se hallaba; sin embargo, éste o mas bien su pierna continuaba andando sin parar. Tumingvort era viejo y le costó trabajo ganar terreno para alcanzar al comerciante; por último pudo agarrarlo y lo levantó, como Hércules al gigante Anteo; pero este medio fué ineficaz, porque aumentándose el movimiento de la pierna le obligó a él mismo a andar cincuenta pasos en ménos de un minuto. Entónces puso a M. de Wodenblock bajo sus piés, empleando toda su fuerza para arrancar el resorte principal del movimiento; pero en el acto de tocarlo el pobre Wodenblock se escapó de las manos y fué despedido con la velocidad del rayo, atropellando en su impetuosa carrera a dos robustos ingleses y cinco vendedores de pescado. En vano gritaba pidiendo socorro con espantosos lamentos; nadie le podia detener.

—¡Soi perdido! decia ¡soi perdido! ¡detenedme por el amor de Dios! detenedme que no puedo más. ¿No habrá un alma caritativa que quiera romper esta maldita pierna? ¡Tumingvort!... tú me has asesinado.

Tumingvort estaba sumido en la mayor consternacion y no comprendia nada de lo que habia hecho o mas bien, habia hecho mas de lo que queria hacer. De rodillas con las dos manos juntas fuertemente y los ojos desencajados veia al mas gordo comerciante de Rotterdam, al hombre mas grave de toda la Holanda, corriendo ahora como un toro enfurecido a lo largo del canal de Leida y dando gritos de desesperacion, apesar de la fatiga de tan veloz carrera, de la enormidad de su peso.

Mas de veinte millas hai de Rotterdam a Leidas y estaba el sol aun sobre el horizonte cuando la señorita Bakschneider y su hermano que se hallaban junto a la ventana del salon, frente a la fonda del *Leon de oro*, tomando tranquilamente el té, vieron pasar por la calle un hombre que corria como un desesperado. La palidez de la muerte se hallaba pintada en el rostro de este hombre; su boca se abria con estrañas contorsiones como si quisiera articular algunas palabras o tomar aliento, y sin volverse a derecha ni a izquierda iba adelante con tal velocidad, que habia ya desaparecido antes que la familia Bakschneider hubiese tenido tiempo ni aun para esclamar:

¡Dios mio! ¿no es M. de Wodenblock, el rico comerciante de Rotterdam, el que acaba de pasar? ¿Dónde va de esta manera? Imposible que no le suceda alguna cosa estraordinaria.

Al siguiente día, que era domingo, los habitantes de Harlem, vestidos de limpio, se dirijian a oír misa a la iglesia, cuando vieron una figura humana atravesar como una flecha la plaza del mercado: tenia el rostro blanco, verde, encarnado, de todos los colores, y los labios cárdenos, los dientes descarnados y las manos agarrotadas. Muda de horror la jente, le abrió paso y no hubo cristiano en Harlem que no creyese que era un cuerpo sin vida, que por efecto de un poder sobrenatural conservaba todavia la facultad de correr.

Siempre sometido a una fuerza irresistible, este ser espantoso apareció sucesivamente en todos los pueblos, ciudades y bosques de Alemania. Semanas, meses, años pasaron y continuó mostrándose de tiempo en tiempo en distintos puntos de la parte setentrional de Europa. Poco a poco la ropa que le cubria se deshizo, la carne se consumió y no quedó mas que un esqueleto disecado. Solo la pierna de corcho conservó su forma y su movimiento, y desde entónces no ha cesado de arrastrar en su rápida carrera, el esqueleto hediondo a que está unida.

Tumngvort habia hallado el secreto del movimiento perpetuo, y los resortes de la pierna maravillosa no se detendrán jamas; pero como el horror que le causaba la muerte de Wodenblock no le permitia hacer mas uso de su secreto ni divulgarlo a nadie, hoi el movimiento continuo no existe sino en el cerebro de los que lo están buscando o creen haberlo encontrado.

N. N.

COMO PODEMOS AHOGARNOS Y SER RESUCITADOS.

POR EL DOCTOR CHARLES WILLIAM LANCASTER.

(Traducción de la señorita Anjela Uribe Orrego).

Para los ignorantes mi relato parecerá envolver un solecismo, porque se cree jeneralmente que cuando un hombre ha estado sumerjido en el agua por un tiempo no indefinido desde dos minutos hasta una hora y media, o por un tiempo mas largo que el que una persona necesita para retener su respiracion, debe necesariamente ahogarse y morir. Volverlo a la vida es ya imposible. Sin embargo, este no es el caso.

Mi objeto en este artículo es explicar en pocas palabras la causa

y la manera de ahogarse, sea parcial o completamente, como tambien el de avanzar algunas sensatas cuanto científicas ideas sobre el mejor medio de restituir a la vida al paciente. Ante todo, se debe observar que los pulmones humanos, lo mismo que los pulmones de los animales terrestres, son los órganos por medio de los cuales la sangre se purifica de su carbono y de otras sustancias mortíferas, y se conserva en una condicion apta para la libre y fácil circulacion por todo el sistema.

Esta circulacion es necesaria para los efectos de la nutricion, la cual con su acompasado movimiento respiratorio es indispensable para el mantenimiento de la vida.

Ahora bien: a los pulmones en sus condiciones ordinarias jamas les falta enteramente, durante la vida, el aire atmosférico. Debemos suponer que con cada espiracion o espulsion del aire de los pulmones, casi dos terceras partes de todo el volúmen que ellos contienen es espelido; lo restante, que es una tercera parte, es retenido para ser cambiado en la próxima inhalacion por su equivalente de aire fresco. Esta precaucion posee el doble mérito de suministrar un medio espedito de espeler cualquier cuerpo extraño que por accidente obstruya el conducto de la traquiarteria (como cuando uno traga alguna sustancia por la laringe) y de conservar constantemente en abundancia un refuerzo de aire suficiente para la descarbonizacion de tanta sangre como afluye al traves de los pulmones cuando la respiracion se retarda a causa de una falta temporal de aire fresco.

Ahora será fácil comprender que, si en la condicion ordinaria de salud, tanto como dos onzas de sangre pasan desde el corazon, en cada uno de sus latidos, al traves de los pulmones, y si una inspiracion de aire fresco es suficiente para purificar la gran cantidad de sangre que en cuatro pulsaciones pasa al traves de los pulmones en el mismo radio una cantidad menor de aire completará la descarbonizacion de una cantidad menor de sangre bajo la circulacion retardada, la cual es inseparable del estado en que se halla una persona ahogada. Ya he dado a entender las causas; ahora pasemos a examinar la manera de ahogarse.

Por una sabia y benéfica prevision de la naturaleza, en el momento de sumerjirse en el agua y en la consiguiente esclusion del aire de los pulmones, la circulacion de sangre es detenida o retardada, y aquí viene el punto de mayor interes. La repentina zabullida en agua fria es acompañada invariablemente de una *boqueada* para poder respirar. Por este acto los pulmones se llenan

bien de aire fresco. La cabeza se sumerge y la respiracion se detiene. Pero con esto hai un amplio refuerzo de aire, aunque no es de mucha duracion. El tiempo que este estado puede durar sin peligro, depende únicamente de la cantidad de aire que la persona sumerjida lleva consigo. Esta cantidad está en razon directa con el refuerzo, y la dificultad está en saber precisamente en qué momento falta este refuerzo, porque, como es natural, al instante, las últimas cavidades activas de los pulmones abandonan su oxígeno por causa de la combustion del carbono introducido en los pulmones. La muerte se apodera de su víctima, porque el carbono y otras materias supérfluas se acumulan rápidamente en este pequeño laboratorio de la vida, y necesita descargarse constantemente, porque luego se agota el aire, la sangre pierde su poder estimulante, la diafragma se relaja y deja de funcionar, el respirar es imposible, y la vida se estingue.

Por un medio mui curioso, una persona en condiciones semejantes al que se va ahogando, puede ser salvada. Esto es dándole en este crítico momento un golpe en la corona de la cabeza. Por este medio el cerebro recibe una conmocion que produce un efecto perlático el cual se distribuye en todo el sistema nervioso, envolviendo, como es natural, los nervios de todos los músculos y tejidos pertenecientes a los órganos de la respiracion y circulacion. En este caso como en el anterior, el desdichado buzo está reducido a un estado análogo al de los animales invernizos durante su largo y solitario reposo de invierno, consistiendo la diferencia en que los últimos respiran y el primero nó.

Ahora bien: la teoria comun de ahogarse está en faltar en los dos puntos siguientes: 1.º Se supone que porque una persona ha estado bajo el agua por algun tiempo, debe necesariamente llenarse de agua, y que esto causa la muerte, cuando en realidad el hecho es éste: el acceso al aire, del cual depende la vida, falta; el cartilago llamado la epiglótis cae sobre el orificio de la laringe e impide la entrada del agua; hace aquí justamente lo que hace en el acto de tragar; impedir que el alimento pase por la laringe. Colocad un pollo vivo en una redoma saturada de ácido carbónico y comprendereis lo que es una persona ahogada. Repetiré que es erróneo suponer que porque una persona haya estado bajo el agua por un tiempo considerable, y porque no se vea en ella manifestaciones esterioras de vida, la vitalidad se haya estinguido. Al contrario, se ha hecho volver a la vida personas que han estado bajo el agua tres cuartos de hora.

No cabe duda que los muchos individuos que han muerto ahogados han sido sacados del agua en tiempo suficiente para haber sido vueltos a la vida, si se hubieran empleado los medios necesarios para ello, pues un periodo corto no puede obligar a los músculos a abandonar sus grandes elementos vitales de irritabilidad y contractibilidad, siempre que no haya vacilacion en administrar en el acto los remedios apropiados. Una vez perdidas estas funciones de los músculos, no hai esperanzas de vida.

Hé aquí uno de los medios que emplean para volver a la vida al paciente:

Consiste en alzarlo por los pies; y si la persona ahogada no está llena de agua, es evidente que hai mui poca ventaja en emplear este tratamiento; además, este tratamiento debe ser mirado como un peligro considerable para el paciente, suponiendo que quede algun movimiento en la sangre. Necesariamente esa posicion impele la sangre hácia la cabeza, aumentando de este modo, la conjestion del cerebro, ya dispuesto por la suspension misma de la respiracion.

Hai otro tratamiento algo interesante talvez aunque no mui filosófico, y es el hacer rodar al paciente en un barril, como si estuviera ahogado solamente en los intestinos, y se obtendrá que desalojando al enemigo de ese punto, la ciudadela de la vida se habrá recobrado pronto.

No hai duda que el tratamiento mas saludable consiste en colocar al paciente de espaldas en una posicion algo reclinada y no cesar de darle con enerjía frotaciones en las estremidades con franelas calientes, y al mismo tiempo volverlo de cuando en cuando con suavidad para uno y otro lado, con el objeto de poner en movimiento el aire residente en los pulmones; si esto se efectua, la diafragma se contraerá, una inhalacion se dejará esperar, y la vida está salvada.

Si todos estos medios fallasen, hacedle cosquillas en las narices con una pluma, o introducidle dentro de la nariz un poquito de rapé; continuad esto con la inflacion de los pulmones por medio de un fuelle. Tomad uno de esos fuellesitos de mano, cuidad que sea nuevo o esté mui limpio, insertad la estremidad en un orificio de la nariz, cerrad el otro; tápesele la boca con la mano; hecho todo esto, se impele, con lentitud y cuidado el aire del fuelle en los pulmones, e inmediatamente se espele otra vez, apretándole el pecho con la mano. Si despues de haber repetido por algun tiempo este tratamiento no hai aun signos de vida, debeis considerar el caso sin esperanzas.

LA PREOCUPACION DE SIEMPRE.

Ajitado todavía por la atmósfera de una noche deliciosa, escribo lo que anoche pensaba de la felicidad. La aspiración sublime a que todos aspiramos, tiene las variedades de la situación en que se mira. Panorama inmenso y grandioso cuando la dicha cierra sus blanquecinas y purísimas alas; caos informe, tinieblas sin límites, cuando la desesperación arrulla nuestra mente. Desdicha o felicidad son a veces sinónimos, según la situación de cada cual.

I.

Viviendo una vida que no es la ordinaria, teniendo un ser sensible a quien dirigir mi tímida e insulsa palabra, la noche del lunes será una noche que recuerde muchos instantes de placer y de contento. La noche es larga y melancólica, pero es corta, dulcísima, cuando se tiene al lado una de esas criaturas deliciosas, ángeles de la tierra que el Creador ha mandado a nuestro planeta para hacer comprender toda la grandeza del amor, el candor de la virtud y la sensibilidad de su más perfecta hechura. No es la fantasía la que me hace delirar; no soy creador: copio pálidamente algo que no se encontraría matices suficientes para darle el colorido y brillantez del original.

Qué es la vida? Tal era la pregunta que salía de mis labios en la noche a que me refiero. Sencilla pregunta, pero qué difícil respuesta!

La vida es amar, comprender los sentimientos de otro corazón generoso, unirse en los deseos y las aspiraciones, y en seguida morir. Tal la comprende quien tiene ojos que le miren compasivo, palabras que le den aliento, brazos que estrechen a sus brazos. La vida, ese valle de lágrimas, como dicen algunos, sería entonces un valle de dichas, de eterna felicidad. Vivir así es estar en las puertas del cielo, oyendo el melodioso canto de los ángeles y compartiendo de la sabiduría del Creador.

Así vivía anoche, conversando con Julia, sobre el destino de los felices. Sus ojos me dejaban comprender lo que vale el candor hasta

en el menor movimiento; su palabra injénua y franca me hacia admirar la sencillez de la inocencia; todo era admiracion en mí.

II.

Pero veamos el reverso de la medalla. Ahí está el amigo Juan, aquel bondadoso corazon que no ha sabido ser comprendido. Ahí están sus eternos lamentos, sus lastimeros ayes, mostrándonos con su desgracia las diversas ruedas de la fortuna. Y el amor de Juan para con Teresa no es pasion de un dia ni obra del momento: es un amor que nació con él, que vivirá lo que él viva.

¿Por qué su mirar es siniestro y sus ademanes tienen toda la particularidad de la locura? Porque faltando un alma que comprenda la nuestra, falta todo lo que da la vida y el movimiento: faltan las estrellas de las celestes bóvedas de nuestro firmamento.

Julia y yo lo mirábamos compasivos: habia un mar inmenso que nos separaba, pero un mar que no se encuentra bajeles en que recorrerlo. Una sola máquina haria caminar la nave por este pesado océano; pero el tornillo principal, sin el cual la máquina permaneceria sin movimiento, lo tiene *ella*. El *sí*, ese *laconismo tan grande*, debe ser tomado.

III.

Cerremos nuestros pensamientos. La felicidad es felicidad segun del lugar que se mira. Para el ambicioso un vellocino de oro seria su ideal; para el jeneroso, un amor inmenso seria su faro; para el avaro, esconder su tesoro en el mar seria talvez su gloria.

Hé aquí los distintos modos de apreciar la felicidad humana, segun su carácter distintivo. Yo no me opongo a que cada cual la suponga segun el color con que mira; que por lo que de mi parte está, no la creo sino en la posesion de Julia, la encantadora niña de brillantes ojos cuyo retrato he pretendido pintar.

A. VILLAMIL.

Octubre 27 de 1874.



LO QUE NO MUERE.

(DEDICADA A LA SEÑORITA REJINA URIBE.)

¡En su rápida carrera,
Pasando los años van,
Y de nuestra edad primera
Ni una memoria siquiera
Nos deja el tiempo al pasar!

Siempre soñamos con gloria
Y siempre anhelamos más,
Para dejar en memoria
Solo la fúnebre historia
De un dolor o de un pesar.

Ceñir es vano de flores
La ya marchitada sien:
Ellas no tienen colores,
Ya arrebató sus olores
Del tiempo el cierzo crüel.

Que flores no hai en la vida
Que duren de una hora más:
La mas hermosa y erguida
Se inclina seca y rendida
Al soplo del vendabal.

Una sola hai duradera
Entre tanta vana flor:
Aunque modesta, hechicera,
Engalana la pradera
Y da paz al corazon.

Siempre aspirar debe a ella
La entusiasta juventud;
Que la flor que mas descuella
Y entre todas la mas bella
Es la flor de la virtud.

ELIAS COUSIÑO.

Santiago, setiembre 18 de 1874.

REVISTA DE LA QUINCENA.

El paseo de la hermosa esplanada se ha visto inundado de jente en esta última quincena, gracias a la temperatura que disfrutamos. Es cierto que ha habido de todo en este mes de enero: las variaciones atmosféricas se han sucedido con un desórden nunca visto.

Casi podriamos decir que durante los treinta dias hemos pasado por las cuatro estaciones; en medio de las dulzuras de una primavera aparente, hemos visto llegar al frio invierno, que, a su vez, hubo de ceder el puesto al verano con sus sofocantes calores.

Asi, en estos últimos dias, Santiago se encuentra en Valparaiso, representado por sus elegantes mujeres y sus perfumados dandíes, tambien se ha visto en los paseos, como aves de estacion, algunos de nuestros ministros y literatos. En particular el sexo femenino tiene por Valparaiso una pasion decidida. Es verdad que a las Santiaguinas las seduce todo lo que es ruido y movimiento.

Su espectáculo favorito son los paseos a la orilla del mar y a los buques de la armada y extranjeros; las escursiones a los cerros y la calle del Cabo, o sea el paseo a tiendas.

La novedad del día es el estreno en el teatro de la Victoria de la famosa violinista Filomeno. La señora Filomeno posee en un grado eminente las cualidades del violinista de jénio, un estilo grandioso y sonoro, una notable precision y una limpieza perfecta en las mas árduas dificultades. Su movimiento de arco es verdaderamente asombroso. Sus cuerdas cantan; ella rie, habla y llora sobre su violin.

Se ve que la señorita Filomeno está dotada de esa sensibilidad expansiva y conmovedora, de esa inspiracion enérgica y penetrantes; en una palabra, se ve sobre su frente la espontaneidad divina que es la señal característica de la vocacion superior de los grandes jénios. Se ve que la señora Filomeno ha nacido violinista; lo mismo toca la música de Mozart y de Beethoven que la de los maestros italianos y la sencilla música popular de los muchos países que ha recorrido. Mas la eminente artista tiene el gran defecto de ser compatriota nuestra; ella es chilena, y nadie es perfecto en su país.

¿Desmentiria la sociedad de Valparaiso este antiguo y verdadero porvenir?

Mui a pesar nuestro damos una mala noticia a los felices de la

tierra, aunque servirá de consuelo a aquellos que se encuentran mal hospedados en este pícaro globo.

Es el caso que un sabio alemán y dos astrónomos, uno inglés y el otro francés, se han puesto de acuerdo para asegurar a los mortales que el 13 de julio de este año 75 concluirá su larga existencia el mundo que habitamos; positiva e irremisiblemente iremos a parar ese día no se sabe a dónde. No es la primera vez que se hacen a la humanidad pronósticos tan fatales; mas es de advertir que en épocas remotas no presentaba la ciencia las mismas garantías que presenta hoy; a más, los sábios de entonces podían tener cierto interés en pronosticar un suceso terrible a las poblaciones que se hallaban sujetas a su influencia. El temor que inspiraba la idea de una próxima destrucción de la tierra, podía parecerles muy propia para fortificar la fe en los corazones débiles.

En el año de 1875 el mundo es otro, y podemos asegurar para consuelo de los tímidos que habrá muy poca gente que encuentre tiempo para preocuparse del fatal cataclismo.

Por otra parte, los señores astrónomos han quedado muy atrás, a pesar de haber torturado su mollera para arrancar los secretos a la ciencia; se ha encontrado otro medio más eficaz e infalible que el de la inteligencia humana: la inteligencia de los espíritus manifestada a nosotros por medio de seres especiales que nos sirven de intérpretes entre la tierra y las potencias invisibles. Sin embargo, no todos los espíritus son sabios e instruidos, así como no todos son buenos: los hay golpeantes, turbulentos y malignos. También los resultados de los experimentos son sumamente variables; dependen del temperamento y de la fe del espectador, del lugar, del tiempo, y más que todo, de las disposiciones morales y físicas del medium.

Ante los hechos, preciso nos será creer en la comunicación de los espíritus con los hombres.

Se nos cuenta que hace poco en un círculo espiritista en el que tomaban parte algunas señoras, una de ellas reconoció el ruido que hacía al sentarse su marido, muerto un año antes, el que le tomó la mano y se la besó. Otra mano, tibia como un pájaro que acaba de espirar, se posó sobre la frente de un joven, el cual tomó aquella por una caricia de su difunta madre. Otro caballero se puso en comunicación con el espíritu de su padre, y a las primeras contestaciones de éste cayó desmayado. Otro pidió a un espíritu que le explicase el credo, y hé aquí la explicación tal cual la dió el espíritu evocado:

«Creo en Dios Omnipotente, Padre y creador del universo. Creo en J. C. su hijo, que vino en mision al mundo a esparcir la simiente divina y que para enseñar y difundir la verdad padeció y murió, y con su doctrina descendió al infierno de la ignorancia y de la maldad en que estaba sumerjido el jénero humano; que subió al cielo donde goza de la dicha inefable acordada por el padre. Creo en el Espíritu Santo, emanacion de Dios, que ilumina a todo hombre que desea saber la verdad. Creo en la comunión de los hombres buenos, en el perdon de los pecados, en la reencarnacion del Espíritu y en su vida perdurable.

En el Club. Octubre 1.º»

Pasando a otra cosa. Tenemos a la vista un libro que aunque no es reciente, su aparicion es aun poco conocida de la mayor parte de nuestros lectores. Es una traduccion de los sonetos de Shakespear, traduccion completa y hecha M. V. Hugo. Es una coleccion de poesías encantadoras, tiernas, apasionadas, compuestas por el mas grande de los poetas de Inglaterra, quizás del universo, y traducidas fielmente con precision, soltura y elegancia por el hijo del autor de las *Contemplaciones*. M. Hugo ha tomado el consejo de Goethe: ha traducido en prosa, único modo, segun el ilustre aleman, de dar a conocer en idioma extranjero las bellezas de toda poesia que no está en la forma sino en el fondo, esto es, de la verdadera poésia, la que abunda en riquezas de pensamiento y es sobria de palabras. Por nuestra parte no resistimos a la tentacion de consignar aquí algunas estrofas que hemos encontrado traducidas al castellano.

«Cuántas veces, ¡oh mi armonía viva! cuando tocas ese dichoso instrumento de madera cuya vibracion resuena bajo tus dedos melodiosos; cuando arreglas tan suavemente el acorde metálico que encanta mis oidos,

Envidia yo las teclas que, en sus ájiles movimientos, besan la palma de tu mano delicada,

En tanto que mis pobres lábios, que anhelan tan rico favor, están cerca de tí, rojos con el atrevimiento de la madera.

Por ese contacto se cambiarian mui bien por las teclas movibles que recorren tus dedos,

Haciendo envidiar, a unos lábios vivos la felicidad de esa madera muerta. Puesto que esas teclas dichosas se muestran alegres, dales a besar tus dedos, pero resérvame tus lábios.

Sabes que amándote soi perjuro: pero tú al jurarme tu amor,

lo eres más todavía: infiel a otro, has renegado tu nueva fé aborreciéndome despues de haberme prometido tu cariño.

Mas, ¿por qué te acusaria yo de dos juramentos violados, cuando yo he violado veinte? Yo soi el mas perjuro, pues por lo mas sagrado juro abandonarte, y tú me haces olvidar mis propósitos mas firmes,

Pues atestigüé, con juramentos profundos, tu profunda ternura, tu amor, tu pudor y tu constancia; y para darte luz a tí quise quedarme ciego!..."

"Tu ausencia, ¡oh alegría del año fujitivo! ha sido para mí un invierno terrible. Qué frio tan glacial! qué dias tan negros!... Por todas partes veia el sombrío desierto de diciembre.

Y sin embargo, el tiempo de nuestra separacion fué el estío, esa época en que el otoño fecundo, lleno de cosechas abundantes, llevaba en su seno la prenda de amor de la primavera, como una viuda que se queda en cinta cuando su marido ha muerto!

Pero yo no veia en esa próspera familia mas que una jeneracion huérfana con frutos solitarios, pues solo cerca de tí se halla el verano con todos sus placeres.

Y en tu ausencia hasta los pájaros pierden la voz, o si cantan, es en un tono tan triste, que las hojas tiemblan con el temor de que se halle mui próximo el invierno.

¡Oh! no digas nunca que te hice traicion, bien que la ausencia parecia incitarme al olvido. No puedo separarme de tí con mas facilidad que de mi alma, que vive en tu pecho.

En tí reside mi amor; y si he corrido errante como el viajero, a tí vuelvo otra vez, desviándome a tiempo ántes de que el tiempo me desvie, y trayendo conmigo el agua de hiel que debe lavar mi falta.

No creas, porque mi naturaleza esté sujeta a las debilidades propias de todas las criaturas humanas, que se manche jamas hasta el punto absurdo,

De abandonar por nada todos tus tesoros, pues yo tengo por nada el vasto mundo fuera de tí, rosa mia! En él eres tú mi universo."

A fin de dar clima natal a nuestra Revista, preciso nos será hablar algo de Valparaiso, aunque nuestra bella ciudad pone ceñudo el semblante cuando las letras pretenden llamar su atencion; esto se comprende tratándose de un pueblo esclusivamente mercantil como el nuestro; de un pueblo que mira con alto desden a todo el que hace versos y escribe libros; que aparta de sí toda obra que sale del cacúmen de estos infortunados del ingenio. Y si no hai en

Valparaiso fértil terreno donde florezca el lauro que alienta y premia las tareas de un escritor, tampoco lo habrá para el teatro, y esto es lógico: para que un público comprenda las bellezas del arte, preciso es que el sentimiento de lo bello no sea del todo desconocido para él; el teatro que tenga por auditorio un público frívolo y materializado está perdido; en vez de ser el templo del arte se verá convertido en circo de volatineros y payasos. Por su importancia social, por sus tradiciones venerables, por el bien que se identifica con el espíritu moderno; en fin, por causas ya de todos conocidas y estudiadas, el teatro está llamado a producir la verdadera literatura, la que mas atrae a todas las inteligencias, porque sus goces son los mas puros y provechosos. El teatro es el compendio casi esclusivo del progreso de un pais; en él hai que estudiar, no solo la poesia, la literatura y las artes, sino tambien la historia antigua y las costumbres modernas.

Mas si no tenemos teatro ni literatura de qué ocuparnos, y al decir esto queremos hablar de autores y actores nacionales y de un público capaz de juzgar lo propio y lo extraño, nos ocuparemos a la lijera de una hermosa cuanto modesta fiesta que ha tenido por teatro el humilde asilo de San José.

Despues de un himno cantado por las alumnas del establecimiento, el señor gobernador eclesiástico, fundador de la casa, procedió a la reparticion de premios. Se engañan nuestros lectores si creen que allí se coronaba a las alumnas mas sobresalientes en gramática, idiomas, música, astronomía, etc.; los premios fueron otorgados a las mas hábiles en la costura, a las mas diestras lavanderas, a las mas artistas cocineras y a las mas aseadas y activas sirvientes de mano.

Hé aquí una institucion verdaderamente útil; ella asegura a las dueñas de casa un bienestar incomparable; una buena sirvienta es un tesoro precioso para el hogar doméstico: ella contribuye a la felicidad de la familia.

Mas, dejemos a las huerfanas desheredadas de la fortuna que se educan para un trabajo que ha de asegurar su porvenir, y trasladémosnos al hermoso salon filarmónico del Club Aleman.

Allí el domingo último tuvieron lugar los exámenes de las alumnas de la Institucion Francesa dirigida por el señor y señora de Fossey. Personas que asistieron a aquel acto nos aseguran que pocas veces se habia visto tan hermosa y escojida concurrencia presenciando tan brillantes exámenes.

Las señoritas Carolina Oehninger y Celina Merlet obtuvieron el premio de escelencia, consistiendo en dos bellas coronas de laurel y oro. ¡Felices los padres de tan precoces y aprovechadas hijas y mucho mas felices los maestros que cultivan esas vírjenes inteligencias y ven premiados sus desvelos con el símbolo del mérito y del saber sobre la frente de sus discípulas! Hermoso y justo habria sido si una de las alumnas premiadas hubiera colocado su corona sobre la blanca cabeza de su venerable maestro.

Al enviar nuestros aplausos al señor y señora de Fossey, queremos consignar aquí algunas de las etimolojías griegas, de que dieron exámenes sus distinguidas alumnas:

Ictiolojía, tratado sobre peces, de *ichthys*, *ichthyos*, pez, y *logos*, tratado, discurso.

Homeopatía, manera de curar las enfermedades por los semejantes de *homois*, semejante, y *pathia*, enfermedad.

Alopatía, manera de curar con remedios opuestos a la enfermedad tiene, de *allos*, otra, y *pathia*, enfermedad.

Antropófago, el que se nutre de carne humana, de *anthrôpos*, hombre, y *phagô*, comer.

Flebotomía, arte de sangrar, de *phlebos*, la vena, y *tómè*, incision.

Homónimos, palabras que tienen el mismo sonido sin tener el mismo sentido, como las voces *sierra* y *cierra*, pronunciadas a la americana, cuyas raices son *homios*, semejante, y *omuna*, nombre.

Monarca, jefe único, de *monos*, solo, y *orcos*, jefe.

Potilécnica (escuela), cuyas raices son *poly*, mucha, y *tecnè* ciencia.

Biografía, historia de la vida de una persona, de *bios*, vida, y *graphe*, descripcion.

Bigamia, aquel que está casado con dos mujeres a la vez; es una palabra hebrea, es decir, formada de raices que pertenecen a dos lenguas diferentes, de *bis*, palabra latina, que quiere decir dos veces, y de *gamein*, casarse.

Católico. Esta palabra viene de *katholikos*, que quiere decir universal.

Diálogo, conferencia entre dos o mas personas, de *dia*, entre, y *logos*, discurso.

Epitafio, inscripcion sobre una sepultura, de *epi*, sobre, y *taphos*, sepultura.

Jeografía, descripcion de la tierra, de *ge*, tierra, y *graphe*, descripcion.

Litografía, arte de escribir sobre la piedra, de *lithos*, piedra, y *graphe*, escritura, dibujo.

Concluiremos nuestra revista con algunos pensamientos que se nos vienen a la pluma como reminiscencias de pasadas lecturas. Y a quien le venga el sayo que se lo ponga:

La hermosura fresca, colorada, tersa, en una palabra, lo bonito, es el atractivo comun que seduce a los hombres vulgares.

Las grandes pasiones son tan pocas como las obras maestras.

El amor no perdona nada o lo perdona todo.

El amor es acaso la única pasion que no transije con el p uenir.

¡Todo es tan fujitivo en la mujer! Su hermosura de hoi a veces no es la de ayer, quizá afortunadamente para ella.

En todas las situaciones, las mujeres tienen mas causa de dolor que el hombre y padecen mas que él. En efecto, el hombre tiene su fuerza y el ejercicio en su poder; obra, se ocupa, piensa, mira al porvenir y encuentra en él su consuelo. Pero la mujer se está quieta, frente a frente con el dolor, que nada la distrae, baja hasta el fondo del abismo que el dolor ha abierto, le mide y a veces le colma con sus deseos y sus lágrimas.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

